

Ex libris meis dilectissimi

Julian Sanchez
collego

252/3,000

ANT

XIX

948

DE LA

ORACION Y CONSIDERACION.

TOMO I.

Varios Prelados de España han concedido 2,400 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA, y el Emo. Sr. Cardenal y Arzobispo de Toledo, D. Pascual de Aragon, concedió 100 dias á los que leyeren ú oyeren leer cualquier capitulo ó párrafo de los escritos del Venerable Padre; y cincuenta y dos Ilmos. y Rmos. Sres. Arzobispos y Obispos, cada uno 40 dias por lo mismo, como consta de sus cartas, que andan en otras impresiones, en que elogian á este sapientísimo autor, y encomiendan y exhortan á sus súbditos y á todos á que se dediquen á leer sus provechosos escritos.

15 cm 8

R. 44. 445



DE LA ORACION Y CONSIDERACION.

POR EL VENERABLE

P. M. FR. LUIS DE GRANADA,
del Orden de santo Domingo.

TOMO I.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:
LIBRERÍA RELIGIOSA,
IMPRESA DE PABLO RIERA.
1859.

DE LA ORACION

CONSTITUCION

DE LA NACIÓN

P. M. DE LOS DE GUAYAMA

DE LA NACIÓN

TOMO I.



DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

EPÍSTOLA DEL AUTOR

Á LOS MUY REVERENDOS SEÑORES

EL SEÑOR ANTONIO DE CÓRDOVA,

Y EL P. Fr. LORENZO DE FIGUEROA.

No hallé otro lugar donde mejor pudiese encaminar este pequeño presente, que á las manos de vuestras Reverencias; porque dejadas aparte muchas y grandes razones, que para esto me obligaban, bastaba la mudanza de vida que vuestras Reverencias han hecho, y el ejemplo que en nuestros tiempos han dado al mundo, para que todos los que algun tanto deseamos la gloria de Cristo, sirvamos en esta jornada á los que han así amplificado su gloria. Bien pudiera yo agora hablar en esto mas largamente sin mentira y sin lisonja, y hablar en ello, no fuera emplear el tiempo en alabanzas de hombres, sino en alabanza de Dios; pues está claro, que esta mudanza no procedió de la carne,

ni de la sangre, sino de la diestra del muy Alto. Mas porque á los que vestimos estos hábitos, no solo conviene carecer de lisonja, sino tambien de sospecha della, contentarme he al presente con solo dar gracias á nuestro Señor por este hecho, y confesar que hemos visto en nuestros tiempos aquella maravilla que Sant Hierónimo cuenta haber acaescido en los suyos, la cual escribe él á Rufino en una Epístola, por estas palabras: Bonoso, nuestro comun amigo, ha subido ya por aquella escalera mística que vió Jacob, y conforme al sacramento y misterio de Moysen, ha sacrificado la serpiente de metal en el desierto, en el cual siembra con lágrimas para coger con alegría. Callen ante esta verdad todos los mentirosos milagros que escriben en sus historias los griegos y los latinos. Cata aquí un mancebo enseñado en nuestra compañía en todas las buenas artes y letras, á quien ni faltaban riquezas, ni honra y dignidad entre sus iguales, el cual desamparada la madre y las hermanas, y sobre todo, el hermano carísimo, se fué á una isla solitaria y temerosa, y combatida de diversos mares, como un nuevo morador del paraíso. Y estando en este lugar solo (mas no solo, pues está en compañía de Cristo), ve ya la

gloria de Dios, la cual los apóstoles nunca vieron, sino estando en el monte solos. Cosa es esta para alabar á Dios en ella, como en una singular obra de su gracia, y no ménos es digno de ser alabado en vuestras Reverencias, que teniendo mucho mas que dejar en el mundo que Bonoso, en medio de la mocedad, uno en pos de otro, dejastes el mundo, y la hacienda, y el regalo de vuestros estados, y las esperanzas que se debian á vuestra nobleza y virtud, y á los méritos de vuestra familia, por abrazar la desnudez y obediencia de Cristo. No hecistes como aquel mozo del Evangelio, que visto lo mucho que tenia, no quiso seguir el camino de la perfeccion, que Cristo le enseñaba, sino como aquel sabio y prudente mercader, que despues de hallada la preciosa margarita, vendió todo lo que tenia por alcanzarla. Y si con esta mudanza juntáremos la que el ilustrísimo duque de Gandía ha hecho en nuestros tiempos, y las de otros que se podian aquí contar, claramente se veria que hay mas miel en el camino de Cristo, de la que el mundo piensa; pues los que tan larga experiencia tienen de lo uno y de lo otro, renuncian de buena gana todo lo que el mundo da y promete, por la menor de las migajas

de Cristo, diciendo con la Esposa en los Cantares ¹ : Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, como nada la despreciara.

Y pues todos es razon que sirvan á los que sirven á este Señor, parescióme que debia yo tambien servir algo en esta jornada, á lo ménos con este pequeño volúmen, que trata de la oracion, para que con ella fuesen algun tanto ayudados los ejercicios de vuestras Reverencias, los cuales confio en nuestro Señor, que con esto, y sin esto, serán siempre favorecidos y prosperados. Y aunque esta sea deuda que yo debo, todavía pido por la deuda, gracia; y la gracia sea, que vuestras Reverencias supliquen á nuestro Señor sea servido de favorecer esta escriptura, para que el provecho de los que la leyeren, sea conforme al trabajo del que la hizo, y á la voluntad con que la ofresce.

¹ Cant. VIII.

PRÓLOGO Y ARGUMENTO DESTE LIBRO.

Oracion, propriamente hablando, es una peticion que hacemos á Dios de las cosas que convienen para nuestra salud. Mas tómase tambien oracion en otro sentido mas largo, por cualquier levantamiento del corazon á Dios; y segun esto, la meditacion y contemplacion, y cualquier otro buen pensamiento se llama tambien oracion. Y desta manera usamos aquí deste vocablo; porque la principal materia deste tratado es de la meditacion y consideracion de las cosas divinas, y de los misterios principales de nuestra fe.

Lo que me movió á tratar esta materia, fué tener entendido que una de las principales causas de todos los males que hay en el mundo, es falta de consideracion; como lo significó el profeta Hieremías, quando dijo¹: Asolada y destruida está toda la tierra, porque no hay quien se pare á pensar con atencion las cosas de Dios. De lo cual paresce que la causa de nuestros males no es

¹ Hierem. xii.

tanto falta de fe, quanto de consideracion de los misterios de nuestra fe ; porque si esta no faltase, ellos tienen tanta virtud y eficacia, que el menor dellos que atenta y devotamente se considerase, seria grande freno y remedio de nuestra vida. ¿Quién tendria manos para hacer un pecado, si pensase que Dios murió por el pecado, y que lo castiga con perpetuo destierro del cielo y con pena perdurable?

Por do parece que aunque los misterios de nuestra fe sean tan poderosos para inclinar los corazones á lo bueno; mas como muchos de los cristianos nunca se ponen á considerar lo que creen, no obran en sus corazones lo que podrian obrar. «Porque así como dicen los médicos que para que las medicinas aprovechen, es menester que sean «primero actuadas y digeridas en el estómago con el calor natural (porque de otra manera ninguna cosa aprovecharian), así «tambien para que los misterios de nuestra «fe nos sean provechosos y saludables, conviene que sean primero actuados y digeridos en nuestro corazon con el calor de la «devocion y meditacion ; porque de otra manera muy poco aprovecharán. Y por falta «desto vemos á cada paso muchos cristianos

«muy enteros en la fe, y muy rotos en la vida; porque nunca se paran á considerar qué es lo que creen. Y así se tienen la fe como en un rincón del arca, ó como la espada en la vaina, ó como la medicina en la botica, sin servirse della para lo que es. Creen así á bulto, y á carga cerrada lo que tiene la Iglesia : creen que hay juicio, y pena, y gloria para buenos y malos. Mas cuántos hallarás que se paren á pensar qué tal haya de ser este juicio, y esta pena, y esta gloria, con lo demas.

«Pues por esta causa nos es tan encomendada en las Escrituras sagradas la continua consideracion y meditacion de la ley de Dios y de sus misterios; que es el estudio de la verdadera sabiduría. Si no, mira cuán encarecidamente nos encomienda esto aquel gran profeta y amigo de Dios, Moysen ¹, cuando dice : Poned estas mis palabras en vuestros corazones, y traedlas atadas como por señal en las manos, y enseñadlas á vuestros hijos para que piensen en ellas. Cuando estuvieres asentado en tu casa, ó anduvieres por el camino; cuando te acostares y levantares, pensarás y rumiars en ellas, y escribirlas has en los umbrales y

¹ Deut. vi.

«puertas de tu casa, para que siempre las
 «trayas ante los ojos. ¿Con qué palabras se
 «podia mas encomendar la continua medi-
 «lacion y consideracion de las cosas divinas,
 «que con estas? Pues no ménos encomienda
 «este mesmo ejercicio Salomon en sus Pro-
 «verbios ¹, donde quiere que trayamos
 «siempre la ley de Dios como una cadena de
 «oro, echada al cuello, y que de noche nos
 «acostemos con ella, y á la mañana en des-
 «pertando luego comencemos á platicar con
 «ella.» Bienaventurado el que así lo hace,
 y por tal nos lo da el Eclesiástico, cuando
 dice ² : Bienaventurado el hombre que mora
 en la casa de la sabiduría, y piensa en la ley
 y mandamientos de Dios, y considera con
 toda atencion y sentido sus misterios; el que
 anda con cuidado en busca de la sabiduría,
 y se para en sus caminos, y se pone á escu-
 char por entre sus puertas, y arrima su bor-
 don á las paredes della, y á par dellas edi-
 fica su casa. ¿Pues qué es todo esto sino
 explicarnos el Espíritu Sancto por todas es-
 tas metáforas el ejercicio continuo, y la per-
 petua consideracion con que el justo anda
 siempre escudriñando las obras y maravi-
 llas de Dios? Y por esta mesma causa entre

¹ Prov. i, iii. — ² Eccli. xiv.

las alabanzas del varon justo se pone por una de las mas principales, que pensará en la ley del Señor dia y noche ¹. Y asimismo que morará en lo escondido de las parábolas; dando á entender que todo su trato y conversacion será escudriñar y meditar los secretos y maravillas de las obras de Dios. Y por esta misma causa son tantos los ojos con que se nos representan aquellos misteriosos animales de Ezequiel ²; para denotar cuánta mayor necesidad tiene el varon justo de la continua consideracion y vista de las cosas espirituales, que de otros muchos ejercicios.

Todo esto declara bien cuán grande sea la necesidad que tenemos deste ejercicio, y por consiguiente cuán desatinados andan los que desprecian, ó hacen poco caso del ejercicio de la oracion y meditacion; pues no entienden que esto es abiertamente contradecir y deshacer lo que el Espíritu Sancto con tan grandes encarecimientos nos encomienda. Estos debrian leer aquellos cinco libros de la Consideracion que Sant Bernardo escribió al Papa Eugenio; y allí verian lo que importa este ejercicio para alcanzar tanto bien.

Pues por esta causa muchas personas ca-

¹ Psalm. 1; Eccli. XXXIX. — ² Ezech. 1.

tólicas y religiosas, entendido el gran provecho que desta piadosa meditacion se sigue, procuran de ejercitarse en ella ordinariamente, y tener para esto señalados y disputados sus tiempos : las cuales muchas veces se enfrian y desisten desta obra tan sancta, por dos dificultades que hallan en ella. La una es falta de materia, y de consideraciones en que poder ocupar su pensamiento en aquel tiempo ; y la otra es falta de calor y devocion, que es menester que acompañe este ejercicio para que sea fructuoso : en lugar de lo cual muchas veces hay grande sequedad de corazon y mucha guerra de pensamientos. Pues para remedio destos dos inconvenientes se ordenó la presente escriptura, la cual por eso va repartida en dos partes principales. En la primera de las cuales, para remedio del primero, se trata de la materia de la oracion ó meditacion : en la cual se ponen catorce meditaciones para todos los dias de la semana, para tarde y mañana, que tratan de los principales lugares y misterios de nuestra fe, y señaladamente de aquellos cuya consideracion es mas poderosa para enfrenar nuestros corazones, é inclinarlos mas al amor y temor de Dios, y aborrecimiento del pecado. Asimismo se trata

en ella de las partes deste ejercicio, que son cinco : conviene saber, preparacion, lición, meditacion, hacimiento de gracias y petición ; para que así tenga el hombre mucha variedad de cosas en que ocupar su corazon, y con que despertar el gusto de la devocion, y finalmente con que alumbrar y enseñar su entendimiento con diversas consideraciones y doctrinas. Y demas desto tambien se trata en ella de seis géneros de cosas que se deben considerar en cada uno de los pasos de la Pasion del Salvador, para que esto con todo lo demas nos sea copiosa materia de meditacion. Entre estas cosas se tratan en la primera parte, para remedio del primer inconveniente que dijimos.

En la segunda, para remedio del segundo, se trata de las cosas que ayudan á la devocion, y de las que la impiden, y de las tentaciones mas communes que suelen padecer las personas devotas, y asimismo se dan algunos avisos para no errar este camino. Estos cuatro artículos se tratarán en la segunda parte.

Despues desta se añadió la tercera (que sale ya desta necesidad susodicha), en la cual se trata de la virtud de la oracion, y de dos compañeras suyas, que son ayuno y li-

mosna, para que, pues en todo el libro se trata de la oracion, y de las cargas que por ella se deben llevar, entienda el hombre por aquí cuán bien empleado sea el trabajo que sirve para alcanzar cosa de tanto provecho.

Podrá por ventura ofenderse el cristiano lector con la prolijidad de las meditaciones que van aquí señaladas para los dias de la semana; pero esto tiene muchas respuestas. La primera es, que como en ellas se traten los principales lugares y misterios de nuestra fe, cuya consideracion es tan gran remedio de nuestra vida, aquí principalmente convenia cargar la mano, por el gran fructo que de aquí se podia seguir. Porque no solo pretendemos en este libro dar materia de meditacion, sino mucho mas el fin de esta meditacion, que es el temor de Dios y la emienda de la vida: para lo cual una de las cosas que mas aprovechan, es la profunda y larga consideracion de los misterios que en ellas se tratan. Porque en hecho de verdad estas calorce meditaciones son otros tantos sermones, en los cuales se da una como batería al corazon humano, para rendirlo (en cuanto fuese posible) y entregarlo en manos de su legítimo y verdadero Señor.

Esta fué la primera causa de la prolijidad,

si así se puede llamar; y demas desto, no veo yo por qué se deba quejar el convidado de que le pongan la mesa llena de muchos manjares, pues no le obligan por eso, como en tormento, á que dé cabo de todos ellos, sino á que entre muchas cosas escoja la que mas hiciere á su propósito. Y sobre todo esto (porque ménos ocasion hubiese de querella) se puso la summa de toda la meditacion al principio; para que el que no quisiese pasar adelante, tuviese allí en breve lo necesario para la hora de su ejercicio.

COMIENZA EL LIBRO DE LA ORACION Y CONSIDERACION.

PRIMERA PARTE.

QUE TRATA DE LA MATERIA DE LA CONSIDERACION.

CAPÍTULO 1.

De la utilidad y necesidad de la consideracion.

Porque en el ejercicio de la consideracion no puede dejar de haber trabajo (así por la ocupacion del tiempo que cada dia nos pide, como por la quietud y recogimiento de corazon que para él se requiere), parece que será necesario ante todas cosas declarar aquí los provechos grandes que se siguen deste ejercicio, para que el corazon humano, que sin grandes promesas no se mueve á grandes trabajos, se pueda mover al amor y uso dél.

Pues la mayor alabanza que podemos dar á esta virtud, es ser ella una grande ayudadora de todas las otras virtudes¹, no para suplir el oficio

¹ Cassian, collat. IX, c. 2,

dellas, sino para ayudarlas en su ejercicio. De suerte que así como la devocion es un estímulo y despertador general para toda virtud, como dice Sancto Tomás¹, y el oír sermon (si se oye con aquella atencion y devocion que él merescer oído), es tambien un ejercicio que nos mueve, no á una virtud sola, sino á toda virtud (pues á esto se endereza la buena doctrina); así tambien la consideracion es una grande ayuda, no para una virtud sola, sino para todo género de virtud. Porque no hay mas diferencia entre el sermon y la consideracion, que entre la lición y consideracion desa mesma lición, ó que entre el manjar puesto en un plato, y él mesmo digerido y cocido en el estómago. Pues esta es una de las mayores y mas seguras alabanzas que podemos dar á esta virtud; porque desta manera no se echa fuera el trabajo de las otras virtudes, sino proveése de quien las ayude en su trabajo, y las provoque á trabajar. Pues esto es lo que con el favor de Dios pretendemos agora probar muy á la clara en este lugar.

Para cuyo entendimiento es de saber que entre las virtudes, unas hay que son communes al cristiano con el filósofo gentil (como son aquellas quatro que llaman cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, de las cuales los filósofos alcanzaron y escribieron mucho), y otras hay que son proprias del cristiano en quanto cristiano, de que nada supieron ni escribieron los filósofos, ó muy poco. Estas son primeramente aquellas tres nobilísimas virtudes que llaman teologales, fe, esperanza y caridad, que tienen por

¹ 2, 2, q. 82, art. 2.

objeto á Dios, y ordenan el hombre para con él; las cuales tienen el imperio y mando sobre todas las otras virtudes inferiores, y así las llaman y despiertan á sus operaciones cuando cumple para su servicio. Tras estas vienen otras muy principales y excelentes virtudes (que son muy vecinas á estas), cual es la virtud que llaman religion, que tiene por objeto el culto de Dios; y la devocion, que es acto de la mesma religion, que nos hace lijeros y promptos para todas las cosas de su servicio; y el temor de Dios, que nos aparta y refrena del mal; y la humildad, que tambien en su manera es raiz y fundamento de todas las virtudes, como dice Sancto Tomás ¹, y la penitencia, que es la puerta de nuestra salud, á la cual pertenesce el dolor de lo pasado, y el propósito y emienda de lo venidero. De todas estas virtudes muy poco ó nada alcanzaron los filósofos, con ser ellas las que tienen el señorío y principado sobre todas las otras, y las que son raices y fuentes de todo nuestro bien. Lo uno, porque por la mayor parte son virtudes espirituales, que tienen el cumplimiento de su perfeccion en lo íntimo de nuestra ánima, donde está toda la hermosura de la hija del Rey ², y lo otro, porque todas ellas (excepto la fe) son virtudes afectivas, y por consiguiente nos son grandes estímulos y despertadores para bien obrar. En lo cual maravillosamente resplandesce la providencia de la divina gracia; porque así como la naturaleza nos proveyó de afectos y deseos naturales, que fuesen unas como espuelas para despertarnos á ha-

¹ 2, 2, q. 161, art. 5. — ² Psalm. XLIV.

cer todo lo que convenia para la vida natural ; así tambien la gracia nos proveyó de otros afectos sobrenaturales , que nos fuesen tambien estímulos y despertadores para lo que convenia á la vida espiritual. Y estos son aquellas virtudes que dijimos , amor , temor , dolor , esperanza , con las demas , sin las cuales la vida espiritual fuera como un barco sin remos , ó un navío sin velas ; porque no tuviera quien las moviera á bien obrar. Y aun desto teníamos mayor necesidad en esta vida que en la otra ; porque como el camino de la virtud sea tan áspero y dificultoso , ¿ qué fuera de nosotros , si no tuviéramos estas espuelas de amor , de temor y de esperanza que nos espolearan y hicieran andar por él ? Pues por esta causa son tan alabadas estas virtudes , porque demas de ser ellas tan principales (como dicho es) , son tan grandes estímulos y incentivos para bien obrar.

Supuesto pues este fundamento , digo que las mayores alabanzas que damos á la virtud de la consideracion , es ser ella una grande ministra y ayudadora de todas estas virtudes , así de las unas como de las otras , segun que agora declararemos. Por donde tambien se verá que si esta virtud es muy alabada , no lo es tanto por lo que es en sí , quanto por el servicio y provecho que hace á las otras.

* Pues comenzando primeramente por la fe , ya se ve que esta es el primer principio y fundamento de toda la vida cristiana. Porque la fe nos hace creer que Dios es nuestro Criador , Gobernador , Redemptor , Sanctificador , Glorificador ,

* La consideracion ayuda á la fe.

y finalmente nuestro principio y nuestro último fin. Ella es la que nos enseña cómo hay otra vida despues desta, y juicio universal de todas nuestras obras, y pena y gloria perdurable para buenos y malos. Pues claro está que la fe y crédito destas cosas enfrena los corazones de los hombres, y los hace estar á raya, y vivir en temor de Dios. Porque á no estar esto de por medio, ¿qué seria de la vida de los hombres? Y por esto dijo el Profeta ¹ que el justo vivia por fe, no porque ella basta para darnos vida, sino porque con la representacion y consideracion de las cosas que ella nos enseña, nos provoca á apartar del mal, y seguir el bien, y por esto mesmo nos la manda tomar el Apóstol por escudo contra todas las saetas encendidas del enemigo ²; porque no hay mejor escudo contra las saetas del pecado, que traer á la memoria lo que la fe nos tiene contra él revelado.

Mas para que esta fe obre en nosotros este efecto es menester que algunas veces nos pongamos á rumiar y considerar con un poco de atencion y devocion eso que nos enseña la fe. Porque no habiendo esto, parece que la fe nos seria como una carta cerrada y sellada, que aunque vengan en ella nuevas de grandísima pena ó alegría, no nos mueve á lo uno ni á lo otro mas que si nada hubiésemos recebido; porque no habemos abierto la carta, ni mirado lo que viene en ella. Pues ¿qué cosa se puede decir mas á propósito de la fe de los malos, que esta? Porque no pueden ser cosas de mayor espanto y alegría que las que nos

¹ Habac. ii. — ² Ephes. vi.

predica nuestra fe; mas como los malos nunca abren esta carta para ver lo que viene en ella (quiero decir, como nunca se acuerdan destos misterios, ó pasan tan de corrida por ellos), no causan en ellos esta manera de sentimiento y alteracion. Conviene pues que algunas veces abramos esta carta, y la leamos muy despacio, y miremos con atencion lo que en ella se nos enseña, lo cual se hace mediante el oficio de la consideracion, porque ella es la que desencierra lo encerrado, y despliega lo encogido, y aclara lo oscuro; y así esclareciendo nuestro entendimiento con la grandeza de los misterios, inclina nuestra voluntad (cuanto es de su parte) á vivir conforme á ellos. Este oficio figuró Dios en la ley singularmente, cuando entre las condiciones del animal limpio puso una, que fué rumiar lo que comia ¹. Pues claro está que poco hacia esto al caso para ser el animal limpio ó no limpio, y poco cuidado tenia deso Dios; mas quiso él representarnos en esto la condicion y oficio de los animales espiritualmente limpios (que son los justos), los cuales no se contentasen con comer las cosas de Dios, creyéndolas por la fe, sino rumiándolas tambien despues de comidas, por la consideracion, y escudriñando los misterios que creyeron, y entendiendo el tomo y la grandeza dellos, repartiendo luego este manjar por todos los miembros espirituales del ánima para sustentacion y reparo della.

* De suerte que, mirando bien este negocio, hallarémos que así como el grano de la simiente

¹ Levit. xi. — * Ayuda la consideracion á la esperanza.

del árbol, aunque virtualmente contiene dentro de sí la sustancia del árbol, todavía tiene necesidad de la virtud y influencias del cielo, y del beneficio y riegos de la tierra, para que salga á luz lo que allí está encerrado, y poco á poco se vaya haciendo árbol: así tambien decimos que aunque la fe sea la primera simiente y origen de todo nuestro bien, todavía debe ser ayudada con este beneficio de la consideracion, para que por ella, mediante la caridad, salga á luz el árbol verde y fructuoso de la buena vida que en ella virtualmente se contenia.

§ II.

No ménos tambien ayuda á la virtud de la esperanza, que es un afecto de nuestra voluntad, que tiene su motivo y raiz en el entendimiento ¹, como claramente nos lo muestra el Apóstol, diciendo ²: Todas las cosas que están escriptas, fuéron escriptas para nuestra doctrina, para que por la paciencia y consolacion que nos dan las escripturas tengamos esperanza en Dios. Porque esta es la fuente de donde el justo coge el agua de refrigerio con que se esfuerza á esperar en Dios. Porque primeramente ahí ve la grandeza de los servicios y merescimientos de Cristo, que es el principal estribo y fundamento de nuestra esperanza. Ahí ve en mil lugares expresada y declarada la grandeza de la bondad, y de la suavidad, y de la majestad de Dios; la providencia que tiene de los suyos, la benignidad con que

¹ Ex D. Th. 2, 2, q. 18, art. 1. — ² Rom. xv.

recibe á los que se ácogen á él, y las palabras y prendas que tiene dadas de no faltar á los que pusieren su esperanza en él; ve que ninguna otra cosa mas á menudo repiten los salmos, prometen los profetas, y cuentan las historias dende el principio del mundo, sino los favores, regalos y beneficios que continuamente el Señor hizo á los suyos, y cómo los ayudó y valió en todas sus angustias, cómo ayudó á Abraham en todos sus caminos, á Jacob en sus peligros, á Josef en su destierro, á David en sus persecuciones, á Job en sus enfermedades, á Tobías en su ceguedad, á Judit en su empresa, á Ester en su peticion, y á los nobles macabeos en sus batallas y triunfos, y finalmente á todos cuantos con humilde y religioso corazon se encomendaron á él. Estas y otras son las cosas que esfuerzan á nuestro corazon en los trabajos, y lo hacen esperar en Dios. Pues ¿qué hace aquí la consideracion? Toma esta medicina en las manos, y aplícala al miembro flaco y enfermo que la ha menester. Quiero decir: trae todas estas cosas á la memoria, y representalas á nuestro corazon, y escudriña y tantea la grandeza destas prendas y misericórdias de Dios, y con esto lo anima y esfuerza para que no desmaye, sino que tambien él ponga su esperanza en aquel Señor, que nunca faltó á quien de todo corazon se acogió á él. ¿Ves pues cómo la consideracion es ministra de la esperanza, y cómo le sirve, y le pone delante todo lo que la ha de esforzar? Mas quien ninguna cosa destas considera, ni tiene ojos para ver nada desto, ¿con qué podrá esforzar y animar esta virtud para que le valga en sus trabajos?

§ III.

Despues de la esperanza se sigue la caridad, de cuyas alabanzas no se puede hablar con pocas palabras. Porque ella es la mas excelente de las virtudes, así teologales como cardinales; ella es vida y ánima de todas ellas; ella es el cumplimiento de toda la ley. Porque, como dice el Apóstol ¹, el que ama, cumplido tiene con la ley. Ella es la que hace el yugo de Dios suave, y su carga liviana; ella es la medida por donde se ha de medir la porcion de la gloria que se nos ha de dar; ella es la que agrada á Dios, y por quien le es agradable todo lo que le es agradable; pues sin ella, ni la fe, ni la profecía, ni el martirio tiene precio delante dél. Esta es finalmente la fuente y origen de todas las otras virtudes (por razon del imperio y señorío que tiene para mandarlas, y hacerles usar de sus oficios), como el mesmo Apóstol lo confirma, diciendo ²: La caridad es paciente y benigna, no es invidiosa, no hace mal á nadie, no es soberbia, no ambiciosa, no busca sus intereses, no se ensaña, no piensa mal, no se goza de la maldad, y huélgase con la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, y todo lo lleva.

* Pues para alcanzar esta joya tan preciosa, aunque ayudan todas las virtudes y buenas obras, mas señaladamente sirve la consideracion. Porque cierto es que nuestra voluntad es una potencia ciega que no puede dar paso sin que el en-

¹ Rom. XIII. — ² I Cor. XIII.

* Ayuda la consideracion para alcanzar la caridad.

tendimiento vaya adelante alumbrándola, y enseñándola lo que ha de querer, y cuánto lo ha de querer. Y tambien es cierto que, como dice Aristóteles ¹, el bien es amable en sí; mas cada uno ama su propio bien. Pues para que nuestra voluntad se incline á amar á Dios, es menester que el entendimiento vaya adelante, declarándole y ponderándole cuán amable sea Dios en sí, y cuánto lo sea tambien para nosotros. Esto es, cuánta sea la grandeza de su bondad, de su benignidad, de su misericordia, de su hermosura, de su dulzura, de su mansedumbre, de su liberalidad y de su nobleza, y todas las otras perfecciones suyas, que son innumerables. Y despues desto, cuán piadoso haya sido para con nosotros, cuánto nos amó, cuánto por nuestra causa hizo y padesció dende el pesebre hasta la Cruz, cuántos bienes nos tiene aparejados para adelante, cuántos nos hace de presente, de cuántos males nos ha librado, con cuánta paciencia nos ha sufrido, y cuán benignamente nos ha tratado; con todos los otros beneficios suyos, que tambien son innumerables. Y considerando y ahondando mucho en la consideracion destas cosas, poco á poco se va encendiendo nuestro corazon en amor de tal Señor. Porque si aun las bestias fieras aman á sus bienhechores, y si las dádivas (como suelen decir) quebrantan peñas; y si (como dijo un filósofo) el que halló beneficios, halló cadenas para prender los corazones; ¿qué corazon habrá tan duro, ni tan de fiera, que considerando la inmensidad y grandeza de todos estos benefi-

¹ Lib. VIII Ethicorum, c. 2.

cios, no se encienda en amor de quien se los dió?

Júntase tambien con esto, que considerando el hombre estas cosas, y haciendo con el favor divino lo que es de su parte, hace Dios tambien lo que es de la suya; que es mover á quien se mueve, y ayudar á quien se ayuda; favoreciendo nuestra consideracion con la lumbre del Espíritu Sancto, y con el don del entendimiento; el cual cuanto mas penetra y entiende todas estas razones de amor, tanto nos enciende mas en ese amor. Porque así como aquella luz eterna, y palabra del Padre, no es palabra estéril, sino palabra fecunda, que juntamente con el Padre produce al Espíritu Sancto, que es amor consubstancial; así tambien lo hace esta luz y palabra de Dios en nuestros corazones, encendiendo y soplando en ellos este amor.

Esto aun se confirma y declara mas por otra razon. Porque claro está que aunque esta virtud crezca (como dijimos) con los actos de todas las otras virtudes hechos en gracia, pero señaladamente cresce con sus propios actos, cuando son vehementes, como dice Sancto Tomás¹. Porque así como escribiendo bien y con cuidado, se hace uno escribano, y pintando se hace pintor, y tañendo tañedor, así tambien amando, se hace amador. Quiero decir, que así como el uso de escribir bien hace á un hombre escribano, etc., así tambien el uso, y ejercicio, y continuacion de amar mucho á Dios, viene á hacer un hombre grande amador de Dios. Porque dado caso que esta habilidad y virtud celestial sea don de

¹ 2, 2, q. 24, art. 6.

Dios, y cosa que él infunde y obra en nuestras ánimas, todavía obra él esto por este medio; queriendo que así las virtudes infusas como las adquiridas, crezcan con el ejercicio de sus actos, aunque en diferente manera. Donde se infiere que cuanto uno mas multiplicare actos de amor, cuanto mas se ejercitare en esta virtud, mientras mas durare y perseverare en esta obra de amor, mas se arraigará y fortificará en él este don celestial. Pues esto ¿cómo se puede hacer sin el oficio de la consideracion? ¿Cómo puede estar la voluntad amando sin que el entendimiento la esté soplando, y atizando, y descubriendo causas de amor? Porque así como de dos caballos que van en un carro no puede el uno dar paso sin el otro, así estas dos potencias de tal manera están entre sí trabadas, que ordinariamente no puede la una dar paso sin la otra: á lo ménos la voluntad sin el entendimiento. Ves pues cuán intrínseco y cuán annexo sea el oficio de la consideracion al amor de Dios; pues nunca, ó apenas puede el hombre estar amando, sin que esté considerando, ó sin que haya considerado cosas que le muevan á esle amor.

Y no solo para el acrescentamiento desta virtud, sino tambien para la conservacion della es menester que no falte alguna consideracion; esto es, no solo para que crezca, sino tambien para que no desfallezca entre tantas contradicciones y ofensivos como tiene en esta vida. Vemos que el pesce fuera del agua luego se muere, y una gota de agua fuera de la mar muy presto se seca, y el fuego fuera de su region mas presto se acaba, si no hay cuidado de cebarlo muchas veces con

leña para que así se conserve. Pues esto mismo ha menester tambien el fuego de la caridad para conservarse en esta vida, donde está como extranjera y peregrina; y la leña con que se conserva es la consideracion de los beneficios de Dios y de sus perfecciones; porque cada una destas cosas bien considerada es como un leño ó un tizon que atiza y enciende en nuestros corazones este fuego del amor. Por lo cual nos conviene cebar muchas veces este fuego con esta leña, para que así nunca desfallezca en él esta divina llama; como lo figuró Dios en la ley, cuando dijo ¹: En mi altar (que es el corazon del justo) siempre habrá fuego. Y para esto se tendrá cuidado cada dia por la mañana de cebarlo con leña (que es con la consideracion de todas estas cosas), para que así se pueda siempre conservar. Y así, dice el salmo ², con mi meditacion y consideracion se encenderá mas el fuego: conviene saber, de la caridad.

Esta mesma necesidad se prueba aun por otra razon. Porque vemos que todas las habilidades y gracias, así naturales como adquisitas, así como crescen con el uso y ejercicio dellas, así tambien se olvidan con la falta dél; lo cual vemos en las cosas aun muy naturales y muy usadas. Porque ¿qué cosa mas usada que la lengua con que el hombre nasce y que mamó en la leche? Pues aun esta se viene por tiempo á olvidar cuando no se usa. Y ¿qué digo la lengua? Pues acaesce que si el hombre ha estado quatro ó cinco meses en la cama enfermo, apenas acierta á andar cuan-

¹ Levit. vi. — ² Psalm. xxxviii.

do se levanta, con ser el andar una cosa tan natural y tan usada. Pues si las habilidades tan naturales y tan ejercitadas padescen tanto detrimento cuando no se usan, ¿qué harán las sobrenaturales que nos son como postizas y pegadizas? Y si la caridad, y todas las otras virtudes infusas entran en esta cuenta, ¿qué será de nosotros, si por maravilla nos ocupamos y ejercitamos en ellas? Si por esta causa se pierde lo natural, ¿qué hará lo sobrenatural? Si se pierde lo que está aferrado en las entrañas, ¿qué hará lo que está preso como con alfileres?

Item, si es verdad que todas las amistades se conservan y crescen con la comunicacion, y se apagan con la falta della, como Aristóteles dice ¹, ¿qué será de aquellos que ninguna comunicacion tienen con Dios, que ni hablan con él, ni él con ellos, ni piensan ni tratan sus cosas? ¿Ves pues, hermano, cuánto nos importa el oficio de la consideracion y comunicacion con Dios para la conservacion desta virtud?

§ IV.

* Y no ménos conviene tambien esto mesmo para todas las otras virtudes afectivas que dijimos, entre las cuales una muy principal es la devocion; la cual es una habilidad y don celestial que inclina nuestra voluntad á querer con grande ánimo y deseo todo aquello que pertenesce al servicio de Dios ²: que es una de las cosas de

¹ Lib. VIII Ethic. c. 5. — ² Ayuda la consideracion á las virtudes afectivas, — ³ Ex. D. Thom. 2, 2, q. 82, art. 2.

que el hombre tenia mayor necesidad en este estado de la naturaleza corrupta. Porque por experiencia vemos que no pecan los hombres tanto por falta de entendimiento, quanto de voluntad; quiero decir, no pecan tanto por ignorancia del bien, quanto por la desgana que tienen dél. La cual desgana no nasce de la condicion de la virtud (que de suyo es suavísima y muy conforme á la naturaleza del hombre), sino de la corrupcion del hombre. Pues como este sea el principal impedimento que tenemos para el bien, nuestro principal cuidado habia de ser buscar el remedio dél; para lo cual una de las cosas que mas nos ayudan es la devocion. Porque no es otra cosa devocion sino un refresco del cielo, y un soplo y aliento del Espíritu Sancto; el cual rompe por todas estas dificultades, sacude esta pesadumbre, cura este desgusto de nuestra voluntad, y pone sabor en lo desabrido; y así nos hace promptos y lijeros para todo lo bueno. Lo cual experimentan cada dia los siervos de Dios cuando tienen alguna grande y señalada devocion, porque entónces se hallan mas ganosos y alentados para todo trabajo, y entónces parece que se alegra y renueva la juventud de sus ánimas, y entónces experimentan en sí la verdad de aquellas palabras del Profeta, que dicen ¹: Los que esperan en el Señor, mudarán la fortaleza; tomarán alas como de águila; correrán; y no se cansarán; andarán, y no desfallecerán.

Tiene tambien otra cosa la devocion, que es ser una como fuente y manantial de buenos de-

¹ Isai. XL.

seos. Por donde en las Escrituras divinas se suele llamar ungüento, el cual se compone de muchas especies aromáticas, y así echa de sí muchos y muy suaves olores; y lo mismo hace la devocion por el tiempo que dura en nuestro corazon, que toda ella se difunde en mil maneras de sanctos propósitos y deseos; y quanto mas estos crescen y se dilatan, tanto mas descrecen los hedores de nuestro apetito, que son los malos deseos que proceden dél. Porque así como no se siente tanto el mal olor en la casa del doliente quando se quema allí algun poco de encienso, ó alguna otra especie olorosa; así no se siente tanto el olor destos malos deseos quando dura el olor suavísimo deste ungüento precioso. Y como sea verdad que todo el estrago de nuestra vida nazca de la corrupcion y hedor deste apetito, y de los malos deseos que nascen dél; con grandísima diligencia se debe procurar este ungüento celestial, que tanta parte es para disminuir y menoscabar este tan grande mal.

Y de la manera que la consideracion sirve á todo esto, así tambien sirve á todas las otras virtudes que arriba propusimos, que son temor de Dios, dolor de los pecados, desprecio de sí mismo (en que consiste la virtud de la humildad), y agradescimiento de los beneficios divinos. Porque (como ya dijimos) ningun buen afecto puede haber en la voluntad, que no proceda de alguna consideracion del entendimiento. Porque ¿cómo puede uno tener dolor y contricion de sus pecados, sino considerando la fealdad y muchedumbre dellos, lo que se pierde por ellos, y el aborrescimiento que Dios tiene contra ellos, y

cuán perdida y estragada queda un ánima por ellos? Item, ¿cómo podrá uno despertar su corazón á temor de Dios, sino considerando la alteza de su majestad, la grandeza de su justicia, la profundidad de sus juicios, la muchedumbre de sus pecados y otras cosas semejantes? ¿Cómo podrá humillarse de corazón y despreciarse, si no considera la muchedumbre de sus flaquezas, de sus enfermedades, de sus caídas, de sus miserias? Porque si Sant Bernardo dice ¹ que la humildad es desprecio de sí mismo (el cual procede del conocimiento de sí mismo), cierto es que cuanto mas el hombre con la consideracion ahondare en este conocimiento y cavare en este muladar, tanto mas de véras conocerá lo que es, y tanto mas se despreciará y humillará. Pues el agradescimiento de los beneficios de Dios (de donde nascen sus cantares y alabanzas, que es una principal parte de la verdadera religion) ¿de dónde procede sino de la profunda consideracion dellos? Porque cuanto mas el hombre con esta consideracion penetra y entiende la grandeza dellos, tanto mas se mueve á alabar y dar gracias á Dios de todo corazón por ellos. Callo aquí tambien el menosprecio del mundo, y el aborrescimiento del pecado, y otros semejantes afectos virtuosos; los cuales, despues de la gracia, es cierto que proceden desta consideracion, que es el estímulo y despertador dellos, y es el óleo con que se ceban las lámparas de todas estas virtudes y buenos afectos, y de otros semejantes.

¹ Epist. XLII prope medium.

§ V.

Y no ménos ayuda para esto mesmo la oracion, cuando se junta con la consideracion (como ordinariamente suele acaescer), sino á veces mucho mas; porque la consideracion communmente no se ocupa mas que en alizar uno destos afectos virtuosos; mas la oracion (cuando es atenta y devota, y va acompañada de espíritu y de fervor) todas estas virtudes susodichas suele despertar. Porque cuando el ánima se presenta á Dios con un gran deseo de aplacar su ira, y pedirle misericordia, no hay piedra que para esto no menee; quiero decir, que no hay afecto sancto de que para esto no se aproveche, como hace la madre que desea aplacar á su hijo, ó la buena mujer á su marido cuando lo siente enojado, que suele aprovecharse de todo cuanto para esto le puede ayudar. Porque allí el ánima religiosa se acusa delante de Dios; allí con el publicano se confunde y avergüenza por sus pecados¹; allí propone la emienda dellos; allí se humilla y treme ante aquella soberana Majestad; allí cree, allí espera, allí ama, allí adora, allí alaba, allí da gracias por todos los beneficios; allí ofresce á Dios sacrificio por sí y por todos sus prójimos. Todo esto pasa en la devota oracion; y como sea verdad que los hábitos de las virtudes crezcan con el ejercicio de sus actos, de aquí nasce quedar el ánima con este ejercicio muy ennoblecida y perfeccionada en estas virtudes, como lo dice

¹ Luc. XVIII.

Sant Lorenzo Justiniano por estas palabras ¹ : En el ejercicio de la oracion se alimpia el ánima de los pecados , apasciéntase la caridad , alúmbrase la fe , fortaléscese la esperanza , alégrase el espíritu , derrítense las entrañas , pacifícase el corazón , descúbrese la verdad , véncese la tentacion , huye la tristeza , renuévanse los sentidos , repárase la virtud enflaquescida , despídese la tibieza , consúmese el orin de los vicios , y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo , entre las cuales arde la llama del divino amor.

De aquí nasce ser este ejercicio convenientísimo para reformar el hombre sus costumbres y su vida , y mudarse en otro hombre ; como á la clara nos lo representó el Salvador en el misterio de su gloriosa transfiguracion. Del cual escribe Sant Lucas ² que estando haciendo oracion en el monte , súbitamente se transfiguró de tal manera , que su rostro resplandesció como el sol , y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Bien pudiera el Señor transfigurarse fuera de la oracion si quisiera ; mas quiso él de propósito que allí fuese , para mostrarnos en la transfiguracion de su cuerpo la virtud que la oracion tiene para transfigurar las ánimas ; que es para hacerles perder las costumbres del hombre viejo , y vestirse del nuevo , que es criado á imágen de Dios. Allí es donde se alumbra el entendimiento con los rayos del verdadero sol de justicia , y donde se renuevan las vestiduras y atavíos del ánima , y se paran mas blancas que la nieve. Es-

¹ Tract. De casto connubio Verbi , et animæ , c. 22. paulo infra med. et Ligno vit. de Orat. c. 2 in fin et tract. de disc. et perf. Monast. c. 18 in fin. — ² Luc. ix.

to mesmo es lo que significó Dios al sancto Job, quando le dijo ¹ : ¿ Por ventura por tu sabiduría muda las plumas el gavilan quando bate sus alas al mediodía? Gran maravilla es por cierto que sepa esta ave desnudarse de las plumas viejas, y vestirse de las nuevas; y que para esto busque el aire caliente del mediodía, para que con su calor se dilaten los poros, y con su movimiento se despidan las plumas viejas, y se dé lugar á los cañones nuevos que comienzan á renascer. ¿ Mas cuánto mayor maravilla es ver un ánima desnudarse de Adam, y vestirse de Cristo; mudar las costumbres del hombre viejo, y vestirse del nuevo? Pues esta tan maravillosa mudanza se hace quando el ánima devota se convierte al mediodía, y allí bate sus alas al aire. ¿ Qué es convertirse al mediodía, sino levantar el espíritu á la consideracion de aquella luz eterna, y á los rayos de aquel verdadero sol de justicia? Y ¿ qué es batir sus alas al aire, sino estar allí sospirando y alean-do con afectos y deseos del cielo, invocando y pidiendo con grandes ansias el favor y gracia de Dios? Pues entónçes sopla el aire de mediodía, que es aquel celestial frescor del Espíritu Sancto; y con su templado calor y dulce movimiento nos esfuerza y ayuda á echar fuera todas las plumas viejas del antiguo Adam, para que se dé lugar á las plumas nuevas de las virtudes y sanctos deseos que allí comienzan á renascer. Y esto es lo que por otras palabras significó el Eclesiástico, quando dijo ² : Los que temen al Señor, aparejarán sus corazones, y sanctificarán sus ánimas

¹ Iob, xxxix. — ² Eccli. ii.

delante dél. Lo cual señaladamente se hace en el ejercicio de la devota oracion ; porque aquí es donde mas familiarmente se presenta el ánima delante de Dios , como dice Sant Bernardo ¹ , y aquí es donde llegándose á aquella luz eterna, ve mas claro sus defectos , y los llora , y los acusa , y procura el remedio dellos , pidiendo al Señor su gracia , y proponiendo de su parte la emienda ; y así poco á poco va santificando y emendando su vida. Ves pues cuánto sirve este ejercicio para alcanzar aquellas altísimas virtudes que dijimos ser propias del cristiano.

§ VI.

* Pues tambien ayuda en su manera para las otras cuatro virtudes que llaman cardinales, que son, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, como claramente lo dice Sant Bernardo en el libro de la Consideracion, por estas palabras ² : Primeramente la consideracion purifica y alimpia la misma fuente de donde nasce, que es el ánima; despues destorige las pasiones naturales, endereza las obras, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea y ordena la vida; y finalmente, da al hombre conocimiento de las cosas divinas y humanas. Esta es la que distingue las cosas confusas, recoge las derramadas, escudriña las secretas, busca las verdaderas, y examina las aparentes y fingidas. Esta es la que ordena lo venidero, y piensa lo pasado, proveyendo lo uno, y llorando lo otro; para que ninguna cosa que-

¹ Serm. LVII super Cantica. — * Ayuda la consideracion para las virtudes cardinales. — ² In medio.

de sin correccion y sin castigo. Esta es la que en medio de las prosperidades barrunta las adversidades ; y así no desmaya cuando vienen , por haberlas ántes prevenido con la consideracion ; de las cuales cosas la una pertenesce á la prudencia y la otra á la fortaleza. Esta es la que asentada como juez para dar sentencia entre los deleites y las necesidades , señala su término á cada cual de las partes ; dando á las necesidades lo que basta , y quitando á los deleites lo que sobra ; y haciendo esto , cria y forma la virtud de la templanza , á la cual pertenesce este oficio. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo , por las cuales ves cuán grande y cuán general ayuda sea esta para alcanzar estas virtudes.

* Y no solo ayuda para alcanzar las virtudes , sino tambien para resistir á los vicios sus contrarios. Porque dime : ¿qué género de tentacion hay contra quien no pelee el hombre con las armas de la oracion y consideracion ? Porque dado caso que sean para esto menester otras armas , como son ayunos , disciplinas y limosnas , asperezas corporales , y evitar ocasiones de males , y otras cosas semejantes ; mas para de presto ¿qué arma se puede hallar mas á la mano que oracion y consideracion ? ¿Con qué otras armas pelea y vence en estas batallas el varon justo ? Si le acomete el pensamiento de la delectacion carnal , escóndese todo en los agujeros de la piedra , que es en las llagas de Cristo crucificado. Si le combate la ira y el deseo de venganza , pónese á pensar en la paciencia y mansedumbre de Cristo , y

* Ayuda la consideracion para resistir los vicios.

en aquellas dulces palabras con que pedia perdón en la Cruz por aquellos que lo crucificaban. Si lo retienta la gula y el deseo de la cama blanda, y de la vida regalada, alza los ojos á mirar la hiel y vinagre que por nosotros bebió aquella fuente de vida en la Cruz, y la dura cama en que murió, y la aspereza de la vida que vivió. Cuando lo levanta y engrandesce la soberbia, mira la grandeza de su humildad; cuando le enciende la cobdicia, considera el extremo de su pobreza; cuando le entorpesce el sueño y la pereza, mira las vigiliias y trabajos de sus oraciones; cuando lo fatigan los trabajos presentes, considera la grandeza de los bienes advenideros; cuando lo quieren engolosinar los deleites del mundo, mira la eternidad y acerbidad de las penas del infierno; cuando le fatigan los ejercicios de la penitencia, piensa en los ejemplos de los mártires, de los apóstoles, de los profetas, y de los monjes antiguos; y con la consideracion de lo pasado paréscle poco todo lo presente. Y cuando con todos estos defensivos no puede con la carga, añade á la diligencia de la consideracion la voz de la oracion, llamando y implorando con grandes ansias á aquel que no desampara á los que le llaman, y promete que los oirá, y tiene dado ejemplos que nunca desamparó á quien le llamó de todo corazon. Esto es lo que en mil lugares dice David que hacía cuando se veia cercado de lazes de enemigos y de aflicciones¹. Presento (dice él) ante él mi oracion, y doile parte de mi tribulacion.

¹ Psalm. CXLI.

* Y no solo para vencer las tentaciones de los vicios, mas para cualquier obra ardua y dificultosa de virtud, nos ayudamos desa mesma consideracion. Porque cuando la disciplina, y el cilicio, y el andar á pié, y el pan y agua, y las vigiliass de la media noche, y las turbaciones y persecuciones desta vida nos aprietan; si como fieles siervos de Dios queremos llevar adelante lo comenzado, ¿á qué otro puerto nos acogemos, sino al de la oracion y consideracion, pidiendo humilmente al Señor fortaleza y gracia para no caer con la carga, y extendiendo los ojos á considerar mil maneras de ejemplos y remedios que para esto nos pueden animar? Ves pues cuán grande ayuda y socorro tenemos en esta virtud para el servicio y uso de todas las otras virtudes.

§ VII.

Responde á algunas tácitas objeciones.

Mas no por esto piense nadie que se excusa el trabajo y estudio particular de cada una de las otras virtudes, por ser esta tan grande ayuda para alcanzarlas; porque las ayudas generales no excusan las particulares que para cada cosa se requieren. Y generales ayudas son para toda virtud, no sola la consideracion, sino tambien el ayuno, y el silencio, y la oracion, y el sermon, y la confesion, y la comunión, y la devocion y otras virtudes semejantes, que son generales ayudas y estímulos para toda virtud. Mas allen-

* Para cualquier obra ardua nos ayuda la consideracion.

de destas ayudas generales que alumbran el entendimiento, y mueven la voluntad al bien, se requieren los ejercicios propios de las mismas virtudes para arraigar y perfeccionar mas los hábitos dellas con el uso, y facilitar mas al hombre en el ejercicio del bien obrar. Porque de otra manera, así como la espada que nunca salió de la vaina, suele ser mala de desenvainar al tiempo del menester; así el que nunca se ejercitó en los actos de las virtudes, no estará diestro ni ligero en ellas cuando fuere necesario.

Y dado caso que la mayor y mas general ayuda que tenemos para toda virtud sea la caridad; pero desta caridad es como instrumento general esta virtud para todo lo bueno como habemos declarado. De donde así como el ánima es el primer principio de todas las obras del hombre, mas sírvese del calor natural, como de un instrumento general para todo lo que ha de hacer; así tambien la caridad es el principio de todas nuestras buenas obras, mas sírvese de la consideracion y de la devocion, como de instrumentos generales para todas ellas, segun que está ya declarado. Así que no deroga á la caridad dar esta preeminencia á estas virtudes; porque esto compete á ella como á maestra y principal agente, mas á estas, como á instrumentos y ayudadoras suyas.

Dirás por ventura que estos ejercicios de orar, y considerar, etc., pertenescen á los religiosos y sacerdotes, y no á los legos. Es verdad que á ellos principalmente pertenescen por razon de su estado; mas todavia no se excusan los legos de tener alguna manera de oracion (aunque no sea en tanto grado y perfeccion), si quieren perfe-

tuamente conservarse, y vivir en temor de Dios, sin cometer pecado mortal. Porque tambien los legos han de tener fe, esperanza, caridad, humildad, temor de Dios, contricion, devocion y aborrescimiento del pecado. Pues como todas estas virtudes por la mayor parte sean afectivas (como ya dijimos), las cuales necesariamente han de proceder de alguna consideracion intelectual, si no hay esta consideracion, ¿cómo se conservarán estas virtudes? ¿Cómo se ayudará el hombre de la fe, si no se pone algunas veces á considerar eso que le dice la fe? ¿Cómo se encenderá en la caridad, y se fortalecerá en la esperanza, y se enfrenará con el temor de Dios, y se moverá á devocion y á dolor de sus pecados, y al desprecio de sí mismo (en lo cual consiste la virtud de la humildad que á todos pertenesce), si no se pone á considerar aquellas cosas con que se suelen encender estos afectos, segun que arriba declaramos? Ni debe pasar el hombre por estas cosas muy apriesa, y muy de corrida. Porque entre las miserias del corazon humano, una de las mayores es estar tan sensible para las cosas del mundo, y tan insensible para las de Dios; de manera que para las unas está como una yesca muy seca, y para las otras como leña verde, que con muy gran trabajo se enciende. Y por esto no ha de pasar el hombre tan de corrida por estas cosas, que no se detenga algun tanto en ellas, mas ó ménos segun que el Espíritu Sancto le enseñare, y segun que las ocupaciones de cada uno en su estado lo permitieren; aunque no sea necesario tener tiempos diputados cada dia para esto.

Júntanse tambien con esto los peligros del mundo, y la dificultad grande que hay en conservarse los hombres sin pecado en un cuerpo tan malo, y en un mundo tan peligroso, y entre tantos enemigos como tenemos. Y por tanto, si á tí (porque no eres religioso) no obliga á tanto tu estado, no deja de obligarte á algo la grandeza de tu peligro. El estado yo te confieso que es allí mayor; mas tu peligro es tambien mayor. Porque al religioso guárdanle el prelado, y la clausura, y la observancia, y la obediencia, y las oraciones, y los ayunos, y los oficios divinos, y las asperezas de la órden, y la buena compañía, y todos los otros ejercicios y ocupaciones de la vida monástica, y hasta las paredes mismas le guardan; mas al lego (demas de estar desnudo y desproveido de todos estos presidios) cercanle por todas partes dragones y escorpiones, y anda siempre sobre serpientes y basiliscos, en casa y fuera de casa, dentro de sí y fuera de sí; y á la puerta y á la ventana, de noche y de dia tiene armados mil cuentos de lazos; entre los cuales guardar el corazon puro y los ojos castos, y el cuerpo limpio en medio de los fuegos de la mocedad, y de las malas compañías y ejemplos del mundo (donde no se oye una palabra de Dios, sino para hacer burla de quien la dice) es una de las grandes maravillas que Dios obra en el mundo. Por donde si el religioso (porque de su profesion es hombre de guerra) ha de andar siempre armado, tambien lo ha de andar en su manera el lego (aunque no sea en tanto grado); no porque le obligue tanto á esto la perfeccion de su estado, cuanto la grandeza de su peligro;

porque tambien andan armados los que tienen enemigos, como los soldados y gente de guerra: los unos por su obligacion, y los otros por su necesidad. Entre las cuales armas no solo ponemos la oracion, sino tambien el ayuno, y el silencio, y el sermón, y la lición, y los sacramentos, y el huir las ocasiones de los pecados, y todas las otras asperezas corporales. Las cuales cosas todas son como una salmuera, que detienen esta carne corruptible y mal inclinada, para que no crie gusanos y hieda. Porque sin dubda el mayor y mas arduo negocio del mundo es (despues de la corrupcion del pecado original) conservarse los hombres, en un tan mal mundo como este, mucho tiempo sin pecado mortal. Porque si aun los que todo esto hacen padescen trabajos y peligros, ¿qué harán los que nada hacen? Y si aquel sancto rey David ¹, y otros muchos sanctos (que con tanto recaudo y disciplina vivian, y con tantas maneras de armas andaban armados) todavía, ofrescida una ocasion, dieron tan grandes caidas, ¿qué harán los que ninguna cuenta tienen con esto?

§ VIII.

Mas dirás: no soy yo obligado á guardar mas que los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Es verdad; mas para guardar ese muro es menester otro antemuro; para guardar ese vaso es menester una vasera; y para levantar ese edificio es menester un andamio con que se levante. Quie-

¹ II Reg. xi.

ro decir, que para guardar esta ley son menester muchas cosas para esforzar y animar nuestro corazon á la guarda desta ley. Porque si la naturaleza humana estuviera de la manera que estaba ántes del pecado, facilísima cosa fuera cumplir con esa obligacion; mas agora que hay tantas contradicciones, son menester dos cuidados: uno para guardar la ley, y otro para fortalecer nuestro corazon, y vencer las contradicciones que nos impiden la guarda desa ley. Cuando los hijos de Israel, vueltos de la captividad de Babilonia, quisieron reedificar á Hierusalem, no pretendian ellos mas que esto¹; mas porque los pueblos comarcanos procuraban impedirles el edificio, doblóseles el trabajo; porque una parte de la gente entendia en hacer la obra, y otra en pelear y ojear los enemigos de la muralla. Pues como sean tantos los enemigos que nos impiden este espiritual edificio de las virtudes: los demonios por una parte con mil astucias, y el mundo por otra con mil maneras de escándalos y malos ejemplos; la carne por otra con tantas maneras de apetitos tan encendidos, y tan contrarios á la ley de Dios (porque él quiere castidad, y la carne sensualidad; él humildad, y ella vanidad; él aspereza, y ella regalos), si no hay armas para ojear estos enemigos, si no hay medicina para curar esta carne, ¿cómo guardará el hombre castidad entre tantos peligros, caridad entre tantos escándalos, paz entre tantas contradicciones, simplicidad entre tantas malicias, limpieza en un cuerpo tan sucio, y humildad en un mundo

¹ Esdr. iv.

tan vano? Pues para curar esta carne y resistir á los que nos impiden este edificio de las virtudes, son menester otras virtudes: unas que lleven la carga, y otras que nos ayuden á llevarla. Porque la virtud de la castidad cumple con la carga del mandamiento que dice: No fornicarás; mas el ayuno, y la oración, y el huir la ocasion, y la disciplina, y otros tales ejercicios, ayudan á mortificar la carne, para que mejor pueda con esa carga; las cuales virtudes aunque no sean siempre de precepto y de obligacion, muchas veces lo serán, cuando el peligro fuere tal.

Mas entre estas virtudes y defensivos que nos ayudan, uno de los principales es la oracion, por ser un medio tan principal para alcanzar la gracia, que es la que señaladamente puede con la carga de la ley divina. Por lo cual dijo el Eclesiástico¹: El que guarda la ley, multiplica la oracion. Porque como ve por experiencia que no puede guardar la ley (con la cual se alcanza la gloria) sin la gracia, aprovéchase de la oracion para alcanzar la gracia, con la cual puede guardar la ley. La ley manda que sea continente; mas sobre esto añade el Espíritu Santo², y dice por el Sabio³: Como supiese yo que nadie podía ser continente, si tú, Señor, no le dieses gracia para ello (y era grande gracia saber cuyo era este don), fuíme al Señor, y pedíle esta gracia con todo mi corazon. Ves pues (lo que al principio decíamos) ¿cómo el muro ha menester antemuro, y el vaso ha menester vasera, y unas virtudes han menester otras virtudes para guar-

¹ Eccli. xxxv. — ² Sap. viii.

darse las espaldas unas á otras? Pues segun esto, si estás obligado á guardar la ley de Dios, y no hacer pecado mortal; en razon está que busques todas aquellas cosas que te ayudan á guardar esa ley, y conservarte sin pecado. Las cuales cosas aunque generalmente sean de consejo, y algunas veces podrán ser de precepto (segun dijimos) cuando la necesidad fuere tan grande, que sin ellas no se puedan guardar los mismos preceptos, como todos los doctores dicen: puesto caso que el buen cristiano que de véras desea su salvacion, no ha de aguardar á buscar los remedios en los postreros peligros, cuando está con el cuchillo á la garganta; sino mucho ántes ha de estar proveido y reparado para que así viva mas seguro. Tambien es verdad que estos medios (como dijimos) diferentemente competen al religioso que al lego; y la mesma oracion y consideracion (que es uno dellos), de otra manera la ha de tomar el uno que el otro, porque el uno tiene esto por oficio (porque camina á la perfeccion), mas el otro tómalala por medio para cumplir con su obligacion. Y por esto tanto ha de tomar de la medicina, quanto baste para curar su dolencia; y tanto ha de tomar de los medios, quanto baste para conseguir su fin. Bástale recogerse algunas veces para entrar dentro de sí, y mirar por su casa; y así con estos como con cualesquier otros ejercicios y oraciones (porque no se hace fuerza mas en estos que en otros) entender en el reparo de su consciencia, y en la reformacion de su vida. Porque, pues este es el mayor de nuestros negocios, no ha de ser el postrero de nuestros cuidados.

Dicho pues ya de la utilidad y necesidad de la consideracion, y aficionados con esto los corazones á esta virtud, comencemos á tratar de la materia de la consideracion: que es de algunas piadosas y devotas consideraciones, que mas nos puedan inducir al amor y temor de Dios, aborrescimiento del pecado, menosprecio del mundo. Para lo cual ningunas hay mejores ni mas eficaces, que las que se sacan de los principales artículos y misterios de nuestra fe: cuales son la Pasion y muerte de nuestro Salvador, la memoria del juicio, del infierno, del paraíso, de los beneficios divinos, y tambien de nuestros pecados, y de la vida y de la muerte: porque cada cosa destas bien pesada y considerada, mueve mucho nuestro corazon á todo lo dicho. Estos mismos lugares trató Sant Buenaventura en un libro que llama *Fascicularius*; y repartiólos por los dias de la semana, para que cada dia tuviese el hombre nuevo pasto para su ánima, y nuevos motivos para la virtud; y así se pudiese evitar el hastío de pensar siempre una mesma cosa; y por esta causa me pareció que debia yo seguir el repartimiento deste tan señalado y sancto doctor, que es el que mas copiosamente trató estas materias. Y si alguno no holgare con este repartimiento, y quisiere seguir otro, licencia tiene para ello, y ejemplos que imitar; porque en esto va poco, y lo mejor en estas materias es aquello con que el hombre se halla mejor, y mas provecho recibe.

Tambien me pareció que pues el pasto y mantenimiento de nuestra ánima es la palabra de Dios, y consideración de las cosas divinas (porque con esta se sustenta ella en la vida es-

piritual, la cual consiste en amor y temor de Dios); que así como al cuerpo damos ordinariamente dos veces cada día su refeccion, para que no desfallezca en su vida, así tambien la debíamos dar á nuestra ánima, para que no desfalleciese en la suya; aunque esto no sea cosa de obligacion ni de precepto, sino de un saludable consejo, mayormente viendo que los sanctos hacian esto mas veces, pues el profeta Daniel tres veces al dia se recogia á este oficio ¹, y el profeta David siete veces al dia tenia por estilo alabar á Dios ². Por cuyo exemplo la sancta madre Iglesia instituyó las siete horas canónicas ³; y por esta causa señalamos aquí dos maneras de meditaciones: unas para la mañana, que tratan de la Pasion de nuestro Redemptor, y otras para la tarde, ó para la noche, que tratan de los otros pasos y materias que dijimos.

Mas si alguno fuere tan pobre de tiempo ó de devocion, que no pueda recogerse dos veces al dia, á lo ménos trabaje por recogerse una. Y por no perder el fructo de todas estas meditaciones siguientes, podrá ejercitarse en las unas una semana, y en las otras otra; para que así guste y se aproveche de toda la doctrina que aquí se da.

CAPÍTULO II.

De cinco partes que puede tener la oracion.

Estas que te vamos á proponer son, cristiano lector, las meditaciones en que te puedes ejerci-

¹ Dan. vi. — ² Psalm. cxviii. — ³ Cap. Dolentes, de celebrat. Miss. et cap. Placuit, et cap. de his, 12. dis,

tar los dias de la semana ; para que así no te falte materia en que pensar. Mas aquí es de notar , que ántes desta meditacion pueden preceder dos cosas y seguirse otras dos ; de manera que sean por todas cinco partes las que entrevengan en este ejercicio : conviene saber , preparacion , licion , meditacion , hacimiento de gracias y peticion.

Porque primeramente ántes que entremos en la oracion es necesario aparejar el corazon para aquel sancto ejercicio , que es como quien temple la vihuela para tañer. Por lo cual , dijo el Eclesiástico , ántes de la oracion apareja tu ánima ; y no seas como el hombre que tienta á Dios. Tentar á Dios es querer que haga milagros en las cosas que se pueden hacer por otros medios. Pues como el aparejo del corazon sea un tan principal medio para alcanzar la devocion , el que pretende alcanzarla sin este medio , por el mismo caso quiere que Dios haga milagro ; lo cual dice aquí el Eclesiástico que es como tentar á Dios.

Despues de la preparacion se sigue la licion del paso que se ha de meditar en aquel dia , segun el repartimiento de los dias de la semana que arriba se hizo. Lo cual sin dubda es necesario á los principios , hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar. Mas despues que por el uso de algunos dias se sabe ya esto , no será tan necesaria esta licion ; sino luego podemos proceder á la meditacion.

Despues de la meditacion se puede seguir luego un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recebidos ; el cual ha de acompañar

siempre todas nuestras oraciones, segun que lo aconseja el Apóstol, diciendo ¹: Ocupaos con mucha instancia en la oracion, velando en ella con hacimiento de gracias. Porque, como dice Sant Augustin ², ¿qué cosa mejor podemos tener en el corazon y pronunciar por la boca, y escribir con la pluma, que esta palabra: Gracias á Dios? No hay cosa que mas brevemente se diga, ni mas dulcemente se oya, ni mas alegremente se entienda, ni mas fructuosamente se haga.

La última parte es la peticion (que propriamente se llama oracion), en la cual pedimos todo aquello que conviene, así para nuestra salud, como para la de nuestros prójimos, y de toda la Iglesia.

Estas cinco partes pueden entrevenir en la oracion; las cuales entre otros provechos tienen tambien este: que dan al hombre aun mas copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares; para que si no pudiere comer de uno, coma de otro, y para que si en una cosa se le acabare el hilo de la meditacion, entre luego en otra donde se le ofrezca otra cosa en que meditar.

Bien veo que ni todas estas partes, ni esta orden es siempre necesaria para todos; mas todavía servirá esto á los que comienzan, para que tengan alguna orden y hilo por donde se puedan á los principios regir. Cierto es que algunas cosas son necesarias á los principios para enseñar una facultad, que despues de sabida serian de-

¹ Colos. iv.

² Super Psalm. cxxxii, et epist. LXXVII, tom. II.

masiadas. Y por esto de ninguna cosa que aquí dijéremos quiero que se haga ley perpetua, ni regla general; porque mi intento no fué hacer ley, sino introduccion para imponer á los nuevos en este camino: en el cual despues que hobieren entrado por esta puerta, el uso (como dijimos) y el Espíritu Sancto les enseñará lo demás. Lo cual dicho una vez en este lugar, quiero que se entienda en toda esta escriptura.

CAPÍTULO III.

De la preparacion que se requiere para ántes de la oracion.

Agora será bien que tratemos en particular de cada una destas cinco partes susodichas, y primero de la preparacion, que es la primera de todas.

Ya dijimos que era necesario algun aparejo para entrar en la oracion. Este aparejo puede ser de muchas maneras ¹. Porque puede el hombre disponerse para la oracion trayendo á la memoria sus pecados, y señaladamente los de aquel dia, y acusarse dellos, y pedir al Señor perdon dellos, segun aquello del Sabio, que dice ²: El justo al principio es acusador de sí mesmo. Esto parece que es descalzarse los piés para entrar en la tierra sancta ³, y lavar las vestiduras para salir á recebir á Dios quando viene á tratar con los hombres, y enseñarles su sancta ley ⁴. Esta

¹ Cassianus, collat. IX, c. 3. Quales orantes volumus inveniri, tales nos ante orationis horam præparare debemus. — ² Prov. XVIII. — ³ Exod. III. — ⁴ Exod. XIX.

manera de aparejo nos enseña la misma naturaleza; porque comun cosa es, cuando vamos á pedir algo á nuestros amigos, pedirles perdon si en algo los habemos ofendido, primero que les pidamos otra cosa. Esto se puede hacer á veces con solo el corazon, y á veces diciendo la confesion general, ó el salmo *Miserere mei, Deus*¹, ó otro semejante; con tanto que ninguna cosa destas se diga de corrida, sino con todo el reposo y sentimiento que sea posible.

Mas no se debe el hombre detener mucho en esta consideracion de los pecados (como hacen algunos que aquí comienzan y acaban, y aquí se les pasa toda la vida), porque aunque esto sea siempre bueno, y á los principios necesario; mas todavia conviene que se tome con tal medida, que no quite el lugar á otras cosas mejores. Y por esto no es menester que descienda el hombre á considerar muy por menudo sus pecados, especialmente aquellos cuya representacion le podria incitar á mal, sino basta que hecho uno como haz de todos ellos, lo arroje en aquel abismo de la divina bondad y misericordia, esperando el perdon y remedio della.

Tambien nos podemos aparejar considerando la majestad y grandeza de aquel Señor con quien vamos á hablar en la oracion. Porque esta consideracion nos enseñará con cuánta reverencia y humildad, y con cuánta atencion debe hablar una criatura miserable, como es el hombre, á un Señor de tanta majestad, como es Dios, sobre un negocio de tanta importancia como es su

¹ Psalm. L.

salvacion. Mas para entender algo desta divina Majestad, debes considerar que los cielos y la tierra, y todo el universo no es mas que una hormiga; ó, como dijo el Sabio¹, un grano de peso que se carga en la balanza delante la majestad de Dios. Pues si todo lo criado no es mas que una hormiga delante dél, tú que tan pequeña parte eres de todo ello, ¿qué parecerás delante dél?

Esta consideracion es como una profunda reverencia que hace el ánima dentro de sí mesma delante del trono de aquella soberana Majestad, quando entra en su palacio á hablar con ella. Con esta manera de humildad y reverencia nos enseñó á orar el Hijo de Dios, quando se prostró en tierra para hacer oracion²: para darnos á entender cuán derribado ha de estar el hombre, y cuán sumido en el abismo de su vileza, quando se pone á hablar con Dios. Con este espíritu y sentimiento puede el hombre repetir las palabras de aquel sancto Patriarca que decia³: Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza.

Sobre todo esto aprovecha mucho para este aparejo considerar lo que vamos á hacer quando nos llegamos á la oracion. Porque bien mirado, no vamos allí á otra cosa sino á recibir el espíritu de Dios, y las influencias de su gracia, y el alegría de la caridad y devocion; de la cual vemos cuán llenas salen las ánimas de los justos acabada una larga y devota oracion. Y si esto es así, por aquí verás con cuánta humildad y reverencia, y con cuánta atencion y devocion dé-

¹ Sap. xi. — ² Matth. xxvi. — ³ Genes. xviii.

bes estar cuando te llegas á abrir los senos del ánimo para recibir á Dios. Mira con qué devoción ardian los apóstoles cuando estaban esperando la venida del Espíritu Santo ¹, y por aquí entenderás cómo debes tú estar cuando te llegas á esperar y recibir el mismo Espíritu Santo; aunque no sea con tanta plenitud. Por aquí verás cuán cerradas has de tener entónces las puertas de tu entendimiento y voluntad á todos los cuidados del mundo, y cuán abiertas á solo Dios; porque si viniere, no se vuelva por hallar cerrada la puerta, ó embarazada la posada con otros huéspedes. Pues con este aparejo y espíritu puedes presentarte aquí ante la cara del Señor, como aquel hidrópico que estaba delante dél esperando de su misericordiosa mano el beneficio de su salud ², ó como aquel leproso que arrodillado ante sus piés, humildemente decia ³: Señor, si quieres, puedesme limpiar. Mira de la manera que está un perro ante la mesa de su señor halagándole con los ojos, y con todo el cuerpo, esperando alguna migajuela de su mesa; y desta manera te debes presentar ante aquella rica mesa del Señor de los cielos, confesándote por menor que todas sus misericordias, y pidiendo alguna partecica dellas para tí. Con este espíritu puedes decir aquel salmo ⁴: *Ad te levavi oculos meos, qui habitas in cælis*, etc. El cual aunque breve, es muy aparejado para despertar y encender este afecto susodicho.

Desta preparacion ó de la otra puedes usar como quisieres; sino que la primera parece que

¹ Act. I. — ² Luc. XIV. — ³ Matth. VIII; Marc. I. —

⁴ Psalm. CXXII.

conviene mas para la noche, cuando el hombre debe examinar su consciencia, y pedir perdon de los defectos de aquel dia, y la segunda para la mañana, cuando madruga á pedir á Dios limosna y socorro de gracia para mejor emplear aquel dia en su servicio.

Y porque el saber orar como conviene, es muy especial don de Dios y obra del Espíritu Santo¹, pídele humilmente, así en la una preparacion como en la otra, que él te enseñe á hacer este oficio, y te dé gracia para estar allí hablando con él con aquella atencion y devocion, y con aquel recogimiento de corazon, y con aquel temor y reverencia que conviene á tan grande Majestad; y asimesmo para que de tal manera perseveres y gastes aquel poco de tiempo en este ejercicio, que salgas dél con nuevas fuerzas y aliento para las cosas de su servicio.

Tambien suele ser buena manera de aparejo rezar algunas oraciones vocales ántes de la meditacion: cuales son muchas que se hallan en diversas horas y libros devotos; y especialmente en las Meditaciones de Sant Augustin, y en el Salterio de David: donde hay algunos devotísimos salmos que ayudarán mucho á encender y despertar la devocion. Porque proprio es de las palabras devotas (si se dicen con sentido y atencion) herir el corazon y levantarlo á Dios, lo cual nos es tanto mas necesario, quanto mas estuviere nuestro espíritu resfriado y distraido.

Y aun sirven mucho mas estas mismas oraciones quando son rimadas, como son muchos

¹ Rom. viii.

himnos de sanctos, prosas, y versos; porque (no sé cómo) las palabras de Dios en este estilo y armonía traen consigo mayor dulzura y suavidad. Y así hallamos en las obras de Sant Buena-ventura (que fué un doctor devotísimo) muchos himnos destos, y algunos en Sant Bernardo, y otros tambien en otros. Tambien son muy alabados (y con razon) tres himnos devotísimos que hizo Hierónimo Vidas á las tres Personas Divinas, con otros semejantes: los cuales sabidos de coro, y pasados devotamente por la memoria, son como un suavísimo manná que comienza á endulzar el paladar de nuestra ánima, y disponerlo para el gusto de las cosas de Dios.

Aquí conviene avisar de la intencion con que el hombre se ha de llegar á la oracion; porque no se ha de llegar principalmente por su propria consolacion y regalo (como hacen algunos amadores de sí mesmos), sino solo por hacer en esto la voluntad de Dios, y pedirle su gracia, y disponerse para ella. Y con todo esto ha de ir el hombre tan puesto en las manos de Dios, que tan aparejado ha de estar para las consolaciones, como para las desconsolaciones; poniéndose humildemente en sus manos, para que disponga dél y de sus cosas todo lo que por bien tuviere, conociendo por una parte que no es merecedor de nada, y creyendo por otra que aunque esto sea así, el Señor por su infinita bondad y clemencia hará aquello que mas convenga para su salud. Y por esto debe el hombre contentarse igualmente con lo poco, y con lo mucho, y con cualquier tratamiento que nuestro Señor le hiciera; teniéndose por indigno de todo lo que le

dan, y estando aparejado para todo lo que le mandaren : no por lo que espera recibir , sino por lo que ya tiene recibido , y por lo que Dios merece. Contra lo cual vemos que hacen muchos, los cuales son como los mozos harones , que si no les bailan delante, van refunfuñando á los mandados.

Tambien conviene aquí avisar que cuando el hombre ha de tener su ejercicio de oracion por la mañana, se acueste con este cuidado de antenoche; y como los que han de amasar otro dia, suelen recentar de antenoche, así debe el hombre prevenir con una piadosa solicitud, y encomendar al Señor lo que otro dia ha de meditar¹. Mas á la mañana en despertando, luego debe ocupar la posada con aquel sancto pensamiento, ántes que otro la ocupe; porque en aquella hora está el corazon tan dispuesto, que cualquier pensamiento que primero se le ofresce, de tal manera se apodera dél, que despues no hay quien lo pueda echar de casa.

Y porque la oracion de muchos es muy agradable á nuestro Señor, para esto será bien que en la oracion, así de la mañana como de la noche, pienses cuántos siervos y siervas de Dios, así en monasterios como fuera dellos, estarán en aquella mesma hora velando, y perseverando ante el acatamiento divino, derramando muchas lágrimas, y por ventura mucha sangre por él; con los cuales te debes tú humilmente ayuntar, para que la presencia y la dulce memoria dellos te sea incentivo de devocion, y ejemplo de

¹ Cassianus, collat. IX, c. 3. Quicquid enim ante orationis horam anima nostra conceperit, necesse est ut orantibus nobis per ingestionem recordationis occurrat.

perseverancia en la oracion. Y asimesmo quando te hallares negligente en aquel ejercicio, y te vinieren pensamientos de acabarlo, puedes avergonzarte y acusarte con el ejemplo de tantos buenos los cuales con tanta atencion y solicitud perseveran en aquel ejercicio sin cesar, ofresciendo allí sus cuerpos y ánimas á Dios en sacrificio.

CAPÍTULO IV.

De la licion.

Despues de la preparacion se sigue la licion, la cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino muy sosegada y atenta, aplicando á ella no solo el entendimiento, para entender lo que se lee, sino mucho mas la voluntad, para gustar lo que se entiende. Y quando halláremos algun paso devoto, será bien detenernos un poco mas en él, y hacer allí una como estacion, pensando en lo que se ha leído, y haciendo alguna breve oracion sobre ello, segun que lo aconseja Sant Bernardo, diciendo ¹: Menester es muchas veces recoger algun poco de espíritu y devocion de la escriptura que se lee, y cortar el hilo de la licion con alguna oracion, con la cual se levante el corazon á Dios, y hable con él, conforme á lo que pide el sentimiento, y la materia del paso que se leyó.

Aquí conviene avisar que la licion no sea muy larga; porque no nos ocupe la mayor parte del

¹ De modo orandi, c. 7 et 8, et de form. honestæ vitæ, c. 8.

tiempo, y así se hurte á los otros ejercicios mas principales. Porque, como dice Sant Augustin¹, bueno es orar y leer, si podemos hacer ambas cosas; mas si no las podemos hacer, mejor es la oracion que la licion. Mas porque en la oracion algunas veces hay trabajo, y en la licion facilidad; de aquí nasce que este nuestro miserable corazon muchas veces rehusa el trabajo de la oracion, y se acoge al regalo de la licion, como el mesmo Sant Bernardo, quejándose de sí mesmo, dice que algunas veces lo hacia².

Verdad es que así como á falta de pan de trigo suelen comer los hombres el de centeno, ó de cebada, por no quedar del todo ayunos; así quando el corazon está tan distraido que no puede entrar en la oracion, puede detenerse algo mas en la licion, ó juntar en uno la meditacion con la licion, leyendo un paso, y meditando sobre él, y luego otro, y otro de la mesma manera; porque yendo así atado el entendimiento á las palabras de la licion, no tiene tanto lugar para derramarse en diversas imaginaciones y pensamientos, como quando está libre y suelto. Aunque mejor seria luchar todo aquel tiempo con Dios, como el patriarca Jacob³; porque en fin acabada la lucha nos daria su bendicion, ó dándonos la devocion que procuramos, ó alguna otra mayor gracia, la cual nunca se niega á los que fielmente trabajan y pelean por su amor.

¹ SS. Aug. et Bernard. Hic de modo bene viv. serm. L. Ille in Scala Parad. — ² In lib. medit. c. 7. — ³ Genes. XXXII.

CAPÍTULO V.

De la meditacion.

Despues de la licion se sigue la meditacion del paso que se ha leido. Acerca de lo cual es de saber que esta meditacion unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginacion, como son todos los pasos de la vida y Pasion de Cristo, y otras de cosas que pertenescen mas al entendimiento que á la imaginacion; como cuando pensamos en los beneficios de Dios, ó en su bondad y misericordia, ó en cualquiera otra de sus perfecciones. Esta manera de meditacion se llama intelectual, y la otra imaginaria. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, segun que la materia de las cosas lo requiere.

Y por esto cuando el misterio que queremos pensar es de la vida y Pasion de Cristo, ó de alguna otra cosa que se puede figurar con la imaginacion, como es el juicio final, ó el infierno, ó el paraíso, debemos figurar cada cosa destas con la imaginacion de la manera que ella es, ó de la manera que pasaria, y hacer cuenta que allí en aquel mismo lugar donde estamos pasa todo aquello en presencia nuestra; para que con esta representacion de las cosas sea mas viva la consideracion y sentimiento dellas. Y algunos hay que dentro de su mismo corazon imaginan que pasa cualquiera cosa destas que piensan; porque pues en él caben ciudades y reinos, no es mucho que pueda caber tambien la representacion y figura destos misterios. Y aun esto suele

ayudar mucho para traer el ánima recogida, entendiendo en labrar como abeja dentro de su corcho su panar de miel. De cualquiera destas dos maneras podemos usar en esta manera de meditacion imaginaria. Porque ir con el pensamiento á Hierusalem para meditar las cosas que allí pasaron en sus propios lugares, es cosa que suele enflaquecer y hacer daño á las cabezas.

Y por esta mesma causa tampoco debe el hombre hincar mucho la imaginacion en las cosas que piensa ; porque demas de fatigarse con esto la cabeza, podria tambien caer él en algun engaño con esta vehemente aprehension, pareciéndole que realmente ve lo que con esta fuerza imagina.

CAPÍTULO VI.

Del hacimiento de gracias.

Acabadas estas tres partes, se puede luego seguir hacimiento de gracias por los beneficios recibidos. Y por no cortar el hilo de la devocion con diversos afectos y materias, puede el hombre continuar esta parte con la precedente, tomando ocasion de lo que ha pensado, para dar gracias á nuestro Señor por el beneficio que en aquello le hizo ; y juntar con este beneficio todos los otros, y darle gracias por ellos. Porque acabando de pensar algun paso de la Pasion, podemos dar luego gracias á nuestro Señor por aquel beneficio de nuestra redempcion, y especialmente por habernos querido redimir con tantos trabajos, y luego darle tambien gracias por todos

los otros beneficios. Asimesmo quando hobiéremos pensado en nuestros pecados, podemos darle gracias porque nos esperó tanto tiempo y nos llamó á penitencia ; y quando en las miserias desta vida , por las muchas de que nos habrá librado ; y quando en el paso de la muerte , porque nos ha dado vida , y esperado á penitencia ; y quando en la gloria del paraíso , porque nos crió para tan grande bien , y así en todos los demas. Y despues (segun dijimos) debe el hombre juntar con este beneficio todos los otros beneficios : como son, el beneficio de la creacion , y conservacion , y redempcion , y vocacion , y glorificacion , de los cuales se trató arriba en la meditacion del domingo en la noche. Por estos y otros infinitos beneficios , así públicos como secretos, dé todas cuantas gracias pudiere , y llame á todas las criaturas del cielo y de la tierra para que le ayuden á este oficio. Y con este espíritu podrá alguna vez decir aquel cántico¹ : *Benedicite omnia opera Domini Domino*, etc. , ó el salmo² : *Benedic anima mea Domino , et omnia quæ , etc.*

CAPÍTULO VII.

De la peticion.

Resta la última parte de todas, que es la peticion ; la cual contiene dos partes, en la una de las cuales pedimos para los prójimos , y en la otra para nosotros.

La primera se puede continuar con la pasada

¹ Dan. iii. — ² Psalm. ciii.

(que es con el hacimiento de gracias), deseando que todas las criaturas sirvan y alaben á un Señor tan digno de ser alabado y servido, por ser tan piadoso y largo para con todas sus criaturas. Y así con este afecto y deseo de la gloria de Dios ruéguele primeramente por todo el universo mundo, porque todas las gentes conozcan y sirvan á tan gran Señor, y luego por la Iglesia cristiana, y por todas las cabezas della; para que por ellas sean encaminados todos los fieles al conocimiento y servicio de su Criador.

Asimesmo ruegue por todos los miembros desta Iglesia: por los justos, que Dios los conserve; y por los pecadores, que los perdone; y por los defunctos, que los lleve á su gloria perdurable. Asimesmo ruegue por todos sus deudos, amigos y bienhechores; y por todos los atribulados, captivos, enfermos, y encarcelados, con los cuales podrá sin discurso ni distraimiento cumplir las obras de misericordia, encomendándolos al Señor que los crió, y poniendo las necesidades de todos en aquellas manos que por todos se pusieron en cruz.

Despues desto debe pedir el hombre para sí lo que sintiere que ha menester, segun las particulares necesidades y miserias que siente en su ánima. Especialmente quando pedimos remedio para contra algunos vicios y pasiones de que somos mas molestados, ó algunas virtudes de que tenemos mayor necesidad. Esta manera de petition, entre otros provechos, tiene este: que renueva cada dia en el ánima los buenos propósitos y deseo de las virtudes, y la mueve mas á hacer aquello que tantas veces y con tanto deseo

pidió; y avergüénzala mas cuando no lo hace, acordándose con cuánto deseo y instancia pidió al Señor gracia para hacerlo. Conforme á lo cual dice Sant Crisóstomo ¹: Los que de véras hacen oracion, no les sufre el corazon cometer cosa indigna de tal ejercicio; sino teniendo respecto á Dios, con quien poco ántes trataron y conversaron, presto desechan de sí todas las sugestiones del demonio, pensando entre sí cuán gran mal sea el que poco ántes habló con Dios, y le pidió castidad y sanctidad con todas las otras virtudes, que se pase luego al bando del enemigo, y abra las puertas de su ánima á torpes y deshonestos deleites, y dé lugar al demonio en aquel pecho donde poco ántes moró el Espíritu Sancto.

Mas es mucho de doler que algunos dicen que no saben lo que han de pedir. No es excusa esta para recibir. Porque ¿qué bestia hay tan insensible que no sepa significar por alguna via la necesidad que tiene? ¿Qué enfermo hay que no sepa decir: aquí me duele? Mira, pues, ó hombre, á tí mesmo; mira los vicios y pasiones que mas te combaten; si la avaricia, si la ira, si la vanagloria, si la dureza de tu propria voluntad, si la soltura de la lengua, si la liviandad de corazon, si el amor de la honra ó del regalo, si la inconstancia en los buenos propósitos que propones, el amor proprio, ó algunas otras semejantes pasiones y pestilencias del ánima; y descubre todas estas llagas una por una á aquel médico del cielo, para que él las cure con la uncion de su gracia.

¹ Tom. V, lib. II de orando Deum, paulo post init.

Pedido ya el remedio para los vicios, pide luego todas aquellas virtudes que mas convienen para tu salud. Y porque esta es una principal parte deste ejercicio, en la cual á veces se suele gastar todo el tiempo de la oracion con mucho gusto y aprovechamiento, parescióme señalarte aquí las principales virtudes, que son como columnas de la vida espiritual; para que siempre sospires por ellas, y siempre las pidas al Señor en tu oracion.

§ I.

Peticion de las virtudes mas necesarias.

Primeramente debes pedir al Señor estas cuatro virtudes, que son como fundamento de toda la vida espiritual; las cuales se han de traer siempre ante los ojos, porque siempre y en todos los pasos de la vida son necesarias: conviene saber, composicion del hombre interior y exterior, discrecion y atencion en todo lo que se hobiere de hacer ó decir, para que todo vaya conforme al juicio de la razon; freno y cuenta con la lengua, y rigor y aspereza en el tratamiento de la persona. Entre las cuales virtudes pusimos por primera la composicion del hombre interior y exterior, porque es principio que dispone para todas las otras. Y la composicion del hombre interior consiste en traer á Dios presente en el corazon, y la del exterior en hacer todas las cosas como quien está en su presencia, y lo tiene siempre delante por juez y testigo de su vida¹.

¹ D. Bern. lib. Meditationum, c. 6.

Tras destas se siguen otras cuatro virtudes, en que consiste la summa de la perfeccion : las cuales están de tal manera entre sí annexas y subordinadas, que no se puede sustentar la una sin la otra. Estas son, obediencia perfecta, mortificación de la propia voluntad, fortaleza para vencer toda dificultad y trabajo, y aborrescimiento y desprecio de sí mismo. Porque está claro que la summa de toda la doctrina cristiana es una perfecta obediencia y conformidad con la divina voluntad, así en todo lo que manda, aconseja y inspira, como en todo lo que ordena acerca de nos. Esta obediencia no se puede guardar, si no tenemos un cuchillo en la mano para cortar todos los apetitos desordenados de nuestra propia sensualidad y voluntad, que contradicen á la divina. Mas este golpe nadie lo puede dar, si no tiene grande fortaleza de ánimo para pelear consigo mismo, y hacer guerra mortal á sus propias inclinaciones y apetitos. Y esta guerra nunca jamas hará sino el que por amor de Dios hubiere llegado á tener un verdadero y sancto aborrescimiento y desprecio de sí mismo; porque donde hay aborrescimiento, fácilmente se sigue maltratamiento y desprecio de lo aborrescido; mas donde no lo hay, sino amor, de mala gana toma el hombre el azote en la mano para maltratar á quien ama. Por do parece que ninguna destas virtudes puede dar un solo paso sin el ayuda y socorro de la otra.

Despues desta se siguen luego otras cuatro altísimas y nobilísimas virtudes, que son: humildad interior y exterior, pobreza de espíritu y de cuerpo, paciencia en todas las adversidades y

tribulaciones, pureza de intencion en las buenas obras; haciendo todo lo que hiciéremos puramente por amor de Dios, sin mezcla de otro interés ni respecto, así temporal como espiritual.

Despues destas se siguen otras cuatro virtudes, que son el fin y principio de toda la perfeccion; las cuales son: fe firmísima de todo lo que Dios dice y promete; esperanza segura en él, como verdadero padre, en todas las necesidades y tribulaciones que se nos ofrecieren; amor de Dios, que siempre arda en nuestro corazon, y junto con el temor y reverencia de su grande Majestad y justicia: el cual siempre ha de acompañar todas nuestras obras.

Y con todo lo susodicho se ha de juntar la perseverancia y continuacion en el ejercicio de todas estas virtudes, la cual hace en poco tiempo arribar á la cumbre de la perfeccion. En estas susodichas virtudes principalmente consiste la summa de toda la perfeccion, y por eso todo nuestro estudio y diligencia se ha de emplear en buscarlas por todos los medios que nos sea posible, y señaladamente por la oracion, que es el principal medio por do se alcanza todo bien.

Aquí me parece dar aviso que cuando el hombre pidiere alguna destas virtudes, se detenga un poco, y haga una como estacion en cada una dellas, considerando brevemente los motivos principales que mas nos pueden inducir al mayor ejercicio de la tal virtud. Pongamos ejemplo. Cuando pidiéremos la virtud de la caridad, que es el amor de Dios, podemos decir: Señor, dame gracia para que te ame yo con todo mi corazon y ánima; pues tú eres una infinita bondad

y hermosura que mereces ser amado con amor infinito ; y demas desto , porque tú eres mi único bienhechor , y mi padre , y mi criador , y mi último fin , y el esposo de mi ánima á quien se debe todo amor. Asimesmo quando pidieres la virtud de la esperanza , puedes decir : Dame tambien gracia para que en todas las necesidades y tribulaciones que en esta vida se me ofrecieren , espere en tí ; pues tu misericordia es infinita , y tus promesas verdaderas , y los merecimientos de tu unigénito Hijo son de infinito valor : los cuales hablan y abogan por mí. Desta manera puedes pedir el temor de Dios , y la humildad , y algunas otras virtudes , cuyas peticiones no quise asentar aquí por escripto. Porque así como dicen que aprovecha mas al enfermo el manjar que él mesmo come y desmenuza con los dientes , que el que se le da bebido ; así suele ser mas provechosa la oracion que ordena el mesmo que ora con las palabras que el Espíritu Sancto le enseña , que la que va ordenada y compuesta con palabras ajenas : que muchas veces se rezan como oracion de ciego , sin atencion y sin afecto.

Esta última parte , que es la peticion , demas de ser muy fácil de hacer , es de grandísimo provecho ; porque (como arriba dijimos) no solamente es ejercicio de oracion , sino tambien de todas las virtudes , y una como licion y conferencia de todas ellas ; en la cual el hombre renueva todos sus buenos propósitos y deseos , y pasa por la memoria los principales puntos y capítulos de la ley de Dios : que es el ejercicio continuo del

varon justo, de quien se dice que pensará en la ley del Señor día y noche ¹.

Estas cinco partes susodichas puede tener el ejercicio de la oracion; aunque (como dije) no son todas siempre necesarias; porque á las veces en la meditacion sola, ó en la peticion, se gasta todo aquel tiempo; pero señálanse todas estas, para que á lo ménos por falta de materia no deje nadie esta sancta ocupacion; y tambien porque en el tiempo que falta la devocion (en el cual no conviene por esto aflojar en los buenos ejercicios), tenga el hombre en qué poder ocuparse aquel rato de tiempo, haciendo de su parte lo que fuere en sí: que es lo que Dios principalmente nos pide.

Aquí es mucho de notar que entre todas estas cinco partes la mejor es cuando el ánima habla con Dios, como se hace en la peticion. Porque en la licion ó meditacion el entendimiento discurre con poco trabajo por do le parece; mas cuando hablamos con Dios, allí selevanta el entendimiento á lo alto, y tras dél tambien la voluntad; y allí entreviene comunmente mayor devocion y atencion de parte del hombre, y mayor temor y reverencia de la divina Majestad con quien está hablando, junto con un humilde y encendido deseo de lo que le está pidiendo. Y este movimiento y levantamiento de espíritu con todos estos actos de virtudes que lo acompañan, dejan el ánima mas ennoblescida y edificada que otro cualquier discurso: como lo puede cada uno ver en

¹ Psalm. 1.

si por experiencia. Porque está claro que en el discurso de la meditacion no entreviene otra cosa mas que una piadosa inquisicion y consideracion de las cosas espirituales, que así como es acto de entendimiento, así es de poco jugo y provecho; mas en la devota oracion entrevienen casi todas las virtudes, con cuyas alas el ánima se levanta á lo alto, y viene á juntarse con Dios.

Y como quiera que este coloquio espiritual con Dios sea el mejor bocado deste ejercicio, entre todos los coloquios el mejor es el del amor, quando estamos actualmente amando á Dios, y alabándole, y pidiéndole con grandes ahincos y entrañables deseos este amor; porque como la caridad sea la mayor de las virtudes¹, ninguna cosa hay mas agradable á Dios, ni mas dulce y provechosa para el hombre, que es el uso y ejercicio della.

Este llaman los sanctos ejercicio de aspirar el amor divino. Y á este fin se ordena la meditacion y la oracion, y todos los otros buenos ejercicios; por donde se da por regla general á todos los que oran, que procuren quanto les sea posible levantar su espíritu á este divino coloquio, que es hablar y tratar con el mismo Dios, mayormente en tratos de amor, y ejercicios de aspiracion. Y por esto será bien dejar esta peticion del amor para en fin de todo el ejercicio, guardando el mejor vino para el fin de este convite, y para que acabada ya su jornada, se pueda detener aquí el hombre todo lo que quisiere. Aunque no será inconveniente comenzar y acabar en esto,

¹ I Cor. XIII.

cuando el Espíritu Sancto abriere camino para ello.

Tambien conviene aquí avisar que en todas las cosas que pidiéremos, siempre aleguemos de nuestra parte los merescimientos de Cristo, nuestro único y verdadero Salvador; el cual, como dice el Apóstol ¹, es nuestra justicia, y sabiduría, y sanctificacion, y redempcion. En estos ha de estribar principalmente nuestra confianza, y estos habemos de presentar ante el acatamiento divino, contándolos, y ofresciéndolos al Padre uno por uno, y tomando, como dice Sant Bernardo ², de aquel tesoro todo lo que nos sea necesario. Porque este Señor es el que sanctificó, y ofresció á sí mesmo en sacrificio, para que nosotros fuésemos de verdad sanctos ³. Pues si Dios es por nos, ¿quién contra nos? Si Dios justifica, ¿quién hay que condene? Este es, dice Sant Pedro ⁴, aquel á quien todos los profetas dan testimonio que por él se recibe el perdon de los pecados. Pues en virtud y nombre deste Señor habemos de ir animados y confiados que todo lo que por él pidiéremos, se nos dará. Esta es la principal condicion que ha de tener nuestra peticion para que sea eficaz delante Dios, como dice Santiago ⁵, que es fe y confianza; y esta confianza no ha de estribar en nosotros principalmente, ni en nuestras obras y merescimientos, sino en los de Cristo, y junto con esto en la infinita bondad y misericordia de Dios, que con ningun género de maldades puede ser vencida;

¹ I Cor. I. — ² Serm. XXII super Cantica, et in Ser-mone de Passione. — ³ Rom. VIII. — ⁴ Act. X. — ⁵ Iacob. I.

y demas desto en la verdad de las palabras y promesas de Dios, el cual en toda la Escripura sagrada tiene prometido de nunca jamas faltar á quien de todo su corzaon se convirtiere á él, y le llamare, y pusiere en él su esperanza. Y aunque haya sido hasta entónces grande pecador, no por eso ha de desmayar ; porque, como dice Sant Hierónimo ¹, los pecados pasados no nos dañan, si no nos agradan. Por do parece cuán engañados viven los que considerando sus defectos y flaquezas, desconfian que Dios los oirá, y no miran que los principales estribos desta confianza son los merescimientos de Cristo, y la misericordia divina, y la verdad de su palabra, que es (como dice el Profeta) escudo de los que esperan en él.

CAPÍTULO VIII.

De algunos avisos que se han de tener en estas cinco partes susodichas, especialmente acerca de la meditacion.

Dicho ya de las principales partes deste ejercicio, será razon dar algunos avisos y documentos que se deben guardar en ellas, y señaladamente en la meditacion, que es de la que principalmente pretendemos aquí hablar.

§ I.

Primer aviso.

Sea pues el primer aviso (en lo que toca á

¹ Super cap. xvi Marc. Quod intellige secundum D. Bernard. lib. de conversione ad clericos, c. 23.

la materia de la meditacion), que aunque será bien que el hombre tenga señalados estos pasos que aquí van repartidos por los dias de la semana para ejercitarse en ellos; mas con todo esto, si á medio camino se ofresciere algun otro pensamiento donde halle mas miel ó mas provecho, que no le debe desechar por cumplir con su tarea; porque no es razon desechar la lumbré que el Espíritu Sancto nos comienza á dar en algun buen pensamiento, por ocuparnos en otro, donde por ventura no se nos dará. Y demas desto, como el fin principal destas meditaciones sea alcanzar alguna devocion y sentimiento de las cosas divinas, fuera de razon seria, alcanzando este con alguna buena consideracion, andar á buscar por otro camino lo que ya tenemos alcanzando por este.

Mas aunque esto (regularmente hablando) sea así, no por esto debe tomar aquí tanta licencia, que se mueva luego lijeramente por cada ocasion que se le ofrezca, á soltar de las manos lo que tiene, por lo que se le antojare; si no fuere quando sintiere conocida ventaja de lo uno á lo otro.

§ II.

Segundo aviso.

El segundo aviso sea que trabaje el hombre por excusar en este ejercicio la demasiada especulacion del entendimiento, y procure de tratar este negocio mas con afectos y sentimientos de la voluntad, que con discurso y especulaciones de entendimiento.

Para lo cual es de saber que el entendimiento por una parte ayuda, y por otra puede impedir la operacion de la voluntad, que es el amor y sentimiento de las cosas divinas. Porque así como es necesario que vaya delante guiando á la voluntad, y dándole conocimiento de lo que ha de amar; así cuando es mucha su especulacion, impide esta mesma operacion de la voluntad; porque no le da lugar ni tiempo para que pueda obrar. Onde así como dicen del veneno que se echa en la triaca, que si es poco es saludable y necesario; mas si es mucho, seria dañoso, así podemos en su manera decir en este ejercicio, que el entender á Dios con simplicidad ayuda á la voluntad para que mas lo ame; pero entenderlo con demasiada especulacion, impide esa mesma voluntad, y hace por entónces mas remisa y floja su operacion. Y la razon desto es, porque como la virtud de nuestra ánima sea finita y limitada, cuanto mas emplea su virtud por una parte, tanto ménos le queda que emplear por otra; así como la fuente que corre por dos caños, que cuanto mas se desagua por el uno, tanto ménos tiene que repartir por el otro. Y esto principalmente hace el ánima por la operacion del entendimiento; por la cual (como sea tan íntima y tan noble) se desagua toda ella de tal manera, que cuasi nada obra por las otras potencias quando está muy atenta y ocupada en esta ocupacion. Y así se ve por experiencia que en cualquiera otro ejercicio corporal que se haga de manos, puede uno con mas facilidad conservar el afecto de la devocion, que cuando está con el entendimiento especulando algo con atencion. Porque

son el entendimiento y la voluntad como dos balanzas de nuestra ánima, las cuales están de tal manera dispuestas, que el subir de la una, es bajar de la otra, y al revés. De manera que si cresce demasiadamente la especulacion, abaja la afeccion; y si por el contrario cresce la afeccion, abaja luego la especulacion. Por esto le encojaron al patriarca Jacob el uno de los dos pies cuando le dieron la bendicion¹; porque como tenga nuestra ánima dos pies para llegarse á Dios, que son entendimiento y voluntad, menester es que cojee y desfallezca el uno, que es el entendimiento en su especulacion, si la voluntad, que es el otro, ha de gozar de Dios en el reposo de la contemplacion. Y así se ve por experiencia que si cuando un ánima está gozando de Dios se desmanda á querer especular ó escudriñar algo del mismo Dios, luego en ese punto pierde la devocion que tenia, y le desaparece de entre los ojos aquel summo bien de que gozaba. Por donde no sin causa avisa el Esposo á la Esposa en los Cantares diciendo²: Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron volar. Pues por esta causa se aconseja en este ejercicio que procure el hombre de especular con el entendimiento lo ménos curiosamente que sea posible, contentándose con una vista y conocimiento sencillo de las cosas divinas; porque la virtud del ánima, recogidas todas sus fuerzas en uno, se pueda emplear por esta parte afectiva, amando y reverenciando á aquel summo bien.

De lo cual todo parece como no aciertan este

¹ Genes. XXXII. — ² Cant. VI.

camino los que de tal manera se ponen en la oracion á meditar los misterios divinos, como si los estudiasen para predicar : lo cual mas es derramar el espíritu que recogerlo ; y andar mas fuera de sí , que dentro de sí. De donde nasce que acabada su oracion se quedan secos y sin jugo de devocion , y tan fáciles y lijeros para cualquier liviandad como lo estaban ántes ; porque en hecho de verdad los tales no han orado , sino parlado y estudiado ; que es un negocio bien diferente de la oracion. Debrian los tales considerar que en este ejercicio mas nos llegamos á escuchar que á hablar ; pues, como dijo el Profeta ¹, los que se llegan á los piés del Señor , recibirán de su doctrina, como la recibia aquel que decia ² : Oiré lo que hablare dentro de mí el Señor Dios. Pues por esto sea todo su negocio hablar poco y amar mucho , y dar lugar á la voluntad para que se ayunte con todas sus fuerzas á Dios. No habemos de herir igualmente con las espuelas á estas dos potencias, ni caminar en este camino con pasos iguales. Particular destreza es menester para avivar la voluntad , y sosegar el entendimiento, para que no impida con sus tratos propios los del amor. Has de hacer cuenta que vas en un carro de dos caballos, uno apresurado y otro perezoso ; y que has de llevar las riendas en la mano con tal destreza, que al uno las aprietes, y al otro las aflojes, para que así se aguarden uno á otro.

Y si quieres otro ejemplo mas palpable, haz cuenta que el entendimiento se ha de haber con

¹ Deut. xxxiii. — ² Psalm. lxxxiv.

la voluntad como el ama que cria un niño, la cual despues que le ha mastigado el manjar, se lo pone en la boca para que él lo guste, y se sustente con él. Porque de otra manera si le mastigase los bocados, y tambien se los comiese, dejando el niño sin comer, claro está que le hacia manifesto agravio; pues lo dejaba morir de hambre, por comerse lo que le daban para él. Pues desta manera se ha de haber el entendimiento con la voluntad; porque á él, como á una ama, pertenesce mastigar y desmenuzar las verdades espirituales; mas no para que todo el negocio pare en solo esto, sino para que despues de así mastigadas las ofrezca á la voluntad, para que ella las guste y las sienta, y se encienda y confirme mas en lo bueno con el sentimiento dellas.

Bien es que paguen sus aduanas y portazgos las vituallas que entran por las puerlas de la ciudad; mas si los porteros se alzasen con toda la provision, sin dejar llegar nada á la plaza, claro está que los moradores de la ciudad perecerian de hambre; pues desta manera, si el entendimiento, que es como la primera puerta de nuestra ánima por donde le ha de entrar el mantenimiento espiritual, se toma para sí todo lo que habia de pasar por él, ¿qué tal estará la voluntad, sino ayuna, y seca, y necesitada de todo bien?

El perro del cazador, si es bueno, no se come la liebre que ha cazado, sino guárdala fielmente para cuando llegue su señor. Pues desta misma manera se ha de haber nuestro entendimiento cuando hobiere cazado alguna destas altas y secretas verdades, que no se ha de entregar él á solas en ella; sino ántes entregarla á la voluntad, para que ella

como señora en esta parte se sirva della. Dichos son por cierto algunas personas devotas y simples, las cuales así como saben poco, así cuando se llegan á Dios les hace poco embarazo el negocio del entender; y así hallan su voluntad mas tierna y mas aparejada para toda piadosa afeccion.

Pues si quieres saber cómo se haya de hacer esto, entre otras muchas maneras que para ello hay, podrás usar desta. En cualquier cosa buena que pensares en la oracion, ó fuera della, ten cuidado de ir luego con ella á Dios, como hace el niño, que con todas las cosas que halla se va luego á su madre; y allí la platica con él, y conforme á lo que hallares en ella, así puedes levantar tu corazon á amar, ó adorar, ó reverenciar, ó alabar á Dios por ella; y de allí tomar ocasion para humillarte delante dél, y pedirle su gracia. Ayuda tambien á esto mismo el espíritu de la verdadera humildad; el cual hace estar el hombre delante de Dios muy empobrecido y desnudo, y muy prostrado ante aquella soberana Majestad, con mayor cuidado de pedirle misericordia para las grandes miserias que conoce en sí, que de escudriñar la grandeza de sus misterios para entenderlos. Y así viene á estar delante de Dios como estaria un malhechor sentenciado á muerte, cuando entrase en el palacio del rey á pedirle perdon; el cual iria con tanto sentimiento de su miseria, que apenas ternia ojos ni corazon para ver ni sentir otra cosa mas que su peligro¹.

¹ Simile desumptum ex Climaco, c. 7, del llanto,

§ III.

Tercero aviso.

El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento, y entregar todo este negocio á la voluntad; mas el presente pone tambien su tasa y medida á la mesma voluntad, para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio. Para lo cual es de saber que la devoción que pretendemos alcanzar no es cosa que se ha de alcanzar á fuerza de brazos, como piensan algunos, los cuales con demasiados ahincos, y tristezas forzadas, y como hechizas, procuran alcanzar lágrimas y compasion quando piensan en la Pasion del Salvador; porque esto suele secar mas el corazon, y hacerlo mas inhábil para la visitacion del Señor, como enseña Casiano ¹. Y demas desto suelen estas cosas hacer daño á la salud corporal, y á veces dejan el ánima tan atemorizada con el sinsabor que allí recibió, que teme otra vez tornar al ejercicio; como cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Y por esto, si el Señor diere lágrimas ó semejantes sentimientos, débense tomar humildemente; mas tomarlos el hombre como por fuerza, no es cordura. Contentese con hacer buenamente lo que es de su parte; que es hallarse presente á lo que el Señor padesció, mirando con una vista sencilla y sosegada, así lo que padesció, como el amor y ca-

¹ Collatione IX, c. 30,

ridad con que lo padesció ; y hecho esto , no se congoje por lo demas quando el Señor no lo diere.

Y quien esto no supiere hacer , y sintiere demasiada fatiga en su ejercicio , no porfie á pasar adelante ; sino humillese delante Dios con entrañable sosiego y simplicidad , pidiéndole gracia para proseguir aquel camino sin tanta costa suya y sin peligro. Y si el Señor le hiciere merced de dar este sosiego de pensamiento , sentirá mas entrañable devocion de la que se suele sentir con el desasosiego del corazon , y que dure por muchos dias mas ; y podrá estar el hombre pensando muy largos ratos de tiempo sin sentir pesadumbre ; lo cual todo se hace al contrario , si de la otra manera piensa.

Y por esta causa conviene mirar mucho , que si alguna vez se levantaren en el ánima movimientos hervorosos de devocion sensible , ó demasiados sollozos y gemidos , que no se vaya la persona tras ellos , mas débelos templar y disimular , procurando guardar dentro de sí aquella consideracion y pensamiento que se los causó ; quiero decir , que quitando de sí los alborotos de la carne , goce en el ánima con sosiego de la lumbre y devocion que Dios le dió ; y desta manera durarle ha mas tiempo , y será su consolacion mas de raiz y mas entrañable , y no vendrá á dar muestras de sí con gemidos y otras señales exteriores ; lo cual no se podrá evitar sin mucho trabajo , si una vez la persona se acostumbra á darse mucho á los dichos movimientos y fervores sensibles ; los cuales quanto mas recios parescen de fuera , tanto mas suelen apagar la lum-

bre de dentro, y ponerle impedimento para que no pase adelante.

Verdad es que á los principios mal se pueden excusar estos fervores, cuando la maravilla de la novedad y alteza de las cosas divinas hace á los hombres caer en tan grande admiracion y espanto, que no se puedan valer. Mas despues que con el uso cesa la novedad, sositégase el corazon, y aunque ama con mayor fuerza, no tiene tanto fervor sensible y desasosiego en su amor. Así vemos que el mosto nuevo, y la olla cuando comienza á experimentar el extraño calor del fuego, suele hervir á borbollones, hasta verterse y dar por cima; mas despues que ha ya hervido, cuece mejor y arde mas, aunque con ménos estruendo. Aquel tullido de muchos años que sanó Sant Pedro en los Actos de los Apóstoles ¹, así como se vió sano, dice la Escriptura que andaba, y saltaba, y alababa á Dios. No se contentaba con andar; sino como hombre que tanto tiempo habia estado atado de piés y manos, con la experiencia de la nueva libertad soltaba los miembros á todo lo que querian. Despues es de creer que asentaria el paso, y que no andaria toda la vida saltando. Mas entónces el alegría de la nueva y no acostumbrada salud no le dejaba sosegar.

§ IV.

Cuarto aviso, que se sigue de los pasados.

De todo lo susodicho podrémos colegir cuál sea la manera de atencion que debemos tener en

¹ Act. iii.

la oracion. Porque aquí principalmente conviene tener el corazon no caído ni flojo, sino vivo, atento y levantado á lo alto. En figura de lo cual leemos que dijo el Angel al profeta Ezequiel ¹ que se levantase y estuviese sobre sus piés, cuando le queria hablar y dar parte de los misterios divinos. Asimesmo leemos que aquellos dos querubines que puso Salomon á los dos lados del arca del Testamento, estaban de puntillas, y levantados en lo alto, y tendidas las alas como quien quiere volar ²; para significar la atencion y levantamiento de espíritu con que ha de estar el hombre cuando se pone en presencia de Dios á hablar y asistir delante dél.

Mas así como es necesario estar aquí con esta atencion y recogimiento de corazon, así por otra parte conviene que esta atencion sea templada y moderada; porque no sea dañosa á la salud, ni impida la devocion. Porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos á lo que piensan, como ya dijimos; y otros hay que por huir deste inconveniente estan allí muy flojos y remisos, y muy fáciles para ser llevados de todos vientos. Para huir destos extremos, conviene llevar tal medio, que ni con la demasiada atencion fatiguemos la cabeza, ni con el descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por do quisiere. De manera que así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa, que lleve la rienda tiesa: conviene saber, ni muy apretada ni muy floja, porque ni vuelva atras ni ca-

¹ Ezech. ii. — ² III Reg. vi; II Par. iii.

mine con peligro ; así debemos procurar que vaya nuestra atencion moderada, y no forzada ; con cuidado, y no con fatiga congojosa. De lo uno y de lo otro somos avisados en la Escritura divina. Porque por lo uno dice Salomon ¹ : El que mucho aprieta los pechos para sacar leche, sacará sangre ; y por lo otro dice Isaías ² : Porque apreteis los pechos divinos, y seais abastados, y llenos de toda suavidad y consolacion.

Mas si á alguno destos extremos hobiéremos de declinar, mas vale declinar á la atencion demasiada que al descuido ; porque al descuido ayuda la naturaleza corrupta y mal inclinada, mas no á la atencion. Y por esto así como no perderia mucho el edificio que se hace en una ladera, ya que no puede ir por nivel derecho, que fuese mas acostado hácia arriba que hácia abajo ; así no perderá nuestra atencion, si no pudiere estar en el medio que pretendemos, si se acostare al extremo ménos peligroso, que es el susodicho.

Este aviso es tan necesario, que por falta dél habemos visto pasárseles muchos años á algunas personas con poco aprovechamiento, por la tibieza con que oraban, y á otros por el contrario perder la salud y la cabeza, por el demasiado calor y fuerza que en ello ponian. Mas particularmente conviene avisar, que al principio de la meditacion no fatiguemos la cabeza con demasiada atencion ; porque quando esto se hace, suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante quando al principio de la jornada se da mucha priesa á caminar.

¹ Prov. XXX. — ² Isai. LXVI.

§ V.

Quinto aviso.

Mas entre todos estos avisos el principal sea, que no desmaye el que ora , ni desista de su ejercicio cuando no siente luego aquella blandura de devocion que él desea ; como hacen algunos , que en esta parte viven muy engañados. Para lo cual es mucho de notar que en hecho de verdad el corazon humano es muy semejante al agua turbia , la cual no se puede súbitamente aclarar por muchas diligencias que para esto se hiciesen , si no le dan tiempo y espacio para que poco á poco se vaya aclarando y asentando. Pues tal es sin dubda nuestro corazon ; el cual así como suele enturbiarse con el cuotidiano trato de los negocios terrenos , así despues de enturbiado , no puede luego en breve asentarse y sosegarse , si no le dan para esto su espacio y tiempo conveniente. Por lo cual con mucha razon dijo el Ecclesiastes ¹, que era mejor el fin de la oracion que el principio ; porque á los principios el corazon está turbado y inquieto ; mas al cabo está ya mas asentado y sosegado , y mas dispuesto para su ejercicio.

Por lo cual , así como los que quieren encender fuego en la leña verde , han de tener paciencia y esperar hasta que la leña se vaya poco á poco secando y enjugando ; y con todo esto es menester estar allí soplando , y atizando , y aun derramando muchas lágrimas con el humo , si

¹ Eccles. vii.

quieren gozar de la deseada llama ; así muchas veces conviene trabajar y perseverar al principio de la oracion , si queremos al cabo gozar de la dulce y clara llama de la devocion y amor de Dios.

Menester es, pues, con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor, porque á la gloria de su Majestad , y á la bajeza de nuestra condicion , y á la grandeza del negocio que tratamos, pertenesce que estemos muchas veces esperando y aguardando á las puertas de su palacio sagrado. Bienaventurado el hombre , dice la Sabiduría eterna ¹, que oye mis palabras , y que vela á mis puertas cada dia , y está aguardando á los postigos de mi casa ; porque el que me hallare , hallará la vida y recibirá salud del Señor. Buena cosa es, dice el Profeta ², esperar con silencio la salud de Dios. El soberbio y desconfiado no tiene paciencia ni humildad para esperar ; mas el humilde dice con el Profeta ³: Esperando esperé al Señor , y él oyó mi oracion. Si el que pesca ó el que caza no tuviesen paciencia para esperar la caza , ¿qué provecho sacarían de su trabajo ? Pues no es esta menor caza ni pesquería , para que no sea bien empleado estar mucho tiempo aguardando y esperando tan rico y tan venturoso lance como es Dios.

De aquella mujer fuerte que describe Salomón en los Proverbios , entre otras cosas grandes se dice esta ⁴: Que se hizo como navío de mercader , que de léjos trae su pan. Para que por aquí entiendas que cuando no hallares luego á la ma-

¹ Prov. viii. — ² Thren. iii. — ³ Psalm. xxxix. — ⁴ Prov. xxxi.

no este pan de vida que deseas, trabajos y navegues todas las jornadas que sea menester, hasta venir á hallarlo. Si perseverares llamando, dice el Salvador ¹, cree que al cabo te responderán; porque lo que muchas veces al principio se niega, al fin se suele dar acrescentado.

Sabido he por cosa cierta de un religioso, que perseveró por espacio de tres años en estos buenos ejercicios, teniendo despues de maitines dos ó tres horas de oracion, sin sacar della otro fruto mas que sequedad de corazón, hasta que el Señor miró la afliccion de su ánima, y extendió sobre él la largueza de su bondad con tan copiosa bendicion, que pudo muy bien con ella recompensar toda la esterilidad de los años pasados. Y destos se ven cada dia por experiencia muchos otros. Bienaventuradas pues las ánimas que desta manera perseveran; porque sin dubda cuanto mayor fuere su perseverancia, tanto mayor será su gracia. Una de las cosas principales que han de tener los que han de recibir grandes dones de Dios, es longanimidad de corazón, para aguardar fielmente todo el tiempo que él quisiere; y en el entre tanto consolarse con aquella esperanza del Profeta que dice ²: Si un poco se tardare, no dejes de aguardarle, porque viniendo vendrá, y no tardará.

Pues quando desta manera hayas aguardado un poco de tiempo, y el Señor viniere, dale gracias por su venida; y si te pareciere que no viene, humíllate delante dél, y conosce que no mereces lo que no te dieron, y conténtate con ha-

¹ Luc. xi. — ² Habac. ii.

ber allí hecho sacrificio de tí mismo, y negado tu propia voluntad, y crucificado tu apetito, y luchado con el demonio y contigo mismo, y hecho á lo ménos eso que era de tu parte. Y si no adoraste al Señor con la adoracion sensible que deseabas, basta que lo adoraste en espíritu y en verdad, como él quiere ser adorado ¹; y créeme cierto que este es el paso mas peligroso desta navegacion, y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos; y que si deste sales bien, en todo lo demas te irá prósperamente.

Finalmente, si todavía te pareciese que será tiempo perdido perseverar en la oracion, y fatigar la cabeza sin provecho, en tal caso no tendria por inconveniente que despues de haber hecho lo que es en tí, tomases algun libro devoto, y trocases por entónces la oracion por la licion; con tanto que el leer fuese no corrido, ni apresurado, sino reposado, y con mucho sentimiento de lo que vas leyendo; mezclando muchas veces en sus lugares la oracion con la licion ²; lo cual es cosa muy provechosa, y muy fácil de hacer á todo género de personas, aunque sean muy rudas y principiantes en este camino.

§ VI.

Sexto aviso : de la profunda oracion y devocion.

Y no es diferente documento del pasado, ni ménos necesario, avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halle en su

¹ Ioan. iv. — ² D. Bern. de modo bene viven. c. 50, et de formula honestæ vitæ, c. 8.

oracion; como hacen algunos que en derramando una lagrimilla, ó sintiendo alguna ternura de corazon, piensan que han ya cumplido con su ejercicio. Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua (que no hace mas que matar el polvo, y mojarla por de fuera), sino es menester tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra, y la deje toda empapada en ella; así para que nuestra ánima dé fruto de virtudes y buenas obras, no basta aquel pequeño rocío de devocion, que á vuelta de cabeza con cualquier sol y aire se seca; con el cual el ánima parece que está devota, mas en hecho de verdad en lo de dentro no lo está; sino es menester una profunda oracion y devocion, que como una grande lluvia cale hasta lo íntimo del corazon, y lo deje tan empapado en ella, que ni soles, ni aires, quiero decir, ni negocios, ni cuidados del mundo basten para secarlo, ni sacarlo de donde está. Conforme á esto se lee de la bienaventurada Sancta Clara, que salia algunas veces de la oracion tan absorta en Dios, que con mucha dificultad podia inclinar el corazon á los negocios en que le era forzado entender por razon de su oficio. Esta manera de devocion no es como aquella que se lleva el viento, y se seca con cualquier aire; sino como aquella de quien se escribe en los Cantares ¹: Las muchas aguas no bastarán para matar el fuego de la caridad, ni los grandes rios la cubrirán.

Pues por esto con mucha razon se aconseja

¹ Cant. viii.

que tomemos para este sancto ejercicio el mas largo espacio que pudiéremos; y mejor seria un rato largo que dos cortos; porque si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginacion y quietar el corazon; y despues de ya quieto levantámonos del ejercicio al tiempo que lo hobiéramos de comenzar. ¿Cuál es el cavador que buscando oro en una mina, suelta el azada al tiempo que halla la vena, y deja perder el trabajo pasado, cuando habia de gozar del fructo presente? Porque sin dubda el fructo de una larga y profunda oracion á veces suele ser tan grande, que queda el hombre con caudal para gastar muchos dias, y caminar con Elías hasta el monte de Dios, en virtud del manjar y pasto que allí le dieron.

Y descendiendo mas en particular á limitar este tiempo, parésceme que todo lo que es ménos de hora y media, ó dos horas, es corto plazo para la oracion; porque muchas veces se pasa mas que media hora en templar la vihuela, y en quietar (como dije) la imaginacion; y todo el otro espacio es menester para gozar del fructo de la oracion. Verdad es que cuando este ejercicio se tiene despues de algunos otros sanctos ejercicios, como es despues de mailines, ó despues de haber oído ó dicho misa, ó despues de alguna devotacion ó oracion vocal, mas dispuesto se halla el corazon para este negocio; y así como en la leña seca, muy mas presto se enciende este fuego celestial. Tambien en el tiempo de la madrugada sufre ser mas corto, porque es muy mas aparejado para este oficio, como adelante se dirá. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus mu-

chas ocupaciones, no deje de ofrescer su cornadillo con la pobre viuda en el templo ¹; porque si esto no queda por su negligencia, aquel que á todas las criaturas provee conforme á su necesidad y naturaleza, proveerá tambien á él segun la suya.

§ VII.

Séptimo aviso : del no recibir en vano las visitaciones de nuestro Señor.

Conforme á este documento se da otro semejante á él; y es, que quando el ánima fuere visitada en la oracion, ó fuera della, con alguna particular visitacion del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasion que se le ofresce; porque es cierto que con este viento navegará el hombre mas en una hora, que sin él en muchos dias. ¿Qué tanto mas fué lo que Sant Pedro pescó en aquel lance que le mandó echar el Salvador, que en toda la noche pasada ²? Pues muchas veces acaesce lo mesmo en esta celestial pesquería, si sabemos aprovecharnos de las oportunidades que hay en ella. Por lo cual con mucha razon nos avisa el Eclesiástico diciendo ³ : No dejes de gozar del buen dia que Dios te diere, y ni una pequeña parte dél se te pase sin aprovecharla.

Mucho puede la oportunidad en todas las cosas, y aquí mas que en otra alguna; porque esto paresce que es descender el ángel á mover el

¹ Luc. xxi. — ² Ioan. xxi. — ³ Eccli. xiv.

agua de la piscina, y darle virtud para sanar¹; ó por mejor decir, esto es descender Dios á tirar el arado con el hombre, y ayudarle á su labor; la cual ayuda vale mas que todas las industrias y diligencias del mundo. El marinero cuando ve que le hace buen tiempo para salir del puerto, luego coge las áncoras y se hace á la vela, sin mas aguardar, por no perder aquella buena sazon que el tiempo le ofresce. Y lo mismo deben hacer las personas espirituales, con tanto mayor cuidado, quanto es mayor este negocio, y mas necesario este divino soplo para la oracion, que aquel para la navegacion.

Así se dice que lo hacía el bienaventurado Sant Francisco, de quien escribe Sant Buenaventura que era tan particular el cuidado que en esto tenía, que si andando camino lo visitaba nuestro Señor con alguna particular visitacion, hacia ir adelante los compañeros, y él estabase quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venia del cielo. Los que así no lo hacen, suelen communmente ser castigados con esta pena: conviene saber, que no hallen á Dios cuando le buscaren, pues cuando él los buscaba no los halló.

Estos son los principales avisos que se deben tener en el ejercicio de la meditacion, y de cualquiera de las otras partes que andan en su compañía, si queremos acertar este negocio, y no dejarlo á medio camino,

¹ Ioan v,

CAPÍTULO IX.

Comienzan las siete primeras meditaciones para los días de la semana en la noche.

EL LÚNES EN LA NOCHE.

Este día entenderás en el conocimiento de tí mismo, y en la memoria de los pecados, que es el camino por do se alcanza la verdadera humildad de corazón y la penitencia, que son las dos primeras puertas y fundamentos de la vida cristiana.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que heciste en el tiempo que ménos conocías á Dios. Porque si los sabes bien mirar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil, que no sabe qué cosa es Dios. Discurre pues brevemente por los diez mandamientos y por los siete pecados mortales, y verás que ninguno dellos hay en que por ventura no hayas caído muchas veces por obra, ó por palabra, ó por pensamiento. De un solo árbol vedado comió aquel primer hombre cuando hizo el mayor de los pecados del mundo¹, y tú en todos has puesto los ojos y las manos infinitas veces.

Discurre otrosí por todos los beneficios divinos, y por los tiempos de la vida pasada, y mira

¹ Genes. iii,

en qué los has empleado ; porque si de todos ellos has de dar cuenta , es bien que tú te la tomes primero , y entres en juicio contigo ¹ , porque no seas después juzgado de Dios. Pues dime ahora : ¿ en qué gastaste la niñez ? en qué la mocedad ? en qué la juventud ? en qué finalmente todos los días de la vida pasada ? ¿ En qué ocupaste los sentidos corporales , y las potencias del ánima que Dios te dió para que le conocieses y sirvieses ? ¿ En qué se emplearon tus ojos , sino en ver la vanidad ? en qué tus oídos , sino en oír la mentira ? en qué tu lengua , sino por ventura en todos los juramentos , y murmuraciones , y deshonestidades del mundo ? en qué tu gusto , y tu oler y tocar , sino en regalos y blanduras sensuales ? ¿ Cómo te aprovechaste de los sacramentos que Dios ordenó para tu remedio ? ¿ Cómo le diste gracias por sus beneficios ? ¿ Cómo respondiste á sus inspiraciones ? ¿ En qué empleaste la salud , y las fuerzas , y las habilidades de naturaleza , y los bienes que dicen de fortuna , y los aparejos y oportunidades que Dios te dió para bien vivir ? ¿ Qué cuidado tuviste del prójimo que te encomendó , y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con él ? Pues ¿ qué responderás en aquel día de la cuenta , cuando Dios te diga ² : Dame cuenta de tu mayordomía y de la hacienda que te entregué ; porque ya no quiero que trates mas en ella ? ¡ Oh árbol seco y aparejado para los tormentos eternos ! ¿ Qué responderás en aquel día , cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida , y de todos los puntos y momentos della ?

¹ I Cor. XI. — ² Luc. XVI,

Lo segundo, piensa en los pecados que has hecho y haces cada día, después que abriste mas los ojos al conocimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en tí Adam con muchas de las raices y costumbres antiguas. Para lo cual puedes discurrir por las negligencias y faltas en que cada día caes para con Dios, y para con el prójimo, y para contigo mismo : que en todo te hallarás muy defectuoso.

Considera pues cuán desacatado eres para con Dios, cuán ingrato á sus beneficios, cuán rebelde á sus inspiraciones, cuán perezoso para las cosas de su servicio ; las cuales nunca haces, ni con aquella presteza y diligencia que debrias, ni con aquella pureza de intencion como debrias, sino por otros respetos y intereses del mundo.

Considera otrosí cuán duro eres para con el prójimo, y cuán piadoso para contigo ; cuán amigo de tu propia voluntad, y de tu carne, y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira como todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones, y conversaciones, y risas y parlerías. Mira otrosí cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveído en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier graves negocios.

Lo tercero, considerada ya por esta orden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad dellos, para que veas cómo por todas partes es crecida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada : con-

viene saber, contra quién pecaste, por qué pecaste, y en qué manera pecaste. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas de la mar; en quien solo se hallan todas las excelencias, y todos los títulos y obligaciones que tenemos á todas las criaturas en summo grado de obligacion. Mas ¿por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interese, y por otras cosas de aire. Desto se queja él gravemente por un profeta, diciendo ¹: Deshonrábanme en presencia de mi pueblo por un puñado de cebada y por un mendrugillo de pan. Mas ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto alrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor, y á veces con tanto contentamiento y alegría, como si pecaras contra un dios de palo, que ni sabe, ni ve lo que pasa en el mundo. Pues ¿esta era la honra que se debia á tan alta Majestad? ¿Este es el agradescimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la Cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por tí? ¡Oh miserable de tí por lo que perdiste, y mucho mas por lo que heciste, y muy mucho mas si con todo esto no sientes tu perdicion!

Considera tambien el aborrescimiento espantoso que Dios tiene del pecado, y los castigos tan grandes que tiene hechos contra él; para que por aquí entiendas mas claro cuánta sea la malicia dél, segun que adelante se declara,

¹ Ezech. xiii.

Pues consideradas todas estas cosas susodichas, siente de tí lo mas bajamente que sea posible. Piensa que no eres mas que una cañavera que se muda á todos vientos; sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad y sin ninguna manera de sér ¹. Piensa que eres un Lázaro ² de cuatro dias muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan se tapan las narices, y los ojos por no lo ver. Parécate que desta manera hiedes delante de Dios y de sus ángeles; y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes, y de la luz y aire que recibes. Y si desto eres indigno, mira cuánto mas lo serás de hablar con Dios, y mucho mas de las consolaciones del Espíritu Sancto, y de los regalos y tratamientos de los hijos de Dios. Tente por una de las mas pobres y miserables criaturas del mundo, y que peor usa de todos los beneficios divinos. Y piensa que si en Tiro y Sidon ³, esto es, en otros muy grandes pecadores, hubiera Dios obrado lo que en tí, que ya hubieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza. Conosce que eres muy mas malo de lo que tú puedes imaginar, y que por mucho que ahondes en este cieno, y no hayas llegado ya al cabo, cada dia hallarás mas en que ahondar. Da voces á Dios, y dile: Señor, nada tengo, nada valgo, y nada soy, y nada puedo hacer sin tí. Derribate con aquella pública pecadora á los piés del Salvador ⁴; y cubierta tu cara de confusion, con aquella vergüen-

¹ Matth. xi. — ² Ioan. xi. — ³ Matth. xi.

⁴ Luc. vii.

za que pareceria una mujer delante de su marido cuando le hobiese hecho traicion, te presenta delante de aquel Esposo del cielo, contra quien has cometido tantos y tan vergonzosos adulterios, y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazon pídele perdon de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien de volverte á recibir en su casa.

§ I.

De la consideracion de los pecados : en el cual se declara por extenso la meditacion pasada.

La primera tabla despues del naufragio, dice Sant Hierónimo, que es la penitencia ¹. Este es el primer paso desta subida, y la primera piedra deste espiritual edificio. Para alcanzar esta virtud (demas de la divina gracia, cuyo don es la verdadera penitencia) aprovecha considerar la muchedumbre de nuestros pecados, así presentes como pasados, y la gravedad y malicia dellos; porque desta consideracion procede la compuncion y arrepentimiento dellos.

Y no solo esta virtud, mas otras muchas y muy altas virtudes nascen desta mesma consideracion : porque de aquí nasce el conóscimiento de sí mesmo (de que tambien se trata en la meditacion siguiente), y el desprecio de sí mesmo, y el temor de Dios, y el aborrescimiento del pecado, y otros semejantes afectos, en los cuales consiste muy gran parte de la perfeccion. Pues á todos estos

¹ In epist. ad Demetriadem, t. I, prope medium, et super c. iii Isaïæ, t. IV.

fines debes aplicar y enderezar este ejercicio , para que te sea mas provechoso ; procurando sacar todos estos frutos tan dulces de la raiz amarga desta consideracion. Mas porque para alcanzar tales frutos es necesaria la divina gracia , la cual principalmente se da á los humildes y devotos ¹, pide tú agora al Señor esta humildad y devocion, para que recogido en lo íntimo de tu corazon, puedas imitar á aquel sancto Rey que decia ²: Pensaré, Señor, delante de tí todos los años de mi vida con amargura de mi corazon.

§ II.

De la muchedumbre de los pecados de la vida pasada.

Pues si quieres saber qué tantos sean los pecados que en los tiempos pasados tienes hechos, discurre brevemente por todos los mandamientos y pecados mortales; y hallarás por cierto que apenas hay mandamiento que no hayas quebrantado, ni pecado mortal en que no hayas caído.

El primer mandamiento es honrar á Dios; el cual, como dice Sant Augustin ³, se honra con aquellas tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. Pues ¿qué manera de fe tenia quien vivia tan rotamente como si creyera que todo lo que predica la fe era mentira? ¿Qué esperanza tenia quien ni se acordaba de la otra vida, ni en sus trabajos supo qué cosa era llamar á Dios, ni asegurarse con él? ¿Qué caridad tenia quien amaba mas el puntillo de honra, y la paja del

¹ Iacob. iv; I Petr. v. — ² Isai. xxxviii. — ³ In Enchirid. c. 3, t. III.

interese, y el cieno del deleite, que al mismo Dios; pues por cada cosa destas lo despreciaba y ofendia? ¿Qué reverencia tenia á aquella soberana Majestad, quien estaba acostumbrado á traer arrastrado aquel nombre de tanta veneracion, jurando y perjurando por él á cada paso y por cada nonada? ¿Cómo santificaba sus fiestas quien esperaba estos dias para ofenderle mas en ellos, y para jugar, y para pasear, y para escandalizar la inocente doncella, y para andar en malos tratos y compañías?

Despues desto considera cuán duro y descomedido hayas sido para con tus padres, y cuán desobediente á los mayores; cuán descuidado para con tus súbditos, para imponerlos en lo bueno, y encaminarlos á Dios. Pues los odios, y pasiones, y deseos de venganzas que has tenido, ¿quién los contará? Y si estos no se pueden explicar, ¿quién explicará la muchedumbre de las fealdades y torpezas en que has caído, por obras, y por palabras, y por deseos? ¿Qué ha sido tu corazon, sino un cenagal y revolcadero de puercos? Qué tu boca, sino, como dice el Profeta ¹, una sepultura abierta por do salian los malos olores del ánima que estaba dentro muerta? ¿Qué tus ojos, sino ventanas de perdicion y de muerte? ¿Qué se ofresció á esos ojos, que no lo cobdicias y procurases, sin acordarte jamas que tenias á Dios presente, y que te habia puesto entredicho en ese árbol? Al hombre fornicador, dice el Sabio ², todo pan es dulce; pues su apetito y hambre es tan insaciable, que en todo pica, y en

¹ Psalm. v. — ² Eccli. xxiii.

todo halla sabor, sin acordarse que tiene Dios. Demas desto, ¿quién podrá explicar la grandeza de tu avaricia, y los hurtos de tus deseos, los cuales estaban tan léjos de contentarse con lo que Dios te daba, que les parescia poco todo el mundo? Y si el que desea lo ajeno, es ladron delante de Dios, ¿cuántas horcas tiene merescidas quien con el corazon cometi6 tantos hurtos? Pues las mentiras, y las murmuraciones, y los juicios temerarios tampoco tienen cuenta como lo demas; porque apenas te juntabas á hablar con otros, que no fuese la principal parte de la plática la vida ajena, y la viuda, y la doncella, y el sacerdote y el lego, sin perdonar á orden ni condicion alguna.

Destá manera pues guardaste los mandamientos divinos. Veamos agora cómo te apartaste de los pecados. La soberbia de tu corazon ¿qué tal fué? El deseo de honra y alabanza ¿hasta dónde llegó? La presumpcion y estima de tí mismo, y el desprecio de los otros, ¿quién lo explicará? ¿Qué diré de la vanagloria y de la liviandad de tu corazon; pues una sola pluma en la gorra, y una calza justa, y una faja de seda, bastaba para levantarte los piés del suelo, y desear ser mirado de todos? ¿Qué paso dabas, qué obra hacias, qué palabra hablabas que no fuese vestida de vanidad y deseo de la propria estimacion? El vestido, el servicio, el acompañamiento, la mesa, la cama, las cortesías, y finalmente cuasi todos tus pasos y meneos tenían olor de soberbia, y todos iban vestidos de vanidad. Pues la ira, como de una serpiente; la gula, como de un lobo tragador; la pereza, como de un asno flojo;

la invidia, mas que de una víbora. Y en todo finalmente (si bien te miras) te hallarás muy estragado y perdido.

Discurre luego por los sentidos; y no solo por los sentidos, sino por todos los beneficios que Dios te ha hecho, y mira de qué manera has usado dellos; y hallarás por cierto que de todas estas cosas, con las cuales habias de servir mas al dador de todo, has hecho armas para mas ofenderlo. En esto se gastaron las fuerzas, y la salud, y la hacienda, y la vida, y el entendimiento, y la memoria, y la voluntad, y la vista, y la lengua, y todo lo demas.

Estos y otros muchos peores males habrás cometido en la vida pasada; por donde con mucha razon podrás decir con aquel gran pecador, aunque penitente ¹: Pecado he, Señor, sobre el número de las arenas de la mar; y por todas partes se han extendido mis pecados, haciendo muchas abominaciones, y multiplicando las ofensas. Y habiendo tantas cosas que fuera razon te pusieran algun freno y temor de Dios, como era la muchedumbre de sus beneficios, y la grandeza de su bondad y justicia; nunca por sus beneficios le reconociste, ni por su bondad le amaste, ni por su justicia le temiste; sino olvidado de todo, y cerrados los ojos á todo, te derramaste por todo género de vicios.

Y si fueran grandes los intereses y motivos que tenias para pecar, pudieran por ventura tener alguna manera de excusa tus ofensas; mas ¿qué diré? que por cosas de aire, por juguetes de ni-

¹ Manasses, II Par. xxxiii.

ños, y muchas veces sin ningun interese, sino de balde, por solo desprecio de Dios, pecaste. Y otros quando pecan suelen pecar con algun temor y remordimiento de consciencia; á lo ménos sienten el mal despues que lo han hecho; y tú por ventura estarias tan ciego y tan insensible, que harias mil cuentos de pecados sin ninguna manera de temor, ni remordimiento de consciencia; no mas que si no creyeras que habia Dios, ó creyendo que lo habia, mas de la manera que lo creian aquellos que dijeron ¹: No verá el Señor lo que acá pasa, ni lo entenderá el Dios de Jacob. Este es uno de los mayores males del mundo; porque entre aquellas seis cosas que Salomon dice ser aborrescidas de Dios ², una dellas es los piés lijeros para correr al mal; que es la facilidad y lijereza que los malos tienen en pecar.

§ III*.

De la gravedad de los pecados.

Y para mayor dolor y arrepentimiento de los pecados, no te debes contentar con haber pensa-

¹ Psalm. xciii. — ² Prov. vi.

* Este § no se halla en la edicion de Salamanca hecha en vida del Venerable en casa de Domingo Portonariis, año de 1574, ni en otros ejemplares de aquel tiempo; el primero en donde le hemos advertido es en el tomo I de la impresion hecha en Madrid en casa de Andrés García de la Iglesia, año de 1676, de donde parece le han tomado los editores posteriores, aunque en la edicion hecha en Madrid en casa de Manuel Martin, año de 1768, la que está correctísima, y arreglada á las primeras que se hicieron en vida del Venerable, tampoco se halla: el lector podrá juzgar de su autenticidad, por el estilo, y

do la muchedumbre dellos; sino piensa tambien la gravedad dellos, especialmente la del pecado mortal. Y aunque en esto hay infinitas cosas que pensar, principalmente piensa cuán aborrecible sea á Dios el pecado, para que así veas cuánto debes despreciarte y aborrecerte; pues cometiste cosa tan aborrecible.

El aborrecimiento que Dios tiene contra el pecado, no se puede estimar; porque como él sea una infinita bondad, está claro que ha de tener infinito aborrecimiento á la maldad. Pero por los castigos que tiene hechos contra el pecado, se verá algo del grande aborrecimiento que tiene con él. ¿Qué tan grande fué el castigo de aquel primer ángel y de aquel primer hombre? Y de todo el mundo con las aguas del diluvio? Y de aquellas cinco ciudades que ardieron con llamas del cielo? ¿Cuán espantosamente fué castigada la murmuracion y invidia de Datán y Abiron; y la desobediencia de Saul, y el adulterio de David, y el hurto de Ananías y Safira en el Nuevo Testamento? Bien parece que tan grande aborrecimiento tiene contra el pecado, quien así lo castiga en este mundo, demas de la pena que le tiene reservada para el otro.

Mas aun todo esto es poco en comparacion del aborrecimiento que Dios muestra contra el pecado en la muerte de su Hijo; pues tuvo por bien de matar al Hijo, por destruir el pecado. Quien esto pensare con atencion, no podrá dejar de conocer cuán aborrecible cosa sea en los ojos de Dios, la que por tal medio quiso él que se des-
ortografía, la que va arreglada á la edicion de Valverde, en donde se halla.

terràse del mundo. Mire, pues, el hombre cuán gran cargo tiene sobre sí, si despues de tal juicio osó despreciar á tan grande Majestad, y cometer contra ella una cosa mas aborrecible, que le fué la muerte de su proprio Hijo.

§ IV.

De los pecados y defectos en que el hombre puede haber caido despues de haber conosciado á Dios.

En estos y otros muchos pecados es cierto que caerias ántes que conosciases á Dios; mas despues que le conociste (si por ventura le has conosciado), pídele que te abra un poco los ojos, y hallarás todavía muchas reliquias de aquel hombre viejo, y muchos jebuseos que te habrán quedado en la tierra de promision ¹ por haber tú sido muy piadoso para con ellos.

Mira pues cómo en todo eres defectuoso; conviene saber, en lo que debes á Dios, al prójimo y á tí mismo. Mira lo poco que has aprovechado en el servicio de tu Criador, á cabo de tanto tiempo como ha que te llamó; cuán vivas se están todavía las pasiones; cuán poco has alcanzado de las virtudes, y cómo te estás siempre en un mesmo ser, como árbol añudado y revegado, que nunca medra; ántes por ventura habrás vuelto hácia atras, pues en el camino de Dios el no ir adelante es volver atras ². A lo ménos en el fervor y devocion del espíritu no será mucho que estés agora muy léjos de lo que por ventura otros tiempos estuviste.

¹ Iosue, xv; Iudic. i. — ² Ex Bern. epist. CCCXLI in princ.

Mira tambien la poca penitencia que has hecho por tus pecados; el poco amor, y temor, y esperanza que tienes en Dios. El poco amor se ve en lo poco que por él trabajas; el poco temor, en las muchas culpas que contra él cometes; mas la poca confianza, el tiempo de la tribulacion la declara, y las grandes olas y trabajos que padeces en cualquier tormenta, por no estar tan perfectamente aferrado tu corazon con las áncoras de la esperanza.

Demás desto mira cuán mal respondes á las inspiraciones divinas, cómo eres rebelde á la lumbre del cielo, cómo entristeces al Espíritu Sancto, y le dejas dar tantas voces en vano; pues por no contradecir á tu propia voluntad, contradices á la suya. Él te llama á un camino, y tú sigues otro; él quiere que le sirvas en una obra, y tú quieres en otra. Y aunque sientas claramente cuál sea la voluntad de Dios, si la tuya acierta á ser contraria, sírvesele en todo lo que tú quieres, y no en lo que él quiere que le sirvas. Él por ventura te llama á los ejercicios interiores, tú acudes á los exteriores; él te llama á la oracion, tú acudes á la lición¹; él quiere que primero entiendas en tí que en los otros; tú, olvidado de tí mismo, dejas tu propio aprovechamiento por el de los otros; donde viene á ser que ni aprovechas á tí, ni á ellos. Finalmente, cada vez que se contradice tu voluntad con la divina, siempre la tuya es vencedora, y cae vencida la divina.

Y si por ventura haces algunas obras buenas, ¿cuántos son los defectos que haces en ellas? Si

¹ Ex Bern. lib. Meditationum, c. 1 et 7.

eres dado á la oracion, ¿cuántas veces estás allí distraido, y enfadado, y soñoliento, y perezoso, y sin reverencia de aquella divina Majestad con quien estás hablando, no viendo ya la hora de acabar aquella tarea, para entender en otras cosas que son mas á tu gusto? Pues si haces otras buenas obras, ¿con cuánta tibieza las haces, y con cuántos defectos? Y si es cierto que no mira Dios tanto al cuerpo de la buena obra, cuanto á la intencion con que se hace, ¿cuántas obras buenas habrás hecho que vayan limpias de polvo y de paja, y sin que las haya esquilado la vanidad y el mundo? ¿Cuántas se habrán hecho por sola importunidad de otros, ó por cumplimiento? Cuántas por tu propio honor y reputacion? Cuántas por agradar á los hombres? Cuántas por tu propio gusto y contentamiento? ¿Y cuán pocas serán las que se habrán hecho puramente por Dios, sin pagar alguno destos tributos al mundo *? ¿Pues qué es todo esto, sino oro falso, hipocresía y engaño?

Pues si miras cómo has cumplido con los próximos, hallarás que ni los has amado como Dios lo manda, ni sentido sus trabajos como los tuyos, ni procurado ayudarles en sus trabajos, ni aun compadescídoté siquiera dellos. Y por ventura en lugar de compasion ¹ les habrás hecho pago con indignacion y murmuracion de sus hechos; como quiera que sea verdad que la verdadera justicia tenga compasion, y la falsa indignacion. A lo ménos aquella liga de amor que tantas veces pide

* Este período no se halla en las ediciones antiguas.

¹ Ex Greg. hom. XXXIV sup. Evangel. et in princip. habetur in c. vera, 43 distinctione.

el Apóstol ¹, mandando que nos amemos unos á otros, como miembros de un mismo cuerpo (pues todos participamos de un mismo espíritu), ¿qué tan léjos has estado de tenerla? ¿Cuántas veces habrás dejado de socorrer al pobre, y acudir al enfermo, y ayudar á la viuda, y entrevénir por el que poco puede? ¿A cuántos habrás escandalizado con tus palabras, y con tus obras, y con tus respuestas? ¿Cuántas veces te habrás antepuesto á tus iguales, y despreciado á los menores, y lisonjeado á los mayores, haciéndote para con los unos hormiga y para con los otros elefante?

Ya pues si miras á tí mismo, y metes la mano en tu seno, ¡oh cuán leprosa la sacarás, y cuán hondas llagas atentarás ²! ¡Qué vivas hallarás en tí las raíces de la soberbia, y el amor de la honra, y el sentimiento de la vanagloria, y la hipocrésia disimulada, con la cual procuras de encubrir tus defectos y parecer muy otro del que eres! ¿Cuán amigo eres de tu interese, y del regalo de tu carne; á la cual muchas veces so color de necesidad, no provees, sino sirves; no sustentas, sino regalas? Pues ya si el que era tu igual, te echa un poco el pié adelante, ¡cuán presto brotan luego las raíces de la invidia! Y si otro te toca en un punto de honra, ¡cuán acelerada sale la ira!

Mas entre todos estos males, ¿quién explicará la soltura de tu lengua, la liviandad de tu corazón, la dureza de la propia voluntad, y la inconstancia en los buenos propósitos? ¿Cuántas

¹ Ephes. iv. — ² Exod. iv.

palabras salen desa lengua perdidas? Cuántas vanas? Cuántas en perjuicio del prójimo, y en alabanza de tí mismo? ¿Cuán pocas veces se niega esa propia voluntad, y suelta la presa en que está cebada, por cumplir la de Dios ó del prójimo? Mira bien en ello, y hallarás que muy raras son las veces que alcanzas victoria de tí mesma; siendo siempre necesario alcanzarla para ser perfectamente virtuoso. Pues de la inconstancia de los buenos propósitos ¿qué diré, sino concluir en pocas palabras, que no hay veleta de tejado que así se mueva á todos vientos, como tú te mueves con el menor soplo de cualquier ocasion que se te ofrezca? ¿Qué es toda tu vida sino un juego de niños, y un tejer y destejer, proponiendo á la mañana, y quebrantando á la tarde, si ya no es luego á la misma hora? ¿Pues qué es esto, sino ser aquel lunático del Evangelio, á quien los discípulos del Salvador no pudieron sanar, por ser tan recia esta enfermedad ¹?

Pues la liviandad de tu corazon, sus mudanzas, su inestabilidad y pusilanimidad, tampoco se pueden explicar; pues está claro que tantas figuras y semblantes muda, cuantos accidentes se le ofrescen á cada hora, sin tener alguna estabilidad ni firmeza. ¡Cuán presto se distrae con cualquier negocio, y cuán presto vierte todo lo que tiene, y cuán pequeños trabajos bastan para apretarlo, y congojarlo, y ahogarlo!

Finalmente, echada bien la cuenta, y visto lo que tienes, y lo que te falta, hallarás muy gran razon para temer no sea todo lo que tienes en-

¹ Matth. xvii.

gaño, y sombra de virtud, y falsa justicia; pues no hay en tí mas que un gustillo de Dios, que puede ser quizá mas de carne que de espíritu; y con esto te parece por ventura que estás ya seguro; y aun quizá dirás con el fariseo ¹ que no eres como los otros hombres, porque no sienten lo que tú sientes; teniendo por otra parte los senos de tu ánima llenos de amor propio y de tu propia voluntad, y todos los otros defectos y pasiones que arriba dijimos. De manera que todo tu caudal es decir ²: Señor, Señor; y no hacer la voluntad de Dios; lo cual es imitar la falsa justicia de los fariseos, y ser aquel tibio del Apocalipsi, que Dios alanza de su boca ³.

Todas estas cosas debes considerar diligentemente, y enderezar esta consideracion al dolor y sentimiento de tus pecados, y al conoscimiento de tu propia miseria; para que por lo uno pidas perdon al Señor de lo que le ofendiste; y por lo otro virtud y gracia para nunca mas ofenderle.

§ V.

De la acusacion de la propria consciencia, y del aborrescimiento y desprecio de sí mesmo.

Considerada pues así la muchedumbre de los pecados, y viéndose el hombre por todas partes tan cargado dellos, debe humillarse y compungirse cuanto le sea posible, y desear ser despreciado de todas las criaturas; pues él así desprecó al Criador de todas. Para todo esto le podrá aprovechar una muy devota consideracion de

¹ Luc. XVIII. — ² Matth. VII. — ³ Apoc. III.

Sant Buenaventura, en la cual hablando desta confusion de la consciencia y desprecio de sí mismo, dice así :

Miremos, hermanos, nuestra gran vileza, y la grandeza de la divina ofensa, y humillémonos ante Dios cuanto nos sea posible. Temamos alzar nuestros ojos al cielo, y hiramnos nuestros pechos con aquel publicano del Evangelio ¹, para que el Señor se apiade de nosotros. Esforzémonos y tomemos armas contra nuestra misma malicia, y hagámonos jueces de nosotros mismos, diciendo cada uno dentro de sí : si por los pecados que yo hice, mi Señor fué tan avillado y aflicto, ¿cómo dejaré yo de abatirme y despreciarme siendo yo el mesmo que pequé? Léjos sea de mí presumir otra cosa mas que de un muladar vilisísimo y abominable, cuyo hedor yo mesmo no pueda comportar. Yo soy aquel que menosprecié á Dios, y el que le volví otra vez á poner en cruz. Ya parece que toda la máquina deste mundo da voces contra mí diciendo : este es el que ofendió y despreció á nuestro comun Señor. Este es el perverso y desconocido que mas se movió por los embaimientos del demonio que por los beneficios de Dios ; á quien mas agradó la malicia diabólica, que la bienquerencia divina. Este nunca pudo ser atraído al bien con los halagos divinos, ni atemorizado con sus juicios. Este es el que (cuanto en sí fué) deshizo y escarnesció el poder, y la sabiduría y la bondad de Dios. Mas temió ofender á un hombre flaco, que á la omnipotencia de Dios ; mas vergüenza tuvo de hacer una

¹ Luc. xviii.

cosa torpe ante un vilísimo rústico, que ante la presencia de Dios; mas quiso abrazar un poco de estiércol hediondo, que el summo bien. Este es el que puso sus ojos en la podre y corrupcion de las criaturas, y volvió las espaldas al Criador. ¿Qué diré? Ninguna cosa torpe ni abominable dejó de cometer en presencia de Dios, sin tener respecto ni vergüenza de tan grande Majestad.

Dan pues voces contra mí en su manera todas las criaturas, y dicen: este es el que usó mal de todas nosotras; pues habiendo de ordenarnos al servicio y gloria de nuestro Criador, nos hizo servir á la voluntad del enemigo, volviendo en injuria del Criador lo que él habia criado para su servicio. Estaba su ánima hermoseada con la imagen de Dios; y él, borrando esta imagen divina, vistióse de nuestra vil imagen y semejanza. Mas terrenal fué que la tierra, mas deleznable que el agua, mas mudable que el viento, mas encendido en sus apetitos que el fuego, mas endurecido que las piedras, mas cruel contra sí mismo que las fieras, y mas ponzoñoso contra los otros que los mismos basiliscos. ¿Qué diré? Que ni temió á Dios, ni hizo caso de los hombres; y así deramó (cuanto en él fué) su ponzoña sobre muchos, atrayéndolos á la compañía de sus maldades. No se contentó con ser él solo el que injuriase á Dios, sino quiso tambien tener muchos ayudadores y compañeros en sus injurias. Pues ¿qué diré de los otros males? Fué tan grande su soberbia, que no se quiso subjectar á Dios, ni inclinar las cervices al yugo de su obediencia; ántes quiso vivir como á él se le antojase, y hacer en todo su voluntad, levantándose (cuanto le

fué posible) contra Dios. Si Dios no cumplia con sus apetitos, ó le enviaba algunas adversidades, así se airaba contra él, como contra uno de sus criados. En todas las cosas que hacia quiso ser alabado, así en las malas como en las buenas: como si él fuera Dios, á quien solo pertenesce que por todo sea alabado, pues todo lo que hace es bueno, ó ordenado para bien. ¿Qué mas diré? Mas soberbio fué en alguna manera que Lucifer¹: mas presumptuoso que Adam²; porque aquellos como estaban llenos de claridad y hermosura tuvieron algun motivo para presumir de sí; mas este siendo un muladar sucio y hediondo, ¿qué razon tenia para estimarse en algo?

Dan pues voces justamente contra mí todas las criaturas, y dicen: Venid, y destruyamos á este injuriador de nuestro Criador. La tierra dice, ¿por qué lo sustento? El agua dice, ¿por qué no lo ahogo? El aire dice, ¿por qué le doy huelgo? El fuego dice, ¿por qué no lo abraso? El infierno dice, ¿por qué no lo trago y lo atormento? ¡Ay! ¡Ay pues miserable de mí! ¿Qué haré? ¿Adónde iré, pues todas las cosas están armadas contra mí? ¿Adónde me acogeré? ¿Quién me recibirá, pues á todas las cosas tengo ofendidas? A Dios menosprecié, á los ángeles enojé, á los santos deshonré, á los hombres ofendí y escandalicé, y de todas las criaturas usé mal. Mas ¿para qué es tan largo discurso? Por el mesmo caso que ofendí al Criador de todas las cosas, ofendí á todas ellas juntas. No sé pues (¡miserable de mí!) adónde vaya; pues de todas las cosas he hecho

¹ Isai. xvi. — ² Genes. iii.

enemigos contra mí : de tal manera que en todo lo que veo alderredor de mí, no hallo quien esté de mi parte ; porque hasta mi misma consciencia ladra contra mí, y todas mis entrañas me acusan y despedazan.

Lloraré pues como miserable, sin poner fin á mis lágrimas mientras viviere en este valle de miserias¹, esperando si por ventura tendrá por bien volver los ojos sobre mí aquel piadosísimo Salvador. Derribarme he á sus piés, y con toda la humildad y vergüenza que pudiere, decirle he : Señor, yo soy aquel grande enemigo tuyo que en presencia de tus ojos divinos hice cosas abominables. Conózcome por tan culpado delante de tí, que aunque solo padesciese toda aquella pena infernal que los demonios y los hombres condenados padescen, no pagaria con todo esto suficientemente lo que merecen mis pecados. Extiende pues, Señor, sobre este miserable el pallio de tu misericordia ; pueda mas que mi maldad la grandeza de tu bondad. Gócese el Padre dulcísimo con la vuelta del hijo pródigo², y el buen pastor con la oveja perdida, y la piadosa mujer con la pieza de oro hallada. ¡ Oh cuán dichoso será aquel dia, cuando tendieres tus brazos sobre mi cuello, y me dieres besos de paz !

Pues para alcanzar este bien ya sé lo que haré. Tomaré armas contra mí mismo, y seré para mí el mas cruel de todos, y mas riguroso. Aligirme he por todas partes con trabajos y penas, y despreciarme he así como un ciego hediondo. Alegrarme he en mis desprecios y deshonras por

¹ Thren. II. — ² Luc. XV.

cualquiera parte que me vengan. Gozarme he cuando se descubriere y publicare mi confusion. Y porque yo solo no basto para aborrescerme y despreciarme, juntaré toda la universidad de las criaturas; y de cada una desearé ser afligido y despreciado, pues yo desprecié al Criador de todas. Este me será un tesoro muy deseado, amontonar penas y desprecios contra mí, y amar con entrañable corazon á los que en esto me ayudaren. Todas las consolaciones y honras desta vida me serán tormento, y á todas ellas tendré por amigos engañosos y lisonjeros. Creo firmemente que si así lo hiciere, inclinaré todas las cosas (aunque por mí ofendidas) á compadescerse de mí; y las que ántes daban voces contra mí, agora en su manera rogarán y abogarán por mí. Corran pues por todas partes deshonoras y azotes, para que por todas me lleven á mi dulcísimo Señor. Toda honra y todo deleite vaya léjos de mí, y no se oya en mi morada. En todas las cosas no busque yo sino la honra sola de mi Señor, y mi propio desprecio y confusion.

Hasta aquí son palabras de Sant Buenaventura; las cuales ayudarán mucho al que devotamente las meditare, á engendrar en él estos cuatro nobilísimos afectos, conviene saber: dolor de los pecados, temor de Dios, odio sancto de sí mismo, y deseo de ser menospreciado por Dios. Del primer afecto nasce la penitencia, que lava todos los pecados pasados; en el segundo está el temor de Dios, que excluye todos los venideros; por el tercero se alcanza el aborrescimiento de sí mismo contra el amor proprio, y por el cuarto la verdadera humildad contra el deseo de la glo-

ria del mundo. Quien quiera que estas cuatro virtudes desea alcanzar, en estas y otras semejantes consideraciones se debe ejercitar. Mas particularmente por aquí se alcanza este odio sancto de sí mismo, el cual tiene por oficio, no solo huir los regalos del cuerpo, y buscar los trabajos, sino mucho mas despreciar toda dignidad y honra del mundo, y amar todo menosprecio y deshonor por Dios. Y este afecto pertenesce propriamente á la humildad; la cual es un menosprecio entrañable de sí mismo, que nasce del verdadero conocimiento de sí mismo, y de sus propios pecados. Digo esto para que sepan los amadores de la verdadera humildad, que desta mesma fuente de donde se coge agua para criar el aborrescimiento de sí mismo, se coge tambien para sustentar y regar el árbol de la verdadera humildad, de donde nascen todas las virtudes.

EL MÁRTES EN LA NOCHE.

Este dia pensarás en la condicion y miserias desta vida, para que por ellas veas cuán vana sea la gloria del mundo, pues se funda sobre tan flaco cimiento, y en cuán poco debe tener el hombre á sí mismo, pues á tantas miserias está sujeto.

Pues para esto considera primeramente la vileza de la origen y nascimiento del hombre, conviene á saber: la materia de que es compuesto, la manera de su concepcion, las injurias y dolores del parto, la fragilidad y miseria de su cuerpo, segun que adelante se tratará.

Lo segundo, considera las grandes miserias

de la vida que vive, y señaladamente estas siete ¹. Primeramente considera cuán breve sea esta vida; pues el mas largo término della es setenta ó ochenta años; porque todo lo demas (si algo queda) es trabajo y dolor. Y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que mas es vida de bestias que de hombres, y el que se gasta durmiendo, cuando no usamos de los sentidos ni de la razon, hallarémos aun ser mas breve de lo que parece. Y si sobre todo esto la comparas con la eternidad de la vida advenidera, apenas te parecerá un punto. Por do verás cuán desvariados son los que, por gozar deste soplo de vida tan breve, se ponen á perder el descanso de aquella que para siempre durará.

Lo segundo, considera cuán incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada), porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay de vida, no está seguro, sino dudoso. Porque ¿cuántos llegan á estos setenta ó ochenta años que dijimos? ¿A cuántos se corta la tela en comenzándose á tejer? ¿Cuántos se van en flor (como dicen) ó en agraz? No sabeis (dice el Salvador) cuándo vendrá vuestro Señor ²: si á la mañana, si al mediodía, si á la media noche, si al canto del gallo. Esto es: no sabeis si vendrá en el tiempo de la niñez, ó de la mocedad, ó de la juventud, ó de la vejez. Aprovechate ha para mejor sentir esto, acordarte de la muerte de muchas personas que habrás conocido en este mundo; especialmente de tus amigos y familiares, y de algunas personas ilus-

¹ Vid. de his Plin. lib. VII, c. 50. — ² Marc. XIII.

tres y señaladas, á las cuales salteó la muerte en diversas edades, y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas. Conozco yo una persona que tenia hecho un memorial de todas las personas señaladas que en este mundo habia conocido en todo género de estados, que eran ya defuntas; y alguna vez lo leia, ó pasaba por la memoria, y en cada uno dellos se le representaba summarjamente toda la tragedia de su vida, y la burlería y engaño deste mundo, y el paradero y fin de las cosas humanas. Por lo cual entendia con cuánta razon habia dicho el Apóstol ¹ que se pasa la figura deste mundo. En lo cual quiso dar á entender el poco sér que tienen las cosas desta vida; pues no las quiso llamar cosas verdaderas, sino solamente figuras, que no tienen sér, sino parescer, por donde aun son mas engañosas.

Lo tercero piensa cuán frágil y quebradiza sea esta vida; y hallarás que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es, pues un aire, un sol, un jarro de agua fria, un baho de un enfermo basta para despojarnos della; como parece por las experiencias cuotidianas de muchas personas, á las cuales en lo mas florido de su edad bastó para derribar cualquier ocasion de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuán mudable es, y cómo nunca permanece en un mismo sér. Para lo cual debes considerar cuánta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca perseveran en una mesma disposicion; y cuánto mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar, alte-

¹ I Cor. VII.

rados con diversos vientos y olas de pasiones que á cada hora nos perturban; y finalmente cuánta la de todo el hombre, que está sujeto á todos los vaivenes de la fortuna, la cual nunca permanece en un mismo sér, sino siempre rueda de un lugar en otro. Y sobre todo esto considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida; pues dia y noche nunca pára, sino que siempre va perdiendo de su derecho, y gastándose como una vestidura con el uso, y acercándose cada hora mas y mas á la muerte. Según esto, ¿qué es nuestra vida, sino una candela que siempre se está gastando, y mientras mas arde y resplandesce, mas se gasta? ¿Qué es nuestra vida, sino una flor que se abre á la mañana, y al mediodía se marchita, y á la tarde se seca? Así la comparó el Profeta en el salmo, cuando dijo ¹: La mañana de la niñez se pasa como una yerba: á la mañana floresce, y luego pasa, y á la tarde cáesele la flor, y endurece, y sécase.

Lo quinto, considera cuán engañosa es, que por ventura es lo peor que tiene; porque por esta via nos engaña: pues siendo fea, nos parece hermosa; y siendo breve, á cada uno la suya le parece larga; y siendo tan miserable, parece tan amable, que no hay peligro, ni trabajo, ni pérdida á que no se pongan los hombres por ella; aunque sea haciendo cosas por do vengan á perder la vida perdurable.

Lo sexto, considera cómo demas de ser tan breve, etc. (según está dicho), eso poco que hay de vida está sujeto á tantas miserias, así del

¹ Psalm. LXXXIX.

ánima como del cuerpo, que toda ella no es otra cosa sino un valle de lágrimas, y un piélago de infinitas miserias. Escribe Sant Hierónimo ¹ que Jerjes, aquel poderosísimo rey, que derribaba los montes y allanaba los mares, como se subiese á un monte alto á ver dende allí un ejército que tenia ayuntado de infinitas gentes, despues que lo hubo bien mirado, dice que se puso á llorar. Y preguntado por qué lloraba, respondió: Lloro porque de aquí á cient años no estará vivo ninguno de cuantos aquí veo presentes. Sobre lo cual dice Sant Hierónimo ²: ¡Oh si pudiésemos subirnos á alguna atalaya tan alta, que dende ella pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros piés! Dende ahí verias las caidas y miserias de todo el mundo, y gentes destruidas por gentes, y reinos por reinos. Verias cómo á unos atormentan, á otros matan; unos se ahogan en la mar, otros son llevados captivos. Aquí verias bodas, allí planto; aquí nacer unos, allí morir otros; unos abundar en riquezas, otros mendigar. Y finalmente verias, no solo el ejército de Jerjes, sino á todos los hombres del mundo que agora son, los cuales de aquí á pocos dias acabarán.

Discorre tambien por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos, y por todas las aflicciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay, así en todos los estados como en todas las edades de los hombres; y verás aun mas claro cuántas sean las miserias desta vida: para que viendo tan claramente cuán poco

¹ In epitaphio Nepotiani prope finem. — ² Ibid.

es todo lo que el mundo puede dar, mas fácilmente lo menosprecies.

A todas estas miserias sucede la última, que es el morir : la cual así para lo del cuerpo como para lo del ánima, es la última de todas las cosas terribles ; pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas, y del ánima se ha de determinar entónces lo que para siempre ha de ser.

§ VI.

De la consideracion de las miserias de la vida humana; en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

Que tan grandes sean las miserias en que la naturaleza humana quedó por el pecado, no hay lengua que lo pueda explicar. Muy bien dijo Sant Gregorio ¹ que solos aquellos dos primeros hombres que conocieron por experiencia aquella noble condicion y estado en que Dios crió al hombre, sabian las miserias del hombre; porque acordándose de las prosperidades de la vida que habian vivido, veian mas claro las miserias del destierro en que habian quedado. Mas los hijos destos miserables, como nunca supieron qué cosa era buena ventura, y siempre se criaron en miseria, no saben qué cosa es miseria; porque nunca supieron qué cosa era buena ventura. Antes muchos dellos están, como frenéticos, tan sin sentido, que querrian (si les fuese posible) perpetuarse en esta vida, y hacer del destierro pa-

¹ Ex lib. VIII Moraliū, c. 22, et lib. XI, c. 26.

tria, y de la carcelería morada; porque no sienten los males della. Onde así como los acostumbrados á estar en lugares de mal olor no reciben ya pena desto, por la costumbre que dello tienen; así estos miserables no sienten las miserias desta vida, por estar tan hechos á vivir en ellas.

Pues para que tú no caigas en este engaño ni en otros mayores que de aquí se siguen, considera con atencion la muchedumbre destas miserias; y primero las del origen y nascimiento del hombre, y despues las condiciones de la vida que vive.

Comenzando pues este negocio por sus principios, considera primeramente de qué materia sea compuesto el cuerpo del hombre; porque de la nobleza ó bajeza de la materia se suele muchas veces conocer la condicion de la obra.

Dice la Escripura divina ¹ que crió Dios al hombre del cieno de la tierra. Entre todos los elementos el mas bajo es la tierra, y entre todas las partes de la tierra la mas baja es el cieno: segun lo cual parece haber criado Dios al hombre de la mas vil y baja cosa del mundo. De manera que los reyes, y los emperadores, y los papas, por muy altos y esclarecidos que sean, cieno son. Entendian muy bien esto los egipcios, de los cuales se escribe que celebrando cada un año la fiesta de su nascimiento, traian en las manos unas yerbas que nascen en las lagunas cenagosas; para significar la semejanza y parentesco que los hombres tenemos con la paja y con el cieno, que es el comun padre de entrambos. Pues si tal es la

¹ Genes. II.

materia de que somos compuestos, ¿de qué te ensoberbesces, polvo y ceniza? de qué te ensoberbesces, paja y cieno?

Pues la manera y artificio con que se edificó la obra desta materia, no es para escribirse ni para mirarse, sino para pasar adelante cerrados los ojos por no ver cosa tan fea. Si los hombres supiesen tener vergüenza de lo que era razon, de ninguna cosa se afrentarian mas que de ver la manera en que son concebidos. Solamente diré una cosa, y es que aquel tan piadoso Señor que vino á este mundo á tomar sobre sí todas nuestras miserias para descargarnos dellas, sola esta fué la que en ninguna manera quiso tomar. Y no le pareciendo cosa fea ser abofeteado, y escupido, y tenido por el mas bajo de los hombres, sola esta le pareció indigna de su majestad, si fuese concebido de la manera que ellos. Pues ya la sustancia de que se sustentan estos cuerpos ántes que nazcan, no es tan limpia que se deba hacer memoria della; ni tampoco de otras muchas suciedades que al tiempo de nacer se ven cada dia.

Vengamos al parto. Dime, ¿qué cosa mas miserable què ver parir una mujer? ¡Qué dolores tan agudos! qué vueltas! qué vaivenes tan peligrosos! qué aullidos y gritos tan lastimeros! Dejo de decir de los partos monstruosos y revesados, porque esto seria nunca acabar. Y con todo esto, ya que sale á luz la criatura, sale llorando, pobre, desnuda, flaca y miserable, y necesitada de todas las cosas, y inhabilitada para todas. Los otros animales nascen calzados y vestidos¹, unos

¹ Vide Plin. in Proœm. lib. VII.

de lanas, otros de escamas, otros de plumas, otros de cueros, otros de conchas : hasta los árboles nascen vestidos de sus cortezas, y estas á veces dobladas ; solo el hombre nasce desnudo, sin ningun género de vestidura, sino una piel sucia y asquerosa en que sale revuelto. Con estos atavíos sale al mundo el que despues de salido, por su soberbia no cabe en el mundo.

Demas desto los otros animales á la hora que nascen luego saben buscar lo que les cumple, y tienen habilidades para ello. Unos andan, otros nadan, otros vuelan ; y cada uno finalmente sin maestro sabe buscar lo que le es necesario. Solo el hombre ninguna cosa sabe, ni puede hacer sino en brazos ajenos. ¿Cuántos dias gasta en aprender á andar, y aun esto primero en cuatro piés que en dos? ¿Cuánto tiempo está sin poder hablar? Y no solamente hablar, mas ni aun comer sabe, si no se lo muestran. Una sola cosa sabe hacer por sí mesmo, que es llorar. Esta es la primera que hace, y la que sola sabe hacer sin maestro. Y el reir, ya que por sí tambien lo sabe hacer, no lo sabe hacer hasta los cuarenta dias despues de nascido (como quiera que siempre llore), para que entiendas cuán mas prompta está la naturaleza para lágrimas que para alegría. ¡ Oh locura de los hombres (dice un sabio), que de tales y tan bajos principios creen haber nascido para soberbia !

Pues el mismo cuerpo del hombre (de que tanto se precian los hombres) querria que mirases con buenos ojos qué tal es, por muy hermoso que por defuera parezca. Dime, ruégote, ¿qué otra cosa es el cuerpo humano, sino un vaso dañado,



que todos cuantos licuores echan en él luego los aceda y corrompe? ¿Qué es el cuerpo humano, sino un muladar cubierto de nieve, que por defuera parece blanco, y dentro está lleno de inmundicias? ¿Qué muladar hay tan sucio? qué albañal que tales cosas eche de sí por todos sus desagüaderos? Los árboles, y las yerbas, y aun algunos animales dan de sí muy suaves olores; mas el hombre tales cosas echa de sí, que no parece ser otra cosa sino un manantial de suciedad.

De un gran filósofo llamado Plotino se escribe que se afrentaba de la condicion y bajeza de su cuerpo, y que oía de mala gana que se hablase en su linaje¹; y nunca se pudo acabar con él que consintiese sacar al natural un retrato de su figura, diciendo que bastaba traer consigo una cosa tan fea y tan indigna de la generosidad de su ánima todo el tiempo de su vida, sin obligarle á que para siempre quedase memoria perpetua de su deshonra.

Del abad Isidoro se escribe, que estando una vez comiendo, no se podía contener de lágrimas, y preguntado por qué lloraba, respondió: Lloro porque he vergüenza destar aquí comiendo manjar corruptible de bestias, habiendo sido criado para estar en compañía de ángeles, y comer con ellos el mantenimiento divino.

¹ Porphir. in principio operum Plotini scribens vitam ipsius.

§ VII.

De las miserias y condiciones desta vida; y primero de la brevedad della.

Despues desto considera las miserias grandes de la vida humana, y principalmente estas siete, conviene saber: cuán breve sea esta vida, cuán incierta, cuán frágil, cuán inconstante, cuán engañosa, y finalmente cuán miserable; y despues el fin en que viene á parar, que es la muerte.

PRIMERA MISERIA.

Considera pues primeramente la brevedad de nuestra vida, la cual consideraba el sancto Job, quando decia ¹: Breves son, Señor, los dias del hombre; y el número de los meses que ha de vivir, tú lo sabes. ¿Qué tanto es agora setenta ó ochenta años de vida? Pues ese es el comun término de la vida de los hombres que no se tienen por muy mal logrados, como lo significó el Profeta quando dijo ²: Los dias del hombre, quando mucho, son setenta años; y si á mas tirar llegan á ochenta, lo que de ahí se sigue, todo es trabajo y dolor.

Y si quieres tomar esta cuenta por menudo, y no así á carga cerrada; no me parece que debes tomar en cuenta de vida el tiempo de la niñez, y ménos el que se pasa durmiendo. Porque la vida de la niñez ³, quando no ha venido aun

¹ Iob, XIV. — ² Psalm. LXXXIX. — ³ Plin. lib. VII, c. 50.

el uso de la razon que nos hace hombres, no se puede llamar vida de hombres, sino vida de bestias, como es la de un cabritillo que se anda por ahí saltando. Especialmente constándonos que en toda aquella edad ni se aprende ni se hace cosa digna de hombre. Pues el tiempo que se duerme, no veo yo cómo se pueda llamar tiempo de vida¹; pues lo principal de la vida es usar de los sentidos y de la razon, y entónces lo uno y lo otro está suspenso y como muerto.

Por donde dijo un filósofo² que en la mitad de la vida no habia diferencia del feliz al infeliz, porque en el tiempo que se duerme todos los hombres son iguales, por estar entónces como muertos. Claro está que si un rey estuviese captivo por espacio de un año, ó de dos, que no podríamos decir con verdad que aquel tiempo reinó, pues ni gozó del reino, ni lo gobernó. Pues ¿cómo se podrá decir que el hombre vive cuando duerme³, pues en todo este tiempo está suspenso el señorio y uso de la razon y de los sentidos por quien vivimos? Por esta causa un poeta⁴ llamó al sueño pariente de la muerte; y otro⁵ hermano, por la semejanza que entendian haber entre lo uno y lo otro⁶. Pues si tanta parte de la vida se duerme, ¿qué tanta será la que no se vive? Y si lo comun es dormirse la tercera parte del día, que son ocho horas (aunque algunos hay que ni con esto se contentan), síguese por esta cuenta que la tercera parte de la vida se duerme, y por

¹ Plin. ubi sup. et lib. XXVI, cap. 1. — ² Arist. lib. I Ethic. c. 8. — ³ Ex Hieronym. in epist. ad Cyprianum infr. med. — ⁴ Homerus. — ⁵ Pindarus. — ⁶ Vide Erasmus in centur. 3. Chilliadis 2.

consiguiente, que no se vive; porque por aquí veas cuán gran pedazo de tan breve vida nos lleva el sueño de cada día. Pues hecha esta cuenta (que es verdadera), ¿cuánto es lo que quedará de verdadera vida aun á los muy vividores?

Por cierto muy gran razon tuvo aquel filósofo que preguntado qué le parescia de la vida del hombre, dió una vuelta delante los que esto le preguntaban, y luego desapareció, dando á entender que no era mas que solo aquello nuestra vida. No es mas que una carrera de un apresurado cometa, que en un punto pasa y se consume, y de ahí á poco aun aquel rastro, que dejó en pos de sí, desaparece. Porque muy pocos dias despues de acabada la vida, se acaba tambien con la vida la memoria, por muy resplandeciente que haya sido la persona. Finalmente, parescia tan breve á muchos de aquellos sabios antiguos esta vida ¹, que uno dellos la llamó sueño; y otro, no contento con esto, la llamó sueño de sombra, paresciéndole que era mucho llamarla sueño de cosa verdadera, no siendo á su juicio mas que sueño de cosa vana.

Pues si esto poco que resta de vida lo comparamos con la vida advenidera, ¿cuánto ménos aun parecerá? Muy bien dijo el Eclesiástico ²: Los dias del hombre á mas tirar son cient años. ¿Pues qué es todo esto comparado con la eternidad, sino una gota de agua comparada con la mar? Y está clara la razon. Porque si una estrella (que es mucho mayor que toda la tierra) comparada con lo restante del cielo, parece tan pe-

¹ Erasmus ubi supr. — ² Eccli. XVIII.

queña, ¿qué parezca la vida presente, que es tan breve, comparada con la venidera, que no tiene cabo? Y si, como dicen los astrólogos ¹, toda la tierra comparada con el cielo no es mas que un punto, porque la grandeza inestimable de los cielos la hace parecer tan pequeña, ¿qué parecerá este soplo de vida tan breve, comparado con la eternidad, que es infinita? Sin duda parecerá nada. Porque si mil años delante de Dios son como el dia de ayer que ya pasó ², ¿qué parecerán delante dél cient años de vida, sino nada?

Eso mesmo parece á aquellos malaventurados, quando hacen comparacion de la vida que dejaron, con la eternidad de los tormentos que para siempre padescen, como ellos mesmos lo confiesan en el libro de la Sabiduría por estas palabras ³: ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia, y la pompa de nuestras riquezas? Pasáronse todas estas cosas como sombra que vuela, y como correo de posta, ó como el navío que va por las aguas, que no deja rastro de su camino, ó como saeta arrojada á cierto lugar, que así como el aire se abrió y le hizo camino, luego se volvió á cerrar, sin que se supiese por dó pasó. Así nosotros luego en nasciendo dejamos de ser, sin dejar rastro ni señal de ninguna virtud. Mira pues cuán breve les parecerá allí á los miserables todo el tiempo desta vida, pues claramente confiesan que no vivieron, sino que en nasciendo, luego en ese punto dejaron de ser. Pues si esto es así, ¿qué locura mayor puede ser, que por gozar este sue-

¹ Vide Titelm. lib. VII de cœlo et mundo, in sua Physica. — ² Psalm. LXXXIX. Hieronym. in epist. ad Cypr. omnis quippe vita mortalium quasi somnium. — ³ Sap. v.

ño momentáneo de tan vanos deleites, querer ir á padecer tormentos eternos? Item, si tan breve es el plazo desta vida, y tan largo el de la otra, ¿qué locura es, proveyéndonos de tantas cosas para la vida tan breve, no proveer de algo para aquella tan larga? ¿Qué locura seria, si determinándose un hombre de vivir en España, gastase todo cuanto tiene en comprar raíces y edificar casas en Indias, y no proveyese nada para la tierra donde se va á morar? Pues ¿cuánto mayor es la de aquellos que todo su caudal emplean en proveerse para esta vida, donde tan poco han de vivir, y ninguna cosa aparejan para aquella donde para siempre han de morar? Especialmente teniendo tan gran aparejo para trasladar á ella todos sus bienes por manos de pobres, como dijo el Sabio ¹: Echa tu pan sobre las aguas que corren, que despues de mucho tiempo lo vendrás á hallar.

§ VIII.

De cómo es incierta nuestra vida.

II MISERIA.

Mas ya que la vida tiene tan cortos los plazos, si estos plazos fuesen ciertos, y todo este tiempouviésemos seguro, como lo tuvo el rey Ecequías, á quien Dios otorgó quince años mas de vida ², aun seria mas tolerable nuestra miseria; mas no es así, sino que siendo la vida tan breve como hemos dicho, eso que hay de vida (tanto cuanto)

¹ Eccles. xi. — ² Isai. xxxviii.

no está cierto, sino dudoso ; porque, como dice el Sabio ¹, no sabe el hombre el día de su fin, sino que así como á los peces, cuando mas seguros están, los prenden en un anzuelo, y á los pájaros en un lazo, así saltea la muerte á los hombres en el tiempo malo. Muy sabida es aquella sentencia que dice que ni hay cosa mas cierta que la muerte, ni mas dudosa que la hora del morir. Por esto comparaba un filósofo ² las vidas de los hombres á las campanillas ó burbujicas que se hacen en los charcos de agua cuando llueve, de las cuales unas se deshacen luego en cayendo, otras duran un poquito mas, y luego se deshacen, otras tambien duran algo mas, y otras ménos. De manera que aunque todas ellas duran poco, en eso poco hay grande variedad.

Pues si tan dudoso es el término de nuestra vida, y la hora de nuestra cuenta, ¿cómo vivimos con tanto descuido y negligencia? cómo no advertimos aquellas palabras del Salvador, que dicen ³: Velad, porque no sabeis cuándo vendrá el Hijo del hombre? ¡Oh si supiesen los hombres pesar la fuerza desta razon! Porque no sabeis (dice él) la hora, velad y estad siempre apercebidos. Como si mas claro dijera : porque no sabeis la hora, velad en toda hora; y porque no sabeis el mes, velad en todos los meses; y porque no sabeis el año, estad apercebidos en todos los años; porque aunque no sepais de cierto cuál destos es el año en que os han de llamar, es cierto que en alguno dellos os llamarán.

¹ Eccles. ix. — ² Marc. Narro in præfatio de librorum suorum, de re rustica. Homo bulla. Et Lucianus in Charonte. — ³ Matth. xxiv.

Mas porque mejor se vea la fuerza desta razon, pongamos un ejemplo. Dime : si te pusiesen en una mesa treinta ó cuarenta manjares, y te avisasen de cierto que uno dellos tenia ponzoña, ¿osarias por ventura comer de alguno dellos, aunque tuvieses mucha hambre? Claro está que no. Porque el temor de encontrar con aquel uno solo, te haria abstener de todos los otros. Pues veamos cuántos años (á mas tirar) te pueden quedar de vida. Dirás por ventura que á bien librar, podrán ser treinta ó cuarenta. Pues si es cierto que en uno desos años está tu muerte, y no sabes en cuál, ¿por qué no temes en cada uno dellos, pues es cierto que uno dellos te ha de matar? No osas llegar á ninguno de los cuarenta platos, aunque mueras de hambre, porque sabes que en uno está la muerte, ¿y no temerás en cada uno desos cuarenta años, pues tan cierto es que en uno dellos has de morir? ¿Qué se puede responder á esta razon?

Oye aun otra no ménos eficaz. Dime : ¿por qué se vela siempre un castillo cuando está en frontera de enemigos? No por mas de porque no saben cuándo vendrán á dar sobre él. El no saber cuándo, los hace velar en todo tiempo ; porque si supiesen el tiempo cierto de su venida, podrian descuidarse en el entre tanto, y guardar para entónces la diligencia de la vela. Pues por amor de Dios te pido seas agora buen juez de lo que diré. Veamos si por estar dubdoso si vernán hoy, si mañana, si este año, si ese otro los enemigos, velas cada noche tu castillo, ¿cómo no velas continuamente sobre tu ánima, pues no sabes cuándo ha de llegar su hora? La misma

dubda que hay allí, hay aquí, y mucho mayor; y el negocio, y lo que importa, sin ninguna comparacion es mayor. Pues ¿en qué juicio cabe velar allí siempre, y aquí siempre dormir? ¿Qué cosa puede ser mas contra razon? Mira que vale mas tu ánima que todos los castillos y reinos del mundo, y si miras al precio por que fué comprada, mas aun que todos los ángeles. Mira que tiene mayores enemigos, que dia y noche andan por saltarla. Mira que por ninguna via se puede saber el dia ni la hora deste salto. Mira que todo el punto deste negocio está en tomarte apercebido, ó desapercebido en esta hora; pues segun la parábola del Evangelio ¹, las vírgenes que estaban aparejadas entraron con el esposo á las bodas, y las no aparejadas se quedaron fuera. Pues ¿qué falta aquí, por donde no hayas siempre de velar, pues la dubda es mayor, y el peligro mayor, y la causa mayor, y todo lo demas sin comparacion mayor?

§ IX.

De cuán frágil sea nuestra vida.

III MISERIA.

Mas no solo es incierta nuestra vida, sino tambien frágil y quebradiza. Si no, dime: ¿qué vidrio hay tan delicado y tan ligero de quebrar como la vida del hombre? Un aire basta muchas veces, y un sereno, y un sol recio para despo-

¹ Matth. xxv.

jarnos de la vida. Mas ¿qué digo sol? Los ojos y la vista sola de una persona bastan muchas veces para quitar la vida á una criatura ¹. No es menester sacar espada, ni menear armas; solo mirar basta para matar. Mira qué castillo este tan seguro, en que se guarda el tesoro de nuestra vida; pues solo mirarlo dende léjos basta para batirlo por tierra.

Mas no es esto tanto de maravillar en la edad de los niños, cuando el edificio es tan nuevo y tan tierno. Lo mas admirable es, que despues de asentada y fraguada ya la obra de muchos años, poco menores causas bastan para derribarla ². Si preguntas de qué murió Fulano, ó Fulana, responderte han que de un jarro de agua fria que bebió, ó de una cena demasiada que cenó, ó de algun placer ó pesar grande que tomó ³; y á las veces no hay causa que dar, sino que acostándose el hombre sano, otro dia amanesce al lado de su mujer finado. ¿Hay vidrio en el mundo, hay vaso de barro mas quebradizo que este? Y no es cierto de maravillar que sea tan quebradizo, pues él tambien es de barro; ántes es mas de maravillar, cómo siendo de tal materia y tal hechura, pueda durar tanto tiempo, cuanto dura. ¿Por qué se desconcierta tantas veces un reloj? La causa es, porque tiene tantas ruedas y puntos, y tanto artificio, que aunque sea (como lo es) de fierro, cualquiera cosa basta para desconcertarlo. Pues ¿cuánto es mas delicado el ar-

¹ Plin. lib. VII, c. 2. — ² Plin. lib. VII, c. 7. Anacreon Poeta acino uvæ passæ, et Fabius Senator potu pilo in lactis haustu, interiire strangulati. — ³ Plin. lib. VII, c. 53.

tificio de nuestros cuerpos, y cuánto mas frágil la materia de nuestra carne? Pues si el artificio es mas delicado, y la materia mas frágil, ¿de qué nos maravillamos que se embarace algun punto destas ruedas, y así páre el movimiento de nuestra vida? Antes es de maravillar, no cómo los hombres se acaban tan presto, sino cómo duran tanto, siendo tan delicado este artificio, y de tan flaca materia compuesto.

Esta es aquella miserable fragilidad que significó Isaías por estas palabras ¹: Dijo Dios á este Profeta: da voces. Responde el Profeta: ¿qué diré? Dícele Dios: Toda carne es heno, y toda la gloria della es como la flor del campo. Secóse el heno, y cayóse la flor; mas la palabra de Dios permanece para siempre. Sobre las cuales palabras dice Sant Ambrosio ²: Verdaderamente así es; porque así floresce la gloria del hombre en la carne, como el heno; la cual aunque paresce grande, es pequeña como yerba, temprana como flor, caduca como heno; y así no tiene mas que frescura en el parescer, pero no firmeza ni estabilidad en el fructo. Porque ¿qué firmeza puede haber en materia de carne? ni qué bienes que sean durables en tan flaco sujeto? Hoy verás un mancebo en lo mas florido de su edad con grandes fuerzas, y con muy buen parescer; y si esta noche le saltea una enfermedad, otro día le verás con un rostro tan mudado, que el que ántes parescia muy agradable y hermoso, agora paresce del todo miserable y feo ³. Pues ¿qué diré de los otros accidentes y mudanzas de nuestros cuerpos?

¹ Isai. XL. — ² Lib. III Exameron, c. 7, circa med.

— ³ Vide August. lib. Meditationum, c. 21.

A unos quebrantan los trabajos, á otros enflaquece la pobreza, á otros atormenta la indigestion, á otros corrompe el vino, á otros debilita la vejez, á otros hacen muelles los regalos, y á otros trae descoloridos la lujuria. Pues segun esto, ¿no es verdad que se secó el heno y se le cayó la flor? Veréis otros de muy nobles abuelos y bisabuelos, de muy esclarecida sangre, de muy antiguo solar, muy llenos de amigos, y muy acompañados ambos los lados de criados, llevando y trayendo consigo muy grande familia y compañía; y si un poquito se le trastorna el viento de la fortuna, á la hora es dejado de sus amigos, y maltratado de sus iguales y desamparado de todos. Veréis otro lleno de riquezas, volando por las bocas de todos con fama de liberal y dadivoso, esclarecido con honras, levantado con poderes, subido en tribunales, y tenido por bienaventurado de todos; y acaescera que llevándolo agora con voces y pregones magníficos por la ciudad, se revuelvan de tal manera los tiempos, que venga á parar en la misma cárcel donde él tenia encarcelados á otros. ¿A cuántos acaesce llevar agora con toda la pompa del mundo á sus casas, y una noche que se atraviesa de por medio, escurece el resplandor de toda aquella gloria; y un solo dolor de costado que sobreviene, deshace toda aquella fábula compuesta? ¡Oh engañosas esperanzas de los hombres (dice Tulio), y fortuna frágil, y vanas todas nuestras contiendas y porfías! Que muchas veces á medio camino se quiebran y caen, y primero se hunden en la carrera, que puedan llegar á ver el puerto. Pues ¿qué locura es la de los hijos de Adam, que sobre tan

flacos cimientos edifican torres tan altas ; y no miran que edifican sobre arena, y que al mejor tiempo se llevará el viento todo lo mal cimentado ? ¡ Oh qué malas cuentas echan á veces los hombres, por no querer volver los ojos hácia dentro, y hacer primero cuenta consigo !

Y si esta es tan grande ceguera, ¿ cuánto mayor es la de aquellos malaventurados, que están muchos años en pecado, sabiendo que no hay entre ellos y el infierno mas que esta vida tan quebradiza ? Imaginemos agora que estuviese un hombre colgado de un hilo delgado, y que tuviese debajo de sí un pozo muy profundo, de tal manera puesto, que en quebrándose aquel hilo, hoviese luego de caer en él ; dime : ¿ qué tal estaría el que así se viese ? ¿ Cuán temeroso, cuán turbado, y cuán aparejado para dar cuanto tuviese por salir de aquel peligro ? Pues tú, miserable, que osas contra las leyes de Dios perseverar tantos dias y años en pecado, ¿ cómo no miras que estás en este mismo peligro ? En quebrándose este hilo tan frágil de la vida, estás para dar contigo en el profundo del infierno ; pues ¿ cómo duermes ? cómo juegas ? cómo ries ? cómo nunca echas de ver un tan grande peligro ?

§ X.

De cuán mudable sea nuestra vida.

IV MISERIA.

Tiene aun otro defecto nuestra vida, que es ser mudable, y nunca permanecer en un mismo

sér, segun que lo afirma el sancto Job en un triste memorial que hace de las miserias de la vida humana, por estas palabras ¹: El hombre nasce de mujer, vive pocos dias, es lleno de muchas miserias; sale como una flor, y luego se marchita; huyen sus dias así como sombra, y nunca permanece en un mismo estado. Pues dejadas agora esotras miserias, ¿qué cosa hay en el mundo mas mudable? Dicen que el camaleon muda en una hora muchos colores ²; y el mar Euripo es infamado de muchas mudanzas; y la luna tiene para cada dia su figura. Mas ¿qué es todo esto para las mudanzas del hombre? ¿Qué Proteo mudó jamas tantas figuras ³, como muda el hombre á cada hora? ya enfermo, ya sano, ya contento, ya descontento, ya triste, ya alegre, ya temeroso, ya confiado, ya sospechoso, ya seguro, ya pacífico, ya airado, ya quiere, ya no quiere; y muchas veces él á sí mesmo no se entiende. Finalmente, tantas son sus mudanzas, cuantos accidentes se levantan á cada hora, porque cada uno lo trastorna de su manera. Lo pasado le da pena, lo presente le turba, y lo venidero le congoja. Si no tiene hacienda, vive con trabajo; si la tiene, con soberbia; si la pierde, con dolor. Pues ¿qué lunas, ni qué mares están sujetos á tantas alteraciones y mudanzas? La mar no se muda sino cuando se revuelven los vientos; mas acá con los vientos y con la calma, siempre hay mudanzas y tormenta.

Pues ¿qué diré del continuo movimiento de nuestra vida? ¿Qué punto de tiempo hay en

¹ Job, xiv. — ² Plin. lib. VIII, c. 33, et lib. XXVIII, c. 8. — ³ Plin. lib. II, c. 9.

que no demos un paso hácia la muerte? ¿Qué piensas tú que es el movimiento de los cielos, sino un torno muy lijero en que se está siempre hilando nuestra vida? Mira de la manera que se hila un copo de lana en un torno, que á cada vuelta que da el torno se recoge un poco, y á otra vuelta otro poco, hasta que se acaba toda; que desa mesma manera se está siempre hilando en el torno de los cielos nuestra vida, pues á cada vuelta que dan, se recoge un pedazo della. Por esto dijo el sancto Job ¹, que sus dias eran mas lijeros que el correo que va por la posta; porque el correo, por mucha priesa que lleve, alguna vez la necesidad le hace parar; mas nuestra vida nunca pára, ni se nos hace jamas gracia de una hora. Esto, dice Sant Hierónimo ², que agora ordeno, esto que escribo, y que vuelvo á releer y emendar, se me está quitando de la vida; y cuantos punctos escribe el notario, tantos son los daños y menoscabos de mi vida. De manera que así como los que van en un navío, aunque estén asentados, ó acostados, siempre caminan, y siempre se van acercando mas y mas al término de su navegacion; así en esta vida todo el tiempo que vivimos, caminamos y nos vamos acercando mas al commun puerto desta navegacion, que es la muerte.

Pues si no es otra cosa nuestro vivir, sino caminar á la muerte; y si esta hora de la muerte es tambien hora de nuestro juicio, ¿qué será luego vivir, sino caminar al tribunal de Dios, y acercarnos mas á su juicio? Pues ¿qué desvario

¹ Job, ix. — ² In Epitaphio Nepotiani ad Heliodorum, et sup. cap. xl. Isaie; ibi: Vos dicentis, etc.

puede ser mayor, que yendo actualmente á ser juzgados, ir por el camino ofendiendo al que nos ha de juzgar, y provocando mas su ira contra nos? Abre los ojos, miserable, mira el camino que llevas y adónde vas, y ten vergüenza, ó lástima siquiera de tí mismo; y considera cuán mal concuerda eso que haces, con lo que vas á hacer.

§ XI.

De cómo es engañosa nuestra vida.

V MISERIA.

Mas todos estos males perdonaria yo á esta vida, si no tuviese otro (á mi juicio) mayor; que es ser engañosa, y parecer muy otra de lo que es. Porque así como suelen decir que la sanctidad fingida es doblada maldad, así tambien es cierto que la felicidad engañosa es doblada miseria. Porque si esta vida pareciese lo que es, y no nos mintiese nada, está claro que ni nos perderíamos por ella, ni nos fiaríamos della, y siempre viviríamos apercebidos contra ella; mas ella es tan llena de hipocresía y engaño, que siendo fea, se nos vende por hermosa; y siendo breve, nos parece larga; y mudándose á cada hora, se nos figura que siempre permanece en un mismo sér. ¿Sientes por ventura, dice Sant Hierónimo¹, cuando te haces niño? y cuando mozo? y cuando hombre? y cuando viejo? Cada dia morimos, y cada dia nos mudamos, y con todo esto creemos que somos eternos.

¹ Ubi supr.

De aquí nascian aquellos soberbios edificios de los megarenses ¹; de los cuales dijo un filósofo que edificaban como si siempre hobiesen de vivir, y vivian como si otro dia hobiesen de morir. ¿De dónde nasce tanto olvido de Dios, tanta avaricia, tanta vanidad, tanto cuidado en amontonar riquezas, y tanto descuido en aparejarnos para la muerte, sino de creer que será muy larga nuestra vida? Esta falsa imaginacion nos hace creer que para todo tendríamos tiempo: para el mundo, y para la vanidad, y para los vicios, y para otros muchos vanos y curiosos ejercicios, y que despues quedará tambien su parte de tiempo para Dios. De la manera que echaríamos la cuenta sobre una pieza de paño que tuviésemos sobre una mesa, señalando un pedazo para uno, y otro para otro; así la echamos sobre nuestra vida, como si tuviésemos nosotros el señorío y presidencia de los tiempos y della.

Este engaño nasce de una tácita persuasion y crédito, que cada uno tiene dentro de sí mesmo; no de alguna razon ni fundamento verdadero, sino de solo el amor proprio; el cual así como aborresce la muerte, así ni se quiere acordar della, ni creer que tan presto vendrá por su casa, por la pena que recibiria si esto creyese. Y de aquí nasce que de los otros fácilmente cree que presto se podrán morir; porque como no los ama tanto, no le amarga tanto el crédito desta verdad; mas de sí es otra cuenta, porque como se ama mucho, no puede dejar de recibir pena, si viniere á creer cosa que así le lastima. Mas mu-

¹ Hieronym. ubi sup. et in epist. ad Gerontii filias, t. I.

chas veces se hallan estos burlados, y se les vuelve el sueño al revés; porque los otros de cuyas vidas desconfiaban, se quedan acá, y ellos que pensaban quedarse acá, les llevan la delantera. De manera que les acaesce como á los que comienzan á navegar; que en saliendo del puerto se les figura que la tierra y los edificios della se les van desviando; y no es así, sino al contrario, que ellos son los que se mueven, y la tierra se está queda en su lugar.

§ XII.

De cuán miserable sea nuestra vida.

VI MISERIA.

Mas aunque nuestra vida tiene todas estas miserias susodichas, si esto que hay de vida fuera todo vida, algo fuera. Mas lo que excede toda miseria es, que eso que hay de vida (tanto cuanto) está sujeto á tantas miserias y trabajos, así de espíritu como de cuerpo, que mas se puede llamar muerte que vida; pues (como dice un poeta) no es vivir sino pasarlo bien la vida. De manera que aunque en todas las cosas sea esta vida estrecha y breve, en solos trabajos y miserias es rica y larga. Breve es sin dubda para vivir, y breve para gozar, y breve para alcanzar sabiduría; mas con ser para todas las cosas buenas breve, para una sola la hallo larga, que es para penar. ¡Oh peligroso estrecho, que cuanto tienes ménos de término en el espacio, tanto tienes mas peligro en el pasaje! Ciertamente si ojos tuvié-

semos para mirarnos , siempre habíamos de andar llorándonos , como hombres por justo juicio de Dios condenados á tan grandes males. Mas porque por todas partes fuésemos miserables , esta miseria se habia de añadir á las otras : que á manera de frenéticos , estando cuales estamos , no sintiésemos nuestro daño. Mejor lo sentian aquellos dos filósofos (aunque gentiles) Heráclito y Demócrito ¹; de los cuales el uno dicen que siempre andaba llorando , y el otro siempre riendo ; porque veian claro cómo toda nuestra vida no era otra cosa sino pura vanidad y miseria.

Si no , dime : ¿cuántos son los cuidados en que viven los hombres , las congojas , los temores , las lágrimas , las pasiones , las sospechas , las malicias , con todas las otras tribulaciones y aflicciones del ánima ? A las cuales pasiones está el hombre tan sujeto , que muchas veces se apasiona sin causa , y teme donde no hay que temer ; y cuando le falta quien le atormente de fuera , él mismo se es tormento de dentro , como decia el sancto Job ² : ¿Por qué me pusiste , Señor , contrario á tí , y soy hecho pesado á mí mismo ?

Pues las miserias exteriores del cuerpo ¿quién las contará ? ¿Cuánto trabajo es menester para ganar un pedazo de pan con que sustentar la vida ? Los pajarillos y los brutos animales sin ningun oficio ni trabajo se mantienen ; y el hombre ha menester sudar noche y dia , y revolver la mar y la tierra para este fin. Esta es aquella miseria que lloraba el Profeta , cuando decia ³ : Los

¹ Refert Diogenes Laertius in vitis ipsorum. Democritus ridebat. Heraclitus flebat. — ² Job , VII.

³ Psalm. LXXXIX.

días de nuestra vida gastamos como las arañas; porque así como este animal trabaja noche y día en aquella tela que hace, desentrañándose y consumiéndose por darle cabo, y todo este trabajo tan largo y tan costoso no se ordena á mas que hacer una red muy delicada para cazar moscas; así el hombre miserable ninguna cosa hace sino trabajar noche y día con espíritu y cuerpo, y todo este trabajo no sirve mas que para cazar moscas, que son cosas de aire, y de muy poco valor. Y algunas veces acaesce que despues de muchos caminos y trabajos, acabada ya la tela, un viento recio que sobreviene se lleva la tela, y á su dueño tambien con ella; y así peresce el trabajo y el trabajador, todo junto, en un momento.

Y aun si con todos estos trabajos estuviese la vida segura, no seria tan grande nuestra miseria¹. Mas ya que la vida esté segura de hambre, no lo está de pestilencia, y de otros infinitos peligros y enfermedades que á cada paso la saltean. ¿Quién podrá contar cuántos géneros de enfermedades tiene aparejados la naturaleza para el cuerpo de un hombre? Llenos están los libros de los médicos de enfermedades y de remedios, y cada día cresce la doctrina con la novedad de los males, y excede ya al ingenio de los pasados el número de los males presentes. Y entre todos estos remedios apénashay uno deleitable, y muchos hay mas penosos que la misma dolencia; de manera que no se pueda desechar un tormento grande sin otro mayor.

Y si alguna complexion hay tan dichosa que

¹ Vid. Plin. lib. XXVI, c. 1.

no haya lidiado con estos males, no está segura de otros acaescimientos con que cada dia peligran aquellos á quien las enfermedades perdonan. ¿Cuántos millares de hombres se bebe cada dia la mar? Cuántos se tragan las guerras? Cuántos han peligrado con temblores de tierras, con crecientes de rios, con caidas de casas, con picaduras y heridas de bestias ponzoñosas? Cuántas mujeres en el parto compraron las vidas que dieron á los hijos, con sus propias muertes?

Y ya que las bestias pelean contra nosotros, y casi todas las cosas que fuéron criadas para nuestro servicio, no ménos son para nuestro daño que para nuestro servicio (ántes parece que todas ellas se han conjurado contra nosotros), ya que esto es así, fuera algun remedio si los hombres se hicieran á una, y fueran tan conformes en la paz, como lo son en naturaleza. Mas no es así; sino que ellos mismos han vuelto sus armas contra sí mismos, y entre todas las criaturas no hay otro contra quien mas se encruelezca el hombre, que contra el consorte de su misma naturaleza ¹. ¿Cuántos géneros de máquinas, y de municiones, y de armas han inventado los hombres para ofender y defenderse de otros hombres? ¿A cuántos despoja cada dia de la vida la espada cruel del enemigo? ¿Cuántas amenazas, robos, injurias, heridas, muertes, deshonoras, captiverios padescen cada dia unos hombres de otros

¹ Plin. in Proëm. lib. VII. Leonum feritas inter se non dimicat, serpentum morsus non petit serpentes, nec marinæ quidem belluæ, ac pisces, nisi in diversa genera sæviunt; at hercule hujusmodi plurima ex homine sunt mala.

hombres? Ni la tierra, ni la mar, ni los caminos, ni las plazas públicas están seguras de ladrones, de salteadores, de cosarios y de enemigos. Adonde quiera halla aparejo la ira cruel, para tomar de su enemigo dulce venganza. ¿Qué quiere decir tanta espada, tanta artillería, tanta munición, tanta pólvora, tantos maestros y inventores de nuevos pertrechos y ardides de guerra, sino multiplicarse por todas partes las calamidades del género humano; para que cuando el aire y el cielo nos perdonaren, nos persigan los compañeros de nuestra misma naturaleza? De un solo hombre, llamado Julio César¹, que entre todos los emperadores fué muy alabado de clemencia, se escribe que él solo con sus ejércitos mató en diversas batallas un cuento y ciento y tantos mil hombres. Mira tú cuánto mas mal hiciera si fuera cruel, pues tanto hizo el alabado de piadoso. Tulio hace memoria de un filósofo insigne que escribió un libro de las muertes de los hombres; en el cual cuenta muchas causas de mortandades que ha habido en el mundo: como fueron diluvios, pestilencias, destrucciones, concurso de bestias fieras, que viniendo súbitamente sobre algunas gentes, del todo las acabaron y consumieron. Y despues desto viene á concluir que mucho mayor número de hombres ha sido destruido por otros hombres, que por todas las maneras de calamidades ayuntadas en uno. Pues ¿qué cosa puede ser de mayor dolor y admiracion? Este es aquel animal político y sociable, nascido sin uñas, y sin armas, y sin ponzoña, para vivir con los otros animales en paz y concordia,

¹ De quo Plin. lib. VII, c. 27.

Pues ¿qué será, sobre todo esto, si discurri-
mos por las miserias de todas las edades y esta-
dos desta vida? ¿Cuán llena de ignorancia es la
niñez? cuán liviana la mocedad? cuán arrebatada la juventud, y cuán pesada la vejez? ¿Qué es el niño, sino un animal bruto en figura de hombre? Qué el mozo, sino un caballo desbocado y sin freno? Qué el viejo ya pesado, sino un saco de enfermedades y dolores? El mayor deseo que tienen los hombres, es de llegar á esta edad, donde el hombre está mas necesitado que en toda la vida, y ménos socorrido. Al viejo desampara el mundo, y desamparan sus deudos, y desamparan hasta sus miembros y sentidos, y él mesmo se desampara á sí, pues ya le falta el uso de la razon, y solamente le acompañan enfermedades. Este es el blanco adonde tiene puestos los ojos la felicidad humana, y la ambicion de la vida.

De los estados no acabaríamos de decir el poco contentamiento que hay en ellos, y el deseo que cada uno tiene de trocar el suyo por el ajeno, creyendo que en él tendria mas reposo. Y así andan los hombres como el enfermo, que no hace sino dar vuelcos en la cama á una parte y á otra, creyendo que con estas mudanzas hallará mas descanso del que tenia, y no lo halla; porque dentro de sí tiene la causa de su desasosiego, que es la dolencia.

Finalmente tal es esta vida, que pudo con muy gran razon decir el Sabio ¹: Grande y pesado es el yugo que traen acuestas los hijos de Adam dende el dia que salen del vientre de sus madres,

¹ Eccli. XL.

hasta el día de la sepultura, que es commun madre de todos. Y Sant Bernardo osó decir ¹ que le parescia á él poco ménos mal esta vida que la del infierno, si no fuera por la esperanza que en ella tenemos de poder ganar el cielo.

Y aunque todo fué castigo del pecado; pero fué castigo piadoso y medicinale, porque todo esto ordenó así aquella soberana Providencia para apartar nuestros corazones del amor desordenado desta vida. Por esto nos puso tanto acíbar en sus pechos, para destetarnos della; por eso nos la afeó tanto, porque no pusiésemos nuestro amor en ella; por eso quiso que recibiésemos tantos malos tratamientos en ella, porque de mejor gana la dejásemos, y sospirásemos siempre por la vida verdadera. Porque si aun con ser tal cual es la dejamos de tan mala gana, y todavía lloramos por las frutas y carnes de Egipto ², ¿qué hiciéramos si toda ella fuera deleitable y á nuestro gusto? ¿Quién la menospreciara por Dios? Quién la trocara por el cielo? Quién dijera con Sant Pablo ³: Deseo ser desatado desta carne, y verme con Cristo?

§ XIII.

De la última de las miserias humanas, que es la muerte.

VII MISERIA.

A todas estas miserias succede la última y la

¹ In sermone de Ascensione Domini in principio. —

² Num. xi. — ³ Philip. i.

mas terrible, que es el morir. Esta es aquella miseria que lloraba un poeta, diciendo ¹: El mejor día de los mortales, ese es el primero que huye; y luego cargan enfermedades, y con ellas la triste vejez, y el trabajo continuo, y sobre todo la aspereza de la muerte cruel. Este es el paradero de la vida humana, de quien dice Job ²: Bien sé que me has de entregar, Señor, á la muerte, adonde está aparejada casa para todo viviente.

Cuántas sean las miserias que encierra en sí esta sola miseria, no me atreveré yo al presente á contarlas: solamente diré lo que un doctor, exclamando contra la muerte, dice por estas palabras: ¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria! cuán presta tu venida! cuán secretos tus caminos! cuán dubdosa tu hora, y cuán universal tu señorío! Los poderosos no te pueden huir, los sabios no te saben evitar, los fuertes contigo pierden las fuerzas, para contigo ninguno hay rico, pues ninguno puede comprar la vida por dineros. Todo lo andas, todo lo cercas, y en todo lugar te hallas. Tú pascas las yerbas, bebes los vientos, corrompes los aires, mudas los siglos, truecas el mundo, y no dejas de sorber la mar. Todas las cosas tienen sus crecientes y menguantes, mas tú siempre permaneces en un mismo sér. Eres un martillo que siempre hiere, espada que nunca se embota, lazo en que todos caen, cárcel en que todos entran, mar donde todos peligran, pena que todos padescen, y tributo que todos pagan.

¡Oh muerte cruel! ¿cómo no tienes lástima de

¹ Virg. lib. III Georgicarum. Citatur à D. Hieronym. in Ephetaphio Nepotian. ad Heliodorum. — ² Job, xxx.

venir al mejor tiempo, y impedir los negocios encaminados á bien? Robas en una hora lo que se ganó en muchos años, cortas la sucesion de los linajes, dejas los reinos sin herederos, hinchas el mundo de orfandades, cortas el hilo de los estudios, haces mal logrados los buenos ingenios, juntas el fin con el principio, sin dar lugar á los medios. Finalmente eres tal, que Dios lava sus manos de tí, y se justifica diciendo que él no te hizo¹, sino que por invidia y arte del diablo tuviste entrada en el mundo.

§ XIV.

Del fructo que se saca destas consideraciones susodichas.

Estas y otras infinitas son las miserias de nuestra vida, cuya consideracion debe el hombre enderezar á dos fines principales entre otros. El uno al conocimiento y desprecio de la gloria del mundo, y el otro al conocimiento y desprecio de sí mismo; porque para lo uno y para lo otro sirve grandemente esta consideracion. ¿Quieres saber en una palabra qué tal sea la gloria del mundo? Mira con atencion las condiciones de la vida humana, y por ahí verás qué tal sea la gloria della. Dime: ¿puede ser mas larga ni mas firme la gloria del hombre, que la vida del hombre? Claro está que no. Porque esta gloria es como un accidente que se funda sobre el sujeto desta vida; y faltando el sujeto, es por fuer-

¹ Sap. i, ii.

za que han de faltar sus accidentes. Y por esto ningunas riquezas ni deleites pueden llegar mas que hasta la sepultura ; porque aquí viene á faltar el fundamento que las sostenia, que es la vida. Pues dime agora , si esta vida es tal cual aquí has oido , conviene saber , breve , incierta , frágil , inconstante , engañosa y miserable , ¿qué tanto podrá durar el edificio que se armare sobre este cimiento , y los accidentes que se fundaren sobre tan flaca substancia ? A bien librar durarán tanto cuanto ella , y á las veces ántes della se acabarán ; como lo suelen hacer muchas veces los bienes de fortuna , que se acaban primero que la misma vida.

Pues si es verdad lo que decia aquel poeta ¹, que esta vida no era mas que un sueño de sombra , ¿qué te parece que será la gloria mundana , pues aun es mas breve que ella ? ¿Qué caso harías de un hermoso edificio , si estuviese armado sobre un falso cimiento ? ¿Qué caso harías de una imagen de cera muy ricamente labrada , si estuviese puesta al sol , donde así como se deritiese la cera , se deshiciese luego esta figura ? ¿Por qué tenemos en poco la hermosura de las flores , sino porque están en subjectos tan flacos , que en apartándolas de su tronco luego pierden su hermosura ? No es posible hallarse hermosura firme en materia frágil y corruptible. Será luego la gloria del hombre tal , cual es la vida del hombre. Porque aunque despues de la vida permanezca todavía la gloria , ¿qué aprovecha esa gloria al que nada siente della ? ¿Qué provecho le

¹ Pindarus.

viene á Homero que le alabes tú agora mucho sus Iliadas? No otro sin dubda sino aquel que dice Sant Hierónimo, hablando de Aristóteles: ¡Ay de tí, Aristóteles, que eres alabado donde no estás (que es en el mundo), y eres atormentado donde estás, que es en el infierno!

Otros inestimables provechos sacarás desta mesma consideracion. Porque si consideras atentamente todas estas miserias susodichas, luego se te abrirán los ojos, y maravillarte has de la ceguedad de los hombres; y comenzarás á decir: pues ¿de qué se ensoberbesce este miserable linaje de Adam? ¿De dónde tanta hinchazon de ánimo? tanta altivez de corazones? tan gran menosprecio de los otros? tanta estima de sí mismo, y tanto olvido de Dios? ¿De qué te ensoberbesces, polvo y ceniza? ¿Por qué te magnificas y engrandesces, hambrecillo de tierra? ¿Cómo no deshaces la rueda de tu vanidad mirándote á los piés, que es á la vileza de tu condicion? ¿Qué tienes por donde buscar con tanto cuidado la gloria del mundo, pues está aguada con tantas miserias? ¿Qué cosa puede haber tan dulce, que no se haga amarga con la mezcla de tantas amarguras?

Item, si esta vida es un valle de lágrimas, una cárcel de culpados, y un destierro de condenados, ¿cómo dicen con el lugar de lágrimas tanta vanidad, tanta pompa de mundo, tantos aderezos de casa y familia, tantas risas y placeres, tantas fiestas y locuras, tanto allegar para acá, tanto olvido de lo de allá, como si de todo punto nasieras para vivir acá con las bestias, y no tuvieras parte en el cielo con los ángeles? Gran

linaje de miseria es que tantos argumentos de miserias no basten para abrirte los ojos, y sacarte de tan gran ceguera.

EL MIÉRCOLES EN LA NOCHE.

Este dia pensarás en el paso de la muerte¹, que es una de las mas provechosas consideraciones que un cristiano puede tener, así para alcanzar la verdadera sabiduría, como para huir el pecado, como tambien para comenzar con tiempo á aparejarse para la hora del morir.

Mas para que esta consideracion te sea provechosa, debes pedir á nuestro Señor te dé á sentir algo de lo que en esta última batalla se pasa; para que de tal manera ordenes tus cosas y tu vida, como entónces querrias haber vivido. Y para que mejor puedas sentir algo desto, no lo pienses como cosa ajena, sino como tuya propia; haciendo cuenta que estás acostado en una cama, desahuciado ya de los médicos y entendido cierto que has de morir.

Piensa pues primeramente cuán incierta es aquella hora en que te ha de saltar la muerte; porque no sabes en qué dia, ni en qué lugar, ni en qué disposicion te tomará. Solamente sabes que has de morir, todo lo demas es incierto; sino que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo que el hombre está mas descuidado y olvidado della.

Lo segundo piensa en el apartamiento que allí se ha de hacer, no solo entre todas las cosas que

¹ De la muerte se trata en la Guia de Pecadores, 1 p. c. 7, § 1.

se aman en este mundo ; sino tambien entre el ánima y el cuerpo: compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria, y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama ; ¿cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas : de la casa y de la hacienda, y de los amigos, y del padre, y de la madre, y de los hijos, y desta luz y aire comun, y finalmente de todas las cosas? Si un buey da bramidos cuando lo apartan del otro buey con quien araba, ¿qué bramido será el de tu corazon cuando te aparten de todos aquellos con cuya compañía trajiste áuestas el yugo de las cargas desta vida?

Considera tambien la pena que el hombre allí recibe, cuando se le representa en lo que han de parar cuerpo y ánima despues de la muerte. Porque del cuerpo ya se sabe que por muy honrado que haya sido, no le puede caber otra suerte mejor que un hoyo de siete piés en largo en compañía de los otros muertos ; mas del ánima no se sabe cierto lo que será, ni qué suerte le ha de caber. Porque aunque la esperanza de la divina misericordia lo esfuerza, la consideracion de sus pecados le desmaya. Juntase tambien con esto la grandeza de la justicia de Dios, y la profundidad de sus juicios: el cual muchas veces cruza los brazos y trueca las suertes de los hombres. El ladron sube de la cruz al paraíso¹ ; Judas cae en el infierno, de la cumbre del apostolado² ; Manasses halló lugar de penitencia des-

¹ Luc. xxiii. — ² Matth. xxvii.

pues de tantas abominaciones ¹, y Salomon no sabemos si lo halló despues de tantas virtudes ². Esta es una de las mayores congojas que allí se padescen: saber que hay gloria y pena para siempre, y estar tan cerca de lo uno y de lo otro; y no saber cuál destas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

Tras desta congoja se sigue otra no menor, que es la cuenta que allí se ha de dar: la cual es tal, que hace temblar aun á los muy esforzados. De Arsenio se escribe que estando ya para morir, comenzó á temer. Y como sus discípulos le dijessen: Padre, ¿y tú agora temes? Respondió: Hijos, no es nuevo en mí este temor; porque siempre viví con él. Allí pues se le representan al hombre todos los pecados de la vida pasada, como un escuadron de enemigos que viene á dar sobre él, y los mas grandes, y en que mayor deleite recibió, esos se representan mas vivamente, y le son causa de mayor temor. Allí viene á la memoria la doncella deshonorada, y la casada solicitada, y el pobre despojado ó maltratado, y el prójimo escandalizado. Allí dará voces contra mí, no la sangre de Abel ³, sino la sangre de Cristo ⁴, la cual yo derramé y desperdicié cuando al prójimo escandalicé. Y si esta causa se ha de sentenciar segun aquella ley que dice ⁵: Ojo por ojo, diente por diente, y herida por herida, ¿qué espera quien echó á perder un ánima, si lo juzgas por esta ley? ¡Oh cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado que en otro tiempo parescia tan dulce! Por cierto con

¹ II Par. xxxiii, xxxvi. — ² III Reg. xi.

³ Genes. iv. — ⁴ Hebr. xii. — ⁵ Exod. xxi.

mucha razon dijo el Sabio ¹: No mires al vino cuando está dorado, y cuando resplandesce en el vidrio su color; porque aunque al tiempo del beber parece blando, mas á la postre muerde como culebra, y derrama su ponzoña como basilisco. ¡Oh si supiesen los hombres cuán grande verdad es esta que aquí se nos dice! ¿Qué picadura hay de culebra que así lastime, como aquí lastimará la memoria del deleite pasado? Estas son las heces de aquel brebaje ponzoñoso del enemigo ²; este es el dejo que tiene aquel cáliz de Babilonia por defuera dorado ³.

Despues desto suceden los sacramentos de la confesion y comunion, y en cabo el de la extrema-uncion, que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo. Y así en este como en los otros debes considerar las ansias y congojas que allí el hombre padecerá por haber vivido mal, y cuánto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haria entónces si le diesen tiempo para eso, y como allí se esforzará á llamar á Dios, y los dolores y la priesa de la enfermedad apénas le darán lugar.

Mira tambien allí aquellos postreros accidentes de la enfermedad que son como mensajeros de la muerte, cuán espantosos son, y cuán para temer. Levántase el pecho, enroquécese la voz, muérense los piés, hiélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, y párase el rostro defuncto, y la lengua no acierta ya á hacer su oficio; y finalmente, con la priesa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su

¹ Prov. xxiii. — ² Apoc. xvii. — ³ Jerem. li.

valor y virtud. Mas sobre todo el ánima es la que allí padesce mayores trabajos : la cual está entónces batallando y agonizando , parte por la salida , y parte por el temor de la cuenta ; porque ella naturalmente rehusa la salida , y ama la estada , y teme la cuenta.

Salida ya el ánima de las carnes , aun te quedan dos caminos por andar : el uno acompañando el cuerpo hasta la sepultura , y el otro siguiendo el ánima hasta la determinacion de su causa ; considerando lo que á cada una destas partes acaescerà. Mira pues cuál queda el cuerpo despues que su ánima lo desampara , y cuál es aquella noble vestidura que le aparejan para enterrarlo , y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento , con todo lo que en él pasará : el doblar de las campanas , el preguntar todos por el muerto , los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia , el acompañamiento y sentimiento de los amigos , y finalmente todas las particularidades que allí suelen acaescer , hasta dejar el cuerpo en la sepultura , donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido. Y segun vemos que se muda el curso de las cosas humanas , podrá ser que algun tiempo venga á hacerse algun edificio par de tu sepultura (por muy esclarecida que sea) y que saquen della tierra para hacer una pared , y vendrá tu pobre cuerpo hecho tierra á ser despues una tapia ; aunque agora sea el mas noble y regalado del mundo. Si no , dime : ¿cuántos cuerpos de reyes y emperadores habrán venido á parar en esta dignidad ?

Pues dejado el cuerpo en la sepultura , vete

luego en pos del ánima, y mira el camino que llevará por aquella nueva region, y en lo que finalmente parará, y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente á este juicio, y que toda la corte del cielo está aguardando el fin desta sentencia, donde se hará el cargo y el descargo de todo lo recebido hasta el cabo de la agujeta. Allí se pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo de la sangre de Cristo, y del uso de sus sacramentos, y allí será cada uno juzgado segun la cuenta que diere de lo recebido.

§ XV.

En el cual se trata de la consideracion de la muerte, donde se declara mas por extenso la meditacion pasada.

Para muchas cosas es en gran manera provechosa la consideracion de la muerte, y especialmente para tres. La primera, para alcanzar la verdadera sabiduría, que es saber el hombre regir y ordenar su vida. Porque (como dicen los filósofos) en las cosas que se ordenan á algun fin, la regla y medida para encaminarlas se toma del mismo fin. Y por esto los que edifican, los que navegan, y finalmente todos los que algo quieren hacer, siempre ponen los ojos en el fin que pretenden, y conforme á él encaminan todo lo demas. Pues como entre los fines y términos de nuestra vida uno dellos sea la muerte (donde todos vamos á parar), el que quisiere acertar á en-

caminar bien su vida, ponga los ojos en este blanco, y conforme á él encamine todo lo que hobiere de hacer. Mire cuán pobre y desnudo ha de salir de aquí, y cuán recio juicio ha de pasar allí, y cuán hollado y olvidado ha de estar en la sepultura; y conforme á esto mire cómo ordena su vida. Desta manera la ordenaba un filósofo que decia: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á la sepultura; pues ¿para qué quiero perder tiempo en allegar riquezas, si el fin ha de ser desnudo? De no mirar este fin nascen todos nuestros yerros. De aquí nasce nuestra presumpcion, nuestra soberbia, nuestra cobdicia, nuestros regalos, y las torres de viento que edificamos sobre arena. Porque si pensásemos cuáles nos habemos de ver de aquí á pocos dias en aquella pobre casa, mas humilde y mas templada seria nuestra vida. ¿Cómo tendria presumpcion quien allí mirase como es polvo y ceniza? ¿Cómo tendria por Dios á su vientre quien allí mirase como es manjar de gusanos? ¿Quién levantaria tan altos sus pensamientos, viendo cuán flaco es el cimiento sobre que se fundan? ¿Quién andaria perdido buscando riquezas por mar y por tierra, viendo que le han de hacer allí pago con una pobre mortaja? Finalmente todas las obras de nuestra vida se corregirian, si todas las midiésemos con esta regla.

Por esto decian los filósofos que la vida del sabio no era otra cosa sino un continuo pensamiento de la muerte¹. Porque esta consideracion en-

¹ Cicero in I Tuscul.; Socrat. in Phædone Platonis.

seña al hombre lo que es algo, y lo que es nada; lo que debe seguir, y lo que debe huir, conforme al fin en que ha de parar. De aquellos filósofos que llamaban brachmannos ¹ se escribe que eran tan dados á este pensamiento, que tenían las sepulturas abiertas á las puertas de sus casas, para que entrando y saliendo por ellas, siempre se acordasen deste paso.

Al profeta Hieremías dijo Dios que descendiese á la casa donde se labraba el barro ², porque queria hablar allí con él. Bien pudiera Dios hablar en otro cualquier lugar con su Profeta, mas quísole hablar en este, para dar á entender que la casa del barro (que es la sepultura) es la escuela de la verdadera sabiduría, donde Dios suele enseñar á los suyos su doctrina. Allí les enseña cuán grande sea la vanidad del mundo, la miseria de la carne, la brevedad de la vida; y sobre todo allí les enseña á conocer á sí mismos, que es una de las mas altas filosofías que se puede saber. Desciende pues ¡oh hombre! con el espíritu á esta casa, y ahí verás quién eres, y de qué eres, y en qué has de parar, y en qué pára la hermosura de la carne, y la gloria del mundo. Y así aprenderás á despreciar todo lo que el mundo adora, por no saber mirarlo; pues no mira mas que á la cara de Jezabel ³, que asoma por la ventana muy compuesta, y no á los extremos miserables della; los cuales despues de comido el cuerpo, quiso Dios que quedasen enteros, para que por aquí viésemos cuán otra cosa es el mundo de lo que parece, y para que

¹ De quibus D. Hier. in Epitaphio Nepotiani.

² Jerem. xviii. — ³ IV Reg. ix.

de tal manera le mirásemos á la cara, que tambien nos acordásemos de los extremos dolorosos en que pára su gloria.

Lo segundo aprovecha esta consideracion para apartarnos del pecado, segun que lo testifica el Eclesiástico, diciendo ¹: Acuérdate de tus postimerías, y nunca jamas pecarás. Gran cosa es no pecar, y gran remedio es para esto acordarse el hombre que ha de morir. Sant Joan Clímaco escribe de un monje, que siendo gravemente tentado de la hermosura de una mujer que él habia visto en el mundo, como viniese á saber que era ya muerta, fué á la sepultura donde estaba, y refregó un pañizuelo en el cuerpo hediondo de la defuncta; y todas las veces que el demonio le volvía á convidar con aquel mal pensamiento, poníase aquel pañizuelo en las narices, y decia ²: Cata aquí, miserable, lo que amas; y cata aquí en qué páran los deleites y hermosuras del mundo. Gran remedio era este para vencer el pecado; y no es menor la profunda consideracion de la muerte, segun aquello que dice Sant Gregorio ³: No hay cosa que así mortifique los apetitos desta carne perversa, como considerar qué tal ha de estar ella mesma despues de muerta.

El mesmo sancto cuenta de otro monje ⁴, que teniendo ya la mesa puesta para comer, y dar un poco de refrigerio al cuerpo fatigado, le sobrevino á deshora la memoria de la muerte; y

¹ Eccli. vii. — ² Reperitur in Speculo magno exemplorum, v. Luxur. ex. 7. — ³ In lib. I Reg. c. x, ante med.; et XIII Moral. c. 15, etc. — ⁴ Climacus, c. 6 Scilicet spir.

como si este pensamiento fuera un alguacil , de tal manera lo atemorizó y sobresaltó , que finalmente le hizo dejar la comida. Mira cuánto puede en el corazon del justo la memoria desta cuenta , pues le hace abstener de una obra tan lícita y necesaria para la vida.

Verdaderamente una de las cosas mas espantosas que hay en el mundo , es saber los hombres tan de cierto la cuenta que en esta hora se les ha de pedir , y tener tanta facilidad en pecar. Si un caminante que no lleva mas que un solo maravedí en la bolsa , entrase en una venta , y asentado á la mesa pidiese al huésped perdices , y gallinas , y capones , y finalmente todo cuanto hay en la posada ; y cenase muy á su placer , sin acordarse que habia de haber hora de cuenta , ¿quién no tendria á este por burlador ó por loco ? Pues ¿qué mayor locura que la de aquellos que tan desenfrenadamente se derraman por todos los vicios , y duermen tan á su sabor en ellos , sin acordarse que de ahí á poco espacio , al salir de la posada se les ha de pedir tan estrecha cuenta de toda aquella soltura ?

Por esto es de creer cierto que el demonio trabaja quanto puede por hacernos perder esta memoria ; porque sabe él muy bien cuánto ganaríamos con ella. Porque de otra manera ¿cómo seria posible olvidarse los hombres de una cosa tan terrible y tan espantable , y que tan de cierto saben que ha de venir por sus casas ? Un recelo de una pérdida muy pequeña de hacienda , ó de otra cosa semejante , nos trae muchas veces desvelados , y nos hace perder el sueño y la salud. Pues ¿cómo no hace esto la memoria de la muer-

te, que así para lo del cuerpo, como para lo del ánima, es la cosa mas horrible de cuantas nos pueden venir? Por grandísima maravilla tengo que estando los hombres tan cuidadosos en cosas de paja, vivan tan descuidados en cosa que tanto va.

Lo tercero aprovecha esta consideracion, no solo para bien vivir (como está dicho), sino allende desto para bien morir. Grande ayuda es el apercebimiento para las cosas arduas y dificultosas. Un tan grande salto como es el de la muerte, que llega dende esta vida á la otra, no se puede bien saltar, si no se toma muy de atras y muy de léjos la corrida. Ninguna cosa grande se hace bien de la primera vez. Y pues tan grande cosa es el morir, y tan necesaria el bien morir, muramos muchas veces en la vida; porque acerremos á morir bien aquella vez en la muerte ¹. La gente que ha de pelear tiene primero sus estudios y ejercicios, con los cuales aprende en tiempo de paz lo que ha de hacer en tiempo de guerra. El caballo que ha de pasar la carrera, primero la pasea y anda toda, y reconoce los pasos della, por no hallarse nuevo al tiempo de la corrida. Y pues á todos nos es forzado pasar esta carrera, pues no hay hombre que viva que no haya de ver la muerte ², y el camino es tan oscuro y tan fragoso como todos sabemos, y el peligro tan grande que el que cayere ha de ir á dar consigo en el profundo del infierno, bien será que paseemos agora todo este ca-

¹ Cicero in prima Tusculana. *Asuescamus mori; jungamus nos à corporibus. Hæc vita mors est: tunc vivemus.* — ² Psalm. LXXXVIII.

mino, y miremos todos los pasos que hay en él, uno por uno, porque en todos ellos hay mucho que considerar. Y no nos contentemos con mirar solamente lo que pasa por de fuera al derredor de la cama del doliente, sino mucho mas debemos trabajar por entender lo que pasa dentro de su corazon.

§ XVI.

De cómo es incierta la hora de la muerte, y de la pena que da el apartamiento de todas las cosas que vienen con ella.

Comenzando pues agora dende el principio desta batalla, mira cómo la muerte (cuando haya de venir) vendrá cuando mas seguro estés, y ménos pienses en su venida, como suele acaescer á muchos. El dia del Señor, dice el Apóstol¹, vendrá como ladron, el cual aguarda siempre á venir cuando los hombres están muy descuidados y seguros, para hacer mejor su salto. Pues así suele las mas veces acaescer, que al tiempo que el hombre ménos piensa que ha de morir, y mas olvidado está deste paso, echando sus cuentas adelante, y proponiendo negocios de muchos dias y años, súbitamente viene la muerte y corta el hilo de todas estas esperanzas y devaneos, y deja burlados todos los consejos humanos. Desta manera viene á cumplirse lo que dijo aquel sancto Rey²: Fué cortada mi vida así como la tela que el tejedor corta ántes de tiempo: apenas

¹ I Thes. v. — ² Isai. xxxviii.

estaba comenzada á tejer, al mismo tiempo que se urdía, se cortó.

El primer golpe con que suele herir la muerte, es el temor del morir. Recia cosa es esta para el que ama la vida. Duele tanto esta palabra, que muchas veces la disimulan los amigos de la carne, aunque sea con perjuicio del ánima miserable. Esforzado ánimo tenía el rey Saul ¹, mas despues que le apareció aquella sombra de Samuel, y le dijo como habia de morir en la batalla, y al cabo añadió diciendo: mañana tú y tus hijos os veréis acá conmigo; fué tan grande el temor y espanto que recibió, que á la hora perdido todo el esfuerzo, cayó en tierra como muerto. Pues ¿qué sentirá el amator desta vida cuando le dén á él semejante nueva que esta? Allí luego se le representará el apartamiento y destierro perpetuo deste mundo, y de todo cuanto hay en él. Allí verá el hombre cómo es ya llegada su hora, y cómo amanesció ya aquel dia por su casa, en que se ha de apartar de todo lo que amaba en esta vida. El cuerpo morirá una vez, mas el corazon morirá tantas veces cuantos amores de cosas piensa perder; pues entre todas ellas pondrá la muerte cuchillo de division. Tanto mas suele doler la muela al tiempo del sacarla, cuanto mas encarnada estaba en las encías. Pues como el corazon del malo esté tan arraigado en el amor de las cosas desta vida, no puede dejar de sentir muy grave dolor, cuando ve que es llegada ya la hora en que se ha de apartar de cada una dellas. Entónces las cosas mas amadas

¹ I Reg. xxviii.

hieren mas agudamente el corazon , y lo que suele ser consuelo de los trabajos , en aquella hora es verdugo mas cruel. Cuenta Sant Augustin ¹ que al tiempo que deliberaba apartarse del mundo y de todos sus deleites , que le parecia que todos ellos se le ponian delante , y le decian : ¿Cómo? Y para siempre nos has de dejar? Y nunca mas nos has de ver? Pues mira tú qué sentirá un corazon de carne , cuando las cosas que mas ama se le pongan en aquella hora delante , y se vea despojar de todas , de tal manera que le sea forzado decir : Ya no habrá mas mundo para mí , ni mas aire , ni sol , ni cielo para mí ; ni mas hijos , y mujer , y regalos para mí. Del todo quedo desnudo , de todo me ha de despojar agora la muerte. Llegada es ya mi vez , cumplido es el número de mis dias : agora moriré á todas las cosas , y todas ellas á mí. Pues , ó mundo , quedaos adios ; heredades , y hacienda mia , quedaos adios : amigos , y mujer , y hijos mios , quedaos adios ; que ya en carne mortal no nos verémos jamas.

Otro apartamiento hay aun mas temeroso despues deste , que es del ánima y del cuerpo ; compañía tan antigua y tan amada. De todas las cosas habia despojado el demonio al sancto Job , si no era de la vida ² , y parecíale que en comparacion deste despojo , todos los otros eran livianos ; y así dijo : Piel por piel , y todo lo que el hombre posee dará por la vida. Esta es la cosa que naturalmente mas se ama , y cuyo apartamiento mas se siente. Si apartarse un caminante de otro , cuando han caminado un poco de tiempo juntos

¹ In lib. VIII Confessionum , c. 11. — ² Iob , II.

causa tristeza y soledad , ¿qué será apartarse dos tan grandes amigos y compañeros , como son el ánima y el cuerpo , que juntos han caminado desde el vientre de la madre hasta aquella hora , y que con tan grandes beneficios se tienen obligados uno á otro ? ¿Qué será cuando el espíritu diga á la carne : sin tí me tengo de ver solo ? y la carne diga al espíritu : pues ¿qué tal quedaré yo sin tí , que todo el sér que tenia lo recibia de tí ?

§ XVII.

Del horror de la sepultura , y temor de la suerte que nos ha de caber.

Despues desto luego naturalmente se representa al hombre en lo que ha de parar su cuerpo despues que el ánima se parta dél. Ve pues que la mejor suerte que le puede caber , no es mas que una pequeña sepultura. Maravíllase de tan baja suerte como esta ; porque considerando por una parte la estima en que él tenia su cuerpo , y viendo por otra á cuán bajo y miserable lugar ha de venir á parar , no acaba de maravillarse desto. Mira cuán estrecha es aquella casa que se le apareja en la tierra ; cuán oscura , cuán hedionda , cuán acompañada de gusanos , y de huesos , y calaveras de muertos , y cuán horrible aun de solo mirar á los vivos. Y como ve que aquel cuerpo á quien él solia tratar con tanto regalo , y aquel vientre á quien él tenia por su dios , y aquel paladar á cuyos deleites servian la mar y la tierra , y aquella carne para quien se tejia el

oro y la seda, y se aparejaba la cama blanda y regalada, ha de ser echada en tan miserable muladar, y allí ha de ser pisada y comida de gusanos, y allí ha de venir á tener la misma figura que tiene un rocin que se muere por esos campos, que el caminante se atapa las narices, y se da prisa á caminar por no olerlo; cuando todo esto considera, y ve que á la cama blanda sucede la tierra dura, y á la vestidura preciosa la pobre mortaja, y á los suaves olores la podre y la hediondez, y en lugar de tantos manjares y servidores ha de haber tantos gusanos y comedores; no puede (si algun juicio tiene) dejar de maravillarse viendo á cuán baja suerte descien- de tan noble naturaleza, y con quién es igualado en aquella hora el que con tanta desigualdad vivia en la vida.

No es de los sabios maravillarse, y la costumbre de cada dia quita á las cosas grandes su admiracion; y con todo esto se maravillaba aquel gran sabio desta miseria (aunque tan cuotidiana y tan usada) cuando decia¹: Si de una manera muere el hombre y la bestia, ¿qué me aprovecha haber trabajado mas en buscar la sabiduría? Si el cuerpo en este apartamiento viniera á parar en alguna cosa que fuera de precio ó de provecho, parece que fuera esto alguna manera de consuelo; mas esto es cosa de admiracion, que venga á parar una tan excelente criatura en la mas deshonorada y abominable cosa del mundo. Esta es aquella gran miseria de que con mucha razon se maravillaba el sancto Job, cuando de-

¹ Eccles. II, III.

cia ¹: El árbol despues de cortado tiene esperanza de revivir y volver á reverdescer; y si se envejeciere en la tierra su raíz, y el tronco estuviere muerto en el polvo, con la frescura del agua vuelve á retoñescer, y á criar hojas como cuando de nuevo fué plantado. Mas el hombre despues de muerto, y despojado, y consumido, ruégote que me digas, ¿dónde está? Grande fué sin dubda el tributo que se cargó sobre los hijos de Adam por el pecado. Bien entendió aquel eterno Juez la penitencia que daba al hombre, cuando dijo ²: Polvo eres, y en polvo te volverás.

Mas no es esta la mayor causa que hay allí para temer; mucho mas es cuando el ánima tiene los ojos adelante, y comienza á pesar los peligros de la otra vida, y se pone á imaginar lo que adelante será. Porque esto es ya como alejarse de la lengua del agua, y meterse en alta mar, donde no se ve sino cielo y agua por todas partes; que para los nuevos navegantes suele ser causa de mayor temor. Porque cuando el hombre mira aquella eternidad de siglos que se sigue despues de la muerte, y aquella nueva region no conocida ni hollada de los vivos, por do ya quiere comenzar á caminar, y aquella gloria ó pena perdurable que allí le ha de caber; y ve que á do quiera que el madero cayere, allí estará para siempre ³, y no sabe hácia cuál de las dos partes ha de caer, no puede dejar de tener aquí grande turbacion. Estaba Benadad, rey de Siria, enfermo ⁴, y dábale tanta pena el no saber si habia de morir de aquella enfermedad, ó no,

¹ Iob, xiv. — ² Genes. iii. — ³ Eccles. xi.

⁴ IV Reg. viii.

que envió el príncipe de su ejército con cuarenta camellos cargados de riquezas al profeta Eliseo, pidiéndole con palabras de grande humildad que lo sacase de aquella perplejidad en que estaba, haciéndole saber de cierto si sanaria de aquella enfermedad ó no. Pues si en tan gran cuidado pone á un hombre el amor de una vida tan breve como esta, ¿qué tan grande será el que tendrá un sabio cuando se vea en tal paso, que pueda decir con verdad : de aquí á dos horas me darán una de dos cosas, ó vida para siempre, ó muerte para siempre; y no sé cierto cuál destas dos ha de ser? Qué martirio puede ser igual á esta congoja? Dime : si un rey estuviese preso en tierra de turcos, y yendo sus embajadores á rescatarlo concertasen los infieles que aquel negocio se determinase por suertes, y que si le cupiese buena suerte fuese rescatado y llevado por sus embajadores á su reino; y si la contraria, que luego fuese echado en una grande hoguera que ya estuviese allí encendida delante dél, dime, cuando estuviesen ya echando las suertes, cuando estuviesen ya metiendo la mano en el cántaro, y todo el mundo suspenso aguardando lo que saldria, y el mismo rey presente esperando aquella tan dubdosa fortuna que le habia de caber, ¿cuál te parece que estaria? cuán turbado, cuán temeroso, y cuán aparejado para prometer y ofrescer á Dios todo lo posible por salir bien de aquel trabajo? Pues ¿qué es todo esto (por mucho que sea) sino una sombra, si se compara con el peligro de que hablamos? ¿Cuánto mayor es el reino que nosotros pretendemos? ¿Y cuánto mayor la hoguera que tememos? Y

cuánto mas penosa la perplejidad deste negocio, pues por una parte nos estarán aguardando los ángeles para llevarnos al reino del cielo, y por otra los demonios para echarnos en la hoguera del infierno; y nadie sabe cuál destas dos suertes de ahí á una hora le ha de caber? Mira pues cuál estará tu corazon en este paso: cuán temeroso, cuán humilde, cuán derribado ante la cara de aquel que solo puede sacarte de este peligro. No me parece que hay lengua en el mundo que pueda declarar esto como es.

§ XVIII.

De cómo se conocen aquí los yerros y ceguedades de la vida pasada, y del temor de la cuenta.

Tras desta congoja se sigue otra no menor (especialmente en aquellos que han vivido mal), que es venir á caer tarde en la cuenta de sus engaños, y en los yerros de la vida pasada. ¡Oh cuán confusos se hallarán allí los malos, cuando les abra los ojos el dolor de la pena, los cuales habia cerrado ántes el amor de la culpa! Qué claro verán entónces cuán falsos eran aquellos dioses á quien servian, y cuán engañosos aquellos bienes tras que andaban, y cómo por el camino que pensaban hallar descanso, hallaron su perdicion. Venian los criados del rey de Siria á prender al profeta Eliseo ¹, y como Dios los cegase á todos por la oracion del Profeta, despues de ya ciegos díjoles el Profeta: Andad acá con-

¹ IV Reg. vi.

migo, y mostraros he lo que venis á buscar. Y dicho esto llevólos en pos de sí hasta Samaria, y púsolos en la plaza de la ciudad en medio de todos sus enemigos, y hizo otra vez oracion, y dijo: Abre, Señor, los ojos destos miserables, para que vean dónde están. Pues dime, ruégote, cuando estos abriesen los ojos, y vieses dónde habian venido á parar, creyendo que iban á hallar buen recaudo de lo que buscaban, ¿qué espantados quedarían y qué confusos? Pues ¿qué cosa puede representar mas al proprio el discurso y los engaños de nuestra vida? Todos andamos en este mundo por el camino de nuestros apetitos y cobdicias, unos á buscar oro, otros honra, otros deleites, otros oficios y dignidades, y á cada uno le parece que va bien encaminado para alcanzar lo que desea. Mas cuando la presencia de la muerte, y el peligro de la cuenta, descubre la vanidad de nuestras esperanzas; entónces como nos hallamos alcanzados de cuenta, conocemos claramente nuestro engaño, y vemos que por el camino que pensábamos hallar descanso, hallamos nuestra perdicion. ¡Oh miserables de nosotros, qué ciegos andamos agora, y qué ojos tendremos entónces! Cuán diferentes serán allí los juicios, y cuán otros los pareceres! Allí veremos cuán miserable cosa sea todo lo que hay en este mundo, cuán falsos sus bienes, cuán desvariados sus caminos, cuán mentirosas sus promesas, cuán amargos sus placeres, cuán breve su gloria. Allí conoceremos (aunque tarde) cómo sus riquezas eran espinas, y sus deleites ponzoña; y finalmente cómo cerrados los ojos sin saber adónde íbamos,

al cabo de la jornada nos hallamos en la plaza de Samaria, y en la tela del juicio divino, cercados de todos nuestros enemigos. Pues ¡cuán confusos se hallarán los malos en aquella hora, y cuán burlados! Cuán de véras podrá cada uno decir allí : miserable de mí, ¿qué provecho me traen agora todos mis placeres pasados, sino tener indignado contra mí para esta hora el Juez que me ha de sentenciar? Ya los placeres se acabaron, y no queda dellos ni reliquia ni memoria para hecho de alegrarme (no mas que si nunca fueran), y por otra parte quedan como espinas que atraviesan mi corazon, y hacen mi causa dubdosa, y atormentan agora mi ánima, y por ventura para siempre la atormentarán. Este es el fructo que he cogido de mis deleites, esta es la dentera que me causan agora mis golosinas pasadas. Los deleites ya dejaron de ser; fuéronse, y nunca mas volverán; y por ventura por deleites que duraron un punto, se me apareja eterno tormento. Pues ¿qué ceguedad pudo ser mayor? ¿Cuánto mejor fuera nunca haber nascido, que haber ofendido á quien para esta hora tanto habia menester? Cuánto mejor fuera que la tierra se abriera y me tragara, ántes que pensara de ofenderle? ¡Oh dia desdichado! oh hora malaventurada en que yo, Señor, te ofendí! ¿Cómo no miré por esta hora? ¿Cómo no me acordé deste juicio? ¿Cómo se cegaron mis ojos con tan pequeño resplandor? ¿Este es el camino que yo tenia por acertado? ¿En esto paran las honras del mundo? ¿Tan poco vale para esta hora todo lo que en él se estima?

Desta congoja se sigue otra no menor, que es

el temor de la cuenta que se nos ha de pedir. Este es uno de los mayores trabajos que allí se pasan. Porque demas de ser cosa tan temerosa entrar en juicio con Dios, acrescientan los mismos demonios este temor en aquella hora; los cuales ántes lo deshacian con la esperanza de la misericordia divina. Allí traen á la memoria la grandeza de los juicios de Dios, y de su justicia; la cual muestran ser tan grande, que á su mismo Hijo no perdonó por los pecados ajenos¹. Pues si esto se hace con el madero verde, en el seco (dicen) ¿qué se hará²? Allí pues comenzará el malo á temblar y decir entre sí: ¡Miserable de mí! si es verdad lo que toda la Escritura clama, que Dios ha de dar á cada uno segun sus obras; yo, que tan malas obras tengo hechas, ¿qué espero recibir? Si el Evangelio dice³ que conforme al fructo que diere el árbol, será juzgado; quien tan malos frutos tiene dados como yo, ¿qué juicio puede esperar? Si el Profeta dice⁴ que no subirá al monte de Dios sino el que tuviere las manos inocentes, y el corazon limpio; yo que tan malas manos he tenido, y tan sucio corazon, ¿adónde iré? Si el Sabio dice⁵ que el que cierra sus orejas por no oír la ley, clamará, y no será oído, ¿qué espera quien tan cerradas las ha tenido para Dios, y tan abiertas para las mentiras del mundo? Pues ¡oh Dios mio! ¿con qué cara paresceré agora delante de tí, y te pediré que me oyas, pues tú tantas veces me llamaste, y no te oí? ¿Cómo te pediré que me recibas en tu casa, pues tú tantas

¹ Rom. viii. — ² Luc. xxiii. — ³ Matth. iii, 7; Luc. vi. — ⁴ Psalm. xxiii. — ⁵ Prov. xxviii.

veces llamaste á la mia , y te dí con las puertas en la cara ? ¿Cómo te hallaré yo agora al tiempo del menester ; pues tú tantas veces me hubiste menester , y no me hallaste ? ¿Con qué título te pediré al cabo de la jornada que me des el cielo , habiendo empleado toda la vida en servicio de tu enemigo ? ¡Oh cuán justamente me podrás, Señor , allí decir : al mundo y al demonio serviste , vé á esos que te den el galardón ! Desta manera respondió el profeta Eliseo al rey Jorám , el cual habiendo empleado toda la vida en servicio y culto de los ídolos , en el tiempo de la necesidad acogióse al Profeta de Dios para que le diese remedio ; al cual el sancto Profeta respondió ¹ : ¿Qué tienes tú que ver conmigo , rey Jorám ? Corre , vé á los profetas de tu padre y madre á quien has seguido , y pídeles que te den agora remedio . ¡Oh cuántos imitamos á este mal rey en vida y en muerte ! En la vida servimos al mundo , y en la muerte llamamos á Dios . Pues ¿qué respuesta esperamos en aquella hora , sino la que tiene él ya respondida en semejante causa ? Qué tienes tú que ver conmigo , pues que nunca me serviste ? Corre , vé á los consejeros que seguiste , y á los ídolos á quien amaste , y serviste , y adoraste , y diles que te den el pago de tu servicio . Cuando clamares , dice Dios por Isaías ² , vengan á socorrerte tus valedores : á los cuales todos soplará el viento , y se los llevará el aire .

Aquí comienza el hombre á desear espacio de penitencia , y paréscle (si se lo diesen) que no

¹ IV Reg. III. — ² Isai. LVII.

se contentaria con cualquier penitencia, sino que haria la mas áspera vida del mundo. Y como ve que no se lo dan, y se acuerda del tiempo y de los aparejos que ántes tuvo para esto, y cómo los dejó pasar en vano, duélese en gran manera desta pérdida, y conoce que tal castigo meresce quien tan mal cobro puso en lo que tenia. ¡Oh á cuántos de nosotros acaesce esta mesma burla, que gastamos el tiempo que Dios nos da en vanidad y burlerías, y despues viene á faltarnos cuando mas era menester! Y así nos acaesce como á los pajecillos, ó mozos de palacio, que les dan una vela para acostarse, y ellos gástanla en jugar toda la noche, y despues vienen á acostarse á oscuras.

§ XIX.

De la extrema-uncion y agonía de la muerte.

Llegada ya la enfermedad á lo postrero, comienza la Iglesia á ayudar á sus hijos con oraciones y sacramentos, y con todo lo que puede. Y porque la necesidad es tan grande (pues en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser), dase priesa á llamar á todos los santos para que todos le ayuden en tan gran peligro. ¿Qué otra cosa es aquella litania que allí se manda rezar sobre el que muere, sino que la Iglesia como piadosa madre, congojada por el peligro de su hijo, llama á todas las puertas del cielo, y da voces á todos los santos, para echarlos por rogadores ante el acatamiento divino por la salud de aquel necesitado?

Luego el sacerdote unge todos los sentidos y miembros del doliente con aquel sagrado óleo, pidiendo á Dios le perdone todo lo que pecó con cualquiera dellos. Y así ungiendo los ojos dice : por esta unción , y por su divina misericordia te perdone Dios todo lo que pecaste con la vista. Y desta manera unge todo lo demás. Pues si el pecador miserable ha sido suelto de la vista , ó de la lengua , ó de alguno de los otros sentidos , y se le representan en aquella hora todas estas solturas pasadas , y ve el poco fruto que le queda en las manos dellas , y el aprieto en que se ve por ellas , ¿ cómo podrá dejar de sentir entrañable dolor? ¿ Qué diera por nunca haber alzado los ojos del suelo , ni haber abierto la boca para hablar palabra mala ?

Tras desto llega la agonía de la muerte , que es la mayor de las batallas de la vida : cuando ya encienden la candela , y comienzan á aparejar el hábito ó la mortaja , y dicen al doliente que es llegada ya la hora de la partida ; que comience á encomendarse á Dios , y á llamar á su bendita Madre , que suele socorrer en aquella hora á los que la llaman ; cuando ya comienzan á sonar en las orejas del enfermo los gritos y gemidos de la pobre mujer , que comienza á sentir los daños de la nueva viudez y soledad ; cuando ya comienza á despedirse el ánima de las carnes , y al tiempo del despedirse cada uno de los miembros hace sentimiento por su salida. Entónces es cuando se renuevan los cuidados del ánima , entónces es cuando está ella batallando y agonizando ; no tanto por la salida , cuanto por la hora de la cuenta que se le viene acercando. Aquí es el te-

mer y temblar, aun de los muy esforzados. Estando en este paso el bienaventurado Hilarion ¹, comenzó á temblar y rehusar la salida; y el sancto varon esforzabase, diciendo: sal fuera, ánima, sal fuera; ¿de qué temes? Setenta años ha que sirves á Cristo, ¿y aun temes la muerte? Pues si temia esta salida quien tantos años habia servido á Cristo, ¿qué hará quien ha por ventura otros tantos que le ofende? Adónde irá? A quién llamará? Qué consejo tomará? ¡Oh si pudiesen los hombres entender basta dónde llega esta perplejidad y congoja! Ruégote imagines agora qué tal estaria el corazon del patriarca Isaac quando su padre le tenia sobre la leña atado de piés y manos para sacrificarle ². Encima de sí veia relucir el cuchillo del padre; debajo de sí veia arder la llama del fuego; los mozos que le pudieran socorrer, habíanse quedado á la subida del monte; él estaba atado de piés y manos para no poder huir ni defenderse; pues ¿qué tal estaria entónces el corazon deste sancto mozo, quando así se viese? Pues mucho mas apretada estará el ánima del malo en esta hora; porque á ninguna parte volverá los ojos, que no vea causas de turbacion y de temor. Si mira hácia arriba, ve la espada de la divina justicia que le está amenazando ³; si mira hácia abajo, ve la sepultura abierta que le está esperando; si mira dentro de sí, ve la consciencia que le está remordiéndolo; si mira al derredor de sí, barrunta que

¹ Refert hoc Hieronymus in vita ejus, et in Epitaphio Nepotiani ad Heliodorum, t. I. — ² Genes. xxii.

³ Desumpta sunt hæc ex D. Greg. homil. XXXIX, et l. XXIV Moral. c. 17 et 18.

están allí los ángeles y los demonios aguardando y esperando cada una de las partes á quien ha de caber la presa. Si vuelve los ojos hácia atras, ve como ya los criados, y los parientes, y los bienes desta vida se quedan acá, y no son parte para socorrerle, pues él solo sale desta vida, y todo lo demas se queda en ella. Finalmente si despues de todo esto vuelve los ojos hácia dentro, y mira á sí mismo, espántase de verse, y (si posible fuese) querria huir de sí. Salir del cuerpo es intolerable, quedarse en él es imposible, dilatar la salida no le es concedido. Lo pasado le parescerá un soplo, y lo venidero (como ello es) parece infinito. Pues ¿qué hará el miserable cercado de tantas angustias? ¡Oh locura y ceguedad de los hijos de Adam, que para tal trance no se quieren con tiempo proveer!

§ XX.

De la fealdad del cuerpo muerto, y del enterramiento, y de la sepultura, y salida del ánima.

Finalmente acabada ya esta tan larga contienda, arráncase el ánima de las carnes, y sale de su antigua morada, y queda el cuerpo despojado de todo el bien que tenia.

Agora consideremos cuál sea la suerte que á cada una destas dos partes ha de caber. Primeramente considera qué tal queda el cuerpo despues que el ánima se parte dél. ¿Qué cosa mas estimada que el cuerpo de un príncipe cuando vive? Y qué cosa mas desestimada y mas vil, que el mismo cuerpo cuando muere? ¿Dónde está

aquella antigua majestad, aquella gentileza, aquella autoridad, aquel temblar todos delante dél, y aquel hablarle de rodillas y con tantas reverencias? ¿Qué presto se deshace toda aquella pompa, como si fuera una cosa soñada, ó un negocio de farsa, que se deshace en una hora?

Luego se apareja la mortaja, que es la mas rica joya que se puede sacar desta vida, con la cual se hace pago al mas rico de los hombres en aquella hora. Por lo cual con mucha razon dijo el Profeta¹: No temas cuando el hombre enriqueciere mucho, y vieres que se multiplica la gloria de su casa; porque cuando muriere, no llevará consigo sus cosas, ni descenderá con él su gloria.

Luego abren un hoyo de siete ó ocho piés en largo (aunque sea para Alexandre Magno, que no cabia en el mundo), y con solo esto se da allí el cuerpo por contento. Allí le dan casa para siempre; allí toma solar perpetuo en compañía de los otros muertos; allí le salen á recebir los gusanos, y allí finalmente lo depositan en una pobre sábana, cubierto el rostro con un sudario y atados los piés y manos (en balde, porque bien seguro está que no huirá de la cárcel, ni se defenderá de nadie). Allí lo recibe la tierra en su regazo, y le dan paz los huesos de los finados, y le abrazan los polvos de sus antepasados, y le convidan á aquella mesa y á aquella casa que está constituida para todo viviente. Y la postrera honra que le puede hacer el mundo en aquella hora, es echarle encima una capa de

¹ Psalm. XLVIII.

tierra, y cobijarle muy bien con ella, para que no vean las gentes su hediondez y su deshonra. Y el mayor beneficio que le puede allí hacer el mayor de sus amigos, es honrarle con un puñado de tierra. Y por esto los fieles suelen usar desta cerimonia con los difuntos, porque Dios depare quien haga otro tanto con ellos. ¿Qué mayor confesion se puede tomar de nuestra miseria, que ver aquí los hombres prevenirse con tiempo para no carecer de un tan pequeño beneficio? ¡Oh avaricia de vivos, y pobreza de muertos! ¿Cómo desea tanto para tan breve vida, quien con tan poco espera contentarse en aquella hora?

Luego el enterrador toma el azada y pison, y comienza á trastornar huesos sobre huesos, y tapiar encima la tierra muy tapiada. De manera que el mas lindo rostro del mundo, y mas curado, y mas guardado del sol y aire, andará allí debajo del pison del rústico cavador, que no tiene empacho de darle con él en la frente, y quebrarle los cascos, y sumirle los ojos y las narices, porque quede bien acompañado de tierra. Y sobre el otro gentilhomme, que cuando vivia no le habia de tocar el aire, ni caer un pelico en la ropa, sin que luego anduviese la escobilla por cima, echarán aquí un muladar de basura; y el otro que andaba lleno de ámbar y olores, se verá aquí cubierto de hediondez y de gusanos. Este es pues el paradero de las galas y de toda la gloria del mundo.

Desta manera le dejarán aposentado sus amigos en aquella casa tan estrecha, en aquella tierra de olvido, y en aquella cárcel tenebrosa: en la cual quedará acompañado de perpetua sole-

dad. ¡Oh mundo! ¿y qué es de tu gloria? Riquezas, ¿qué es de vuestro poder? Amigos, ¿dónde me habeis dejado? ¿Cómo desapareció tan presto una tan antigua compañía? Cómo se deshizo tan presto la rueda de tan grande felicidad? Los que vieron á la reina Jezabel¹ por justo juicio de Dios comida de perros, y que no quedó otra cosa mas de toda aquella su hermosura, que la calaverna y los extremos de los piés y manos, como la habían conocido ántes en tanta gloria, y entónces la veían en tal figura, maravillados de tan gran mudanza, preguntaban y decían: ¿esta es aquella Jezabel? Y todos cuantos pasaban por aquel camino, y la miraban así comida de perros como estaba, repetían aquella misma exclamacion diciendo: ¿esta es aquella Jezabel? Esta es aquella gran reina y señora de Israel? Esta es aquella tan poderosa, que se enseñoreaba de las haciendas de sus vasallos con la sangre de sus dueños? ¿A tan baja suerte puede traer la muerte á los poderosos?

Pues descende tú agora, hermano, con el espíritu á las sepulturas de los príncipes y grandes señores que habrás oído ó conocido en este mundo, y mira aquella tan horrible y disforme figura que allí se muestra, y verás cómo tienes tú tambien razon para exclamar con las mismas palabras, y decir: ¿Esta es aquella Jezabel? esta es aquella cara que yo conocí tan viva? estos aquellos ojos claros? esta es aquella lengua tan lijera? este aquel cuerpo tan polido? en esto pararán los sceptros y las coronas? este es el fin de la glo-

¹ IV Reg. ix.

riadelmundo? ¡Oh cuántas veces, dice un sabio, me acaesce entrar en los sepulcros de algunos muertos, y maravillado y atónito de lo que veo, pongo los ojos en aquella figura, meneo los huesos, junto las manos, concierto los labios, y póngome á decir entre mí: Mira aquellos piés, ¿cuántos caminos anduvieron? aquellas manos, ¿cuánto apañaron y guardaron? aquellos ojos, ¿cuántas vanidades miraron? para aquella boca, ¿cuántas golosinas se guisaron? aquellos huesos de la cabeza, ¿cuántas torres de viento fabricaron? por el deleite de aquellos polvos y pellejos tan sucios, ¿cuántos pecados se hicieron? por los cuales el ánima deste cuerpo por ventura estará agora penando para siempre! Salgo despues de aquel lugar atónito, y encontrando con algunos hombres, pongo los ojos en ellos, y miro que estos tambien, y yo con ellos, nos hemos de ver presto de aquella manera, y en aquella misma vileza. Pues ¡oh miserable de mí! ¿Para qué son las riquezas, si aquí me tengo de ver tan desnudo? para qué las galas y atavíos, pues aquí me tengo de ver tan feo? para qué los deleites y comidas, pues aquí tengo de ser manjar de gusanos?

Agora dejemos el cuerpo en el sepulcro, y veamos el camino que lleva el ánima por aquel nuevo mundo, que es como otro hemisferio, donde hay cielo nuevo, y tierra nueva, y otra suerte de vida, y otro modo de entender y conocer. Salida pues de la carne, entra en esta nueva region, por donde nunca jamas anduvieron los vivos, llena de espanto y de sombras de muerte. Pues ¿qué hará aquí el nuevo peregrino en tier-

ra tan extraña, si no tiene merescida para este tiempo la guarda y la defension angélica? ¡Oh ánima mia! dice Sant Bernardo¹, ¿cuál será aquel dia cuando sola entrarás en aquella region no conocida, donde te saldrán al camino aquellos monstruos tan temerosos y tan terribles? ¿Quién volverá por tí? quién te defenderá? quién te librará de aquellos leones que rabian de hambre, y están aparejados para tragar?

Temeroso es por cierto este camino; mas muy mas temeroso es el juicio que allí se ha de celebrar. ¿Quién podrá declarar cuán estrecha sea la tela deste juicio? cuán derecho el juez? cuán solícitos los acusadores? cuán pocos los padrinos? cuán menuda la cuenta, y cuán largo el proceso de nuestra vida? Pues si el justo, como dice Sant Pedro², apenas se salvará, el pecador y malo ¿dónde parecerá? Y es cosa muy para notar, que en esta tan grande necesidad, donde parece que las cosas que mas amamos, y por quien mas hecimos, nos habian mas de ayudar, no solamente no nos ayudarán, sino ántes ellas serán las que mas allí nos apretarán. La cosa que mas amaba y preciaba aquel hermoso Absalon, eran sus cabellos³; y esos mismos ordenó Dios por su justo juicio que le causasen la muerte. Este mismo juicio se apareja á los malos en aquella hora; que las cosas que mas amaron en esta vida, y por quien mas ofendieron á Dios, esas vengan entónces á hacer su pleito mas dudoso, y darles mayor tormento. Allí los hijos que por fas y por nefas procuraron enriquecer;

¹ Serm. de verbis Iob.: In sex tribulationibus, etc. prope finem. — ² I Petr. iv. — ³ II Reg. xiv, xviii.

allí la mala mujer por cuyo amor quebrantamos la ley de Dios; allí la hacienda, y la honra, y los deleites que fuéron nuestros ídolos, se harán nuestros verdugos, y nos atormentarán mas crudamente. Allí hará Dios su juicio en todos los dioses de Egipto ¹, ordenando que aquellas mismas cosas en que nosotros teníamos puesta nuestra gloria, esas vengan allí á ser causa de nuestra perdicion.

Pues el golpe de aquella sentencia divina, si es conforme á nuestras culpas, ¿quién lo podrá esperar? Decia uno de aquellos padres del yermo, que de tres cosas vivia siempre con gran temor. La primera cuándo habia su ánima de salir de las carnes, y la segunda cuándo habia de ser presentada ante el juicio de Dios, y la tercera cuándo habia de ser pronunciada la sentencia de su causa. Pues ¿qué será sobre todo esto, si al cabo se da por sentencia que sea para siempre condenado? ¿Qué angustias serán aquellas para tí, y qué dia de fiesta para tus enemigos? ¿Cómo se cumplirán entónces aquellas palabras del Profeta que dicen ²: Abrieron su boca sobre tí tus enemigos; silbaron, y regañaron con sus dientes, y dijeron: Tragáremos; este es el dia que esperábamos: hallámoslo, vímoslo.

Mas tú, ¡oh buen IESU! ¡alumbra los ojos de mi ánima, porque no duerma yo en la muerte; porque nunca diga mi enemigo: Prevalescido he contra él ³. Amen.

¹ Isai. XIX. — ² Thren. II. — ³ Psalm. XII.

EL JUÉVES EN LA NOCHE.

Este día pensarás en el juicio final ¹, para que por esta consideracion se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fiel cristiano : conviene saber , temor de Dios , y aborrescimiento del pecado.

Piensa pues primeramente cuán terrible será aquel día : en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adam , y se concluirán los procesos de nuestras vidas , y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser.

Aquel día abrazará en sí los días de todos los siglos presentes , pasados y venideros , porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos , y en él derramará Dios la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. Pues ¿qué tan arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso río de la indignacion divina , teniendo tantas acogidas de ira y saña , cuantos pecados se han hecho dende el principio del mundo hasta agora ? Por esto con mucha razon dice el Profeta ² : Aquel día será día de ira , día de calamidad y de miseria , día de tinieblas y escuridad , día de nieblas y de torbellinos , día de trompeta y de sonido sobre las ciudades fuertes y sobre las altas esquinas.

Lo segundo considera las señales espantosas que precederán este día ; porque , como dice el Salvador ³ , ántes que venga este día habrá señales en el sol , y en la luna , y en las estrellas , y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la

¹ Del juicio , en la primera parte del libro de la Guia de Pecadores , c. VIII. — ² Sophon. I. — ³ Luc. XXI.

tierra. Porque todas ellas sentirán su fin ántes que fenezcan, y se estremecerán, y comenzarán á caer primero que del todo cayan. Mas los hombres dice que andarán secos y áhildados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por aquí las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, ántes de la muerte muertos, y ántes del juicio sentenciados; midiendo los peligros con sus temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque sea padre de hijo, ni hijo de padre. Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo. Las sibilas dicen ¹ que en este tiempo andarán las bestias dando bramidos por los campos y por las ciudades, y que los árboles sudarán sangre, y que la mar dejará en seco sus pescados. Mas si esto no se recibe, mucho mas es lo que en el Evangelio se nos dice; porque mas es secarse los hombres, que secarse la mar; y mas es moverse las virtudes de los cielos, que todas las criaturas de la tierra.

Lo tercero considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del Juez ², y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el arcángel para convocar todas las generaciones del mundo á que se junten en un lugar y se ballen presentes en juicio ³. Y sobre todo la majestad

¹ Quæ decem fuerunt: de quarum dictis vide Lactantium Firm. lib. I de fals. relig. c. 6, et lib. de ira Dei, c. 23. — ² Psalm. XLIX, xcvi. — ³ II Petr. III, 1; I Thes. 4.

espantable con que ha de venir el Juez; la cual describe el profeta Nahum por estas palabras ¹: El Señor vendrá como una tempestad y torbellino arrebatado; y sus piés levantarán una grande polvareda delante de sí. Indignése contra la mar, y secóse, y todos los rios de la tierra se agotaron. El monte Basan y Carmelo se marchitaron, y la flor del Líbano se cayó. Los montes se estremecieron delante dél, y los collados quedaron asolados. La tierra tembló de su presencia, y el mundo y todos los moradores dél. ¿Quién parescerá delante la cara de su indignacion? Y ¿quién resistirá á la ira de su furor? Su indignacion se derramó como fuego, y las piedras se hicieron polvo delante dél.

Despues desto considera cuán estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá. Verdaderamente, como se dice en Job ², no podrá ser el hombre justificado, si se compara con Dios. Y si se quisiere poner con él en juicio, de mil cargos que le haga, no le podrá responder á solo uno. Pues qué sentirá entónces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este exámen, y allá dentro de su consciencia le diga así: Ven acá, hombre malaventurado, ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste, y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te levanté del polvo de la tierra, y te crié á mi imágen y semejanza, y te dí virtud y socorro con que pudieses alcanzar mi gloria. Mas tú, menospreciando los beneficios y mandamientos de vida que yo te dí, quisiste mas seguir la mentira del engañador, que el consejo

¹ Nahum, i. — ² Job, iv, 13, 23.

saludable de tu Señor. Para librarte desta caída descendí del cielo á la tierra, donde padescí los mayores tormentos y deshonoras que jamas se padescieron. Por tí ayuné, caminé, velé, trabajé y sudé gotas de sangre. Por tí sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonoras, tormentos y cruz. Por tí finalmente nascí en mucha pobreza, viví con muchos trabajos, y morí con gran dolor. Testigos son esta Cruz y clavos que aquí parescen, testigos estas llagas de piés y manos que en mi cuerpo quedaron; testigos el cielo y la tierra delante de quien padescí, y testigos el sol y la luna que en aquella hora se eclipsaron. Pues ¿qué heciste desá anima tuya, que yo con mi sangre hice mia? ¿En cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¡Oh generacion loca y adúltera! ¿por qué quisiste mas servir á ese enemigo tuyo con trabajo, que á mí, tu Criador y Redemptor, con alegría? Espantaos, cielos, sobre este caso, y vuestras puertas se cayan de espanto, porque dos males ha hecho mi pueblo ¹. A mí desampararon, que soy fuente de agua viva, y desamparáronme por otro Barrabas. Llaméos tantas veces, y no me respondistes ²; toqué á vuestras puertas, y no despertastes; extendí mis manos en la Cruz, y no la mirastes; menospreciastes mis consejos, y todas mis promesas y amenazas ³. Pues decid agora vosotros, ángeles: juzgad vosotros, jueces, entre mí y mi viña: ¿Qué mas debí yo hacer por ella de lo que hice ⁴?

Pues ¿qué responderán aquí los malos, los

¹ Jerem. xi. — ² Ioan. xix. — ³ Prov. i. — ⁴ Isai. v.

burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandamientos rebeldes, y á todos sus azotes y beneficios ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no habia Dios, y los que con ninguna ley tuvieron cuenta, sino con solo su interese? ¿Qué haréis los tales, dice Isaías ¹, en el dia de la visitacion y calamidad que os vendrá de léjos? ¿A quién pediréis socorro, y qué os aprovechará la gloria de vuestras riquezas, para que no seais llevados en hierros, y cayais entre los muertos?

Despues de todo esto considera la terrible sentencia que el Juez fulminará contra los malos, y aquella temerosa palabra que hará retiñir las orejas de quien la oyere. Sus labios, dice Isaías ², están llenos de indignacion; y su lengua es como fuego que traga. ¿Qué fuego abrasará tanto como aquellas palabras ³: Apartaos de mí, malditos, al fuego perdurable? Esta es la mas recia palabra que se puede decir á una criatura; porque por este apartamiento se entiende la pena que dicen de daño; que es un despojo universal de todas las cosas, y una privacion de aquel summo bien en quien están todos los bienes. Pues ¿adónde irán, Señor, los que de tí se apartaren? á qué puerto se acogerán? á qué señor servirán? Los que de tí se apartaren serán escriptos

¹ Isai. x. — ² Isai. xxx. — ³ Matth. xxv.

en la tierra ¹; porque desampararon la vena de las aguas vivas, que es el Señor. La mayor pena con que castigaban los romanos á un ciudadano por algun gravísimo delicto, era desterrándolo de aquella noble ciudad y policía de Roma, echándolo en algunas islas apartadas entre gente bárbara. Pues si tan gran pena era carecer de Roma, ¿qué será carecer de la compañía de Dios, y de todos los escogidos, y ir para siempre desterrado á la compañía de Satanás y de aquellos bárbaros infernales?

Apartaos (dice), malditos. Como si dijera: rogúeos con la bendicion, y no la quisistes; agora tomad la maldicion á vuestro pesar. Amó el malo, dice el Profeta ², la maldicion, y comprenderle ha; y desechó la bendicion que Dios le ofrecia, y alejarse ha dél. Maldijo Dios á la higuera ³; y secáronse luego no solamente las hojas, sino tambien el tronco y las raíces para nunca jamás fructificar; y desta manera comprenderá la maldicion á estos miserables, quitándoles del todo la esperanza de salud, y de todo fruto y merescimiento para siempre jamás.

Mas ¿adónde, Señor, los enviais? Al fuego perdurable. ¡Qué cama esta para delicados y regalados! ¿Quién de vosotros, dice el Profeta ⁴, podrá morar con los ardores sempiternos? quién podrá hacer vida con el fuego abrasador? ¿Qué mayor maldicion puede ser que esta? ¿Qué calamidad, qué sentencia, qué desventura se puede comparar con la sombra desta? Este es aquel terrible y espantoso fuego que encarece Isaiás

¹ Jerem. XVII. — ² Psalm. CVIII. — ³ Matth. XXI. — ⁴ Isai. XXXIII.

por estas palabras ¹: Volverse han sus arroyos en pez derretida, y el polvo de la tierra en piedra zufre, y la misma tierra será toda una pez ardiente. Nunca dejará de arder noche y dia, ni dejará jamas de subir á lo alto el humo della. De generacion en generacion será destruida, y en los siglos de los siglos no habrá quien pase por ella.

§ XXI.

De la consideracion del juicio final, en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

Grandes son los efectos que obra en el ánima el temor de Dios. Al que teme á Dios, dice el Eclesiástico ², irá bien en sus postrimerías, y en el dia de la muerte le vendrá la bendicion. Y en otro lugar ³: ¡Cuán grande es (dice él) el que ha llegado á la cumbre de la sabiduría y de la ciencia! Mas por muy grande que sea, no es mayor que el que teme á Dios; porque el temor de Dios sobre todas las cosas puso su silla. Bienaventurado el varon á quien es dado temer al Señor. El que este temor tiene, ¿con quién le compararemos? Porque el temor de Dios es principio de su amor. Todas estas son palabras del Eclesiástico, por las cuales parece claro cómo el temor de Dios es principio de todos los bienes (pues lo es de su amor), y no solo principio, sino tambien llave y guarda de todos ellos, como lo testifica Sant Bernardo, diciendo ⁴: Verdaderamente he

¹ Isai. xxxiv. — ² Eccli. ii. — ³ Cap. xxv.

⁴ Super Cantic. serm. LIV infra med. et in eius Florum collect. c. 47.

conocido que ninguna cosa hay tan eficaz para conservar la divina gracia, como vivir en todo tiempo con temor, y no tener altos pensamientos.

Pues para alcanzar esta joya tan preciosa, aprovecha mucho la consideracion y memoria continua de los juicios divinos; y mayormente de aquel supremo juicio que se ha de hacer en fin del mundo, el cual es la mas horrible cosa de cuantas nos anuncian las Escrituras divinas. Porque son tan espantosas las nuevas que deste dia se nos dan, que si no fuera Dios el que las dice, del todo fueran increíbles. Por donde el Salvador, despues de haber predicado algunas dellas á sus discípulos, porque la grandeza dellas parecia exceder la commun credulidad y fe de los hombres, acabó la materia con esta afirmacion, diciendo ¹: En verdad os digo que no se acabará el mundo sin que todas estas cosas se cumplan. Porque el cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán.

En los Actos de los apóstoles se escribe ² que predicando Sant Pablo de las cosas deste dia delante del presidente de Judea, el mismo presidente comenzó á temblar de lo que el Apóstol decia, puesto caso que (como gentil) no tenia fe ni crédito deste misterio. Por do parece cuán terribles cosas debrian ser las que el Apóstol predicaba, pues el sonido dellas bastó para causar tan grande espanto y temblor en un hombre que no las creia. Pues el cristiano que las cree y las tiene por fe, ¿qué será razon que sienta en esta parte?

¹ Marc. xiii; Luc. xxi. — ² Act. xxiv.

Y no piense nadie excusarse con su inocencia, diciendo que estas amenazas no dicen á él, sino á los hombres injustos y desalmados. Porque justo era Sant Hierónimo, y con todo eso decia ¹, que cada vez que se acordaba del dia del juicio, le temblaba el corazon y el cuerpo. Justo era tambien David, y hombre hecho á la condicion de Dios, y con todo eso temia tanto la cuenta deste dia, que decia en un salmo ²: No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no será justificado delante de tí ninguno de los vivientes. Justo era tambien el innocentísimo Job, y con todo eso era tan grande el temor con que vivia, que dice de sí ³: De la manera que teme el navegante en medio de la tormenta, cuando ve venir sobre sí las olas hinchadas y furiosas; así yo siempre temblaba delante de la majestad de Dios, y era tan grande mi temor, que ya no podia sufrir el peso dél. Mas sobre todo, aun era mas justo el apóstol Sant Pablo, y con todo eso decia ⁴: No me remuerde la consciencia de cosa mal hecha; mas no por eso me tengo por seguro, porque el que me ha de juzgar, el Señor es. Como si dijera: muchas veces puede acaescer que nuestros ojos no hallen cosa que lachar en nuestras obras, y que la hallen los ojos de Dios; porque lo que se esconde á los ojos de los hombres, no se esconde á los de Dios. A un pintor grosero parecerá muy perfecta una pintura que tiene hecha, en la cual un pintor famoso hallará muchos defectos que notar. Pues ¿cuánto mayores los hallará aquella summa bondad y sabiduría en

¹ In eius vita, et in regula Monachorum.

² Psalm. CXLII. — ³ Job, XXXI. — ⁴ I Cor. IV.

una criatura tan mal inclinada como el hombre, el cual, como se escribe en Job ¹, bebe así como agua la maldad? Y si la espada de Dios halló tanto que cortar en el cielo, ¿cuánto mas hallará en la tierra, que no lleva sino cardos y espinas? ¿Quién habrá que tenga todos los rincones de su ánima tan barridos y limpios, que no tenga necesidad de decir con el Profeta ²: De mis pecados ocultos, librame, Señor?

Así que, á todos conviene vivir con temor deste dia, por muy justificadamente que vivan; pues el dia es tan temeroso, y nuestra vida tan culpada, y el juez tan justo, y sobre todo, sus juicios tan profundos, que nadie sabe la suerte que le ha de caber, sino que, como dice el Salvador ³: dos estarán en el campo, á uno tomarán, y á otro dejarán; dos en una misma cama, á uno tomarán, y á otro dejarán; dos moliendo en un molino, á uno tomarán, y á otro dejarán. En las cuales palabras se da á entender que de un mesmo estado y manera de vida, unos serán llevados al cielo, y otros al infierno; porque ninguno se tenga por seguro mientras vive en este mundo.

§ XXII.

De cuán riguroso haya de ser el dia del juicio.

Para pensar en la grandeza deste juicio has primero de presuponer que no hay lengua en el mundo que sea bastante para explicar el menor de los trabajos deste dia.

¹ Job, xv. — ² Psalm. xviii. — ³ Luc. xvii.

Por donde el profeta Joel, queriendo hablar de la grandeza dél, hallóse tan atajado de razones y tan embarazado, que comenzó á tartamudear como niño y decir : ¡ Ah ! Ah ! Ah ¹ qué dia será aquel ! Desta manera de hablar usó Hieremías ² cuando Dios le queria enviar á predicar, para significar que era niño, y del todo inhábil para aquella embajada tan grande que Dios lo escogia ; desta mesma usa agora este Profeta, para dar á entender que no hay lengua en el mundo que no sea como de niño tartamudo para significar lo que ha de ser este dia.

En este dia reducirá Dios á su debida hermosura toda la fealdad que los malos han causado en el mundo con sus malas obras. Y como estas hayan sido tantas, así la emienda ha de ser proporcionada con ellas, para que á costa del malo quede el mundo tan hermoseado con su pena, cuanto ántes estuvo afeado con su culpa. Cuando un hombre da alguna gran caída, y se le desconcierta un brazo, tanto quanto mayor fué el desconcierto, tanto con mayor dolor se viene despues á concertar y poner en su lugar. Pues como los malos hayan desconcertado todas las cosas deste mundo, y puéstolas fuera de su lugar natural, quando aquel celestial reformador venga á restituir el mundo con el castigo de tantos desconciertos, ¿ qué tan grande será el castigo, pues tantos y tales fuéron los desconciertos ?

No solo se llama este dia de ira, sino tambien dia de Dios, como lo llama el profeta Joel ³, para dar á entender que todos estotros han sido dias

¹ Joel, 1. — ² Ierem, 1. — ³ Joel, 1.

de hombres, en los cuales hicieron ellos su voluntad contra la de Dios; mas este se llama dia de Dios, porque en él hará Dios su voluntad contra la dellos. Tú agora juras, y perjuras, y blasfemas, y calla Dios. Día vendrá en que rompa Dios el silencio de tantos dias y de tantas injurias, y responda por su honra. De manera que no hay mas que dos dias en el mundo, uno de Dios, y otro del hombre. En este su dia puede el hombre hacer todo lo que quisiere, y á todo ello callará Dios. En este dia puede el rey Sedequías mandar empozar al Profeta de Dios¹, y darle á comer pan por onzas, y hacer todo cuanto se le antojare, y á todas estas injurias callará Dios. Mas tras este dia vendrá otro dia, y tomará Dios al rey Sedequías, y quitarle ha el reino, y destruirá á Hierusalem, y llevarlo ha en hierros delante del rey de Babilonia, y allí matarán todos sus amigos y hijos en presencia dél, y luego le mandará sacar los ojos, guardados para ver tanto mal; y tras desto le hará llevar preso á Babilonia, y poner en una cárcel hasta que muera. De manera que así como el hombre tuvo licencia para hacer en su dia todo cuanto se le antojó, sin que nadie le fuese á la mano; así la tendrá Dios para hacer en este dia todo lo que quisiere, sin que nadie se lo estorbe.

§ XXIII.

De las señales que precederán este dia.

Finalmente si quieres saber cuál será este dia, párate á considerar las señales que le precede-

¹ Jerem. xxxviii; II Par. xxxvi.

rán, porque por las señales conocerás lo señalado, y por la víspera y vigilia la fiesta del día.

Primeramente aquel día, cuando haya de ser nadie lo sabe ¹, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo (para haberle de revelar á nadie), sino solo el Padre ². Mas todavía precederán ántes dél algunas señales, por las cuales puedan pronosticar los hombres, no solo la vecindad deste día, sino tambien la grandeza dél. Porque, como dijo el Salvador ³, primero que este día venga, habrá grandes guerras y movimientos en el mundo, levantarse han gentes contra gentes, y reinos contra reinos; y habrá grandes temblores de tierra en muchas partes, y pestilencia, y hambres, y cosas espantosas que parescerán en el aire, y otras grandes señales y maravillas.

Y sobre todos estos males vendrá aquella persecucion tantas veces denunciada, del mayor perseguidor de cuantos ha tenido la Iglesia, que es el Anti-Cristo ⁴, el cual no solo con armas y tormentos horribles, sino tambien con milagros aparentes y fingidos, hará la mas cruel guerra contra la Iglesia que jamas se hizo ⁵. Piensa pues agora tú, como dice Sant Gregorio ⁶, qué tiempo será aquel, cuando el piadoso mártir ofrescerá sus miembros al verdugo, y el verdugo hará milagros delante dél. Finalmente será tan grande la tribulacion destes dias, dice el Salvador ⁷, cual nunca fué dende el principio del mundo, ni jamas será. Y si no proveyese la misericordia de

¹ Matth. xxiv. — ² I Thes. v. — ³ Matth. xxiv.

— ⁴ Dan. ix; Apoc. xiii; Matth. xxiv; Isai. xi.

⁵ I Thes. v. — ⁶ Mor. lib. XXXII, c. 3, in deinceps.

— ⁷ Matth. xxiv.

Dios que se abreviasen estos días, no se salvaria en ellos toda carne ¹. Mas por amor de los escogidos se abreviarán.

Despues destas señales habrá otras mas espantosas y mas vecinas á este dia ², las cuales parecerán en el sol, y en la luna, y en las estrellas; de las cuales dice el Señor por Ezequiel ³: Haré que se escurezcan sobre tí las estrellas del cielo, y cubriré el sol con una nube, y la luna no resplandecerá con su luz, y á todas las lumbres del cielo haré que se entristezcan, y hagan llanto sobre tí, y enviaré tinieblas sobre toda tu tierra. Pues habiendo tan grandes señales y alteraciones en el cielo, ¿qué se espera que habrá en la tierra, pues toda se gobierna por él? Vemos cuando en una república se revuelven las cabezas que la gobiernan, que todos los otros miembros y partes della se revuelven y desconciertan, y que toda ella hierve en armas y disensiones. Pues si todo este cuerpo del mundo se gobierna por las virtudes del cielo; estando estas alteradas y fuera de su orden natural, ¿qué tales estarán todos los miembros y partes dél? Así estará el aire lleno de relámpagos, y torbellinos, y cometas encendidos. La tierra estará llena de aberturas y temblores espantosos, los cuales se cree que serán tan grandes, que bastarán para derribar, no solo las casas fuertes y las torres soberbias, mas aun hasta los montes y peñas arrancarán y trastornarán de sus lugares. Mas la mar sobre todos los elementos se embravescerá, y serán tan altas sus olas y tan furiosas, que pa-

¹ Marc. XIII. — ² Luc. XXI; Matth. XXIV.

³ Ezech. XXXII.

rescerà que han de cubrir toda la tierra. Á los vecinos espantará con sus crescentes, y á los distantes con sus bramidos, los cuales serán tales que de muchas leguas se oirán.

¿Cuáles andarán entonces los hombres, cuán atónitos, cuán confusos, cuán perdido el sentido, la habla y el gusto de todas las cosas? Dice el Salvador que se verán entonces las gentes en grande aprieto¹, y que andarán los hombres secos y ahilados de muerte, por el temor grande de las cosas que han de sobrevenir al mundo. ¿Qué es esto (dirán), qué significan estos pronósticos, en qué ha de venir á parar esta preñez del mundo, en qué han de parar estos tan grandes remolinos y mudanzas de todas las cosas? Pues así andarán los hombres espantados y desmayados, caidas las alas del corazon y los brazos, mirándose los unos á los otros; y espantarse han tanto de verse tan desfigurados, que esto solo bastaria para hacerlos desmayar, aunque no hubiese mas que temer. Cesarán todos los oficios y granjerías, y con ellos el estudio y la cobdicia de adquirir; porque la grandeza del temor traerá tan ocupados sus corazones, que no solo se olvidarán destas cosas, sino tambien del comer, y del beber, y de todo lo necesario para la vida. Todo el cuidado será andar á buscar lugares seguros para defenderse de los temblores de la tierra, y de las tempestades del aire, y de las crescentes de la mar. Y así los hombres se irán á meter en las cuevas de las fieras, y las fieras se vendrán á guarescer en las casas de los hom-

¹ Luc. xxi; Matth. xxiv.

bres, y así todas las cosas andarán revueltas y llenas de confusion. Afligirlos han los males presentes, y mucho mas el temor de los venideros; porque no sabrán en qué fines hayan de parar tan dolorosos principios. Faltan palabras para encarescer este negocio, y todo lo que se dice es ménos de lo que será. Vemos agora que cuando en la mar se levanta alguna brava tormenta, ó cuando en la tierra sobreviene algun grande torbellino ó terremoto, cuáles andan los hombres, cuán medrosos y cuán cortados, y cuán pobres de esfuerzo y de consejo; pues cuando entónces el cielo, y la tierra, y la mar, y el aire ande todo revuelto; y en todas las regiones y elementos del mundo haya su propria tormenta; cuando el sol amenace con luto, y la luna con sangre, y las estrellas con sus caídas, ¿quién comerá, quién dormirá, quién tendrá un solo punto de reposo en medio de tantas tormentas? ¡Oh desdichada suerte la de los malos, á cuya cabeza amenazan todos estos pronósticos, y bienaventurada la de los buenos, para quien todas estas cosas son favores y regalos, y buenos anuncios de la prosperidad que les ha de venir! Cuán alegremente cantarán entónces con el Profeta¹: Dios es nuestro refugio y nuestra firmeza, y por esto no temerémos, aunque se trastorne la tierra, y se arranquen los montes, y vengan á caer en el corazon de la mar. Así como entendeis, dice el Salvador², que cuando la higuera y todos los árboles comienzan á florecer y dar su fruto, se llega ya el verano; así cuando viéredes

¹ Psalm. XLV. — ² Luc. XXI.

estas cosas, sabed que se acerca el reino de Dios. Entónces podréis abrir los ojos y levantar la cabeza, porque se llega el día de vuestra redempcion. ¡Cuán alegre estará entónces el bueno, y por cuán bien empleados dará todos sus trabajos! Y por el contrario, ¡cuán arrepentido el malo, y por cuán condenados tendrá todos sus pasos y caminos!

§ XXIV.

Del fin del mundo y de la resurreccion de los muertos.

Despues de todas estas señales acercarse ha la venida del Juez, delante del cual vendrá un diluvio universal de fuego que abrase y vuelva en ceniza toda la gloria del mundo¹. Este fuego á los malos será comienzo de su pena, y á los buenos principio de su gloria, y á los que algo tuvieron por pagar, purgatorio de su culpa. Aquí fenescerá toda la gloria del mundo; aquí espirará el movimiento de los cielos, el curso de los planetas, la generacion de las cosas, la variedad de los tiempos, con todo lo demas que de los cielos depende. Y así escribe Sant Joan en el Apocalipsi² que vió un ángel poderoso vestido de una nube resplandesciente, el cual tenia el rostro como el sol, y el arco del cielo por corona en su cabeza, y los piés como columnas de fuego; de los cuales el uno tenia puesto sobre la mar, y el otro sobre la tierra. Y este ángel dice

¹ Psalm. xcvi; II Petr. iii. — ² Apoc. x.

que levantó el brazo hácia el cielo, y juró por el que vive en los siglos de los siglos, que de ahí adelante no habria mas tiempo : es á saber, ni movimiento de cielos, ni cosa que se gobierne por ellos ; y lo que mas es, ni lugar de penitencia, ni de mérito, ni de demérito para la otra vida.

Despues deste fuego vendrá, como dice el Apóstol ¹, un arcángel con grande poder y majestad ; y tocará una trompeta (que es una grande y espantosa voz) que sonará por todas las partes del mundo ; con la cual convocará todas las gentes á juicio. Esta es aquella temerosa voz de que dice Sant Hierónimo : Agora coma, agora beba, siempre parece que me está sonando á las orejas aquella voz que dirá : levantaos, muertos, y venid á juicio. ¿Quién apelará desta citacion? ¿Quién podrá recusar este juicio? ¿Á quién no temblará la contera con esta voz? Esta voz quitará á la muerte todos sus despojos, y le hará restituir todo lo que tiene tomado al mundo. Y así dice Sant Joan ², que allí la mar entregó los muertos que tenia ; y asimesmo la muerte y el infierno entregaron los que tenian. Pues ¿qué cosa será ver allí parir á la mar y á la tierra por todas partes tantas diferencias de cuerpos, y ver concurrir en uno tantos ejércitos, y tantas suertes y maneras de naciones y gentes? Allí estarán los Alejandro, allí los Jerjes y Artajerjes, allí los Daríos y los Césares de los romanos, y los reyes poderosísimos con otro hábito y otro brio, y con otros pensamientos muy diferentes

¹ I Thes. iv. — ² Apoc. xx.

de los que en este mundo tuvieron ; y allí finalmente se juntarán todos los hijos de Ádam , para que dé cada uno razon de sí , y sea juzgado segun sus obras.

Mas aunque todos resusciten para nunca mas morir , será grande la diferencia que habrá entre cuerpos y cuerpos ¹. Porque los cuerpos de los justos resuscitarán hermosos y resplandescientes como el sol , mas los de los malos oscuros y feos como la misma muerte. Pues ¿qué alegría será entónçes para las ánimas de los justos ver del todo ya cumplido su deseo , y verse juntos los hermanos tan queridos y tan amados , á cabo de tan largo destierro ? Cómo podrá entónçes decir el ánima á su cuerpo : ¡ oh cuerpo mio , y fiel compañero mio ! que así me ayudaste á ganar esta corona ; que tantas veces conmigo ayunaste , velaste y sufriste el golpe de la disciplina , y el trabajo de la pobreza , y la cruz de la penitencia , y las contradicciones del mundo ; ¿cuántas veces te quitaste el pan de la boca para dar al pobre ? cuántas quedaste desabrigado por vestir al desnudo ? cuántas renunciaste y perdiste de tu derecho , por no perder la paz con el prójimo ? Pues justo es que te quepa agora parte desta hacienda , pues me ayudaste á ganarla ; y que seas compañero de mi gloria , pues también lo fuiste de mis trabajos. Allí pues se ayuntarán en un supuesto los dos fieles amigos , no ya con apetitos y pareceres contrarios , sino con liga de perpetua paz y conformidad ; para que eternalmente puedan cantar y decir ² : Mirad cuán buena

¹ De hoc I Thes. iv ; Matth. xiii ; I Cor. xv ; Ioel. ii ; Isai. xlii. — ² Psalm. cxxxii.

cosa es y cuán alegre, morar ya los hermanos en uno. Mas por el contrario, qué tristeza sentirá el ánima del condenado cuando vea su cuerpo tal cual allí se le ofrescerá, oscuro, sucio, hediondo y abominable. ¡Oh malaventurado cuerpo (dirá ella)! oh principio y fin de mis dolores! oh causa de mi condenacion! oh, no ya compañero mio, sino enemigo; no ayudador, sino perseguidor; no morada, sino cadena y lazo de mi perdicion! ¡Oh gusto malaventurado, y qué caro me cuestan ahora tus regalos! ¡Oh carne hedionda, que á tales tormentos me has traído con tus deleites! ¿Este es el cuerpo por quien yo perdí? ¿Deste eran los deleites por quien yo me perdí? ¿Por este muladar podrido perdí el reino del cielo? Por este vil y sucio tronco perdí el fruto de la vida perdurable? ¡Oh furias infernales, levantaos ahora contra mí, y despedazadme, que yo merezco este castigo! ¡Oh malaventurado el día de mi desastrado nascimiento, pues tal hubo de ser mi suerte, que pagase con eternos tormentos tan breves y momentáneos deleites!

Estas y otras mas desesperadas palabras dirá la desventurada ánima á aquel cuerpo que en este mundo tanto amó. Pues dime ahora, ánima miserable, ¿por qué tanto aborresces lo que tanto amaste? ¿No era esta carne tu querida? No era este vientre tu dios? No era este rostro el que curabas y guardabas del sol y aire, y pintabas con tan artificiosos colores? No eran estos los brazos y los dedos que resplandescian con oro y diamantes? No era este el cuerpo para quien servia la mar y la tierra, para tenerle la mesa

delicada, y la cama blanda, y la vestidura preciosa? ¿Pues quién ha trocado tu oficio? quién ha hecho tan aborrescible lo que ántes era tan amable? Cata aquí pues, hermano, en qué pára la gloria del mundo, con todos los deleites y regalos del cuerpo.

§ XXV.

De la venida del Juez, y de la materia del juicio, y de los testigos y acusadores dél.

Pues estando ya todos resuscitados y juntos en un lugar, esperando la venida del Juez, descenderá de lo alto aquel á quien Dios constituyó por Juez de vivos y muertos ¹. Y así como en la primera venida vino con grandísima humildad y mansedumbre, convidando á los hombres con la paz y llamándolos á penitencia; así en la segunda vendrá con grandísima majestad y gloria, acompañado de todos los poderes y principados del cielo ², amenazando con el furor de su ira á los que no quisieron usar de la blandura de su misericordia. Aquí será tan grande el temor y espanto de los malos, que, como dice Isaías ³, andarán á buscar las aberturas de las piedras y las concavidades de las peñas para esconderse en ellas, por la grandeza del temor del Señor y por la gloria de su majestad, cuando venga á juzgar la tierra. Finalmente, será tan grande este temor, que, como dice Sant Joan ⁴, los cielos y la tierra huyeron de la presencia del Juez, y no halla-

¹ Act. x. — ² Act. xxiv; Luc. xxi; Matth. xxiv. —
³ Isai. ii. — ⁴ Apoc. xx.

ron lugar donde se esconder. Pues ¿por qué huís, cielos? qué habeis hecho? por qué teméis? Y si por cielos se entienden aquellos soberanos espíritus que moran en los cielos; vosotros, bienaventurados espíritus que fuisteis criados y confirmados en gracia, ¿por qué huís? qué habeis hecho? por qué teméis? No temen cierto su peligro; sino temen por ver en el Juez una tan grande majestad y saña, que bastará para poner en espanto y admiracion á todos los cielos. Cuando la mar anda brava, todavía tiene su espanto y admiracion el que está seguro á la orilla; y cuando el padre anda hecho un leon por casa castigando al esclavo, todavía teme el hijo inocente, aunque sabe que no es contra él aquel enojo. Pues ¿qué harán entónces los malos, cuando los justos así temerán? Si los cielos huyen, ¿qué hará la tierra? Y si aquellos que son todo espíritu tiemblan, ¿qué harán los que fueron del todo carne? Y sí, como dice el Profeta¹, los montes en aquel dia se derretirán delante la cara de Dios, ¿cómo nuestros corazones son mas duros que las peñas, pues aun con esto no se mueven?

Delante del Juez vendrá el estandarte real de la Cruz, para que sea testigo del remedio que Dios envió al mundo, y como el mundo no lo quiso recibir. Y así la sancta Cruz justificará allí la causa de Dios, y á los malos dejará sin consuelo y sin excusa. Entónces, dice el Salvador², llorarán y plantearán todas las gentes de la tierra, y todas ellas herirán y darán golpe en los pe-

¹ Isai. LXIV. — ² Matth. XXIV.

chos. ¡Oh cuántas razones allí tendrán para llorar y plantear! Llorarán porque ya no pueden hacer penitencia, ni huir de la justicia, ni apelar de la sentencia. Llorarán las culpas pasadas, la vergüenza presente, y los tormentos advenideros. Llorarán su mala suerte, su desastrado nacimiento y su malaventurado fin. Por estas y por otras muchas causas llorarán y plantearán; y como atajados por todas partes, y pobres de consejo y de remedio, darán golpes, y herirán, como dice el Evangelista ¹, sus pechos.

Entonces el Juez hará division entre malos y buenos, y pondrá los cabritos á la mano siniestra, y las ovejas á la diestra. ¿Quién serán estos tan dichosos, que tal lugar y honra como esta recibirán? Atribúleme, Señor, aquí; aquí mata, aquí corta, aquí abrasa, porque allí me pongas á tu mano derecha. Luego comenzará á celebrarse el juicio, y tratarse de las causas de cada uno, segun lo escribe el profeta Daniel por estas palabras ²: Estaba yo (dice él) atento, y ví poner unas sillas en sus lugares, y un anciano de dias se asentó en una dellas; el cual estaba vestido de una vestidura blanca como la nieve, y sus cabellos eran tambien blancos, así como una lana limpia. El trono en que estaba asentado eran llamas de fuego, y las ruedas dél como fuego encendido, y un rio de fuego muy arrebataado salia de la cara dél. Millares de millares entendian en servirle; y diez veces cien mil millares asistian delante dél. Miraba yo todo esto en aquella vision de la noche, y ví venir en las

¹ Luc. xxiii. — ² Dan. vii; Apoc. i.

nubes uno que parecia hijo de hombre. Hasta aquí son palabras de Daniel ; á las cuales añade Sant Joan , y dice ¹ : Y ví todos los muertos , así grandes como pequeños , estar delante deste trono , y fuéron abiertos allí los libros ; y otro libro se abrió , que es el libro de la vida ; y fuéron juzgados los muertos segun lo contenido en aquellos libros , y segun sus obras. Cata aquí , hermano , el arancel por donde has de ser juzgado ; cata aquí las tasas y precios por donde se ha de apreciar todo lo que heciste ; y no por el juicio loco del mundo , que tiene el peso falso de Canaan en la mano , donde tan poco pesan la virtud y el vicio ². En estos libros se escribe toda nuestra vida con tanto recaudo , que aun no has echado la palabra por la boca , cuando ya está apuntada y asentada en su registro.

Mas ¿de qué cosas (si piensas) se nos ha de pedir cuenta ? Todos los pasos de mi vida tienes , Señor , contados , dice Job ³. No ha de haber ni una palabra ociosa , ni un solo pensamiento de que no se haya de pedir cuenta en aquel juicio ⁴. Y no solo de lo que pensamos ó hecimos , sino tambien de lo que dejamos de hacer cuando éramos obligados ⁵. Si dijeres : Señor , yo no juré ; dirá el Juez : Juró tu hijo , ó tu criado , á quien tú debieras castigar ⁶. Y no solo de las obras malas , sino tambien de las buenas daremos cuenta

¹ Apoc. xx. — ² Osee, xii. — ³ Job, xxxi.

⁴ Matth. xii. — ⁵ D. Greg. lib. XXI Moral. c. 5, etc.

⁶ Circa hoc est optimus locus Psalm. LXXIV. Ibi: cum accepero tempus, ego iustitias iudicabo; et Sophon. i: Scrutabor Ierusalem in lucernis; et Malach. iii: Ipse enim, quasi ignis conflans, et quasi herba fullonum, etc.

con qué intencion, y de qué manera las hecimos. Finalmente (como dice Sant Gregorio), de todos los puntos y momentos de nuestra vida se nos ha de pèdir allí cuenta, en qué y cómo lo gastamos. Pues si esto ha de pasar así, ¿de dónde nasce en los que esto creemos tanta seguridad y descuido? ¿En qué confiamos? con qué nos satisfacemos y lisonjeamos en medio de tantos peligros? ¿En qué va esto, que los que mas tienen por qué temer, ménos teman; y los que ménos tenían por qué temer, vivan con mayor temor? Justo era el bienaventurado Job, pues por tal fué pronunciado por boca de Dios¹, y con todo esto vivia con tan gran temor desta cuenta, que decia²: ¿Qué haré, cuando se levantara Dios á juzgar? Y cuando comience á preguntarme, ¿qué le responderé? Palabras son estas de corazon grandemente afligido y congojado. ¿Qué haré? dice; como si dijese: un cuidado me fatiga continuamente; un clavo traigo hincado en el corazon, que no me deja reposar; ¿qué haré? adónde iré? qué responderé cuando entre Dios en juicio conmigo? ¿Por qué temes, bienaventurado Sancto? por qué te congojas? ¿No eres tú el que dijiste³: Padre era yo de pobres, ojo de ciegos, y piés de cojos? No eres tú el que dijiste que en toda tu vida tu corazon te reprehendió de cosa mala? Pues un hombre de tanta inocencia, ¿por qué temes? Porque sabia muy bien este Sancto que no tenia Dios ojos de carne, ni juzgaba como juzgan los hombres; en cuyos ojos muchas veces resplandesce lo que ante Dios

¹ Iob, II. — ² Iob, XXXI. — ³ Iob, XXIX.

es abominable¹. ¡Oh verdaderamente justo! Que por eso eres tan justo, porque vives con tan gran temor. Este temor, hermanos, condena nuestra falsa seguridad; esta voz deshace nuestras vanas confianzas. ¿A quién habrá alguna vez quitado la comida ó el sueño este cuidado? Pues los que esto sienten como se debe sentir, algunas veces llegan á perder el sueño, y la comida, y algo mas. En las vidas de los Padres leemos que como uno de aquellos santos varones viese una vez reir á un discípulo suyo, le reprehendió áasperamente, diciendo: ¿Cómo? ¿Y habiendo de dar á Dios cuenta delante del cielo y de la tierra, te osas reir? No le parecia á este Sancto que tenia licencia para reirse quien esperaba esta cuenta.

Pues acusadores y testigos tampoco faltarán en esta causa. Porque testigos serán nuestras mismas conciencias, que clamarán contra nosotros; y testigos serán tambien todas las criaturas, de quien mal usamos; y sobre todo será testigo el mismo Señor á quien ofendimos; como él mismo lo significa por un profeta, diciendo²: Yo seré testigo apresurado contra los hechiceros, y adúlteros, y perjuros, y contra los que andan buscando calumnias para quitar al jornalero su jornal, y contra los que maltratan á la viuda y al huérfano, y fatigan á los peregrinos y extranjeros que poco pueden; y no miraron que estaba yo de por medio, dice el Señor.

Acusadores tampoco faltarán³; y bastará por acusador el mismo demonio, que como Sant

¹ Luc. xvi. — ² Ierem. xxix; Malach. iii.

³ Apoc. xii.

Augustin escribe ¹, alegrará muy bien ante el Juez de su derecho, y decirle ha: Justísimo Juez, no puedes dejar de sentenciar y dar por míos estos traidores, pues ellos han sido siempre míos, y en todo han hecho mi voluntad. Tuyos eran ellos, porque tú los criaste, y heciste á tu imágen y semejanza, y redemiste con tu sangre. Mas ellos borrarón tu imágen, y se pusieron la mia; desecharon tu obediencia, y abrazaron la mia; menospreciaron tus mandamientos, y guardaron los míos. Con mi espíritu han vivido, mis obras han imitado, por mis caminos han andado, y en todo han seguido mi partido. Mira cuánto han sido mas míos que tuyos, que sin darles yo nada, ni prometerles nada, y sin haber puesto mis espaldas en la cruz por ellos, siempre han obedescido á mis mandamientos, y no á los tuyos. Si yo les mandaba jurar, y perjurar, y robar, y matar, y adulterar, y renegar de tu sancto nombre, todo esto hacían con grandísima facilidad. Si yo les mandaba poner hacienda, vida y alma por un punto de honra que yo les encarescía, ó por un deleite falso, á que yo les convidaba, todo lo ponían á riesgo por mí; y por tí, que eres su Dios, y su Criador, y su Redemptor; que les diste la hacienda, y la salud, y la vida; que les ofrescías la gracia, y les prometías la gloria; y sobre todo esto, que por ellos padeciste en una cruz; con todo esto nunca se pusieron al menor de los trabajos del mundo por tí. ¿Cuántas veces te aconteció llegar á sus puertas llagado, pobre y desnudo, y darte con

¹ Tom. IV, lib. de salutaribus document. c. 62.

ellas en la cara, teniendo mas cuidado de engordar sus perros y caballos, y vestir sus paredes de seda y oro, que de tí? Y pues esto es así, justo es que algun día sean castigadas las injurias y desprecio de tan grande Majestad.

Pues oida esta acusacion, pronunciará el Juez contra los malos aquella terrible sentencia que dice ¹: Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanas y para sus ángeles; porque tuve hambre, y no me distes de comer; tuve sed, y no me distes de beber, etc. Y así irán los buenos á la vida eterna, y los malos al fuego eterno. ¿Quién podrá explicar aquí lo que los malaventurados sentirán con estas palabras? Allí es donde darán voces á los montes para que cayan sobre ellos, y á los collados que los cubran ². Allí blasfemarán, y renegarán, y pondrán su boca sacrílega en Dios, y maldirán siempre el día de su nascimiento y su malaventurada suerte. Allí del todo se acabará su día, fenescerá su gloria, y se volverá la hoja de su prosperidad; y en los cuerpos comenzará para siempre el día de su dolor; como lo significó Sant Joan en su Apocalipsi debajo del nombre de Babilonia, por estas palabras ³: Llorar se han, y harán llanto sobre sí los reyes de la tierra que gozaron de los regalos y deleites de Babilonia, y fornicaron con ella, cuando vean el humo que sale de sus tormentos; y ponerse han léjos por el temor dellos, y dirán: ¡Ay! ay de aquella ciudad grande de Babilonia, que en una hora le vino su juicio! Y los mercaderes de la tierra llorarán, porque ya no habrá

¹ Matth. xxv. — ² Luc. xxiii; Matth. xxiv.

³ Apoc. xviii.

quien compre mas sus mercaderías de oro, y plata, y piedras preciosas, y harán llanto sobre ella, y dirán: ¡Ay! ay de aquella ciudad grande que se vestia de holanda, grana y carmesí, y se cubria de oro y piedras preciosas, que en una hora perescieron tantas riquezas!

Pues, ¡oh hermanos míos! si esto ha de pasar así, proveámonos con tiempo, y tomemos el consejo que nos da aquel que primero quiso ser nuestro abogado que nuestro juez. No hay quien mejor sepa lo que es necesario para aquel día, que el que ha de ser juez de nuestra causa. Él pues nos enseña brevemente lo que nos conviene hacer, por estas palabras¹: Mirad (dice él por Sant Lucas) no se carguen y apesguen vuestros corazones con demasiados comeres y beberes, y con cuidados y negocios desta vida; y os venga de rebato aquel temeroso día, porque así como lazo ha de venir sobre todos los que moran en la haz de la tierra. Y por esto velad y haced oracion en todo tiempo; porque merezcáis ser librados de todos estos males que han de venir, y parescer delante del Hijo del hombre. Pues considerando esto, hermanos, venid y levantémonos deste sueño tan pesado, ántes que caya sobre nosotros la noche oscura de la muerte, ántes que venga este tan temeroso día de quien dice el Profeta²: Ya viene, y ¿quién le esperará? y ¿quién podrá sufrir el día de su venida³? Aquel por cierto podrá esperar este día de juicio, que hubiere tomado la mano al Juez, y juzgado primero á sí mesmo.

¹ Luc. XXI. — ² Malach. III. — ³ I Cor. XI.

EL VIERNES EN LA NOCHE.

Este día meditarás en las penas del infierno ¹, para que con esta meditacion, tambien como con la pasada, se confirme mas tu ánima en el temor de Dios y aborrescimiento del pecado, que allí dijimos.

Estas penas dice Sant Buenaventura que se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los sanctos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno (segun él mesmo dice) como un lago oscuro y tenebroso, puesto debajo de la tierra, ó como un pozo profundísimo lleno de fuego, ó como una ciudad espantable y tenebrosa, que toda se arde en vivas llamas; en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpetuo llanto y crugir de dientes.

Pues en este malaventurado lugar se padescen dos penas principales: la una que llaman de sentido, y la otra de daño. Y quanto á la primera, piensa cómo no habrá allí sentido ninguno dentro ni fuera del hombre, que no esté penando con su proprio tormento. Porque así como los malos ofendieron á Dios con todos sus miembros y sentidos, y de todos hicieron armas para servir al pecado; así ordenará él que todos sean allí atormentados, y cada uno dellos padezca su proprio tormento, y pague su merescido. Allí pues los ojos deshonestos y carnales serán atormenta-

¹ Del infierno. Véase el libro primero de la Guia, y al principio del Memorial.

dos con la vision horrible de los demonios, los oídos con la confusion de las voces y gemidos que allí sonarán, las narices con el hedor intolerable de aquel sucio lugar, el gusto con rabiosísima hambre y sed, el tacto y todos los miembros del cuerpo con frio y fuego incomportable. La imaginacion padecerá con la aprehension de los dolores presentes, la memoria con la recordacion de los placeres pasados, el entendimiento con la consideracion de los bienes perdidos, y de los males advenideros.

Finalmente, allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar. Porque, como dice Sant Gregorio ¹, allí habrá frio que no se pueda sufrir, fuego que no se pueda apagar, gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores, vision de demonios, confusion de pecados y desesperacion de todos los bienes. Pues dime agora: si el menor de todos estos males que se padeciese acá por muy pequeño espacio de tiempo, seria tan recio de llevar, ¿qué será padecer allí en un mismo tiempo toda esta muchedumbre de males en todos los miembros y sentidos interiores y exteriores, y esto no por espacio de una noche sola, ni de mil, sino de una eternidad infinita? ¿Qué sentido, qué palabras, qué juicio hay en el mundo que pueda sentir ni encarescer esto como es?

Pues no es esta la mayor de las penas que allí se pasan; otra hay sin comparacion mayor, que es la que llaman los teólogos pena de daño; la

¹ Lib. IX Moral. à c. 46, et deinceps.

cual es haber de carecer para siempre de la vista de Dios, y de su gloriosa compañía. Y aunque esta pena sea commun á todos los dañados, pero muy mas grave será á aquellos que mayor aparejo tuvieron para gozar deste bien; como son primeramente todos los cristianos, á quien se predicó el Evangelio; y despues todos los malos religiosos y sacerdotes, los cuales así como tuvieron mas á la mano este bien, así se angustiarán mas por haberlo perdido.

Estas son las penas que generalmente competen á todos los condenados. Mas allende destas penas generales hay otras particulares que allí padecerá cada uno conforme á la calidad de su delicto. Porque una será allí la pena del soberbio, y otra la del invidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así de los demas. En lo cual resplandescerá maravillosamente la sabiduría y la justicia divina; la cual en tan grande infinidad de culpas y de culpados sabrá tan perfectamente todos los excesos de cada uno, y medirá como con una balanza la pena de su delicto, como dijo el Sabio ¹: Los juicios del Señor son peso y medida. ¡Oh qué cosa tan dolorosa para los malos, ver cómo allí les acertará Dios en las coyunturas! ¡Y qué cosa tan deleitable para los buenos, ver aquella tan maravillosa proporcion y consonancia de penas en tan grande muchedumbre de culpas! Allí se tasará el dolor conforme al deleite recebido, y la confusion conforme á la presumpcion y soberbia, y la desnudez conforme á la demasía y abundan-

¹ Prov. XVI.

cia, y la hambre y sed conforme al regalo y á la hartura pasada. Así mandó Dios que fuese castigada aquella mala mujer del Apocalipsi que estaba asentada sobre las aguas de la mar con un cáliz en la mano lleno de ponzoñosos deleites¹; contra la cual se fulminó aquella sentencia del cielo que decia: Quanto se ensalzó y gozó de sus deleites, tanto le dad de tormento y llanto.

A todas estas penas acompaña la eternidad del padecer, que es como el sello y llave de todas ellas. Porque todo esto seria tolerable si fuese finito, porque ninguna cosa es grande si tiene fin. Mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declinacion, ni mudanza, ni hay esperanza que se acabará jamas ni la pena, ni el que la da, ni el que la padesce, sino que es como un destierro preciso, y como un sambenito irremisible que nunca jamas se quita: esto es cosa para sacar de juicio á quien atentamente lo considera.

De aquí nasce aquel odio rabiosísimo que los malaventurados tienen contra Dios, y aquellos reniegos y blasfemias que dicen contra él. Porque como ellos tienen perdida ya la esperanza de su amistad, y saben que ya no han de volver mas en su gracia, ni se les ha de aflojar nada de la pena, y ven que Dios es el que los azota, y el que los enclava dende lo alto, y el que los tiene presos en aquella cadena, embravéscense en tanta manera contra él, que dia y noche nunca cesan de blasfemar su sancto nombre.

¹ Apoc. XVII, XVIII.

§ XXVI.

De la consideracion de las penas del infierno ; en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

La consideracion de las penas del infierno es en gran manera provechosa para muchas cosas. Lo primero para movernos á los trabajos y asperezas de la penitencia, como se movia el bienaventurado Sant Hierónimo¹ ; el cual dice de sí mismo que por el gran miedo que habia concebido de las penas del infierno, se habia condenado á hacer tan áspera penitencia como él allí describe que hacia morando en el desierto. Aprovecha tambien, como dice Ricardo², para vencer las tentaciones del enemigo, quando á la primera entrada del mal pensamiento ponemos luego delante el horror destas penas, y apagamos la llama del deleite ántes que arda, con la memoria de las llamas que para siempre arderán. Conforme á esto se escribe de uno de aquellos padres del yermo, que siendo una vez tentado del enemigo con un mal pensamiento, puso la mano sobre unas brasas de fuego para ver si podia sufrir aquel poco de calor, y como no lo pudiese sufrir, volvióse contra sí mismo, y dijo : Si no puedo sufrir este poco de calor por un espacio tan breve, ¿cómo podré sufrir el fuego del infierno por espacio tan largo?

Aprovecha tambien esta consideracion para

¹ In lib. de Custodia virginitatis ad Eustochium, t. I.

² In tractatu de plagis, quæ in fine erunt.

despertar en nuestros corazones el temor de Dios; el cual es principio de la sabiduría, y comienzo de la caridad ¹; y despues della es el mayor freno que podemos tener para todo lo malo. Y sobre todo esto aprovecha grandemente para temer el pecado, ver el miserable galardón que por él se da, que es la muerte perdurable. Por lo cual es mucho de maravillar cómo los que esto creen y confiesan, osan cometer un pecado contra Dios. Dos grandes maravillas han acaescido en el mundo en este género de cosas. La una, que habiendo nuestro Salvador hecho tantos milagros entre los hombres, como hizo, hoviese muchos que no le quisiesen creer; y la otra, que despues de haberlo ya creído, haya tantos que le osen ofender. Maravillosa cosa fué por cierto que habiendo el Señor hecho un tan grande milagro, entre otros, como fué resucitar á Lázaro de cuatro dias muerto ², que muchos de los que allí se hallaron presentes, no quisiesen creer en él; y maravilla es tambien que habiendo los hombres ya creído por su predicación que hay pena y gloria para siempre, haya tantos que le osen ofender. Admirable cosa es ver despues de tales milagros tal infidelidad, y admirable es tambien ver despues de tal fe tales costumbres.

Mas porque esto mas viene por la falta de consideración que de fe, por tanto es muy provechoso ejercicio considerar esto que nos dice la fe; para que entendida la graveza de la pena, vivamos con mayor temor de la culpa, por la cual se meresce tanta pena.

¹ Eccli. I, 23. — ² Ioan. XI.

§ XXVII.

De dos maneras de penas que hay en el infierno.

Y aunque sean innumerables las penas del infierno, todas ellas finalmente (como ya dijimos) se reducen á dos : que son pena de sentido y pena de daño. Pena de sentido es la que atormenta los sentidos y cuerpos de los condenados ; y pena de daño es haber de carecer para siempre de la vision y compañía de Dios. Estas dos maneras de penas responden á dos males y desórdenes que hay en el pecado : el uno de los cuales es amor desordenado de la criatura , y el otro es menosprecio del Criador. Pues á estos dos males responden estas dos maneras de penas. Al amor y deleite sensual que se tomó en la criatura , responde la pena del sentido , para que el sentido que se deleitó contra lo que Dios mandaba , pague con el dolor de la pena la golosina de su culpa ; y al menosprecio de Dios responde el perder para siempre al mismo Dios ; porque pues el hombre primero lo desechó de sí , justo es que sea para siempre desechado dél. Y porque entre estos dos males el postrero (que es el menosprecio de Dios) es sin comparacion mayor que el primero , por eso la pena de daño (que á este mal corresponde) es sin comparacion mayor que la del sentido.

Comenzando pues por las penas de los sentidos exteriores, la primera es fuego de tan gran ardor y eficacia , que , segun dice Sant Augus-

tin ¹, este nuestro de acá es como pintado si se compara con él. Este fuego atormentará no solamente los cuerpos, sino tambien las ánimas; y de tal manera las atormentará, que no las consumirá, porque así la pena sea eterna. Lo cual dice Sant Augustin que se hará por especial milagro; porque Dios, que dió su naturaleza á todas las cosas, dió esta propiedad á aquel fuego: que de tal manera atormente, que no consuma.

Pues mira tú agora ¿qué sentirán los malaventurados, estando siempre acostados en tal cama como esta? Y para que mejor esto puedas entender, párate á imaginar lo que sentirias si te echasen en una grande calera cuando ella estuviese mas viva y mas encendida, ó en algun grande horno de fuego, cual era aquel que encendió Nabucodonosor en Babilonia ², cuyas llamas subian cuarenta y nueve cobdos en alto, y por aquí podrás barruntar algo de lo que allí se pasará; porque si este nuestro fuego, que (segun dijimos) es como pintado, así atormenta, ¿qué hará aquel que es verdadero? No me parece que seria necesario pasar adelante, si el hombre quisiese detenerse un poco en este paso, y hacer aquí una estacion hasta sentir esto como es.

Con esta pena se juntará otra contraria á ella, aunque no ménos intolerable, que será un horrible frio que con ninguno de los nuestros se puede comparar; el cual se dará por miserable refrigerio á los que arden en aquel fuego, pasándolos, como se escribe en Job ³, de las aguas de

¹ Tom. X, App. de divers. serm. LIX, c. 18, et alibi sæpe. — ² Dan. iii. — ³ Job, xxiv. Quod est gravissimum tormentum. Vid. Basilium in hom. quadraginta martyrum.

nieve á los calores del fuego ; para que no quede ningun género de tormento por probar á los que ningun género de deleite quisieron dejar de gustar.

Y no solamente los atormentará el frio y el fuego , sino tambien los mismos demonios con figuras horribles de fieras y monstruos espantables en que les aparecerán : los cuales con su vista atormentarán los ojos adúlteros y deshonestos , y los que se pintaron con artificiosos colores , para ser lazos hermosos y redes de Satanas.

Esta pena es mucho mayor de lo que nadie puede pensar ; porque si nos consta que algunas personas han perdido el sentido , y aun muerto de espanto con la vista ó imaginación de algunas cosas temerosas , y á veces la sospecha sola de ellas nos hace erizar los cabellos y temblar , ¿ qué será el temor de aquel lago tenebroso , lleno de tan horribles y espantosas quimeras como allí se ofrescerán á los ojos de los malos ? Especialmente si consideramos cuán horrible sea la figura del demonio ; pues por tan terribles semejanzas nos la representa el mismo Dios en las Escrituras sagradas : como cuando en el libro de Job dice así ¹ : ¿ Quién descubrirá la haz de su vestidura ? Y quién será poderoso para entrar en su boca ? Y quién abrirá las puertas con que se cubre su rostro ? Al derredor de sus dientes está el temor : su cuerpo es como un escudo de acero cubierto de escamas tan trabadas entre sí , que ni un poquito de aire puede colar por ellas. Su esternudo es un resplandor de fuego , y sus ojos bermejean como

¹ Job , xli.

los arreboles de la mañana. De su boca salen hachas como de tea encendidas, y de sus narices sale humo como de una olla que hierve. Con su resuello hace arder las brasas, y llamas salen de su boca. Pues ¿qué tanto nos espantará allí la vista de un tan horrible monstruo como por estas semejanzas es aquí figurado?

Al tormento de los ojos se añade otra pena terrible para las narices, que será un hedor incomportable que habrá en aquel lugar, para castigo de los olores y atavíos que los hombres carnales y mundanos buscaron en este mundo; como lo amenaza Dios por Isaías, diciendo ¹: Porque se envanecieron las hijas de Sion, y anduvieron los cuellos levantados, halconeando con los ojos, y pavoneándose en su pasear, haciendo alarde de sus pompas y riquezas entre los flacos y desnudos; por tanto el Señor les pelará los cabellos de la cabeza, con todos los otros atavíos profanos, y darles ha en lugar de suaves olores hedor, y en lugar de la cinta una sogá, y en lugar de los cabellos ondeados la calva pelada, y en lugar de la faja de los pechos un cilicio. Esta es la pena que se debe á los olores y atavíos de los hombres mundanos.

Para sentir algo desta pena párate á considerar aquel tan horrible género de tormento que un tiranno crudelísimo inventó para justiciar los hombres ²; el cual tomando un cuerpo muerto, mandábalo tender sobre un vivo, y atando muy fuertemente al vivo con el muerto, dejábalos estar así juntos hasta que el muerto matase al vivo

¹ Isai. III. — ² Menzentius Hetruscorum Rex, ut refert Virg. lib. VIII Æneid., et Valer. Max. lib. IX, c. 2.

con la hediondez y gusanos que dél salian. Pues si te parece muy horrible este tormento, dime, ¿qué tal será aquel que procederá del hedor de todos los cuerpos de los condenados, y de aquel tan abominable lugar donde los malos están? Allí se dirán á cada uno de los miserables aquellas palabras de Isaías ¹ : Descendió hasta los infiernos tu soberbia, y allí cayó tu cuerpo muerto: debajo de tí se tenderá la polilla, y la cobija que ternás encima, serán gusanos.

Y si esta pena se da á las narices; ¿qué tal es la que se dará á las orejas, con las cuales se cometen mayores pecados? Estas pues serán atormentadas con perpetuas voces, y clamores, y gemidos, y blasfemias que allí sonarán. Porque así como en el cielo no suena otra cosa sino Alleluja perpetua y alabanzas divinas, así no suena otra cosa en esta infernal tienda de atormentadores, sino blasfemias y maldiciones de Dios, y una desordenada melodía de infinitas voces desiguales que allí se cantarán al sonido de los martillos y golpes de los verdugos. En la cual será tanta la confusion y variedad de las voces, y tan grandes los alaridos de toda aquella miserable carcelería, que ni cuando Troya se perdió, ni cuando Roma se ardia, es esto nada en comparacion de lo que allí será.

Para sentir algo desta pena imagina agora que pasases por un valle muy hondo, el cual estuviese lleno de una infinita muchedumbre de captivos, y heridos, y enfermos, y que todos ellos estuviesen dando gritos y voces, cada uno de su

¹ Isai. xiv.

manera, así hombres, como mujeres, como niños, como viejos. Dime : ¿qué pareceria este ruido tan grande y de tanta confusion? Pues ¿qué parecerá aquel espantoso ruido de tan gran número de condenados, los cuales perpetuamente otra cosa no harán sino gritar, y blasfemar, y renegar de Dios y de sus sanctos? ¿Qué galera hay en el mundo que de tantos renegadores y forzados esté poblada? Estos son los maitines que allí se cantan ; esta es la triste capilla del príncipe de las tinieblas, y estos sus laudes y cantares ; de los cuales serán hermanos y confrades todos los murmuradores y maldicientes, y los que dieron sus oídos á las mentiras del enemigo.

Ni tampoco faltará á la lengua y al gusto regalado su tormento, pues leemos en el Evangelio la sed que padescia aquel rico goloso entre las llamas de sus tormentos, y las voces que daba al sancto Patriarca, pidiéndole una sola gota de agua para refrescar la lengua que tenia tan abrasada ¹.

§ XXVIII.

Del tormento de los sentidos y potencias interiores del ánima.

Gravísimas son todas estas penas de los sentidos exteriores del cuerpo ; pero mucho mayores serán las de los sentidos interiores del ánima, á los cuales ha de caber tanto mayor parte de la pena, quanto fuéron mas negligentes en atajar la

¹ Luc. XVI.

culpa. Porque primeramente la imaginacion será allí atormentada con una tan vehemente aprehension de aquellos dolores, que en ninguna otra cosa pensará, ni podrá pensar. Porque si vemos que cuando un dolor es agudo, no podemos, aunque queramos, apartar el pensamiento dél; porque el mismo dolor despierta la imaginacion para que otra cosa no piense sino lo que le duele, ¿cuánto mas acaecerá esto allí donde el dolor es sin comparacion mas intolerable? Desta manera la imaginacion avivará el dolor, y el dolor á la imaginacion; para que así por todas partes crezca el tormento del condenado. Estas serán las meditaciones continuas de aquellos que nunca quisieron miéntras vivian acordarse destas penas, para que los que no las quisieron pensar aquí para freno de su vida, las padezcan allí para castigo de su culpa.

La memoria tambien por su parte los atormentará, cuando allí se les acuerde de su antigua felicidad, y de sus deleites pasados, por los cuales vinieron á padecer tales tormentos. Allí verán claramente cuán caro les costó aquella miserable golosina, y cuánta pimienta tenian aquellos bocados que tan dulces les parecian. Entre todas las maneras de adversidades, una de las mayores, dice un sabio ¹, que es haberse visto en prosperidad, y despues venir á miseria. Pues cuando los ricos y poderosos deste mundo vuelvan los ojos atras, y se acuerden de aquella primera prosperidad y abundancia en que vivieron; y vean cómo á aquella abundancia sucedió tanta

¹ Boetius, lib. de Consolatione.

esterilidad, que no se les da una sola gota de agua; y que ya los regalos se trocaron en trabajos, y las delicadezas en miserias, y los olores en hedores, y las músicas en gemidos, ¿qué tormento será tan grande el que con esta memoria recibirán?

Mas mucho mayor aun será cuando se pongan á medir la duracion de los placeres pasados con la de los dolores presentes, y vean cómo los placeres duraron un punto, y los dolores durarán para siempre. Pues ¿qué dolor será aquel, y qué gemido, cuando echada bien esta cuenta vean que todo el tiempo de su vida no fué mas que una sombra de sueño, y que por deleites que presto se acabaron, pasarán tormentos que nunca se acabarán? Estas son las penas que padescerán en la memoria, acordándose de la felicidad pasada; pero mucho mayores serán las que padescerán en el entendimiento, considerando la gloria perdida. De aquí les nasce aquel gusano remordedor de la consciencia, con que tantas veces amenaza la Escritura divina¹: el cual noche y dia siempre morderá, y roerá, y se apascentará en las entrañas de los malaventurados. El gusano nasce del madero, y siempre está royendo el madero de do nació; y así este gusano nació del pecado, y siempre tiene pleito con el mismo pecado que lo engendró.

Este gusano es un despecho y una penitencia rabiosa que tienen siempre los malos, cuando consideran lo que perdieron, y la causa por que lo perdieron, y la oportunidad que tuvieron para

¹ Eccli. vii; Isai. lxvi; Marc. ix.

no perderlo. Esta oportunidad nunca se les quita delante; esta siempre (aunque en balde) les está comiendo las entrañas, y les hace estar siempre diciendo: ¡Oh malaventurado de mí, que tuve tiempo para ganar tanto bien, y no me quise dél aprovechar! Tiempo hubo en que me ofrescian este bien, y me rogaban con él, y me lo daban de balde, y no lo quise. Por solo confesar y pronunciar por la boca mis pecados me los perdonaban, por solo pedir á Dios el remedio me lo otorgaba, por solo un jarro de agua fria me daba la vida perdurable. Agora para siempre ayunaré, y lloraré, y me arrepentiré de lo que hice, y todo será sin fruto. ¡Oh cómo ya se pasó aquel tiempo, y nunca mas volverá! ¿Qué me dieron porque tanto aventuré? Aunque me dieran todos los reinos y deleites del mundo, y que dellos hubiera de gozar por tantos años cuantas arenas hay en la mar, todo esto era nada en comparacion de la menor pena que aquí se pasa. Y no dándome nada desto, sino una pequeña sombra de placer fugitivo, ¿por esta tengo de llevar á cuestras eterno tormento? ¡Oh malaventurado deleite, y malaventurado trueque, y malaventurada hora y punto en que así me cegué! Oh ciego de mí! Oh miserable de mí! Oh mil veces malaventurado de mí, que así me engañé! Maldito sea quien me engañó, y maldito quien no me castigó, y maldito el padre que me regaló; maldita la leche que mamé, y el pan que comí, y la vida que viví. Maldito sea mi parto, y mi nascimiento, y todo cuanto ayudó y sirvió para que yo tuviese sér. Dichosos y bienaventurados los que nunca fuéron, los que nunca nascieron, los vientres que

no engendraron, y los pechos que no criaron.

Desta manera los miserables maldirán á todas las criaturas, y principalmente á aquellas que les fuéron causa de su perdicion. Así leemos en las vidas de los Padres de un sancto varon, que vió en revelacion un pozo muy hondo lleno de grandes llamas de fuego; y en medio dellas andaban un padre y un hijo, atados uno á otro, maldiciéndose entre sí con grandísima rabia. El padre decia: Maldito seas, hijo, que por dejarte rico me hice usurero, y por esto me condené. Y el hijo decia: Maldito seas, padre, que pensando que me hacias bien, me destruiste, pues me dejaste la hacienda mal ganada, por la cual me condené.

Sobre todo esto ¿cuáles serán los tormentos y dolores de la mala voluntad? En ella estará siempre una invidia rabiosa de la gloria de Dios y de sus escogidos, la cual les estará siempre royendo las entrañas, no ménos que aquel gusano susodicho. Desta pena dice el salmo ¹: El pecador verá, y airarse ha: con sus dientes regañará, y deshacerse ha; y el deseo de los malos perecerá. Tendrán otrosí un tan grande aborrescimiento y odio contra Dios, porque los detiene y castiga en aquel lugar, que así como el perro rabioso herido con la lanza se vuelve con gran furia á dar bocados en ella, así ellos querrian (si les fuese posible) despedazar á Dios; porque saben que él es el que les hinca la lanza, y el que desde lo alto los hiere con la espada de su justicia. Tienen tambien grandísima obstinacion en lo malo; porque

¹ Psalm. cxi.

no les pesa, ni porque son malos, ni porque lo fuéron, ántes quisieran haber sido peores; y si les pesa por haber vivido mal, no es por amor que tengan con Dios, sino por su amor propio, y porque pudieran excusar aquellos tormentos, si de otra manera vivieran. Con esto tienen tambien una perpetua desesperación; porque sienten tan mal de Dios y de su misericordia, que no esperan della que los podrá jamas perdonar, y aun porque están ciertos que nunca tendrán fin ni remedio sus penas. Y esta es la causa de sus blasfemias, y de aquel deslenguamiento contra Dios; porque como ya no esperan nada dél, procuran vengarse dél en lo que pueden con sus lenguas rabiosas.

§ XXIX.

De la pena que llaman de daño.

¿Quién podrá creer que despues de todas estas penas susodichas queda mas aun que padecer? Pues es cierto que todas estas penas son como nada en comparacion de lo que queda por decir. Mira tú cuál será esta pena, pues tan horribles tormentos como los susodichos se llaman nada comparados con ella. Porque todas las penas que hasta aquí habemos dicho, pertenescen por la mayor parte á la pena del sentido: queda despues desta la pena de daño (que arriba tocamos), que es sin comparacion mayor. Lo cual parece claro por esta razon, porque no es otra cosa pena sino privacion de algun bien que se poseia, ó se esperaba poseer; y cuanto es mayor

este bien, tanto es mayor la pena que se recibe cuando se pierde : como parece claro en las pérdidas temporales, que cuanto son de mayores bienes, tanto causan mayor dolor. Pues como Dios sea un bien infinito, y el mayor de todos los bienes, claro está que carecer del será mal infinito, y el mayor de todos los males.

Demas desto como Dios sea centro del ánima racional y el lugar donde ella tiene su reposo cumplido, de aquí nasce que apartar esta ánima de Dios, le es el mas penoso dolor y apartamiento de todos cuantos pueden ser. Por lo cual dice Sant Crisóstomo ¹ que mil fuegos del infierno que se juntasen en uno, no darian al ánima tanta pena como le ha de dar este apartamiento de Dios. No se puede explicar con palabras hasta dónde llegue este dolor. No es nada el apartamiento que suele entrevenir en las guerras y captiverios, cuando quitan á los hijos de los pechos de sus madres, para lo que será aquella perpetua division y apartamiento. Pues para entender algo desto párate á mirar aquel tan horrible género de muerte con que algunos tirannos atormentaban algunos mártires; los cuales hacian bajar hasta el suelo dos ramas de dos grandes árboles, y á las dos puntas dellas mandaban atar los piés del sancto mártir que querian justiciar; y esto hecho, mandábanlas soltar de presto, para que resurtiendo ellas á sus lugares naturales, volase el cuerpo en lo alto, y lo despedazasen en el aire, llevándose cada una de las ramas su pedazo col-

¹ Ad populum Antioch. hom. XLVIII infr. med. et deinceps.

gado ¹. Pues si este apartamiento de las partes del cuerpo entre sí mismas era tan grande tormento, ¿qué te parece que será aquel apartamiento de Dios, que no es la parte, sino el todo de nuestra ánima, especialmente habiendo de durar, no tanto tiempo cuanto fuese menester para subir las ramas á lo alto, sino tanto cuanto Dios fuere Dios?

§ XXX.

De las penas particulares de los condenados.

Sobre todas estas penas susodichas hay aun otras, porque estas son penas generales y comunes á todos los condenados; mas sobre estas hay otras particulares señaladas y proporcionadas á cada uno segun la calidad de su delito, como lo significó el profeta Isaías, cuando dijo ²: Medida se dará contra medida; porque así lo determinó el Señor en su corazon duro en el dia del estío. El estío significa el encendimiento y el furor de la ira divina. El corazon duro la terribilidad de la sentencia, que castigará culpas temporales con penas eternas. La medida contra medida será la cantidad y proporcion de la pena, conforme á la cualidad de la culpa. Porque allí ha de resplandescer la hermosura y orden de la divina justicia, dando á cada uno su merecido segun la condicion de su pecado. Desta manera dice un doctor que serán castigados allí los ava-

¹ Ita priscus Præses S. Marcellum: de quo 7 die septembris: et Dioclecianus innumeros Martyres. Ita refert Hist. Ecclesiastic. lib. VIII, c. 9. — ² Isai. xxvii.

rientos con miserable necesidad. Los perezosos serán allí punidos con aguijones encendidos. Los glotones serán atormentados con grandísima hambre y sed. Los carnales y deshonestos serán embestidos en llamas de piedrazufre hediondas. Los envidiosos auillarán con dolores entrañables como perros rabiosos. Los soberbios y presumptuosos serán llenos de perpetua confusion : y así todos los demas.

Pues, ¡oh idólatras del mundo, amadores de honra, allegadores de hacienda, inventores de nuevos trajes, y comidas y deleites! ¡oh ciudad triste y miserable de Babilonia! quién tomase agora llanto sobre tí, y te llorase otra vez con aquellas piadosas lágrimas del Salvador, diciendo ¹ : ¡Si conocieses agora tú! ¡Oh si conocieses cuán caro te han de costar estos bocados, y cuán recios verdugos te han de ser allí esos ídolos que adoraste! Los que comen la fructa ántes de tiempo, es por fuerza que les haya de hacer dentera ; y así porque los mundanos quisieron gozar ántes de tiempo del descanso, y tener paraíso en el lugar de destierro, estaba claro que algun dia les habia de hacer dentera este bocado, segun que lo amenaza Dios por su Profeta, diciendo ² : Todo hombre que comiere las uvas acedas ántes que maduren, sepa cierto que le han de amargar. Pues aquel come las uvas ántes que maduren, que quiere anticipar y prevenir en esta vida los deleites de la otra : al cual amargará despues este bocado, cuando sea castigado en el juicio de Dios, porque se adelantó á querer gozar y descansar ántes de tiempo.

¹ Luc. XIX. — ² Jerem. XXXI.

§ XXXI.

De la eternidad de todas estas penas susodichas.

Y si todas estas penas son tan grandes, ¿qué será si juntamos con todas ellas la eternidad de los tormentos, y el nunca haberse de acabar? Pasados diez mil años, añadirse han otros cient mil; y despues destos cient mil, añadirse han tantos millares de millones de años, cuantas estrellas hay en el cielo, y cuantas arenas hay en la mar; y despues de todo esto cumplido comenzarán á padecer de nuevo; y así andará siempre la rueda perpetua de su tormento. Aparejado está, dice Isaías ¹, dende ayer el valle de Tofet: aparejado está por mandamiento del Rey; su mantenimiento es fuego y mucha leña; y el soplo del Señor Dios de los ejércitos, así como un arroyo de piedra-zufre corriente, soplará en él. Este valle es el abismo de los infiernos, aparejado dende ayer, conviene á saber: dende el principio del mundo para castigo de los malos. Su manjar es fuego que abrasa y no acaba; y la materia que conserva este fuego, no es posible acabarse ni disminuirse con el tiempo. Y porque estén seguros que este fuego nunca se acabará, por eso tendrán los demonios siempre cargo de soplarlo y atizarlo: los cuales, como sean inmortales, nunca jamas se cansarán de soplar en él. Y si ellos se cansaren, por eso está ahí el soplo de Dios eterno, que nunca se cansará. Gran cosa seria si pudiesen los

¹ Isai. xxx.

hombres entender algo desta duracion como es; porque sin dubda esto seria un gran freno de nuestra vida. Y por esto no será fuera de propósito traer aquí algunos ejemplos de cosas semejantes, para que por ellos se pueda entender algo de lo que esto es.

Párate pues á pensar aquella manera de tormento que se usa en algunas provincias, donde queman vivos á los malhechores, y cuanto es mayor su delicto, tanto los queman con menor fuego, para que así sea mas largo su tormento ¹. Mas ¿qué tanto mas será lo que con esta tan ingeniosa crueldad se podrá añadir de espacio al tormento? Apenas podrá ser un dia natural. Pues dime agora, ruégote, si tan terrible y tan inhumano linaje de tormento es el que aun no dura un dia entero y con poco fuego, ¿qué tal será aquel que dura por una eternidad, y con fuego tan grande? ¿Hay matemático en el mundo que pueda señalar aquí la ventaja que hay de uno á otro? Pues si por escapar un hombre de aquel tormento, no habria peligro, ni camino, ni trabajo á que no se pusiese, ¿qué seria razon que todos hiciésemos por escapar deste tormento?

Piensa tambien cuán terrible género de tormento era aquel que inventó aquel crudelísimo tiranno Falaris ², de quien se escribe que mandaba meter el hombre que habia de justiciar en

¹ In Gallia, Arabia, Italia, Cappadocia, et Mesopotamia, tempore Diocletiani sic Martyres Christi cremabantur. Vide Eusebium lib. VIII Hist. Ecclesiastic. c. 11.

² Phalaris tyrannus posuit inventorem tauri Perillum intus. Valer. Maxim. refert. lib. IX, c. 2, et Ovid. lib. I de Arte amandi.

el vientre de un toro hecho de metal, y que le hacia dar fuego por bajo, para que el hombre miserable con el calor del hierro se fuese poco á poco quemando, y no pudiese huir, ni se pudiese amparar, ni tuviese otro remedio sino arder y bramar, y volquearse en aquel tan estrecho aposento hasta morir. ¿Quién oye decir esto que no se le estremezcan las carnes en solo pensarlo? Pues dime agora, cristiano, ¿qué es todo esto en comparacion de lo que aquí tratamos, sino un sueño de aire? Pues si solo pensar esto nos espanta, ¿qué hará no pensar, sino padescer este tormento? Verdaderamente cosa es tan grande el penar para siempre, que aunque no fuera mas que uno solo entre todos los hijos de Adam el que desta manera hubiera de padescer, bastaba para hacernos temblar á todos. Porque no era mas que uno entre los discípulos de Cristo el que le habia de vender, y cuando él dijo ¹: Uno de vosotros me ha de entregar; todos comenzaron á temer y entristecerse, por ser aquel caso tan grave. Pues ¿cómo no temblamos nosotros, sabiendo cierto que es infinito el número de los locos ², y que es estrecho el camino de la vida ³, y que el infierno ha dilatado sus senos para recibir los muchos que van á él ⁴? Si esto no creemos, ¿dónde está la fe? Y si lo creemos y confesamos, ¿dónde está el juicio y la razon? Y si hay juicio y razon, ¿cómo no andamos dando gritos y voces por las calles? ¿Cómo no nos vamos por esos desiertos (como hicieron muchos de los sanctos) á hacer vida entre las bestias, por escapar destos tormen-

¹ Matth. xxvi. — ² Eccles. i. — ³ Matth. vii.

⁴ Isai. v.

tos? ¿Cómo dormimos de noche? ¿Cómo no perdemos el seso, imaginando en tan extraño peli-
gro; pues otros menores acaescimientos han bas-
tado, no solo para desvelar y sacar de juicio los
hombres, sino tambien para acabarles la vida?

Pues esta es la mayor pena de los miserables,
saber que Dios y su pena corren á la pareja; y
por esto su mal no tendrá consuelo, porque su
pena no tiene fin. Si los malaventurados creyesen
que despues de cient mil cuentos de años su pena
se habia de acabar, esto solo tendrian por gran-
dísimo consuelo; porque todo esto, aunque tar-
de, tendria fin. Mas su pena no le tiene; porque,
como dice Sant Gregorio ¹, dase allí á los malos
muerte sin muerte, y fin sin fin, y defecto sin
defecto; porque allí la muerte siempre vive, y el
fin siempre comienza, y el defecto no sabe des-
fallecer. Por eso dijo el Profeta ²: Así como ove-
jas están puestos en el infierno, y la muerte los
pascera. La yerba que se pasce, no se arranca
del todo; porque queda viva la raiz, que es el
origen de la vida, la cual la hace tornar á revi-
vir, para que otra vez se pueda pasce. Y por
esto es inmortal el pasto de los campos, porque
siempre se pasce, y siempre revive. Pues desta
manera se apascentará la muerte en los malaven-
turados; y así como la muerte no puede morir,
así nunca se hartará deste pasto, ni se cansará en
este oficio, ni acabará jamas de tragar este bo-
cado; porque ella tenga siempre que comer, y
ellos siempre que padecer.

¹ Lib. IX Moral. c. 48. — ² Psalm. XLVIII.

EL SÁBADO EN LA NOCHE.

Este día podrás pensar en la bienaventuranza de la gloria ¹. Esta consideracion es tan provechosa, que si fuese ayudada con lumbré de viva fe, bastaria para hacernos dulces todos los trabajos y amarguras que pasásemos por este bien. Porque si el amor de la hacienda hace dulces los trabajos que se pasan por ella, y el amor de los hijos hace desear á la mujer los dolores del parto, ¿qué haria el amor deste soberano bien, en cuya comparacion todos los otros no son bienes? Y si del patriarca Jacob se dice ² que le parecian poco los siete años de servicio por el amor grande que tenia á Raquel, ¿qué haria el amor de aquella infinita hermosura, y de aquel eterno casamiento, si con ojos de fe viva se contemplase?

Pues para entender algo deste bien, puedes considerar estas cinco cosas entre otras que hay en él, conviene saber: la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la vision de Dios, la gloria de los cuerpos, y finalmente el cumplimiento de todos los bienes que allí hay.

Primeramente considera la excelencia del lugar, y señaladamente la grandeza dél, que es admirable. Porque quando el hombre lee en algunos gravísimos autores ³, que cualquiera de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra; y (lo que mas es) que algunas hay entre ellas de tan notable grandeza, que son noventa veces ma-

¹ De gloria, véase en la Guia, 1 p. c. 9, et 1 p. del Mem. c. 2. — ² Genes. xxix. — ³ Vide Titelmanum in sua Physica, lib. VII de cœlo et mundo, c. 5.

yores que toda ella; y con esto alza los ojos al cielo, y ve en él tanta muchedumbre de estrellas, y tantos espacios vacíos donde podrian caber muchas mas, ¿cómo no se espanta? cómo no queda atónito y fuera de sí, considerando la inmensidad de aquel lugar, y mucho mas la de aquel soberano Maestro que de nada lo crió?

Pues la hermosura dél no se puede explicar con palabras; porque si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos y paraíso de todos los deleites?

Despues de la excelencia del lugar considera la nobleza de los moradores dél, cuyo número, cuya sanctidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar ¹. Sant Joan dice ² que es tan grande el número de los escogidos, que nadie basta para poderlos contar. Sant Dionisio dice ³ que son tantos los ángeles, que exceden sin comparacion todas cuantas cosas materiales hay en la tierra. Sancto Tomás, conformándose con este parecer, dice ⁴ que así como la grandeza de los cielos excede á la de la tierra sin proporcion, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede á la de todas las cosas materiales que hay en este mundo, con esta mesma ventaja y proporcion. Pues ¿qué cosa puede ser mas admirable? Por cierto cosa es esta, que si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos á todos los corazones. Y si cada uno de los

¹ Dan. vii. — ² Apoc. v, vii. — ³ Dion. c. 9 lib. cœlestis Hierarchiæ. — ⁴ 1 p. q. 50, art. 3, et Caiet. ibi.

ángeles (aunque sea el menor dellos) es mas hermoso que todo este mundo visible , ¿ qué será ver tanto número de ángeles tan hermosos , y ver las perfecciones y oficios que cada uno dellos tiene en aquella soberana ciudad ? Allí discurren los ángeles , ministran los arcángeles , triunfan los principados , alégranse las potestades , enseñorean las dominaciones , resplandescen las virtudes , relampaguean los tronos , lucen los querubines , y arden los serafines ; y todos cantan alabanzas á Dios . Pues si la compañía y comunicacion de los buenos es tan dulce y amigable , ¿ qué será tratar allí con tantos buenos , hablar con los apóstoles , conversar con los profetas , comunicar con los mártires , y finalmente con todos los escogidos ? Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos , ¿ qué será gozar de la compañía y presencia de aquel á quien alaban las estrellas de la mañana , de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan ¹ , ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles , y de cuya presencia se glorian los hombres ? ¿ Qué será ver aquel bien universal en quien están todos los bienes , y aquel mundo mayor en quien están todos los mundos , y aquel que siendo uno es todas las cosas , y siendo simplicísimo abraza las perfecciones de todas ? Si tan grande cosa fué oír y ver al rey Salomon , que decia la reina Saba ² ; Bienaventurados los que asisten delante de tí , y gozan de tu sabiduría , ¿ qué será ver aquel summo Salomon , aquella eterna sabiduría , aquella infinita grandeza , aquella inestimable hermosura , aquella inmensa

¹ Iob, xxxviii. — ² III Reg. x.

bondad , y gozar della para siempre? Esta es la gloria esencial de los sanctos ; este es el último fin y centro de todos nuestros deseos.

Considera despues desto la gloria de los cuerpos , en los cuales ninguna cosa habrá que no esté glorificada ; porque allí cada uno de los miembros y sentidos tendrá su particular gloria y objeto en que se deleite ¹ ; y allí los cuerpos gozarán de aquellas cuatro singulares dotes , que son sutileza , lijereza , impasibilidad y claridad ; la cual será tan grande , que cada uno de aquellos cuerpos resplandecerá como el sol en el reino de su padre ². Pues si no mas de un sol que está en medio deste cielo basta para dar luz y alegría á todo el mundo , ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandecerán?

Finalmente por abreviar , en esta gloria se hallarán en uno todos los bienes , y della estarán desterrados todos los males ³. Allí habrá salud sin enfermedad , libertad sin servidumbre , hermosura sin fealdad , inmortalidad sin corrupcion , abundancia sin necesidad , sosiego sin turbacion , seguridad sin temor , conocimiento sin error , hartura sin hastío , alegría sin tristeza y honra sin contradiccion. Allí será , dice Sant Augustin ⁴ , verdadera la gloria , donde ninguno será alabado por error , ni por lisonja. Allí será verdadera la honra : la cual ni se negará al que la mereciere , ni se dará á quien no la mereciere. Allí será verdadera la paz , donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado. El premio de la virtud será el mesmo que dió la virtud , y prometió á sí por

¹ I Cor. xv. — ² Matth. xiii ; Sap. iii. — ³ Aug. in Soliloq. c. 35. — ⁴ Lib. XXII de Civit. Dei , c. 30 , t. V.

galardon della , que es el mayor y mejor de todas las cosas. Él será el fin de nuestros deseos , el cual se verá sin fin , y se amará sin hastío , y será alabado sin cansancio. Allí el lugar es ancho , hermoso , resplandesciente y seguro ; la compañía muy buena y agradable ; el tiempo de una manera , no ya distinto en tarde y mañana , sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano , que con el frescor y aire del Espíritu Sancto siempre floresce. Allí todos se alegran , todos cantan y todos siempre alaban á aquel summo dador de todo , por cuya largueza viven y reinan en su gloria. ¡ Oh ciudad celestial , morada segura , tierra donde se halla todo lo que deleita , pueblo sin murmuracion , vecinos quietos y hombres sin ninguna necesidad ! ¡ Oh si se acabase ya esta contienda ! Oh si se concluyesen los dias de mi destierro ! ¡ Oh cómo se alarga el tiempo de mi peregrinacion ! ¿ Cuándo llegará este dia ? ¿ Cuándo vendré y paresceré ante la cara de mi Dios ' ?

§ XXXII.

De la consideracion de la gloria del paraíso , en la cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

Una de las cosas en que mas convenia tener siempre los ojos puestos en este valle de lágrimas , es la bienaventuranza de la gloria ; porque esta sola consideracion bastaria para animarnos á

¹ Psalm. xli.

todos los trabajos que se han de pasar por ella. Cuando prometió Dios al patriarca Abraham la tierra de promision, mandóle que la anduviese y la rodease toda, diciendo ¹ : Levántate y pasea toda esta tierra en ancho y en largo, y mírala por todas partes, porque á tí la tengo de dar. Levántate pues agora, ánima mia, á lo alto, dejados acá bajo todos los cuidados y negocios terrenos, y vuela con alas de espíritu á aquella noble tierra de promision, y mira con atencion la longura de su eternidad, y la anchura de su felicidad, y la grandeza de sus riquezas, con todo lo demas que hay en ella.

De la reina Sabá se escribe que oida la fama de Salomon, vino á Hierusalem para ver las grandezas y maravillas que de aquel rey se decian ². Y pues no es menor la fama de aquella celestial Hierusalem, y de aquel summo Rey que la gobierna, sube tú agora con el espíritu á esta noble ciudad á contemplar la sabiduría deste Rey soberano, y la hermosura deste templo, y el servicio desta mesa, y las órdenes de los que la sirven, y las libreas de los criados, y la policía y gloria desta noble ciudad. Porque si sabes mirar cada cosa destas, por ventura será tu espíritu levantado sobre sí; y conocerás que ni aun la mas pequeña parte desta gloria te ha sido denunciada. Mas para esto es menester especial lumbré de Dios; como lo significó el Apóstol, cuando dijo ³ : Suplico á aquel Dios de la gloria, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, os dé espíritu de sabiduría, y alumbre los ojos de vuestro corazon,

¹ Genes. xiii. — ² III Reg. x. — ³ Ephes. i.

para que conozcais qué tan grande sea la esperanza de vuestro llamamiento, y las riquezas de aquella heredad y gloria que él tiene aparejada para los santos.

Y aunque en esta gloria haya muchas cosas que contemplar, mas particularmente puedes tú agora considerar estas cinco mas principales que arriba tocamos; conviene saber, la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la vision de Dios, la gloria de los cuerpos, y la duracion y eternidad de todos estos bienes tan grandes.

§ XXXIII.

De la hermosura y excelencia del lugar.

Primeramente considera la hermosura del lugar, la cual en figura nos describe Sant Joan en el Apocalipsi por estas palabras ¹: Uno de los siete ángeles habló conmigo, diciéndome: Ven, y mostrarte he la esposa, mujer del Cordero. Y levántome en espíritu en un monte alto y grande, y mostróme la ciudad de Hierusalem, que decendia del cielo; la cual resplandescia con la claridad de Dios, y la lumbré della era semejante al resplandor de las piedras preciosas. Tenia esta ciudad un muro grande y alto, en el cual habia doce puertas, y en las puertas doce ángeles, segun el número de las puertas. Los cimientos de los muros desta ciudad eran todos labrados de piedras preciosas, y las doce puertas della eran doce piedras preciosas, cada puerta de su pie-

¹ Apoc. xxi.

dra ; y la plaza desta ciudad era oro limpio, semejante á un vidrio muy claro. Y templo no ví en ella, porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero. Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni luna que le den lumbré ; porque la claridad de Dios la alumbrá , y la lámpara que en ella arde es el Cordero. Y mostróme mas el ángel : un rio de agua viva, claro así como un cristal, el cual salia de la silla de Dios y del Cordero ; y en medio de la plaza, y de la una ribera del rio y de la otra, estaba plantado el árbol de la vida, que llevaba doce frutos en él año , cada mes el suyo, y las hojas deste árbol eran para salud de las gentes ¹. Todo género de maldicion nunca jamas allí se verá ; sino la silla de Dios y del Cordero allí estarán, y sus siervos le servirán, y ellos verán su cara, y tendrán el nombre dél escripto en sus frentes, y reinarán en los siglos de los siglos.

Cata aquí, hermano, debujada la hermosura desta ciudad, no para que hayas de pensar que hay en ella estas cosas así materialmente como suenan las palabras, sino para que por estas entiendas otras mas espirituales y mas excelentes, que por estas se nos figuran.

El asiento desta ciudad es sobre todos los cielos, la grandeza y anchura della excede toda medida ; porque si cada una de las estrellas del cielo es tan grande como arriba dijimos, ¿qué tan grande será aquel cielo que abraza todas las estrellas y todos los cielos? No hay grandeza en el mundo que con esta se pueda comparar. Porque

¹ Ezech. XLVII.

(como dice un sancto) dende los términos occidentales de España hasta los últimos de las Indias corre un navío (si le hace tiempo) en pocos dias; mas aquella region del cielo, á estrellas mas lijeras que rayos da que caminar por muchos años.

Pues si preguntas por las labores de su edificio, no hay lengua que esto pueda declarar. Porque si esto que parece por defuera á los ojos mortales es tan hermoso, ¿qué será lo que allá está guardado á los ojos inmortales? Y si vemos que por manos de los hombres se hacen aquí algunas obras tan vistosas, y de tanta hermosura que espantan á los ojos de quien las mira, ¿qué será lo que tendrá obrado la mano de Dios en aquella casa real, y en aquel sacro palacio, y en aquella casa de solaz, que él edificó para gloria de sus escogidos? ¡Oh cuán amables son, dice el Profeta ¹, tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! Cobdicia y desfallece mi ánima contemplando los palacios del Señor.

Lo que principalmente suele ennoblecer las ciudades, es la condicion de los ciudadanos, si son nobles, si son muchos y concordes entre sí. Pues ¿quién podrá declarar en esta parte la excelencia desta ciudad? Todos sus moradores son hijosdalgo, y ninguno hay entre ellos de baja suerte, porque todos son hijos de Dios. Son tan amigables entre sí, que todos ellos son un ánima y un corazon; y así viven en tanta paz, que la misma ciudad tiene por nombre Hierusalem, que quiere decir, vision de paz. Y si quieres saber el número

¹ Psalm. LXXXIII.

y poblacion desta ciudad, á eso te responderá Sant Joan en el Apocalipsi, diciendo ¹ que vió en espíritu una tan grande compañía de bienaventurados, que no bastaria nadie para los contar; la cual habia sido recogida de todo linaje de gentes, y pueblos, y lenguas. Los cuales estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas triunfales en las manos, cantando á Dios cantares de alabanza. Con lo cual concuerda lo que el profeta Daniel significa deste sagrado número, diciendo ²: Millares de millares servian al Señor de la Majestad, y diez veces cient mil millares asistian delante dél.

Y no pienses que por ser tantos están desordenados; porque no es allí la muchedumbre causa de confusion, sino de mayor orden y armonía. Porque aquel que con tan maravillosa consonancia ordenó los movimientos de los cielos, y los cursos de las estrellas, llamando á cada una por su nombre; ese ordenó todo aquel innumerable ejército de bienaventurados con tan maravilloso concierto, dando á cada uno su lugar y gloria segun su merescimiento. Y así un lugar es el que allí tienen las vírgines, otro los confesores, otro los sanctos mártires, y otro los patriarcas y profetas, otro los apóstoles y evangelistas, y así todos los demas. Y de la manera que están repartidos y aposentados los hombres, así lo están en su manera los ángeles, divididos en tres hierarquías, las cuales se reparten en nueve coros; sobre todos los cuales reside el trono de la serení-

¹ Apoc. vii. — ² Dan. vii.

simas Reina de los ángeles, que sola ella hace coro por sí, porque no tiene par ni semejante. Y sobre todos finalmente preside aquella santísima humanidad de Cristo, que está sentada á la diestra de la Majestad de Dios en las alturas.

Tú, ánima cristiana, discurre por estos coros, pasea por estas plazas y calles, mira la orden de estos ciudadanos, la hermosura desta ciudad, y la nobleza de estos moradores. Salúdalos á cada uno por su nombre, y pídeles el sufragio de su oración. Saluda también esa dulce patria; y como peregrino que la ve aun dende lejos, envíale con los ojos el corazón, diciendo: Dios te salve, dulce patria, tierra de promisión, puerto de seguridad, lugar de refugio, casa de bendición, reino de todos los siglos, paraíso de deleites, jardín de flores eternas, plaza de todos los bienes, corona de todos los justos, y fin de todos nuestros deseos. Dios te salve, madre nuestra, esperanza nuestra, por quien sospiramos, por quien hasta agora damos gemidos y peleamos; pues no ha de ser en tí coronado sino el que fielmente pelearé¹.

§ XXXIV.

Del segundo gozo que el ánima recibirá con la compañía de los santos.

¿Quién podrá después deste gozo declarar el que se recibirá con aquella tan dichosa compañía? Porque allí la virtud de la caridad está en

¹ II Tim. II.

toda su perlección; á la cual pertenesce hacer todas las cosas communes. Aquella petición del Salvador que dice ¹: Ruégote, Padre, que ellos sean una mesma cosa por amor, así como nosotros lo somos por naturaleza, allí es donde perfectamente se cumple; porque allí son todos entre sí mas unos que los miembros de un mesmo cuerpo, porque todos participan un mismo espíritu, el cual da á todos un mesmo sér, y una bienaventurada vida ². Si no, dime, ¿qué es la causa porque los miembros de un cuerpo tienen entre sí tan grande unidad y amor? La causa es porque todos ellos participan de una misma forma, que es una misma ánima, la cual da á todos ellos un mesmo sér y una vida. Pues si el espíritu humano tiene virtud para causar tan grande unidad entre miembros de tan diferentes oficios y naturaleza, ¿qué mucho es que aquel espíritu divino, por quien viven todos los escogidos (que es como ánima commun de todos), cause entre ellos otra mayor y mas perfecta unidad, pues es mas noble causa, y de mas excelente virtud, y que da mas noble sér?

Pues dime agora: si esta manera de unidad y amor hace todas las cosas communes, así las buenas como las malas (como lo vemos en los miembros de un mesmo cuerpo, y en el amor de las madres para con los hijos, las cuales huelgan tanto con los bienes dellos como con los suyos propios), siendo esto así, ¿qué gozo tendrá allí un escogido de la gloria de todos los otros, pues á cada uno dellos ama como á sí mesmo? Porque,

¹ Ioan. xvii. — ² August. in Manuali, c. 35, et in Meditationibus, c. 25.

como dice Sant Gregorio ¹, aquella heredad celestial para todos es una, y para cada uno toda; porque de los gozos de todos recibe cada uno tan grande alegría como si él mismo los poseyera. Pues ¿qué se sigue de aquí, sino que pues es cuasi infinito el número de los bienaventurados, serán cuasi infinitos los gozos de cada uno dellos? ¿Qué se sigue, sino que cada uno tendrá las excelencias de todos, pues lo que no tuviere en sí, tendrá en los otros? Estos son espiritualmente aquellos siete hijos de Job ², entre los cuales habia grande amor y comunicacion, que cada uno dellos por su orden hacia un dia de la semana su convite á todos los otros; de donde resultaba que no ménos participaria cada uno de la hacienda de los otros, que de la suya propia; y así lo proprio era commun de todos, y lo commun, proprio de cada uno. Esto obraba en aquellos sanctos hermanos el amor y la hermandad. Pues ¿cuánto es mayor la hermandad de los escogidos? cuánto mayor el número de los hermanos? y cuántos mas bienes y riquezas de que gozar? Pues segun esto, ¿qué convite será aquel que nos harán allí los serafines, que son los mas altos espíritus y mas allegados á Dios, cuando descubran á nuestros ojos la nobleza de su condicion, y la claridad de su contemplacion, y el ardor ferventísimo de su amor? ¿Qué convite harán luego los querubines, donde están encerrados los tesoros de la sabiduría de Dios? ¿Cuál será el de los tronos y dominaciones, y de todos los otros bienaventurados espíritus? ¿Qué será gozar y ver allí señalada-

¹ Lib. IV Moral. c. 42. in princ. — ² Job, 1.

mente aquel ejército glorioso de los mártires, vestidos de ropas blancas, con sus palmas en las manos, y con las insignias gloriosas de sus triunfos? ¿Qué será ver juntas aquellas once mil vírgines, y aquellos diez mil mártires imitadores de la gloria y de la Cruz de Cristo, con otra muchedumbre innumerable? ¿Qué gozo será ver aquel glorioso diácono con sus parrillas en la mano, resplandesciendo mucho mas que las llamas en que ardió, desafiando los tirannos, y cansando los verdugos con paciencia inexpugnable? ¿Cuál será ver la hermosísima vírgen Caterina, coronada de rosas y azucenas, vencida la rueda de sus navajas con las armas de la fe y de la esperanza? ¿Qué será ver aquellos siete nobles Macabeos con la piadosa y valerosa madre, despreciando las muertes y los tormentos por la guarda de la ley de Dios¹? ¿Qué collar de oro y de pedrería será tan hermoso de mirar, como el cuello del glorioso Baptista, que quiso ántes perder la cabeza que disimular la torpeza del rey adúltero²? ¿Qué púrpura resplandecerá tanto como el cuerpo del bienaventurado Sant Bartolomé, por Cristo desollado? Pues ¿qué será ver el cuerpo de Sant Esteban con los golpes de las piedras señalado, sino ver una ropa rozagante sembrada de rubíes y esmeraldas³? Y vosotros, príncipes gloriosos de la Iglesia cristiana, ¿qué tanto resplandeceréis, el uno con la espada, y el otro con el estandarte glorioso de Cristo, con que fuisteis coronados⁴? Pues ¿qué será gozar de cada una de todas estas glorias como si fuese propia? ¡Oh

¹ I Mach. vii. — ² Matth. xiv. — ³ Act. vii.

⁴ Aug. in Manuali, c. 6.

convite glorioso! oh banquete real! oh mesa digna de Dios y de sus escogidos! Váyanse pues los mundanos á sus banquetes sucios y carnales, á romper los vientres con sus excesos y demasías. Tal convite como este convenia para Dios, donde tales manjares se sirviesen.

Sube aun mas arriba sobre todos los coros de los ángeles, y hallarás otra gloria singular, la cual maravillosamente alegra toda aquella corte soberana, y embriaga con maravilloso dulzor la ciudad de Dios. Alza los ojos y mira aquella Reina de misericordia llena de claridad y hermosura, de cuya gloria se maravillan los ángeles, y de cuya grandeza se glorian los hombres. Esta es la Reina del cielo, coronada de estrellas, vestida del sol, calzada de la luna, y bendita sobre todas las mujeres ¹. Mira pues qué gozo será ver esta Señora y Madre nuestra, no ya de rodillas ante el pesebre, no ya con los sobresaltos y temores de lo que aquel sancto Simeon le habia profetizado, no ya llorando y buscando por todas partes al Niño perdido ²; sino con inestimable paz y seguridad asentada á la diestra del Hijo, sin temor de perder jamas aquel tesoro. Ya no será menester buscar el silencio de la noche secreta para escapar el Niño de las celadas de Heródes, huyendo en Egipto ³. Ya no se verá mas al pié de la Cruz, recibiendo sobre su cabeza las gotas de sangre que de lo alto caian, y llevando en su manto perpetua memoria de aquel dolor ⁴. Ya no padecerá mas el agravio de aquel triste cambio, cuando le dieron al discípulo por el

¹ Apoc. xii. — ² Luc. ii. — ³ Matth. ii. — ⁴ Ioan. xix.

Maestro, y al criado por el Señor. Ya no se oirán mas aquellas tan dolorosas palabras que debajo de aquel árbol sangriento con muchas lágrimas decía: Quién me diese que yo muriese por tí, Absalom, hijo mío, hijo mío Absalom. Ya todo esto se acabó, y la que en este mundo se vió mas afligida que toda pura criatura, se verá ensalzada sobre toda criatura, gozando para siempre de aquel summo bien, y diciendo²; Hallado he aquel que ama mi ánima: téngole, no le dejaré.

Y si este es tan grande gozo, ¿qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo, y la gloria y hermosura de aquel cuerpo que por nosotros fué tan afeado en la Cruz? Cosa será por cierto (como dice Sant Bernardo) llena de toda suavidad, que vean los hombres á un hombre Criador de los hombres. Por honra propia tienen los deudos ver un deudo hecho cardenal ó papa, pues ¿cuánto mayor honra será ver aquel Señor, que es nuestra carne y nuestra sangre, asentado á la diestra del Padre, y hecho Rey de cielos y tierra? ¿Qué ufanos estarán los hombres entre los ángeles, cuando vean que el Señor de la posada, y el commun Criador de todos no es ángel, sino hombre? Si los hombres tienen por honra suya la que se hace á su cabeza, por la grande unión que hay entre ellos y ella, ¿qué será allí donde tan estrecha es la union de los miembros y de la cabeza? ¿Qué será, sino que todos tengan por suya propia la gloria de su Señor? Este será un gozo tan grande, que ningunas palabras bastan á darle debido encarescimiento. Pues ¿quién se-

rá tan dichoso que merezca gozar de tanto bien ? ¡Oh quién te me diese , hermano mio , que te mantienes de los pechos de mi madre , que te hallase yo allá fuera , y te diese paz con labios de devoción , y te abrazase con brazos de amor ¹ ! Oh dulcísimo Señor ! ¿cuándo será este día ? cuándo paresceré delante tu cara ? cuándo me veré harto de tu hermosura ? cuándo veré ese rostro en que desean mirar los ángeles ² ?

§ XXXV.

Del tercer gozo que el ánima recibirá con la vision clara de Dios.

Pues ¿qué será sobre todo esto ver claramente aquella divina cara , en que consiste la gloria esencial de los sanctos ? Grandes motivos de gloria son todos los que hasta aquí habemos dicho ; mas todos son pequeños si se comparan con este. De Isacar se dice que vió el descanso que era bueno , y la tierra muy buena ; y que por esto puso los hombros al trabajo , y se hizo tributario ³. El descanso y la gloria de los sanctos buena es ; mas la tierra que lleva este descanso , muy buena es en superlativo grado ; porque esta es la cara y la hermosura de Dios , de cuya vista procede el descanso y gloria dellos. Esta es la que sola basta para dar á nuestras ánimas cumplido reposo. Porque toda la dulcedumbre y suavidad de las criaturas bien puede dar deleite al corazon humano , mas no hartura. Pues si todos estos bie-

¹ Cant. VIII. — ² I Petr. I. — ³ Genes. XLIX.

nes susodichos tanto deleitan, ¿cuánto deleitará aquel bien que tiene en sí la perfeccion y summa de todos los bienes? Y si la sola vista de las criaturas es tan gloriosa, ¿qué será ver aquella cara, aquella lumbre, y aquella hermosura en quien resplandescen todas las hermosuras? ¿Qué será ver aquella esencia tan admirable, tan simplicísima y tan communicable, y ver en ella de una vista el misterio de la beatísima Trinidad, la gloria del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad y amor del Espíritu Sancto?

Allí verémos á Dios, y verémos á nos, y verémos todas las cosas en Dios. Dice Sant Fulgencio que así como el que tiene un espejo delante, ve al espejo, y ve á sí mesmo en el espejo, y ve todas las otras cosas que están delante del espejo; así cuando tengamos aquel espejo sin mancha de la Majestad de Dios presente, verémos á él, y verémos á nos en él, y despues todo lo que está fuera dél, segun el conocimiento mayor ó menor que tuviéremos dél. Allí descansará el apetito de nuestro entendimiento, y no deseará mas saber; porque terná delante todo lo que se puede saber. Allí descansará el de nuestra voluntad, amando aquel bien universal en quien están todos los bienes, fuera del cual no hay mas que gozar. Allí reposará nuestro deseo con el bocado de aquel soberano gozo, que de tal manera hinchará la boca de nuestro corazon, que no le quedará mas que desear. Allí serán perfectamente remuneradas aquellas tres virtudes con que Dios es aquí honrado, conviene saber, fe, esperanza y caridad, cuando á la fe se dé por premio la clara vision, y á la esperanza la posesion, y á la caridad

imperfecta, la caridad en toda su perfeccion ¹. Allí verán y amarán, gozarán y alabarán, y estarán hartos sin hastío, y hambrientos sin necesidad. Allí es donde siempre se canta aquel cantar cuasi nuevo que Sant Joan oyó cantar en su Apocalipsi ². El cual llama cuasi nuevo; porque aunque él sea siempre de una manera (porque es una commun alabanza, que responde á una commun gloria que todos tienen); pero con todo esto es siempre nuevo quanto al gusto y á la suavidad, porque el mismo sabor que tuvo á los principios, ese terná para siempre sin fin ³. No encanesce ni se envejece el alegría de los sanctos, como tampoco envejecerán sus cuerpos; pues el que hace los cielos estar siempre nuevos á cabo de tantos años, ese hará que la flor de su gloria esté siempre verde, y que nunca se marchite.

§ XXXVI.

Del cuarto gozo que el ánima recibirá con la gloria del cuerpo.

Esta es la gloria esencial de las ánimas. Mas aquel justo Juez y Padre tan liberal no se contenta con solo glorificar las ánimas, sino extiende tambien su magnificencia por honra dellas á glorificar sus cuerpos, y dar lugar á las bestias en su palacio real. ¡Oh amador de los hombres! Oh honrador de los buenos! Y ¿qué tiene que ver la carne podrida, y en todos sus apetitos como bestia, con el santuario del cielo? La carne que ha-

¹ Aug. in Inehirid, c. 3, t. III. — ² Apoc. xiv.

³ Aug. in Soliloq. c. 36.

bia de estar atada en el establo, ¿cómo ha de ser colocada entre los ángeles en el cielo? Deja, Señor, al polvo con el polvo; que no está bien la tierra sobre el cielo.

Mas aquel que dijo á Abraham ¹: Honraré y multiplicaré á Ismael, aunque sea hijo de esclava, por lo que á tí toca; ese quiere hacer este favor á los cuerpos de los sanctos, por el parentesco que tienen con las ánimas dellos. Quiere tambien este Señor que el que ayudó á llevar la carga, entre en el repartimiento de la gloria; y que así como el ánima por conformarse en esta vida con la voluntad de Dios, viene despues á participar la gloria de Dios, así el cuerpo que contra su naturaleza se conformó con la voluntad del ánima, venga tambien á participar la gloria de ella. Y desta manera serán los justos en cuerpo y ánima gloriosos, y, como dice el Profeta ², poseerán en su tierra los bienes doblados: que es la gloria de las ánimas y de los cuerpos.

Pues ¿qué diré de la gloria de los sentidos? Cada uno tendrá allí su deleite y su gloria singular. Los ojos renovados y esclarecidos ya sobre la lumbre del sol, verán aquellos palacios reales, y aquellos cuerpos gloriosos, y aquellos campos de hermosura, con otras infinitas cosas que allí habrá que mirar. Los oídos oirán siempre aquella música de tanta suavidad, que una sola voz bastaria para adormecer todos los corazones del mundo. El sentido del oler será recreado con suavísimos olores, no de cosas vaporosas, como acá, sino proporcionadas á la gloria de allá. Y asimismo el gusto será

¹ Genes. XVII. — ² Isai. LXI.

lleno de increíble sabor y dulzura , no para sustentacion de la vida , sino para cumplimiento de toda gloria. Pues ¿qué sentirá entónces el ánima del bienaventurado , cuando por la mortificacion y guarda de los sentidos , que duró tan poco tiempo , se vea así anegada en aquel abismo de gloria , sin hallar suelo ni cabo á tan grandes alegrías? ¡Oh trabajos bienaventurados! Oh servicios bien galardonados! Oh cosa no para hablarse , sino para sentirse y desearse , y buscarse con mil vidas que tuviésemos para dar por ella!

§ XXXVII.

Del quinto gozo , que es de la duracion de la eternidad.

Mas agora veamos por qué tanto espacio se concede esta bienaventuranza tan grande. Esto es lo que solo debria bastar para hacernos andar dando voces , y llamando á todos los trabajos que lloviesen sobre nosotros , para servir y agradar á quien tan largas mercedes nos ha de hacer. Durará ese galardón tantos millares de años , cuantas estrellas hay en el cielo y mucho mas. Durará tantas centenas de millares de años , cuantas gotas de agua han caído sobre la tierra y mucho mas. Durará finalmente miéntras durare Dios , que será en los siglos de los siglos ; porque escripto está ¹ : El Señor reinará para siempre y mas. Y en otro lugar ² : Tu reino es reino de todos los siglos , y tu señorío de generacion en generacion.

¹ Exod. xv. — ² Psalm. cxlv ; Psalm. cxliv.

Pues , ó Padre de misericordias y Dios de toda consolacion , suplicote , Señor , por las entrañas de tu piedad no sea yo privado deste soberano bien. Señor Dios mio , que tuviste por bien criarme á tu imagen y semejanza , y hacerme capaz de tí , hinche este seno que tú criaste , pues lo criaste para tí. Mi parte sea , Dios mio , en la tierra de los vivientes. No me des , Señor , en este mundo descanso ni riqueza ; todo me lo guarda para allá. No quiero heredarme con los hijos de Ruben en la tierra de Galaad , y perder el derecho de la tierra de promision. Una sola cosa pedí al Señor , y esta siempre buscaré : que more yo en la casa del Señor todos los dias de mi vida.

EL DOMINGO EN LA NOCHE.

Este dia pensarás en los beneficios divinos , para dar gracias al Señor por ellos , y para encenderte mas en el amor de quien tanto bien te hizo , y sentir mas las ofensas hechas contra tan piadoso bienhechor.

Y aunque estos beneficios sean innumerables , todos ellos se pueden reducir á cinco maneras de beneficios ¹ : conviene saber , al beneficio de la creacion , conservacion , y redencion , y vocacion , y á los beneficios ocultos que cada uno tendrá en sí recibidos.

Cuanto al primer beneficio de la creacion considera primeramente con mucha atencion lo que eras ántes que fueses criado , y lo que Dios hizo contigo , y te dió ante todo merescimiento : con-

¹ De beneficiis divinis , vide lib. I de la Guia de pecadores , c. 2.

viene saber, ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa tan excelente ánima, criada á su imágen y semejanza, para un tan alto fin como es gozar de Dios, con aquellas tres tan nobles potencias, que son : entendimiento, memoria y voluntad. Y mira bien que darte esta tal ánima, fué darte todas las cosas; pues está claro que ninguna perfeccion ni habilidad hay en alguna de todas las criaturas inferiores, que el hombre no tenga en sí eminentemente con mayor perfeccion, y que mediante la virtud y habilidad de su ánima no pueda contrahacer. Por do parece que darnos esta pieza sola, fué darnos de una vez todas las cosas juntas.

Cuanto al beneficio de la conservacion, mira cuán colgado está todo tu sér de la Providencia divina; cómo no vivirías un punto, ni darías un paso si no fuese por él; como todas las cosas del mundo crió para tu servicio, y hasta los mismos ángeles del cielo diputó para tu guarda y amparo¹. Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, el mantenimientó, con todos los otros socorros temporales. Y sobre todo esto pondera mucho las miserias y desastres en que cada dia ves caer los otros hombres, en los cuales pudieras tú tambien haber caido, si Dios por su piedad no te hobiera preservado.

Cuanto al beneficio de la redempcion puedes considerar dos cosas : la primera, cuántos y cuán grandes hayan sido los bienes que nos dió mediante el beneficio de la redempcion; y la segunda, cuántos y cuán grandes hayan sido los males

¹ Hebr. i; Matth. xviii.

que padesció en su cuerpo y ánima sanctísima, para ganarnos estos bienes.

Cuanto al beneficio de la vocacion, considera primeramente cuán grande merced de Dios fué hacerte cristiano, y llamarte á la fe por medio del sancto baptismo, y hacerte tambien participante de los otros sacramentos. Y si despues deste llamamiento, perdida ya la innocencia, te sacó de pecado, y volvió á su gracia, y te puso en estado de salud, ¿cómo le podrás alabar por este beneficio? ¿Qué tan grande misericordia fué aguardarte tanto tiempo, y sufrirte tantos pecados, y enviarte tantas inspiraciones, y no cortarte el hilo de la vida, como le cortó á otros en ese mesmo estado, y finalmente llamarte con tan poderosa gracia, que resuscitases de muerte á vida, y abrieses los ojos á la luz eterna? ¿Qué misericordia fué despues de ya convertido darte gracia para no volver al pecado, y para vencer al enemigo, y finalmente para perseverar en lo bueno? Esta es aquella agua temprana y tardía que promete Dios por el profeta Joel, diciendo ¹: Y vosotros, los hijos de Sion, gozaos y alegraos en vuestro Señor Dios; porque os dió un maestro y enseñador de justicia, y porque hará descender sobre vosotros el agua temprana y tardía: conviene saber, la gracia preveniente, con que comenzamos la sementera de las virtudes; y despues la subsecuente y final, con que llega la sementera á su próspero fin.

Estos son los beneficios públicos y conocidos: otros hay secretos que no conoce sino el que los

¹ Joel, II.

ha recebido, y aun otros hay tan secretos, que el mesmo que los recibió no los conoce, sino solo aquel que los hizo. ¿Cuántas veces habrás en este mundo merecido por tu soberbia, ó negligencia, ó desagradescimiento, que Dios alzase la mano de tí y te desamparase, como habrá desamparado á otros muchos por algunas destas causas (porque por esto caen los que caen), y no lo ha hecho? ¿Cuántos males y ocasiones de males habrá prevenido el Señor con su providencia, deshaciendo las redes del enemigo, y acortándole los pasos, y no dando lugar á sus tratos y consejos? ¿Cuántas veces habrá hecho con cada uno de nosotros aquello que él dijo á Sant Pedro ¹: Mira que Satanas anda muy cobdicioso y negociado para aventaros á todos como á trigo en la era; mas yo he rogado por tí, que no desfallezca tu fe? ¿Pues quién podrá saber estos secretos sino Dios? Los beneficios positivos bien los puede á veces conocer el hombre; mas los privativos, que no consisten en hacernos bienes, sino en librar-nos de males, ¿quién los conocerá ²? Pues por estos como por los otros es razon que demos siempre gracias al Señor, y que entendamos cuán alcanzados andamos de cuenta, y cuánto mas es lo que debemos de lo que podremos pagar, pues aun no lo podemos entender.

¹ Luc. xxii. — ² D. Aug. lib. II Confess. c. 7.

§ XXXVIII.

De la consideracion de los beneficios divinos : en la cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

Una de las mayores quejas que nuestro Señor tiene de los hombres, y de que les ha de hacer mayor cargo el dia de la cuenta, es el desagradescimiento de sus beneficios. Por esta queja comenzó el profeta Isaías las primeras palabras de su profecía, llamando por testigos al cielo y la tierra contra la ingratitud y desconocimiento de los malos. Oye, dice él ¹, cielo; y recibe mis palabras en tus oídos, tierra; porque el Señor Dios ha hablado: Hijos crié y ensalcé, y ellos me han menospreciado. El buéy conoció á su poseedor, y el asno al pesebre de su señor; mas Israel no me ha conocido, ni mi pueblo ha querido entender. ¿Pues qué cosa mas extraña que no reconocer los hombres lo que reconocen las bestias? Y (como dice Sant Hierónimo sobre este paso) no los quiso comparar con otros animales mas entendidos, como es el perro, que por un poco de pan defiende la casa de su señor; sino con los bueyes y con los asnos, que son animales mas torpes y rudos; para dar á entender que los ingratos no son como quiera bestias, sino muy mas brutos que las mas brutas de las bestias.

¿Pues de qué pena será merescedora tan grande bestialidad? Muchas penas tiene Dios apare-

¹ Isai. I.

jadas para los ingratos; mas la mas justa y mas ordinaria es despojarlos de todos los beneficios recibidos, pues no acuden al dador con el debido agradescimiento dellos. Porque, como dice Sant Bernardo ¹, el desagradescimiento es un viento abrasador que seca el arroyo de la divina misericordia, y la fuente de su clemencia, y la corriente de su gracia.

Pues así como el desagradescimiento es causa de tan grandes males, así por el contrario el agradescimiento es principio de grandísimos bienes, y especialmente de tres. El primero de amor de Dios; porque, como dice Aristóteles ², el bien es en sí amable; pero cada uno es mas inclinado á amar á su propio bien. Pues como los hombres naturalmente sean tan amadores de sí mismos, y de su propio provecho, cuando claramente ven que todo lo que tienen es dádiva graciosa de aquel summo bienhechor, luego se inclinan á amar y querer bien á quien ven que les ha hecho tanto bien. De donde viene á ser que entre las consideraciones que mas aprovechan para alcanzar el amor de Dios, una de las mas principales es la de los beneficios divinos; porque cada uno destos beneficios es como un tizon que aviva y enciende mas la llama deste amor. Y por consiguiente considerar muchos destos beneficios, es juntar en uno muchos tizones, para que así se encienda mas y mas la llama deste fuego.

Aprovecha tambien esta consideracion para despertar en el hombre deseo de servir á Dios, cuando considera la grande obligacion que tiene

¹ Serm. II de 7 misericordiis, et serm. LI super Cantica, et D. Aug. in Soliloq. c. 18. — ² Lib. VIII Ethic. c. 2.

á quien tanto debe. Porque si aun hasta las aves y las bestias brutas por esta causa responden á la voz de quien los llama, y obedescen como personas de razon á todo lo que se les manda, ¿cuánto mas justo será que haga esto quien tanto mas recibió, y tanto mejor lo puede reconocer?

Vale tambien esto mesmo para despertar en nuestras ánimas dolor y arrepentimiento de los pecados. Porque cuando el hombre considera profundamente por una parte la muchedumbre de los beneficios que ha recebido de Dios, y por otra la muchedumbre de los maleficios que tiene hechos contra él, ¿cómo podrá dejar de avergonzarse, y confundirse, y conocer mejor lo prieto par de lo blanco : conviene saber, la grandeza de su maldad comparada con la grandeza de aquella summa bondad, la cual tanto tiempo perseveró en hacer bien á quien siempre perseveró en hacer mal?

Pues para estos tres fines debe considerar el hombre los beneficios divinos, y juntamente para dar al Señor gracias por ellos. Y así cuando los fuere meditando, ha de ir con cuidado de hacer estas salidas en sus lugares, aplicando su corazon unas veces al amor de quien tanto bien le hizo, otras al deseo de su servicio, otras al dolor y arrepentimiento de sus pecados, y otras tambien á ofrescer sacrificio de alabanza y agradescimiento por ellos : que son aquellos becerricos de los labios que el Profeta quiere que ofrezcamos á Dios por los beneficios recibidos ¹.

Y aunque estos sean innumerables, solamente

¹ Osee, xiv.

trataremos aquí de cinco géneros de beneficios mas principales (á los cuales se pueden reducir todos los otros), conviene saber: el beneficio de la creacion, y gobernacion, y redempcion, y vocacion; y finalmente los beneficios particulares y ocultos, que cada uno podrá reconocer dentro de sí.

Y no se requiere que de una vez se hayan de pensar todos estos beneficios: basta pensar uno, ó dos, ó tres bien pensados y bien rumiados; porque los ejercicios de la meditacion no se han de tomar á destajo, como tarea que se ha de llegar al cabo, sino como el mantenimiento de cada dia, que cuanto mas templadamente se toma, y mejor se digiere, tanto suele ser mas saludable.

§ XXXIX.

Del beneficio de la creacion.

Comenzando pues por el beneficio de la creacion, para que puedas mejor sentir algo de la grandeza deste beneficio, debes primero pensar muy profundamente lo que eras ántes que fueses criado. Este es uno de los principales avisos que suelen dar en esta parte los maestros de la vida espiritual, así para conocer la grandeza deste beneficio, como para la anihilacion (que llaman), que es para ver el hombre clara y palpablemente cómo de su parte no es mas que pura nada¹. Considera pues cómo hoy ha tantos años, y no mil años, ni cient años; sino de ayer acá: conviene

¹ Aug. in Soliloq. c. 33.

saber, de muy poco tiempo á esta parte, eras, á lo ménos cuanto al ánima, nada, y fuiste ab eterno nada, y pudieras ser para siempre nada, que es ser ménos que tierra, ménos que aire, y ménos aun que una paja : finalmente nada.

Mira luego cómo esa nada no pudo hacer á sí misma algo, ni tampoco merescer que otro la hiciese algo; pues lo que no es, ni puede obrar ni merescer. Pues estando tú en esas tinieblas, y en ese abismo tan profundo de la nada, plugo á aquella infinita bondad y misericordia, ante todo merescimiento, y por pura gracia, usar contigo de su virtud y omnipotencia, y sacarte con su poderosa mano de aquellas tinieblas, y de aquel abismo tan profundo del no sér al sér, y hacer que fueses algo. Y, como dice Sant Augustin ¹, no cualquiera algo; no piedra, no ave, no serpiente; sino hombre, que es una de las mas nobles criaturas del mundo. Él te dió ese sér que tienes, él compuso y organizó ese cuerpo tuyo, y lo guarnesció por todas partes, así de miembros como de sentidos, con tan maravillosa providencia y artificio, que cada uno dellos, si bien se considera, es por sí una grande maravilla, y muy grande beneficio. Este es aquel beneficio que humildemente reconocia el santo Job, cuando decia ²: Tus manos, Señor, me hicieron y formaron todo entero en derredor. Acuérdate, Señor, que así como de una masa de barro me heciste, y que en esta misma me volverás. De piel y de carne me vestiste, compusísteme de hue-

¹ Lib. I Confes. c. 2, 6, 20, et in Soliloq. c. 28, 31, et 7 et 8. — ² Job, x.

sos y nervios, dísteme vida y misericordia, y guardaste mi espíritu con tu visitacion.

Pues ¿qué diré de la nobleza de tu ánima, y de la alteza del fin para que fué criada, y de la imágen y capacidad que tiene? La imágen es la del mismo Dios; porque en hecho de verdad no hay cosa en la tierra que mas se parezca á Dios, ni por donde mas claro podamos venir en conocimiento dél. Por donde los filósofos antiguos, y señaladamente Anaxágoras, no supieron otro nombre conveniente que poner á Dios, sino Mente, que es lo mismo que ánima racional, por la grande semejanza que hallaba entre Dios y ella. Y de aquí nasce el no poder ser entendida perfectamente la substancia de nuestra ánima; porque como ella sea tan semejante á aquella divina substancia, la cual no puede ser en esta vida conocida, así tampoco ella lo puede ser.

Pues el fin para que esta noble criatura fué criada es conforme á esta dignidad; porque constanos que fué criada para ser participante de aquella bienaventurada gloria y felicidad de Dios: para morar en su casa, para comer en su mesa, para gozar de lo que goza, y vestir la misma ropa de inmortalidad que él viste, y reinar para siempre con él. Y de aquí le viene al ánima esta maravillosa capacidad que tiene, la cual es tan grande, que todas las criaturas y riquezas del mundo juntas no son mas parte para hinchar el seno de su capacidad, que un grano de mijo el espacio de todo el mundo.

¿Pues con qué pagaremos al Señor esta dádiva tan grande? Si tanto debemos á los padres carnales por haber sido alguna parte en la fábrica

deste cuerpo, ¿cuánto mas deberémos á aquel Padre eterno, que por medio dellos formó el cuerpo, y sin ellos crió el ánima, que es sin comparación mas excelente que el cuerpo, y sin la cual el cuerpo no seria mas que un muladar hediondo? ¿Qué son los padres sino un instrumento con que hizo Dios una pequeña parte desta obra? Pues si tanto debes al instrumento de la obra, ¿cuánto mas deberás al principal agente que la hizo? Y si tanto debes al que entendió en hacer una parte, ¿cuánto mas deberás al que lo hizo todo? Si en tanto precio estimas la espada con que se ganó una ciudad, ¿en cuánto mas debes estimar al mismo rey que la ganó?

§ XL.

Del beneficio de la conservacion.

Y no contento con haberte criado en tanta dignidad y gloria, él mismo es el que despues de criado te conserva en ella, como él mismo lo dice por Isaías ¹: Yo soy tu Señor Dios, que te enseño lo que te conviene saber, y te gobierno por el camino que andas. Muchas madres contentas con solo el trabajo de haber parido los hijos, no se quieren encargar de la crianza dellos, sino buscan para esto una ama que las descargue. Mas acá no es así, sino que el mismo Señor se quiso encargar de todo, de tal manera, que él es la madre que nos engendró, y el ama que nos cria con la leche y regalo de su providencia, segun que

¹ Isai. XLVIII.

él mismo lo testifica por un profeta, diciendo ¹: Yo era como ama de Efraim, y los traia en mis brazos, y ellos no entendieron el cuidado que yo tenia dellos. De manera que un mismo es el hacedor y el conservador de todo lo hecho, y así como sin él nada se hizo, así tambien sin él todo se desharia. Lo uno y lo otro confiesa claramente el profeta David por estas palabras ²: Todas las cosas, Señor, esperan de tí que les des su racion y mantenimiento á sus tiempos; y dándoselo tú, lo reciben; y extendiendo tú la mano de tu largueza, son llenas y abastadas de todo lo que han menester. Mas apartando tú el rostro dellas, luego se turbarán, y desfallecerán, y se volverán á aquel mismo polvo de que fueron hechas. De manera que así como todo el movimiento y concierto de un reloj depende de las ruedas que lo traen y llevan en pos de sí, de tal modo que si ellas parasen, luego todo aquel artificio y movimiento pararia; así todo el artificio desta gran máquina del mundo depende de solo el peso de la divina Providencia; de tal manera que si ella faltase de por medio, todo lo demas luego faltaria.

Mas ¿qué tantos beneficios (si piensas) encierra en sí este beneficio? Todos cuantos puntos y momentos tienes de vida son partes deste beneficio, pues en ninguno dellos podrias vivir ni permanecer, si apartase Dios un punto sus ojos de tí. Todas cuantas criaturas hay en el mundo son parte deste beneficio, pues todas ellas vemos que sirven para este fin. De manera que tuyo es el

¹ Osee, xi. — ² Psalm. ciii.

cielo, y la tierra, y el sol, y la luna, y las estrellas, y la mar, y los peces, y las aves, y los árboles, y los animales, y finalmente todas las cosas, pues todas ellas están dedicadas á tu servicio. Este es aquel beneficio de que tanto se maravillaba el Profeta cuando decia ¹: ¿Qué cosa es, Señor, el hombre, porque así te acuerdas dél; ó el hijo del hombre, porque así lo visitas? Hecís-tele un poco menor que los ángeles, coronástele de gloria y de honra, y distele señorío sobre todas las obras de tus manos. Todas las cosas pusiste debajo de sus piés: las ovejas, las vacas y todos los animales del campo; las aves del cielo, y los peces de la mar, que caminan por las sendas de la mar. ¡Oh Señor Dios nuestro, cuán maravilloso es tu nombre en toda la tierra!

Y no contento con haber diputado para este fin todas las criaturas visibles, tambien quiso por su gran misericordia diputar las invisibles, que son aquellas nobilísimas inteligencias que asisten delante dél, y ven su divina cara; pues, como dice Sant Pablo ², todos son oficiales en esta gran casa y familia de Dios, á quien está encomendada la tutela y guarda de los hombres. Finalmente todo el mundo ocupó en tu servicio, para que tú te ocupases en el suyo, y no quiso que debajo del cielo ni sobre el cielo hoviese criatura exempta de tu aprovechamiento, porque dentro de tí no hoviese cosa que lo estuviese de su servicio.

Y aunque todo esto pases de corrida, no debes pasar así las mercedes que Dios te ha hecho en haberte librado de infinitos acaescimientos y mi-

¹ Psalm. viii. — ² Hebr. i; Matth. xviii.

serias que cada dia vemos acaescer á los otros hombres. A uno ves tollido , á otro ciego , á otro manco , á otro perniquebrado , á otro con los dolores de la piedra , ó de la gota , ó con otros males semejantes. Porque en hecho de verdad no es otra cosa este mundo , sino un piélago de infinitos trabajos , y apénas hallarás casa en toda esta tierra de Egipto , donde no haya su gemido y su dolor ¹. Pues dime agora : ¿quién te dió á tí esa bula de exempcion? quién te hizo tan privilegiado , que entre tantas maneras de lisiados estés tú sano? entre tanta muchedumbre de caidos , estés en pié? ¿No eres tú hombre como todos , y pecador como todos , y hijo de Adam como todos? Pues si todos estos males vienen , ó por parte de la naturaleza , ó por parte de la culpa ; habiendo en tí las mismas causas , ¿cómo no hay los mismos efectos? Pues , ¿quién suspendió los efectos destas causas , quién detuvo las corrientes de las aguas para que tú no perezieses en este commun diluvio , sino sola la divina gracia? Pues echada bien esta cuenta hallarás que todos los males del mundo son beneficios tuyos , y que por cada uno dellos debes especial agradescimiento y amor. De manera que por el beneficio pasado hallamos que todos los bienes del mundo son beneficios tuyos , pues todos sirven para tu conservacion ; mas agora por este conoscemos que tambien todos los males del mundo son beneficios tuyos , pues de todos ellos te ha librado este Señor.

¹ Exod. xii.

§ XLI.

Del beneficio de la redempcion.

Vengamos al beneficio inestimable de nuestra redempcion; aunque mejor fuera adorar este misterio con un sancto silencio, que hablar dél tan bajamente con lengua mortal. Perdiste por tu culpa aquella primera inocencia y gracia en que fuiste criado, y pudiera justamente aquella divina equidad dejarte en aquel estado miserable, como dejó al demonio, sin haber quien se lo demandara, y no lo quiso hacer; sino ántes por el contrario trocando las iras en misericordias, acordó de hacer mayores mercedes, quando habia recibido mayores ofensas. Y pudiendo él remediar este daño con enviar un ángel, ó un arcángel, ó de otras muchas maneras, no quiso sino venir él mesmo en persona, y pudiendo venir con majestad y gloria, quiso venir con humildad y pobreza, para enamorarte mas de sí con este beneficio, y obligarte á mas con este ejemplo, y redimirte mas copiosamente con tan gran tesoro, y darte mas claro á conocer lo mucho que te queria, para que así le quisieses; y lo mucho que en él tenias, para que en él esperases. Esto es lo que con mucha razon encaresce el profeta Isaías por aquellas palabras que, segun la traslacion de los Setenta, dicen así ¹: En todas las tribulaciones de los hombres no se fatigó ni cansó de padecer por ellos; y no quiso enviarles embajador ni ángel

¹ Isai. LXIII, Septuag. apud D. Hierony. in comment. super Isai.

para que los redemiese, sino él mismo en persona por la grandeza de su piedad quiso venir á redimirlos, y traerlos sobre sus hombros todos los dias del siglo, aunque ellos conocieron mal este beneficio, y entristecieron y provocaron á ira al Espíritu Santo.

Y si tanto debes á este Señor porque él mismo en persona quiso venir á redimirte, ¿cuánto mas le deberás por la manera en que te redimió, que fué con tan grandes trabajos ¹? Gran beneficio es por cierto que el rey perdone al ladron los azotes que meresce; mas que el mismo rey los quiera recibir en sus espaldas por él, este es sin comparacion beneficio mayor. ¿Cuántos beneficios encierra en sí este beneficio? Alza los ojos á aquel sancto madero, y mira todas las heridas y dolores que padesce allí el Señor de la Majestad, porque cada una dellas es un beneficio por sí, y grandísimo beneficio. Mira aquel innocentísimo cuerpo todo sangriento, sembrado de tantas llagas y cardenales, y reventada la sangre por tantas partes. Mira aquella santa cabeza caida de flaqueza y derribada sobre los hombros; y aquella divina cara en que desean mirar los ángeles, cómo está desemejada y arroyada con los hilos de sangre, á unas partes reciente y colorada, á otras fea y denegrida. Mira aquel mas hermoso rostro de todos los criados, y aquella cara que era comun deleite de los ojos que la miraban, cómo ha perdido ya toda la flor de su belleza. Mira aquel sancto Nazareo mas puro que la nieve ², mas blanco que la leche, mas colorado que el marfil

¹ Ex S. Leone Pap. in serm. Annunciat.

² Thren. iv.

antiguo, cómo está mas escurecido que los carbones, y tan desemejado y afeado, que apenas podrá de los suyos ser conocido. Mira aquella sagrada boca amarilla y mortecina, y aquellos labios cárdenos y denegridos, cómo se mueven á pedir perdon y misericordia para sus mismos atormentadores ¹.

Finalmente por do quiera que le mirares, hallarás que no hay en él una sola parte libre de dolor, sino que todo él de piés á cabeza está cubierto de heridas. Aquella frente clara, y aquellos ojos mas hermosos que el sol, están ya escurecidos y defunctos con la sangre y presencia de la muerte. Aquellos oídos que oyen los cantares del cielo, oyen blasfemias de pecadores. Aquellos brazos tan bien formados, y tan largos que abrazan todo el poder del mundo, están desconjuntados y tendidos en el madero. Aquellas manos que criaron los cielos, y no hicieron mal á nadie, están enclavadas y desgarradas con duros clavos. Aquellos sagrados piés que nunca anduvieron por el camino de los pecadores, están mortalmente heridos y traspasados. Y sobre todo esto mira aquella cama donde yace y donde duerme aquel Esposo celestial al mediodía ², cuán estrecha es, y cuán dura: cómo no tiene allí sobre que reclinar la cabeza. ¡Oh cabeza de oro, cómo te veo por mi amor tan fatigada! Oh cuerpo sancto del Espíritu Sancto concebido, cómo te veo por mi amor tan herido y maltratado! ¡Oh dulce y amoroso pecho! ¿qué quiere decir esa llaga, esa tan grande abertura? ¿Qué quiere decir tanta san-

¹ Luc. XXIII. — ² Cant. 1.

gre? ¡Ay de mí, cómo te veo por mi amor fuertemente alanceado! ¡Oh Cruz rigurosa, no estés agora tan yerta, ablanda un poco tu dureza, inclíname esas ramas altas, abájame ese tan precioso fructo, para que lo pueda yo gustar. ¡Oh crueles clavos, dejad esos piés y manos inocentes, venid á mi corazon, y heridlo, que yo soy el que pequé, y no él. ¡Oh buen IESU! qué á tí con tantos dolores, qué á tí con la muerte, y con los clavos, y con la Cruz? Verdaderamente con mucha razon dijo el Profeta ¹: Muy ajena y peregrina será su obra de quien él es. ¿Qué cosa mas ajena ni mas peregrina para la vida que la muerte, y para la gloria que la pena, y para la summa sanctidad y inocencia, que imágen de pecador? Ciertamente, Señor, ese título y esa figura peregrina es para tí. ¡Oh verdadero Jacob ², que con ropas ajenas y hábito peregrino nos ganaste la bendicion del Padre, pues tomando en tí imágen de pecador, nos ganaste victoria contra el pecado! ¡Oh inefable bondad! oh misericordia no debida! oh amor nunca pensado! oh incomprendible caridad! Dime, Señor, ¿qué viste en nosotros, qué servicio te hecimos, con qué obras te obligamos á pasar tales tormentos? ¡Oh maravillosa largueza, que sin haber de nuestra parte ningun merescimiento, ni de la tuya ninguna necesidad, quisiste por sola tu gracia y misericordia remediarnos por esta via! Aparecido ha, dice el Apóstol ³, la benignidad y clemencia de nuestro Salvador, no por las obras de justicia que nosotros hecimos, sino por su gran misericordia,

¹ Isai. XXVIII. — ² Genes. XXVII. — ³ Tit. III.

por la cual nos hizo salvos. ¡Oh cuánto deseaba este Señor que sintiésemos esta misericordia, cuando por Isaías dijo aquellas palabras tan de notar¹: No me invocaste, Jacob; ni trabajaste en mi servicio, Israel: no me ofreciste tus carneros en holocausto, ni con tus sacrificios me glorificaste; mas con todo esto me heciste servir en tus pecados, y me diste bien en que entender con tus maldades. Yo soy, yo soy el que perdono tus pecados por amor de mí, y el que nunca mas dellos me acordaré. Tráeme á la memoria, y entremos, si quieres, en juicio; y mira si tienes algo con que seas justificado.

Pues ¡oh clementísimo y dulcísimo Señor! ¿qué hay en mí con que te pueda yo pagar tan grande beneficio? Si yo tuviese todas las vidas de los hijos de Adam, y todos los dias y años del siglo, y todos los trabajos de los hombres que son, fuéron y serán; todo esto seria nada para pagarte el menor de los trabajos que padeciste por mí. Y pues por ninguna via puedo salir desta deuda, páguele yo siquiera, Dios mio, con nunca jamas olvidarme della. Pidote, Señor, por las entrañas de tu inmensa caridad, que así hieras mi corazon con tus heridas, y así embriagues mi ánima con tu sangre, que á do quiera que me volviere, siempre te vea crucificado; y do quiera que pusiere los ojos, todo me parezca resplandescer con tu sangre. Esta sea toda mi consolacion, estar siempre crucificado contigo; y esta toda mi afliccion, pensar otra cosa fuera de tí. Mira, Dios mio, el precio por que me compraste; y no permitas que

¹ Isai. XLIII.

un tan precioso tesoro haya sido derramado en balde por mí ; ni que yo sea como el hijo abortivo, al cual pare su madre con gran dolor , y él no goza del fructo de la vida.

§ XLII.

Del cuarto beneficio de la vocacion.

Despues desto piensa en el beneficio de la vocacion ó llamamiento de Dios, sin el cual todos los otros beneficios suelen ser para mayor condenacion del hombre. Aquí es de saber que son dos los llamamientos divinos ; uno á la fe, mediante el sacramento del bautismo ; y otro á la gracia, despues de perdida aquella innocencia primera baptismal.

Considera pues , qué tan grande fué el beneficio del primer llamamiento mediante el sancto bautismo, donde fuiste alimpiado del pecado original, y librado del poder del demonio, y hecho hijo de Dios, y heredero de su reino. Allí tomó él tu ánima por esposa, y la adornó con atavíos convenientes á tal estado, que es con la gracia, y con las virtudes y dones del Espíritu Sancto, y con otras muy mas ricas joyas y dones que las que se dieron á Rebeca quando la tomaron por esposa de Isaac ¹. Pues ¿qué heciste tú por donde merecieses un tan grande beneficio como este? ¿Cuántos millares, no ya de hombres, sino de naciones y gentes, por justo juicio de Dios no alcanzan este bien? ¿Qué fuera de tí si nascieras

¹ Genes. xxiv.

entre ellas, carescieras del conocimiento del verdadero Dios, y adoraras piedras y palos? ¿Cuánto debes al Señor que entre tanta muchedumbre de perdidos quiso que acertases tú á ser del número de los ganados, y de aquellos que hobiesen de nacer en los brazos de la Iglesia, y criarse con la leche de los apóstoles y con la sangre de Cristo?

Y si despues de la gracia deste llamamiento perdiste por tu culpa la inocencia del baptismo, y con todo esto el Señor tuvo por bien de llamarte segunda vez, ó muchas veces, ¿qué tanto le deberás por este beneficio? ¿Cuántos beneficios se encierran en este beneficio? Un beneficio fué aguardarte tanto tiempo, y darte espacio de penitencia, y sufrirte en aquel estado de la culpa, sin cortar el árbol infructuoso que ocupaba la tierra, y recibia en vano las influencias del cielo ¹. Otro beneficio fué sufrirte tantos y tan enormes pecados, sin echarte en el infierno por ellos; donde por ventura estarán otros muchos penando por menores delitos que los tuyos. Otro beneficio fué enviarte tantas buenas inspiraciones y propósitos, aun en medio de tus mismos delitos, y perseverar tanto tiempo en llamar á quien no hacia otra cosa sino ofender á su llamador. Otro beneficio fué dar finalmente conclusion á tan largas porfias, y llamarte con tan poderosa voz, que con ella resuscitases de muerte á vida, y salieses como otro Lázaro del sepulcro tenebroso de tus maldades ², no ya atado de piés y manos, sino suelto y libre de las prisiones del enemigo. Mas sobre

¹ Luc. xiii. — ² Ioan. xi.

todo esto, ¿qué beneficio fué darte allí, no solo perdon de las culpas pasadas, sino tambien gracia para no volver á ellas, con todos los otros atavíos que al hijo pródigo se dieron en su recibimiento ¹, con los cuales anduvieses como hijo de Dios, y burlases del demonio, y triunfases del mundo, y tomases gusto en las cosas de Dios, que ántes te eran desabridas; y desgusto en las del mundo, que ántes te eran tan sabrosas?

Pues ¿qué será si demas desto consideras á cuántos otros se negó este beneficio que á tí se concedió tan de gracia? ¡Y siendo tú pecador como ellos, y tan indigno deste llamamiento como ellos, que quedándose ellos en su mal estado, te pusiese Dios á tí en estado de salud y de gracia! ¿Con qué agradescimiento, con qué servicio le podrás pagar esta merced? ¿Qué sentirás cuando por virtud deste llamamiento te veas algun dia gozando para siempre de Dios en el cielo, y veas á otros compañeros y conocidos tuyos por falta de semejante gracia estar penando para siempre en el infierno? ¡Oh cuánto hay que pensar en esta gracia! Dime: cuando aquel dichoso ladron que con una palabra compró la vida perdurable ², se vea en tan grande gloria como agora posee, y vea su compañero en tan grande tormento como es el del infierno, y se acuerde que él tambien era ladron como él, y pagaba por sus hurtos como él ³, y poco ántes blasfemaba de Cristo como él; y que con todo esto se inclinaron aquellos ojos divinos á mirar á él, y darle tan grande luz, dejando al otro en sus tinieblas, ¿qué gracias te

¹ Luc. xv. — ² Luc. xxiii. — ³ Hieronymus ita sensit super c. xxvii Matthæi.

paresce que dará por esta gracia? cómo se alegrará con tan grande beneficio? cómo se maravillará de tan grande juicio? con qué amor amará á aquel que lo quiso prevenir con un don tan admirable? Pues si te paresce grande este beneficio, acuérdate que no es otro el que á tí se hizo por Cristo, cuando este mesmo Señor puso sus ojos piadosos en tí, dejando de llamar con esta manera de llamamiento á tu vecino ó amigo, que por ventura le habia ofendido ménos que tú. Mira pues lo que por esto debes al Señor, y la razon que aquí se te ofresce para desear morir por su amor.

Sobre todo esto considera cuánto le costó al Salvador este beneficio, que á tí se dió tan de balde ¹. A tí se dió de pura gracia, y á él le costó la sangre y la vida; pues nos consta que sin ella no pudieran ser perdonados nuestros pecados, ni curadas nuestras llagas. Dicen del pelícano que saca los hijos muertos, y que como así los ve, hiere su pecho con el pico hasta que lo hace manar sangre, con la cual rociados los hijuelos reciben calor y vida. Pues si tú quieres sentir qué tan grande sea este beneficio, haz cuenta que cuando tú estabas en tus pecados muerto, aquel piadoso pelícano movido con entrañas de compasion, hirió su sagrado pecho con una lanza, y roció las llagas mortales de tu ánima con las suyas, y así con su muerte te dió vida, y con sus heridas sanó las tuyas. No seas pues ingrato á tan grande y tan costoso beneficio; sino acuérdate, como te lo amonesta el Señor ², deste dia, en el cual

¹ Vide August. lib. XIII de Trinitat. c. 10.

² Exod. xiii.

saliste de Egipto. Este fué tu pascua, este el día de tu resurrección; pues en él pasaste por el mar Bermejo de la sangre de Cristo á la tierra de promisión ¹, y en él resuscitaste de muerte á vida.

§ XLIII.

De los beneficios particulares.

Estos son los beneficios generales. Hay otros particulares que se hacen á cada uno, los cuales no puede conocer sino el mismo que los ha recibido. En esta cuenta se ponen muchas maneras de bienes, ó de fortuna, ó de naturaleza, ó de gracia, que el Señor habrá dado á cada uno en particular ²; y asimismo muchos males y peligros, así de cuerpo como de ánima, de que por su misericordia le habrá librado; por los cuales beneficios se debe también su agradescimiento como por los pasados; porque son mas ciertas prendas del particular amor y providencia que el Señor tiene de nosotros. Estos tales beneficios no se pueden escribir en libros; mas débelos cada uno escribir en su corazón, para juntarlos con estos, y dar gracias al Señor por ellos.

Hay otros aun mas ocultos, que el mismo que los ha recibido no conoce, como son algunos peligros y lazos ocultos que el Señor suele prevenir y atajar con su providencia, porque entiende el daño que nos podrian hacer si él no los atajase ³. ¿Quién sabe cuántas tentaciones habrá

¹ Exod. xiv. — ² Vide Aug. lib. II Confes. c. 7, et Bernard. in serm. de 7 misericordiis. — ³ D. Aug. in Soliloq. c. 15 et 16.

Dios excusado al hombre, y de cuántas ocasiones de pecar le habrá librado, y cuántas veces habrá cortado los pasos, y desarmado los lazos al enemigo, para que no cayésemos en ellos ¹? Del sancto Job dijo el mismo demonio que le tenia Dios cercado por todas partes, para que ninguna cosa le pudiese dañar ²; y así suele este Señor traer á los suyos guardados como un vaso de vidrio en su vasera, para que nada les empezca.

Podrá tambien el hombre haber recebido de Dios algunos dones secretos sin que él mismo sepa dellos, así como tambien puede y suele haber muchos pecados ocultos, que el mismo que los hace no conoce. Pues así como por este género de pecados debemos cada dia hacer oracion con el Profeta, y decir: De mis pecados ocultos líbrame, Señor ³; así tambien por aquel linaje de beneficios debemos cada dia darle gracias, para que desta manera ni quede pecado sin penitencia, ni beneficio sin agradescimiento.

CAPÍTULO X.

Siguense las otras siete meditaciones de los mismos dias de la semana por la mañana.

EL LÚNES POR LA MAÑANA.

Este dia hecha la señal de la Cruz, con la preparacion que adelante se pondrá en el § IV, se ha de pensar en el lavatorio de los piés, y la institucion del sanctísimo Sacramento.

¹ Luc. xxii, ibi: Simon, Simon. — ² Job, i.

³ Psalm. xviii.

El texto de los evangelistas dice así ¹ :

Como se allegase ya la hora de la cena, asentóse el Señor á la mesa, y los doce apóstoles con él, y dijoles : Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua ántes que padezca. Y estando ellos cenando, dijo : En verdad os digo que uno de vosotros me ha de vender. Y entristecidos mucho con esta palabra, comenzaron cada uno á decir : ¿Por ventura soy yo, Señor? Y respondiöles, diciendo : El que mete conmigo la mano en el plato, ese me venderá. Y el hijo de la Virgen va su camino así como está escripto del ; mas ¡ay de aquel hombre por quien él será vendido! Bueno le fuera no haber nascido. Y respondiendo el mismo Júdas, que lo habia de vender, dijo : ¿Por ventura soy yo, Señor? Respondióle el Señor : Tú lo dijiste.

² *Acabada la cena, levantóse de la mesa, y quitóse las vestiduras ; y como tomase un lienzo, ciñóse con él, y echó agua en un vacin, y comenzó á lavar los piés de sus discípulos, y á limpiarlos con el lienzo que se habia ceñido. Llegó pues á Simon Pedro. Díjole Pedro : Señor, ¿tú me quieres lavar los piés? Respondióle Jesus, y díjole : Lo que yo hago, no lo sabes tú agora ; saberlo has despues. Dice Pedro : Nunca jamas tú me lavarás los piés. Respondióle Jesus, y díjole : Si no te lavare, no ternás parte en mí. Dice Simon Pedro : Señor, desa manera, no solamente los piés sino tambien las manos y la cabeza. Dícele Jesus : El que está lavado, no tiene necesidad que le laven mas que los piés, porque todo lo demas está limpio. Y vosotros*

¹ Matth. xxvi ; Marc. xiv ; Luc. xxii ; Ioan. xiii.

² Ioan. xiii.

ya estais limpios, aunque no todos. Sabia el quien era el que lo habia de vender, y por esto dijo: No todos. Pues como acabó de lavar los piés, tomó sus vestiduras, y tornándose á asentar, dijoles: ¿Entendeis esto que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y bien decís; porque de verdad lo soy. Pues si os he lavado los piés, siendo vuestro Señor y Maestro; vosotros debeis tambien unos á otros lavaros los piés. Porque ejemplo os he dado en esto, para que como lo hice, así vosotros lo hagais.

¹ Acabado el lavatorio, tomó el pan, y bendijo, y partiolo, y diolo á sus discipulos, diciendo: Tomad, y comed: este es mi cuerpo. Y tomando tambien el cáliz, dió gracias, y entregóselo, diciendo: Bebed todos deste cáliz, porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por muchos será derramada en remision de los pecados. Y todas las veces que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de mi.

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Contempla pues, ó ánima mia, en esta cena á tu dulce y benigno Jesu, y mira el ejemplo de inestimable humildad que aquí te da, levantándose de la mesa, y lavando los piés de sus discipulos. Ó buen Jesu, ¿qué es eso que haces? Ó dulce Jesu, ¿por qué tanto se humilla tu majestad? ¿Qué sintieras, ánima mia, si vieras allí á Dios arrodillado ante los piés de los hombres, y ante los piés de Júdas? ¡Oh cruel! ¿cómo no se te ablanda el corazon con esa tan grande humil-

¹ Matth. xxvi; Marc. xiv; Luc. xxii; I Cor. xi.

dad? Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas determinado de vender este mansísimo Cordero? Es posible que no te hayas agora compungido con este ejemplo? ¡Oh blancas y hermosas manos! ¿cómo podeis tocar piés tan sucios y abominables? Oh purísimas manos! ¿cómo no teneis asco de lavar piés enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? Mirad, ó espíritus bienaventurados, qué hace vuestro Criador. Salid á mirar dende esos cielos, y verlo heis arrodillado ante los piés de los hombres; y decid si usó jamas con vosotros de tal linaje de cortesía. Señor, oí tus palabras, y temí; consideré tus obras, y quedé espantado¹. Ó apóstoles bienaventurados, ¿cómo no temblais viendo esa tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces? ¿Por ventura consentirás que el Señor de la Majestad te lave los piés?

Maravillado y atónito Sant Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó á decir²: ¿Tú, Señor, lavas á mí los piés? ¿No eres tú hijo de Dios vivo? ¿No eres tú el Criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? ¿Pues tú quieres á mí lavar los piés? ¿Tú, Señor de tanta majestad

¹ Habac. iii. — ² A quo incepit secundum D. Aug. quem sequitur D. Thom. super Ioannem, c. xiii. Chrys. vero homil. LXX super Ioan. tenet quod à Iuda proditore incepit. At D. Cyprian. in sermone ablutionis pedum, habet quod Iudas exivit ante pedum ablutionem. Quæ sententia textui sacro repugnat, et ipsimet Cypr. in serm. de patientia: unde merito, sermo ille negatur esse Cyprian.

y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza? ¿Tú que fundaste la tierra sobre sus cimientos, y la hermoseaste con tantas maravillas? ¿Tú que encierras el mundo en la mano, mueves los cielos, gobiernas la tierra, divides las aguas, ordenas los tiempos, dispones las causas, beatificas los ángeles, enderezas los hombres, y riges con tu sabiduría todas las cosas? ¿Tú has de lavar á mi los piés? ¿A mí, que soy un hombre mortal, un poco de tierra y ceniza, y un vaso de corrupcion, una criatura llena de vanidad, de ignorancia, y de otras infinitas miserias; y lo que es sobre toda miseria, llena de pecados? ¿Tú, Señor, á mí, Tú, Señor de todas las cosas, á mí el mas bajo de todas ellas? La alteza de tu majestad, y la profundidad de mi miseria, me hace fuerza que tal cosa no consienta. Deja pues, Señor mio, deja para los siervos ese oficio; quita esa tohalla, toma tus vestiduras, asíentate en tu silla, y no me laves los piés. Mira no se avergüencen desto los cielos, viendo que con esa cerimonia los pones debajo de la tierra, pues las manos en quien el Padre puso los cielos y todas las cosas, vienes á poner debajo de los piés de los hombres. Mira no se afrente desto toda la naturaleza criada, viéndose puesta debajo de otros piés que los tuyos. Mira no te desprecie la hija del rey Saul¹, viéndote con ese lienzo vestido á manera de siervo, y diga que no quiere recebir por esposo ni por Dios al que ve entender en oficio tan vil.

Esto decia Pedro como hombre que aun no sen-

¹ II Reg. vi.

tia las cosas de Dios, y como quien no entendia cuánta gloria estaba encerrada en esta obra de tan gran bajeza. Mas el Salvador, que tan bien lo conocia y tanto deseaba dejarnos en aquella sazon por memoria un tan maravilloso ejemplo de humildad, satisfizo á la simplicidad de su discípulo, y llevó adelante lo comenzado. «Aquí es
«mucho de notar cuánto es lo que este Señor hizo
«por hacernos humildes *, pues estando tan á la
«puerta de su Pasion, donde habia de dar tan
«grandes ejemplos de humildad que bastasen para asombrar cielos y tierra, no contento con esto,
«quisiese aun añadir este mas á todos ellos, para
«dejar mas encomendada esta virtud. ¡Oh admirable virtud! cómo deben ser grandes tus riquezas, pues tanto eres alabada; y cómo no deben ser conocidas, pues por tantas vias nos eres
«encomendada! ¡Oh humildad predicada y enseñada en toda la vida de Cristo ¹, cantada y alabada por boca de su Madre, flor hermosísima
«entre las virtudes, divina piedra iman que atraes
«á tí al Criador de todas las cosas! El que te desechare, será de Dios desechado, aunque esté
«en lo mas alto del cielo; y el que te abrazare,
«será de Dios abrazado, aunque sea el mayor pecador del mundo. Grandes son tus gracias y maravillosos tus efectos. Tú aplaces á los hombres,
«agradas á los ángeles, confundes á los demonios, y atas las manos al Criador. Tú eres fundamento de las virtudes, muerte de los vicios,
«espejo de las vírgines, y hospedería de toda la
«sanctísima Trinidad. Quien allega sin tí, der-

* Loores de la humildad. — ¹ Luc. 1.

«rama ; quien edifica , y no sobre tí , destruye ;
 «quien amontona virtudes sin tí , el polvo lleva
 «ante la cara del viento. Sin tí la vírgen es des-
 «echada de las puertas del cielo , y contigo la pú-
 «blica pecadora es recebida á los piés de Cristo.
 «Abrazad esta virtud , las vírgines ¹ ; porque por
 «ella os aproveche vuestra virginidad. Buscadla
 «vosotros , religiosos ; porque sin ella será vana
 «vuestra religion. Y no ménos vosotros , los le-
 «gos ; porque por ella seréis librados de los lazos
 «del mundo. »

Despues desto considera cómo acabando de la-
 var los piés , los alimpia con aquel sagrado lienzo
 con que estaba ceñido ; y sube mas arriba con los
 ojos del ánima , y verás allí representado el mis-
 terio de nuestra redempcion. Mira cómo aquel
 lienzo recogió en sí toda la inmundicia de aque-
 llos piés que estaban sucios , y así ellos quedaron
 limpios , y el lienzo por el contrario quedaria todo
 manchado y sucio despues de acabado aquel ofi-
 cio. ¿ Pues qué cosa mas sucia que el hombre con-
 cebido en pecado , y qué cosa mas limpia y mas
 hermosa que Cristo concebido del Espíritu Sancto ?
 Blanco y colorado es mi amado (dice la Esposa),
 y escogido entre millares ². Pues este tan hérmoso y
 tan limpio quiso recibir en sí todas las manchas y
 fealdades de nuestras ánimas : conviene saber,
 las penas que merecian nuestros pecados ; y de-
 jándolas limpias y libres dellas , él quedó (como
 ves en la Cruz) amancillado y aseado con ellas.
 Por esto con mucha razon se maravillan los án-
 geles desta tan extraña fealdad , y preguntan por

¹ Luc. vii. — ² Cant. v.

Isaías, diciendo ¹ : ¿ Por qué, Señor, traes teñidas las vestiduras de color de sangre, y manchadas y sucias como las de los que pisan uvas en lagar? Pues si esta sangre y estas manchas son ajenas (conviene saber de nuestras culpas), dime, Rey de gloria, ¿ no tuvieran mejor los hombres su merecido que no tú? ¿ No estuviera mejor la basura en su muladar que no en tí, espejo de hermosura? ¿ Qué piedad te hizo desear tanto la limpieza de mi ánima, que con tal costa y detrimento de tu hermosura me la dieses? ¿Cuál es el hombre que con un lienzo labrado de oro se pusiese á limpiar un plato sucio y desportillado? Bendito seas tú, Señor Dios mio, y bendigante tus ángeles para siempre, pues quisiste venir á ser como un estropajo del mundo, recibiendo en tí todas nuestras fealdades y miserias (que son las penas de nuestras culpas), para dejarnos libres dellas.

Despues desto considera aquellas palabras con que dió fin el Salvador á esta historia, diciendo ² : Ejemplo os he dado, para que como yo hice, así vosotros hagais. Las cuales palabras no solo se han de referir á este paso y ejemplo de humildad, sino tambien á todas las obras y vida de Cristo, porque ella es un perfectísimo dechado de todas las virtudes, especialmente de la que en este lugar se nos representa, que es humildad : como lo declara muy copiosamente el bienaventurado mártir Cipriano en un sermón por estas palabras ³. « Primeramente obra fué (dice él) de « grande paciencia y humildad, que aquella tan

¹ Isai. LXIII. — ² Ioan. XIII. — ³ In serm. III de bon. patient.

«alta Majestad quisiese descender del cielo á la
 «tierra, y vestirse de nuestro barro ¹, y que di-
 «simulada la gloria de su inmortalidad, se hi-
 «ciese mortal, para que siendo él inocente y sin
 «culpa, padeciese pena por los culpados. El Se-
 «ñor quiso ser bautizado del siervo ², y el que
 «venia á dar perdon de los pecados, quiso ser la-
 «vado con agua de pecadores. El que mantiene
 «todas las criaturas, ayunó cuarenta dias en el
 «desierto ³, y al cabo padesció hambre; porque
 «los que la teníamos de las palabras de Dios y de
 «su gracia, fuésemos abastados della. Peleó con
 «el demonio que le tentaba, y contento con ha-
 «ber vencido su enemigo, no le quiso hacer mas
 «mal que de palabra. A sus discípulos nunca des-
 «preció, como Señor á siervos; sino con caridad
 «y benevolencia, como de hermano, los trató. Y
 «no es de maravillar que desta manera se hobiese
 «con los discípulos obedientes, pues pudo sufrir
 «á Júdas hasta la fin con tan larga paciencia ⁴, y
 «comer en uno con su enemigo, y saber en lo que
 «andaba y no descubriello, ni desechar el beso del
 «que lo vendia con tan falsa paz. Pues ¿cuál fué
 «la paciencia que tuvo con los judíos hasta aque-
 «lla hora? ¿Cuánto trabajó por inclinar aquellos
 «corazones incrédulos á la fe con sus palabras?
 «Cuánto procuró por traer á sí aquellos desconos-
 «cidos con buenas obras? Cómo respondia á los
 «que le contradecian, con mansedumbre? Cómo
 «soportaba á los soberbios, con clemencia? Con
 «qué humildad daba lugar á la ira de sus enemi-
 «gos y perseguidores? Cómo trabajó por reco-

¹ Ioan I; Luc. I. — ² Matth. iii. — ³ Matth. iv.

⁴ Ioan. xiii.

«brar aquellos que habian sido matadores de pro-
 «fetas, y rebeldes contra Dios, hasta la hora de
 «la Cruz? Pues en la hora della ¹, ántes que vi-
 «niesen al derramamiento de su sangre, y de su
 «muerte cruel, ¿qué tan grandes fuéron las in-
 «jurias que les oyó con tanta paciencia, qué tan-
 «tos los escarnios que padesció? ¿Cómo rescibió
 «con tanta paciencia el escupir de aquellas infer-
 «nales bocas, el que con la saliva de la suya poco
 «ántes habia esclarecido los ojos del ciego? Có-
 «mo sufrió azotes aquel en cuyo nombre sus sier-
 «vos azotan con poderosa virtud á los demonios ²?
 «Cómo es coronado de espinas el que á sus már-
 «tires corona con flores eternas ³? Cómo es he-
 «rido en la cara con palmas el que da la palma de
 «la victoria á los vencedores? Cómo es despojado
 «de la ropa terrena el que con ropas de inmorta-
 «lidad viste los sanctos? Cómo es amargado con
 «hiel el que nos dió el pan de los cielos ⁴, y abre-
 «vado con vinagre el que nos dió el cáliz de
 «la salud ⁵? ¡Aquel tan inocente! ¡Aquel tan
 «justo! Mas ántes la mesma inocencia y la mes-
 «ma justicia, es contado con los ladrones, y la
 «verdad eterna es acusada con falsos testigos, y
 «el Juez del mundo es juzgado de los malos, y la
 «palabra de Dios callando, va á recibir senten-
 «cia de muerte. Y como en la hora de la cruz y
 «muerte del Salvador se escurezcan las estrellas ⁶,
 «y se turben los elementos, y tiemble la tierra,
 «y la noche encubra al día, y el sol por no ver
 «tal crueldad desvie sus ojos y rayos del mundo,

¹ Matth. xxvi, xxvii. — ² Ioan. ix. — ³ Ioan. xix.

⁴ Matth. xxvii. — ⁵ Marc. xv; Isai. liii.

⁶ Matth. xxvii.

«él no habla, ni se mueve, ni en el mismo trance
«de la muerte descubre la gloria de su majestad;
«sino hasta la fin continuadamente sufre aquella
«tan larga contienda, para dejarnos ejemplo de
«perfecta paciencia. Y despues de todo esto, si
«aquellos mismos carniceros y verdugos de su
«cuerpo se convierten á penitencia, en ese punto
«los rescibe, sin cerrar á nadie las puertas de su
«Iglesia. Pues ¿qué cosa puede ser de mayor
«benignidad y paciencia, que dar vida la sangre
«de Cristo al mismo que derramó la sangre de
«Cristo? Tal es y tanta la paciencia de Cristo¹,
«la cual si tal y tanta no fuera, no tuviera hoy á
«Sant Pablo la Iglesia.» Hasta aquí son palabras
de Cipriano.

§ I.

*Del Santisimo Sacramento, y de las causas por
que fué instituido.*

Una de las principales causas de la venida del Salvador al mundo fué querer encender los corazones de los hombres en el amor de Dios. Así lo dice él por Sant Lúcas: Fuego vine á poner en la tierra: ¿qué tengo de querer sino que arda? Este fuego puso el Salvador con hacer á los hombres tales y tan espantosos beneficios, y tan grandes obras de amor, que con esto les robáse los corazones, y los abrasase en este fuego de amor. Pues como todas las obras de su vida santísima sirvan para este propósito, señaladamen-

¹ Act. ix.

te sirven las que hizo en el fin de la vida, segun que lo significa el Evangelista Sant Joan, diciendo ¹: Como amase á los amigos que tenia en el mundo, en el fin señaladamente los amó; porque entónces les hizo mayores beneficios, y les dejó mayores prendas de amor. Entre las cuales una de las mas principales fué la institucion del sanctísimo sacramento: lo cual podrá entender muy á la clara quien atentamente considerare las causas de su institucion. Mas para esto abre tú, clementísimo Salvador, nuestros ojos, y danos lumbré para que veamos cuáles fuéron las causas que movieron tu amoroso corazón á instituirnos y dejarnos este tan admirable sacramento.

Para entender algo desto has de presuponer que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene á su esposa la Iglesia; y por consiguiente á cada una de las ánimas que están en gracia, porque cada una dellas es tambien esposa suya. Por esto una de las cosas que pedia y deseaba el apóstol Sant Pablo ², era que Dios nos diese á conocer la grandeza deste amor, el cual es tan grande que sobrepuja toda sabiduría y conocimiento criado, aunque sea el de los ángeles.

I. Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse desta vida, y ausentarse de su esposa la Iglesia; porque esta ausencia no le fuese causa de olvido, dejóle por memorial este sanctísimo sacramento, en que se quedaba él mesmo; no queriendo que entre él y ella hobiese otra menor prenda que despertase esta memoria, que

¹ Ioan. XIII. — ² Ephes. III.

él. Y así dijo entónces aquellas tan dulces palabras¹: Cada vez que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de mí; para que os acordeis de lo mucho que os quise, y de lo mucho que voy á hacer y padecer por vuestra salud.

II. Quería tambien el Esposo dulcísimo en esta ausencia tan larga dejar á su esposa compañía, porque no quedase sola; y dejóle la deste sacramento, donde se queda él mismo, que era la mejor compañía que le podia dejar.

III. «Quería tambien entónces ir á padecer «muerte por la esposa, y redemirla, y enriquecerla con el precio de su sangre. Y porque ella «pudiese quando quisiese gozar deste tesoro, de- «jóle las llaves dél en este sacramento; porque «como dice Sant Crisóstomo², todas las veces «que nos llegamos á él, llegamos á poner la bo- «ca en el costado de Cristo, y nos ponemos á «beber de su preciosa sangre, y á hacernos parti- «cipantes deste soberano misterio. Mira pues «cuáles sean los hombres, que por un poco de «pereza dejan de llegarse á este tan alto convite, «y de gozar un tan grande y tan inestimable te- «soro. Estos son aquellos malaventurados pere- «zosos, de quien dijo el Sabio³: Esconde el pe- «rezoso la mano en el seno, y déjase morir de «hambre, por no llevarla hasta la boca. ¿Qué «mayor pereza puede ser que por un tan peque- «ño trabajo, como es el aparejo para este sacra- «mento, dejar de gozar de un tal tesoro, que «vale mas que todo quanto Dios tiene criado?»

IV. Deseaba otrosí este celestial Esposo ser

¹ Luc. xxii; I Cor. xi. — ² Hom. LXXXIV sup. xix Ioan. prope medium. — ³ Prov. xix.

amado de su esposa con grande amor, y para esto ordenó este misterioso bocado, con tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido deste amor. ¡Oh misterio digno de estar impreso en lo íntimo de nuestros corazones! Dime, hombre: si un príncipe se aficionase tanto á una esclava, que viniese á tomarla por esposa, y hacerla reina y señora de todo lo que él tiene, ¿qué tan grande diríamos que habia sido el amor del príncipe que tal hiciese? Y si por ventura despues de hecho ya el casamiento, estuviese la esclava resfriada en el amor de tal esposo; y entendiendo él esto, anduviese perdido buscando algun bocado que darle á comer, con que la enamorase de sí, ¿qué tan excesivo diríamos que era el amor del príncipe que hasta aquí llegase? Pues, ¡oh Rey de gloria, que no se contentaron las entrañas de tu amor con tomar mi ánima por esposa (siendo como era esclava del enemigo), sino que viéndola aun con todo eso resfriada en tu amor, ordenaste de darle este misterioso bocado, y con tales palabras le transformaste, que tenga virtud para transformar en tí las ánimas que lo comieren, y hacerlas arder en vivas llamas de amor! No hay cosa que mas declare el amor, que el desear ser amado; y pues tú tanto deseaste nuestro amor, que con tales invenciones lo buscaste; ¿quién de aquí adelante estará dubdoso de tu amor? Cierito estoy, Señor mio, si te amo, que me amas; cierto estoy que no he yo menester buscar nuevas artes para traer tu corazon á mi amor, como tú las buscastes para el mio.

V. Quería otrosí aquel Esposo dulcísimo au-

sentarse de su esposa ; y como el amor no sufre la ausencia del amado , queria de tal manera partirse , que del todo no se partiese , y de tal manera irse , que tambien se quedase. Pues como ni á él convenia quedarse , ni la esposa podia con él por entónces irse , dióse medio para que aunque él se fuese , y ella quedase , nunca jamas de entre sí se partiesen. Pues para esto ordenó este divino sacramento , para que por medio dél fuesen las ánimas unidas y encorporadas espiritualmente con Cristo , con tan fuerte vínculo de amor , que de entrambos se haga una mesma cosa. Porque así como del manjar y del que lo come , se hace una mesma cosa , así tambien en su manera se hace dél ánima y de Cristo ; sino que , como él mismo dijo á Sant Augustin ¹ , no se muda él en las ánimas , sino las ánimas en él ; no por naturaleza , sino por amor y semejanza de vida.

VI. Queria tambien asegurarla , y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria , para que con la esperanza deste bien , pasase alegremente por todos los trabajos y asperezas desta vida. Porque en hecho de verdad no hay cosa que tanto haga despreciar todo lo de acá , como la esperanza firme de lo que gozaremos allá ; segun que lo significó el mismo Salvador en aquellas palabras que dijo á sus discipulos ántes de la Pasion ² : Si me quisiédesdes bien , holgaros yades de mi partida , porque voy al Padre. Como si dijera : es un tan gran bien ir al Padre , que aunque sea ir á él por azotes , y

¹ Lib. VII Confess. c. 10. — ² Ioan. XIV.

espinas, y clavos, y cruz, y por todos los martirios y trabajos desta vida, es cosa de inestimable ganancia y alegría. Pues para que la esposa tuviese una muy firme esperanza deste bien, dejóle acá en prendas este inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera; para que no desconfiase que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá toda en espíritu; pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne.

VII. Quería también á la hora de su muerte hacer testamento, y dejar á la esposa alguna manda señalada para su remedio, y dejóle esta, que era la mas preciosa y provechosa que le pudiera dejar. Elías¹, cuando se quiso ir de la tierra, dejó el palio á su discípulo Eliseo, como quien no tenia otra hacienda de que hacerlo heredero; y nuestro Salvador y Maestro, cuando se quiso subir al cielo, dejónos acá el palio de su sagrado cuerpo en este sacramento, haciéndonos aquí herederos, como á hijos, deste tan gran tesoro. Con aquel palio pasó Eliseo las aguas del rio Jordan, sin ahogarse y sin mojarse; y con la virtud y gracia deste sacramento pasan los fieles por las aguas de las vanidades y tribulaciones desta vida sin pecado y sin peligro.

VIII. Quería finalmente dejar á nuestras ánimas suficiente provision y mantenimiento con que viviesen; porque no tiene ménos necesidad el ánima de su propio mantenimiento para vivir vida espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Si no, dime, ¿por qué causa ha menester el cuerpo su ordinario mantenimiento

¹ IV Reg. 1 .

cada dia? Claro está que la causa es porque el calor natural gasta siempre la substancia de nuestros cuerpos, y por esto es menester que se repare con el mantenimiento de cada dia lo que con el calor de cada dia se gasta; porque de otra manera acabarse ya presto la virtud del hombre y luego desfalleceria. ¡Oh si pluguiese á Dios quisiesen por aquí entender los hombres la necesidad que tienen deste divino sacramento, y la sabiduría y misericordia de aquel que lo instituyó! ¿No está claro que tenemos acá dentro destas entrañas un calor pestilencial, que nos vino por parte del pecado, el cual gasta todo lo bueno que en el hombre hay? Este es el que nos inclina al amor del siglo, y de nuestra carne, y de todos los vicios y regalos; y con esto nos aparta de Dios, y nos entibia en su amor, y nos entorpece para todo lo bueno, y aviva para todo lo malo. Pues si tenemos acá dentro tan arraigado este perpetuo gastador, ¿no será razon que haya quien siempre repare lo que siempre se está gastando? «Si hay continuo gastador, y no hay continuo reparador, ¿qué se puede esperar sino continuo desfallecimiento, y despues cierta caída? Basta para prueba desto ver el curso del pueblo cristiano; el cual en el principio de la primitiva Iglesia, quando comia siempre deste manjar, vivia con él, y tenia fuerzas, no solo para guardar la ley de Dios, sino tambien para morir por Dios; mas agora si está tan flaco y descaescido, es porque no come, y así finalmente viene á perecer de hambre, como lo significó el Profeta quando dijo¹: Por eso fué lle-

¹ Isai. v.

«vado mi pueblo captivo, porque no tuvo conocimiento de Dios, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed.» Pues para esto ordenó aquel tan sabio médico (el cual tambien tenia tomados los pulsos de nuestra flaqueza) este sacramento, y por eso lo ordenó en especie de mantenimiento; para que la misma especie en que lo instituia, nos declarase el efecto que obraba, y la necesidad que nuestras ánimas dél tenían.

Mira pues agora si se pudiera dar en el mundo otra mayor muestra de amor, que dejarte Dios su misma carne y sangre en mantenimiento y en remedio. «En muchas historias leemos 'de algunas madres, que viéndose en necesidad y estrecho de hambre, echaron mano de las carnes de sus propios hijos para mantenerse dellos, y con el amor grande de la vida quitaban á los mismos hijos la vida por vivir. Esto habemos leído muchas veces; mas ¿quién jamas leyó que diese de comer la madre al hijo que perecia de hambre con su propia carne, y se cortase un brazo para dar de comer á su hijo, y fuese cruel para sí por ser piadosa para con él? No hay madre en la tierra que tal haya hecho; mas aquel mas que madre, que te vino del cielo, viendo que perescias de hambre, y que no habia otro mejor medio para sustentarte, que darte él su misma carne en mantenimiento, aquí se entrega á los carniceros y á la muerte, para que tú vivas con este manjar.» Y no solamente hizo esto una vez, sino perpetua-

mente quiso que se hiciese ; y para ello ordenó este sacramento , para que tú por aquí entendieses otro grado de mayor amor , el cual es , que así como te da siempre la misma comida , así está siempre aparejado para hacer la misma costa , si te fuera necesaria.

Sobre todo esto has de considerar que quiso este santísimo Reformador del mundo restituir al hombre en su antigua dignidad , y levantarlo tanto por gracia , cuanto habia caído por la culpa ; y así como la caída fué de la vida que tenia de Dios , á vida de bestias ; así por el contrario quiso que fuese levantado de la vida de bestias en que habia quedado , á la vida de Dios que habia perdido. Pues para este fin ordenó la comunión deste divinísimo sacramento , mediante la cual viene el hombre á hacerse participante de Dios y á vivir vida de Dios , como lo significa el mismo Salvador en aquellas altísimas palabras que dijo ¹ : Quien come mi carne y bebe mi sangre , él está en mí y yo en él ; y así como por estar mi Padre en mí , la vida que yo vivo es en todo conforme á la de mi Padre (que es vida de Dios) , así aquel en quien yo estuviere por medio deste sacramento , vivirá como yo vivo ; y así ya no vivirá vida de hombre , sino vida de Dios. Porque este es aquel altísimo sacramento en el cual Dios es recibido corporalmente , no para que él se mude en los hombres , sino para que los hombres se muden en él por amor y conformidad de voluntad ². Porque este divino manjar obra en quien dignamente lo recibe , lo que

¹ Ioan. vi. — ² August. lib. VII Confess. c. 10.

en él se obra y representa cuando se consagra. Ca así como por virtud de las palabras de la consagracion lo que era pan se convierte en substancia de Cristo ; así por virtud desta sagrada communion , el que era hombre se viene por una maravillosa manera á transformar espiritualmente en Dios. « De manera que así como aquel sagrado pan una cosa es, y otra parece ; y una era ántes de la consagracion , y otra despues ; así el que come dél , una cosa es ántes de la communion , y otra despues ; y una cosa parece en lo de fuera , mas otra muy mas alta y excelente es en lo de dentro , pues el sér tiene de hombre , y el espíritu de Dios. Pues ¿ qué gloria puede ser mayor que esta , qué dádiva mas rica , qué beneficio mas grande , qué mayor muestra de amor ? Callen todas las obras de naturaleza , y callen tambien las de gracia ; porque esta es obra sobre todas las obras , y esta es gracia singular. Oh maravilloso sacramento , ¿ qué diré de tí , con qué palabras te alabaré ? Tú eres vida de nuestras ánimas , medicina de nuestras llagas , consuelo de nuestros trabajos , memorial de JESUCRISTO , testimonio de su amor , manda preciosísima de su testamento , compañia de nuestra peregrinacion , alegría de nuestro destierro , brasas para encender el fuego del amor divino , medio para recibir la gracia , prenda de la bienaventuranza y tesoro de la vida cristiana. Con este manjar es unida el ánima con su Esposo , con este se alumbra el entendimiento , despiértase la memoria , enamórase la voluntad , deléitase el gusto interior , acreciéntase la devocion , derrítense las entrañas , ábren-

«se las fuentes de las lágrimas, adormécense las
«pasiones, despiértanse los buenos deseos, for-
«taléscese nuestra flaqueza, y toma con él alien-
«to para caminar hasta el monte de Dios. ¿Qué
«lengua podrá dignamente contar las grandezas
«deste sacramento? ¿Quién podrá agradescer tal
«beneficio? Quién no se derretirá en lágrimas
«cuando vea á Dios unido consigo? Faltan las
«palabras y desfallesce el entendimiento, consi-
«derando las virtudes deste soberano misterio.»

Pues ¿qué deleite, qué suavidad, qué olores de vida se sienten en el ánima del justo en la hora que lo recibe¹? No suena entónce allí otra cosa sino cantares dulcísimos del hombre interior, clamores de deseos, hacimientos de gracias, y palabras suavísimas en alabanza del amado. Porque allí el ánima devota por virtud deste venerable sacramento es toda interiormente renovada, es llena de gozo, es recreada con devoción, mantenida de paz, fortalecida en la fe, confirmada en la esperanza, y atada con lazos de caridad con su dulcísimo Redemptor. De aquí viene cada día á hacerse mas serviente en el amor, mas fuerte en la tentacion, mas presta para el trabajo, mas solícita en el bien obrar, y mas deseosa de la frecuentacion deste sagrado misterio.

Tales son tus dones, ó buen IESU; tales las obras y deleites de tu amor, los cuales sueles comunicar á tus amigos por medio deste divino sacramento, para que con estos tan grandes y tan poderosos deleites menosprecien todos los

¹ Vide Clement. unicam de reliquiis et vener. sanctorum.

otros vanos y engañosos deleites. Pues abre desde ahora, ó melífluo amor; abre, ó divina luz, los ojos interiores de tus fieles, para que con rayos de fe viva te conozcan, y dilata sus corazones para que te reciban en sí, para que enseñados por tí, busquen á tí por tí, y descansen en tí, y sean finalmente por medio deste sacramento unidos contigo, como miembros con su cabeza, y como sarmientos con su vid, para que así vivan por tu virtud, y gocen de las influencias de tu gracia en los siglos de los siglos. Amen.

Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias y peticion, como arriba se dijo.

MEDITACION PARA EL MARTES POR LA MAÑANA.

Este dia pensarás en estos pasos, conviene saber: en la oracion del Huerto y en la prision del Salvador.

El texto de los evangelistas dice así ¹:

Acabada la cena, vino el Señor con sus discipulos al huerto que se dice Gethsemani, y dijoles: Esperad aquí hasta que vaya allí y haga oracion. Y tomando consigo á Pedro y dos hijos del Cebedeo, comenzó á temer y entristecerse, y dijoles: Triste está mi ánima hasta la muerte; esperadme aquí y

¹ Matth. xxvi; Marc. xiv; Luc. xxii; Ioan. xviii. D. Matthæus dicit: In villam quæ dicitur Gethsemani. Et D. Marcus: In prædium. Itaque hortus erat iuxta villam, seu prædium, quod dicebatur Gethsemani. Era un lugarcillo cerca del monte Olivete, donde estaban los molinos del aceite. Et hebræa lingua id sonat Gethsemani.

velad conmigo. Y adelantándose un poquito dellos, prostróse en tierra, y caído sobre su rostro oró, y dijo: Padre mio, si es posible, pase este cáliz de mí: mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú. Y vino á los discípulos, y hallólos durmiendo, y dijo á Pedro. ¿Así? No pudiste una hora velar conmigo? Velad y orad, porque no entreis en tentacion. El espiritu está prompto, mas la carne flaca. Y otra vez volvió y hizo la mesma oracion, diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que lo haya de beber, hágase tu voluntad. Y vino otra vez, y halló los discípulos durmiendo, porque estaban sus ojos cargados de sueño; y dejándolos así, volvió la tercera vez, y hizo la mesma oracion. Y aparecióle allí un ángel del cielo confortándole¹: y puesto en agonía hacia mas larga su oracion. Y hizose el sudor del así como gotas de sangre que corrian hasta el suelo. Entonces vino á sus discípulos, y dijoles: Dormid ya y descansad; veis aquí llegada la hora, y el hijo de la Virgen será entregado en manos de pecadores. Levantaos y vamos: catad que agora vendrá el que me ha de entregar. Aun él estaba hablando, y hé aquí á Judas, uno de los doce, vino; y con él mucha compañía de gente con espadas, y lanzas, y hachas, y armas y lanternas, enviados por los principes de los sacerdotes y ancianos del pueblo. Y el que lo traia vendido, dióles esta señal, diciendo: A cualquiera que yo besare, prendedle vosotros, y llevadlo á buen recaudo. E luego llegándose á IESU, dijo: Dios te salve, Maestro. Y dióle paz en el rostro. E dijole IESU: Amigo, ¿á qué viniste? Pues Simon Pedro,

¹ Luc. xxii.

como tuviese una espada, desenvainóla y hirió á un criado del pontífice, y cortóle la oreja derecha. Y llamábase el criado *Malcho*. Dijo entonces **IESUS** á **Pedro** ¹: *Mete la espada en su vaina. El cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que beba? Y como le tocase la oreja, sanóle. En aquella hora dijo IESUS á los príncipes de los sacerdotes, y á los príncipes del templo, y á los ancianos que habian venido á él: Como á ladron salistes á mí con espadas y lanzas, y habiendo yo cada dia estado con vosotros en el templo, no pusistes las manos en mí. Mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas* ². *Entónces la gente de guerra, y el tribuno y los ministros de los judíos pusieron las manos en IESUS, y atáronle, y así atado lo trajeron primero á casa de Anas* ³; *porque era suegro de Caifas, el cual era pontífice de aquel año. Entónces todos los discípulos dejaron al Señor, y huyeron.*

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

¿Qué haces, ánima mia, qué piensas? No es agora tiempo de dormir. Ven conmigo al huerto de Getsemaní, y allí oirás y verás grandes misterios. Allí verás cómo se entristece la alegría, y teme la fortaleza, y desfallece la virtud, y se confunde la majestad, y se estrecha la grandeza, y se añubla y escuresce la gloria.

«Considera pues primeramente cómo acabada
«aquella misteriosa cena, se fué el Señor con
«sus discípulos al monte Olivete á hacer oracion
«antes que entrase en la batalla de su Pasion,

¹ Ioan. xviii. — ² Luc. xxii. — ³ Ioan. xviii.

«para enseñarnos cómo en todos los trabajos y
«tentaciones desta vida habemos siempre de re-
«correr á la oracion, como á una sagrada áncora,
«por cuya virtud nos será quitada la carga
«de la tribulacion, ó se nos darán fuerzas para
«llevarla, que es otra gracia mayor. Porque, como
«dice Sant Gregorio¹, mayor merced nos
«hace el Señor cuando nos da esfuerzo para llevar
«los trabajos, que cuando nos quita los mismos
«trabajos.»

Para compañía deste camino tomó consigo aquellos tres mas amados discípulos, Sant Pedro, Santiago y Sant Joan², los cuales habian sido testigos poco ántes de su gloriosa transfiguracion, para que ellos mismos viesén cuán diferente figura tomaba agora por amor de los hombres, el que tan glorioso se les habia mostrado en aquella vision. Y porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima que los que por defuera se comenzaban á descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: Triste está mi ánima hasta la muerte; esperadme aquí y velad conmigo. Aquel Dios y hombre verdadero, aquel hombre mas alto que nuestra humanidad y que todo lo criado, cuyos tratos y conversacion era con aquel pecho de la summa deidad, con la cual sola comunicaba sus secretos; agora es en tanta manera entristecido, que descende á dar parte de su pena á sus criaturas, y á pedirles su compañía, diciendo: Esperadme aquí, y velad conmigo. ¡Oh riqueza del cielo! Oh bienaventuranza cumplida! ¿Quién te puso,

¹ Lib. XXIII Mor. c. 27 et 28. — ² Matth. xvii.

Señor, en tal estrecho? Quién te echó por puertas ajenas? Quién te hizo mendigo de tus mismas criaturas, sino el amor de enriquecerlas?

«Dime, ó dulcísimo Redemptor, ¿por qué temes la muerte que tú tanto deseabas; pues el cumplimiento del deseo mas es causa de alegría que de temor? No tenían los mártires ni la fortaleza ni la gracia que tú; sino una sola partica que de tí (que eres la fuente de la gracia) se les comunicaba; y con sola esta entraban tan alegres en las conquistas de los martirios; ¿y tú, que eres dador de la fortaleza y de la gracia, te entristeces y temes ántes de la batalla? Ciertamente, Señor, ese temor tuyo, no es tuyo, sino mío; así como aquella fortaleza de los mártires no era dellos, sino tuya ¹. Tú temes por lo que tienes de nosotros, y ellos se esforzaron por lo que tenían de tí. La flaqueza de mi humanidad se descubre en los temores de Dios, y la virtud de tu deidad se muestra en la fortaleza del hombre. Así que, mío es ese temor, y tuya esta fortaleza; y por eso mía es tu ignominia, y tuya mi alabanza.

«Quitaron la costilla al primer Adam para formar della á la mujer, y en lugar del hueso que le quitaron, pusieronle carne flaca ². Pues ¿qué es esto sino que de tí, nuestro segundo Adam, tomó el Padre eterno la fortaleza de la gracia para poner en la Iglesia tu esposa ³, y della tomó la carne y la flaqueza para poner en tí? Pues por esto quedó la mujer fuerte, y tú flaco; ella fuerte con tu virtud, y tú flaco con

¹ Ex D. Bernardo sermone I in die S. Andreæ in medio. — ² Genes II. — ³ Ephes. V.

«su flaqueza. Doblada merced fué esta que nos
«heciste, Padre nuestro, que no contento con
«vestirnos de tí, te quisiste vestir de nosotros.
«Por lo uno y por lo otro te bendigan los ánge-
«les para siempre, pues ni fuiste avariento en
«communicarnos tus bienes, ni tuviste asco de
«recebir nuestros males. Pues ¿qué debo yo ha-
«cer considerando esto, sino viéndome lleno de
«tus misericordias, gloriarme en tí; y vien-
«do á tí por mi amor lleno de mis miserias,
«compadescerme de tí? Por lo uno me alegraré,
«y por lo otro me entristeceré; y así con lágri-
«mas y alegría cantaré y lamentaré el misterio
«de tu Pasion; y estudiaré siempre en aquel li-
«bro de Ezequiél, que de cantares y lamentacio-
«nes era escripto¹.»

Acabadas estas palabras, apartóse el Señor de los discípulos cuanto un tiro de piedra²; y prostrado en tierra con grandísima reverencia, comenzó su oracion, diciendo: «Padre, si es posible, traspasa de mí este cáliz, mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú.» Y hecha esta oracion tres veces, á la tercera vez fué puesto en tan grande agonía, que comenzó á sudar gotas de sangre, que corrian por todo su sacratísimo cuerpo hilo á hilo hasta caer en tierra.

Considera pues al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que habia de padecer, y aprehendiendo perfectísimamente con aquella imaginacion suya nobilísima tan crueles dolores como se aparejaban para el mas delicado de los cuerpos,

¹ Ezech. ii. — ² Luc. xxii.

y poniéndosele delante todos los pecados del mundo, por los cuales padescia, y el desagradecimiento de tantas ánimas que no habian de reconocer este beneficio, ni querer aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio; fué su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne bendita se abrió por todas partes, y dió lugar á la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia, que corriese hasta la tierra. Y si la carne, que de sola recudida padescia estos dolores, tal estaba, qué tal estaria el ánima que derechamente los padescia.

En los otros hombres, quando se ven en algun súbito y grande trabajo, suele acudir la sangre al corazon, dejando los otros miembros frios y despojados de su virtud, por socorrer al miembro mas principal; mas Cristo por el contrario, como queria padecer sin ninguna manera de consuelo (porque fuese mas copiosa nuestra redempcion), aun este pequeño alivio de naturaleza no quiso admitir por nuestro amor.

Mira pues al Señor en esta agonía, y considera no solo las angustias de su ánima, sino tambien la figura de su sagrado rostro. Suele el sudor principalmente acudir á la frente y á la cara; pues si salia por todo el cuerpo de Iesú la sangre, y corria hasta el suelo, ¿qué tal estaria aquella tan clara frente que alumbra á la luz, y aquella cara tan reverenciada del cielo, estando como estaba toda goteada y cubierta de sudor de sangre? Y si los que mucho se aman, y en las enfermedades y peligros de muerte suelen es-

tar colgados del rostro de sus amigos, mirando el color y los accidentes que muda la enfermedad; tú, ánima mia, que miras la cara de Jesús, ¿qué sientes cuando ves en ella señales tan extrañas y tan mortales? ¿Qué dolores serán los de adelante, cuando al principio de la enfermedad le toma tal agonía? ¿Qué sentirá padesciendo los dolores, pues en solo pensarlos suda sangre?

Si en este paso no te compadesces del Salvador, y si cuando él suda sangre de todo su cuerpo, tú no viertes lágrimas de tus ojos, piensa que tienes corazón de piedra. Si no puedes llorar por falta de amor, á lo ménos llora por la muchedumbre de tus pecados, pues ellos fueron causa deste dolor. No le azotan agora los verdugos, no le coronan los soldados, no son los clavos ni las espinas las que agora le hacen salir la sangre, sino tus culpas. Estas son las espinas que lo punzan, esos los verdugos que lo atormentan, esa la carga tan pesada que le hace sudar ese sudor. ¡Oh cuán cara te cuesta, Salvador mio, mi salud y mi remedio! ¡Oh mi verdadero Adam¹, salido del paraíso por mis pecados, que con sudores de sangre ganas el pan que yo tengo de comer!

«Considera tambien en este mesmo paso, por
«una parte aquella tan grande agonía y vigili-
«de Cristo, y por otra el sueño tan profundo de
«los discípulos, y verás aquí representado un
«grande misterio. Porque verdaderamente no
«hay cosa mas para sentir en el mundo, que ver
«el descuido en que viven los hombres, y el po-

¹ Genes. III.

«eo caso que hacen de un negocio tan grande
«como es el de su salvacion. ¿Qué cosa puede
«ser mas para sentir que tan grande descuido en
«tan grande negocio? Pues si quieres entender
«lo uno y lo otro, mira al Salvador, y mira á los
«discípulos en este paso. Mira cómo el Salvador,
«entendiendo en este negocio, está puesto en un
«tan profundo cuidado y agonía, que le hace
«sudar gotas de sangre; y mira á los discípulos,
«por el contrario, tendidos por aquel suelo, dur-
«miendo con un sueño tan pesado, que no bas-
«taba ni la reprehension del Maestro, ni la mala
«cama que allí tenían, ni el desabrigo y sereno
«de la noche, para hacerlos volver en sí. Mira
«pues qué tan grande es el negocio de la salva-
«cion de los hombres, pues basta para hacer su-
«dar gotas de sangre al que sostiene los cielos;
«y mira por otra parte en cuán poco lo tienen
«los mismos hombres, pues tan dormidos y des-
«cuidados están al tiempo que así por ellos se
«desvela el mismo Dios. No se pudo mas enca-
«rescer lo uno y lo otro que por estas dos cosas
«tan extrañas. Pues si trabajos ajenos pusieron á
«Dios en tanto cuidado, ¿cómo vive con tan
«extraño descuido aquel cuyo es el trabajo, y el
«negocio, y el provecho, y el daño?»

En este mismo cuidado y descuido podrás en-
tender cuán de verdad sea este Señor nuestro
padre, y cómo tiene para con nosotros entrañas
y corazon de padre. ¿Cuántas veces acaesce es-
tar la hija durmiendo á sueño suelto, y estar el
padre toda la noche desvelado, pensando en su
remedio? Pues así este piadoso Padre, estando

nosotros tan dormidos y descuidados de nuestra salud , como aquí se representa , está él toda la noche velando , y trasudando , y agonizando , sobre dar orden cómo se pusiese cobro en nuestra vida.

§ II.

De cómo fué preso el Salvador.

Mira despues cómo acabada la oracion llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía , renunciando ya el oficio del apostolado , y hecho adalid y capitan del ejército de Satanas. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos , y llegado al buen Maestro , lo vendió con beso de falsa paz. Gran miseria es ser un hombre vendido por dineros , y mucho mayor si es vendido de sus amigos , y de aquellos á quien él hizo bien. Cristo es vendido de quien habia hecho no solamente discípulo , sino apóstol ; y es vendido con engaños y traiciones , y es vendido á crudelísimos mercaderes , que no quieren mas dél que la sangre y el pellejo para hartar su hambre. ¿ Mas por qué precio es vendido ? La baja-za del precio acresciento la grandeza de la injuria. Dime , Júdas , ¿ por qué precio pones en almoneda al Señor de lo criado ? Por treinta dineros. ¡ Oh qué bajo precio ese para tan grande Señor ! Por mas subido precio se suele vender una bestia en el mercado ; ¿ y tú por este vendes á Dios ? No te tiene él á tí en ese precio , pues te compra con su sangre. ¡ Oh estima del hombre , y desestima de Dios ! ¡ Dios es vendido por trein-

ta dineros, y el hombre es comprado por la sangre del mismo Dios!

En aquella hora dijo el Señor á los que le venian á prender : Así como á ladron salistes á mí con espadas y lanzas. Y habiendo yo estado con vosotros cada dia en el templo, no extendistes las manos en mí ; mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. Este es un misterio de grande admiracion. « ¿Qué cosa de mayor espanto, que ver al Hijo de Dios tomar imágen «no solamente de pecador, sino tambien de condenado? Esta es (dice él) vuestra hora, y el «poder de las tinieblas. De las cuales palabras se «saca¹, que por aquella hora fué entregado «aquel innocentísimo Cordero en poder de los «príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus miembros y «ministros ejecutasen en él todos los tormentos y «crueldades que quisiesen. Y así como el sancto «Job² por divina permission fué entregado en poder de Satanas para que le hiciese todo el mal «que quisiese, con tanto que no le tocasse en la «vida, así fué dado poder á los príncipes de las «tinieblas, sin excepcion de vida ni de muerte, «para que empleasen todas sus furias y rabias «contra aquella sancta humanidad. De aquí nascieron aquellos tantos ensayes y maneras de escarnios y vituperios nunca vistos, con que el «demonio pretendia hartar su odio, vengar sus «injurias y derribar aquella sancta ánima en alguna impaciencia, si le fuera posible. Mostróme Dios, dice el profeta Zacarías³, á Iesus, Sa-

¹ Ex Greg. hom. XVI super Evangelia.

² Cap. i et ii. — ³ Zach. iii.

«cerdote grande, vestido de una vestidura man-
«chada ; y Satanas estaba á su diestra aparejado
«para hacerle contradiccion. Mas el Salvador
«responde por su parte, diciendo¹: Ponia yo al
«Señor siempre delante mis ojos, porque él está
«á mi diestra, para que no pueda yo ser movi-
«do. Piensa pues agora tú, hasta dónde se aba-
«jó aquella alteza divina por tí, pues llegó al pos-
«trero de todos los males, que es á ser entrega-
«do en poder de los miembros del demonio. Y
«porque la pena que tus pecados merescian era
«esta, él se quiso poner á esta pena, porque tú
«quedases libre della. ¡Oh sancto Profeta²! ¿De
«qué te maravillas, viendo á Dios hecho menor
«que los ángeles? Maravillate agora mucho mas
«de verlo entregado en poder de los ministros
«del demonio. Sin dubda los cielos y la tierra
«temblaron de tan gran humildad y caridad.»

¶ Dichas estas palabras, arremetió luego toda aquella manada de lobos hambrientos con el manso Cordero, y unos lo arrebatában por una parte, otros por otra, cada uno como mas podia. ¡Oh cuán inhumanamente le tratarían, cuántas descortesías le dirían, cuántos golpes y estirones le darian, qué gritos y voces alzarían, como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa! Toman aquellas sanctas manos (que poco ántes habían obrado tantas maravillas), y átanlas fuertemente con unos lazos corredizos hasta desollarle los cueros de los brazos, y hasta hacerle reventar la sangre ; y así lo llevan atado por las calles públicas con grande ig-

¹ Psalm. xv. — ² Psalm. viii.

nominia. ¡Oh espectáculo de grande admiracion! Piensa tú agora qué sentirias si conocieses alguna persona de grande autoridad y merescimiento, y la vieses llevar por las calles públicas en poder de la justicia con una sogá á la garganta, cruzadas y atadas las manos, con grande alboroto y concurso del pueblo, y con grande estruendo de armas y de gente de guerra. Mira lo que en este caso sentirias, y luego alza los ojos y contempla este Señor de tanta reverencia, y que tales maravillas obraba en aquella tierra, y tales sermones predicaba; á quien reverenciaban todos los enfermos y necesitados, y pedian el remedio de todos sus males; mira cómo agora lo llevan tan desautorizado y avergonzado, medio andando, medio arrastrando, haciéndole llevar el paso no cual á su gravedad y persona convenia, sino cual queria la furia de sus enemigos, y el deseo que tenian de contentar á los fariseos, que tanta hambre tenian por ver ya aquella presa en sus uñas. Míralo muy bien cuál va por este camino, desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, el color mudado, y el rostro ya encendido, y sonroseado con la prisa del caminar. Y contempla en tan mal tratamiento de su persona tanta mesura en su rostro, tanta gravedad en sus ojos, y aquel semblante divino, que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser escurecido.

Sube luego mas arriba, y párate á considerar quién es este que así ves llevar con tanta deshonra. Este es el Verbo del Padre, sabiduría eterna, virtud infinita, bondad summa, bienaven-

turanza cumplida, gloria verdadera y fuente clara de toda hermosura. Mira pues cómo por tu salud y remedio es aquí atada la virtud y presa la inocencia, escarnecida la sabiduría y vituperada la honra, y atormentada la gloria, y enturbiada con lágrimas y dolores la fuente clara de toda hermosura. Si tanto sintió el sacerdote Helí la prision del arca del Testamento ¹, que de espanto cayó de la silla donde estaba, y quebradas las cervices súbitamente murió, ¿qué debe sentir el ánima cristiana cuando ve el arca de todos los tesoros de la sabiduría de Dios llevada y presa en poder de tales enemigos? Alábenlo pues los cielos y la tierra, y todo lo que en ello es ²; porque oyó el clamor de los pobres, y no menospreció el gemido de sus presos; pues quiso él ser preso por libertarlos.

§ III.

De los que espiritualmente atan las manos á Cristo.

Pues, ó clementísimo y dulcísimo Salvador, que quisiste ser atado por desatarnos y librarnos de nuestro captiverio, suplicote por las entrañas de misericordia que á este paso te trajeron, no permitas que cometa yo tan grande maldad como es atarte las manos, como hicieron los judíos. Porque no solos ellos ataron tus manos, sino tambien las ata el que resiste á tus sanctas inspiraciones, y no quiere ir por donde tú lo quieres guiar, ni recibir lo que tú misericordiosamente le quieres dar.

¹ I Reg. iv. — ² Psalm. lxxviii.

Tambien ata tus manos el que á su prójimo escandaliza, y lo aparta con su mal ejemplo y consejo de su buen propósito, y impide la buena obra que tú comenzabas á obrar en él.

Los desconfiados tambien, Señor, y los incrédulos atan las manos de tu liberalidad y clemencia; porque así como la confianza abre las manos de tu gracia, así las ata la incredulidad y la desconfianza. Conforme á lo cual dice el Evangelista¹ que no podias hacer muchas virtudes y milagros en tu patria, por la incredulidad de los vecinos y moradores della.

Los desagradecidos tambien y los negligentes te atan las manos, y ponen impedimento á tu gracia; los unos porque no te dan gracias por la gracia, y los otros porque la tienen ociosa y balda, sin querer aprovecharse della.

Finalmente, los que toman vanagloria por las gracias que les has dado, estos tambien atan tus manos mas fuertemente, porque con esta culpa se hacen indignos de tu gracia. Porque no es razon que tú prosigas en hacer mercedes á quien toma dellas ocasion para hacerse mas vano; ni que tú des las riquezas de tus gracias á quien no te acude con el tributo de la gloria, sino ántes como traidor y robador se alza con ella y usurpa los derechos de la gloria que á tí solo pertenescian.

Tambien diria yo, Señor, que te atan las manos los parleros y los que tienen poco secreto de las consolaciones y sentimientos que les das; porque así como los hombres avisados y discre-

¹ Matth. xiii.

tos dejan de dar parte de sus secretos á los que hallaron infieles en guardallos, así tú tambien muchas veces dejas de dar parte de los tuyos á los que sin causa los publican á otros, y toman de ahí ocasion para hacerse mas vanos.

MEDITACION PARA EL MIÉRCOLES POR LA MAÑANA.

Este dia se ha de contemplar la presentacion del Señor ante los pontífices y jueces. La primera á Annas. La segunda á Caifas. La tercera á Heródes. La cuarta á Pilato. Y despues desto los azotes á la columna.

El texto de los evangelistas dice así :

Pues como el Señor fuese presentado al pontífice Annas, preguntóle el pontífice por sus discipulos y doctrina. Respondió IESUS : Yo públicamente he hablado al mundo, yo siempre enseñé en públicos ayuntamientos, y en el templo donde todos los judios se juntan, y en secreto no he hablado nada. ¿Qué me preguntas á mi? Pregunta á los que lo han oido, que ellos saben lo que yo he dicho. Como él dijese esto, uno de los ministros que asistian al pontífice, dió una bofetada á IESU, diciendo : ¿Asi respondes al pontífice? Respondió IESUS : Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?

Y envióle Annas atado á Caifas, donde los letrados de la ley y los ancianos estaban ayuntados. Y el principe de los sacerdotes y los letrados buscaban algun falso testimonio contra IESUS, por donde le condenasen á muerte, y no lo hallaban, aunque se juntaron allí muchos falsos testigos. En fin,

vinieron dos falsos testigos, y dijeron : *Este dijo : Yo puedo destruir el templo de Dios, y volverlo á reedificar despues de tres dias. Y levantándose el príncipe de los sacerdotes, díjole : Conjúrote de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios. Díjoles IESUS : Tú lo dijiste ; mas en verdad os digo que presto veréis el Hijo de la Virgen asentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo. Entónces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dijo : Blasfemado ha ; ¿qué necesidad tenemos aquí de testigos ? Catad aquí, habeis oido la blasfemia ; ¿qué os parece ? Ellos respondieron : Merecedor es de muerte. Entónces escupieron en su rostro, y diéronle de pescozones, y otros le daban en la cara bofetadas, y decian : Profetizanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió ?*

El dia siguiente por la mañana toda la muchedumbre de los príncipes del pueblo llevaron á IESUS á Pilato, y comenzaron á acusarle, diciendo : A este hombre hallamos que pervertia nuestra gente, y vedaba que no se pagase tributo á César, diciendo que él era el rey Mesias. Y Pilato preguntóle, diciendo : ¿ Tú eres rey de los judios ? Y él respondió : Tú lo dices. Y siendo acusado de los príncipes de los sacerdotes, y de los mas ancianos, no respondia nada. Entónces dijo Pilato : ¿ No oyes cuántos testimonios dicen contra tí ? Y él no respondió á ninguna palabra ; tanto que el juez estaba maravillado en gran manera. Dijo pues Pilato á los príncipes de los sacerdotes, y á la gente : No hallo culpa en este hombre. Mas ellos daban voces, y porfaban, diciendo : Ha alborotado el pueblo, ense-

ñando por toda Judea, comenzando dende Galilea hasta aquí.

Pilato oyendo que se hacia mencion de Galilea, preguntó si por ventura aquel hombre fuese natural de Galilea. Y como supo que era de la jurisdiccion de Heródes, envióle á él; que en aquellos dias estaba en Hierusalem. Y Heródes viendo á IESU, gozóse mucho, porque habia mucho tiempo que le deseaba ver, y habia oido muchas cosas dél, y esperaba ver algun milagro que hiciese delante dél. Estaban allí los principes de los sacerdotes y letrados de la ley acusándole fuertemente. Y menosprecióle Heródes con toda su corte, y hizo burla dél. Y vistiéndole de una vestidura blanca, volvióle á enviar á Pilato.

Y por razon del dia solemne de la Pascua tenia por costumbre el presidente soltarles un preso, cual ellos le pidiesen. Y tenia entónces preso un malhechor famoso, que se decia Barrabas. Pues ayuntándolos á todos en uno, dijoles Pilato: ¿A quién quereis que os suelte de los dos, á Barrabas, ó á IESUS, que se llama Cristo? Y ellos respondieron: No á este, sino á Barrabas, el cual estaba en la cárcel por un ruido que habia hecho en la ciudad, en el cual habia muerto un hombre. Dijoles entónces Pilato: ¿Pues qué haré de IESUS, que se llama Cristo? Dicen todos: Sea crucificado. Entónces tomó Pilato á IESUS, y azotóle.

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Muchas cosas tienes, ánima mia, que contemplar hoy; muchas estaciones tienes que andar en compañía del Salvador, si no quieres con los dis-

cíbulos huir, ó si no te pesan los piés para andar los caminos que el Señor tuvo por bien de caminar por tí. Cinco veces es hoy llevado á diversos jueces, y en cada casa dellos es maltratado por tí, y paga tu merecido. En una casa es abofeteado, en otra escupido, en otra escarnescido, en otra azotado, y coronado con espinas y sentenciado. Mira qué estaciones estas para no quebrar el corazon, y para no andarlas los piés descalzos, y corriendo sangre.

Vamos pues á la primera, que fué á casa de Annas, y mira cómo allí respondiendo el Señor cortesmente á la pregunta que el Pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados que presentes estaban, dió una bofetada en su divino rostro, diciendo: ¿Así has de responder al pontífice? Al cual el Salvador benignamente respondió: Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres? Mira pues aquí, ó ánima mía, no solamente la mansedumbre desta respuesta, sino tambien aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe; y aquella medida de ojos tan serenos y tan sin turbacion en aquella afrenta; y aquella ánima sanctísima en lo interior tan humilde, y tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo pidiera. ¡Oh malaventurada mano, que tal has parado el rostro ante cuyo acatamiento se arrodilla el cielo, ante cuya majestad tiemblan los serafines, y toda la naturaleza criada! ¿Qué viste en él, porque así borraste la figura de aquel que es traslado de la gloria del Padre, y así afeaste y avergonzaste el mas hermoso de los hijos de los hombres?

Mas no será esta la postrera de las injurias desta noche, porque desta casa llevan al Señor á la del pontífice Caifas, donde será razon que lo vayas acompañando; y ahí verás eclipsado el sol de justicia, y escupido aquel divino rostro en que desean mirar los ángeles. Porque como el Salvador siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quién era, respondiese á esta pregunta lo que convenia á aquellos que tan indignos eran de oir tan alta respuesta, cegándose con el resplandor de tan grande luz, volviéronse contra él como perros rabiosos, y allí descar-garon sobre él todas sus iras y rabias. Allí todos á porfia le dan de bofetadas y pescozones; allí escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro; allí le cubren los ojos con un paño, y dándole bofetadas en la cara, juegan con él, diciendo: Adevina quién te dió. ¡Oh maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡Oh her-mosura de los ángeles! ¿Rostro era ese para es-cupir en él? Al rincon mas despreciado suelen volver los hombres la cara cuando quieren escu-pir, ¿y en todo ese palacio no se halló otro lu-gar mas despreciado que tu rostro, para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza? Cómo ha quedado en el mundo rastro de soberbia despues de tan grande ejem-plo de humildad? Dios calla escupido y abofeteado; los ángeles y todas las criaturas tienen las manos quedas viendo así maltratar su Cria-dor; ¿y el vil gusanillo trastorna el mundo so-bre un punto de honra? ¿De qué os espantais, hombres, por ver á Dios tan abatido y maltra-tado en el mundo, pues venia á curar la sober-

bia del mundo? Si te espanta la aspereza de la medicina, mira la grandeza de la llaga, y verás que tal llaga tal medicina como esta requeria; pues aun con todo eso no está sana. Espántaste de ver á Dios tan humillado; yo me espanto de ver á tí todavía tan soberbio, estando Dios tan humillado. Espántaste de ver á Dios abajado al polvo de la tierra; yo me espanto de ver que con todo esto el polvo y la tierra se levante sobre el cielo, y quiera ser mas honrado que Dios.

Pues ¿cómo no basta este tan maravilloso ejemplo para vencer la soberbia del mundo? Bastó la humildad de Cristo para vencer el corazón de Dios, y amansarlo. ¿y no bastará para vencer el tuyo y humillarlo? Dijo el ángel al patriarca Jacob¹: No te llamarás ya mas Jacob, sino Israel será tu nombre; porque si para con Dios fuiste poderoso, ¿cuánto mas lo serás para con los hombres? Pues si la humildad y mansedumbre de Cristo prevalecieron contra el furor y contra la ira divina, ¿cómo no prevalecen contra nuestra soberbia? Si aplacaron y amansaron un corazón tan poderoso como el de Dios airado, ¿cómo no truecan y amansan el nuestro? Espántome, y mucho me espanto, cómo con esta paciencia no se vence tu ira, con este abatimiento tu soberbia, con estas bofetadas tu presunción, con este silencio tan profundo entre tantas injurias, los pleitos que tú revuelves porque te tocaron en la ropa. Gran maravilla es ver que por medio de tan terribles injurias quisiese Dios derribar el reino de nuestra soberbia; y

¹ Genes. xxxii.

gran maravilla es tambien que hecho todo esto, esté aun viva la memoria de Amalec debajo del cielo ¹, y queden todavía reliquias desta mala generacion.

Cura pues en mí, ó buen IESU, con el ejemplo de tu humildad la locura de mi soberbia, y pues la grandeza de tus llagas me dice claro que tengo necesidad de remediador, tu remedio me diga que ya lo tengo.

§ IV.

De los trabajos que el Salvador pasó en aquella noche de su Pasion; y de la negacion de Sant Pedro.

Despues desto considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa; porque los soldados que le guardaban, escarnecian dél, como dice Sant Lucas ², y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche, estar burlando y jugando con el Señor de la Majestad. Mira pues, ó ánima mia, cómo tu dulce Esposo está puesto como blanco á las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban. ¡Oh noche cruel! Oh noche desasosegada, en la cual, oh buen IESU, no dormias, ni dormian los que tenian por descanso atormentarte! La noche fué ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del dia descansasen; y esta toman agora los malos para atormentar todos tus

¹ I Reg. xv. — ² Luc. xxii.

miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro, y atormentando tus oídos, para que en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en tí penasen y trabajasen. Qué maitines estos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarían los coros de los ángeles en el cielo. Allá dicen: Sancto, Sancto; acá dicen: Muera, muera; crucificalo, crucificalo. ¡Oh ángeles del paraíso, que las unas y las otras voces oíades! ¿qué sentíades viendo tan maltratado en la tierra aquel á quien vosotros con tanta reverencia tratais en el cielo? Qué sentíades viendo que Dios tales cosas padescia por los mismos que tales cosas hacian? ¿Quién jamas oyó tal manera de caridad, que padezca uno la muerte por librar de la muerte al mismo que se la da¹? No se puede encarecer mas la malicia del hombre, que haber llegado á poner las manos en su mismo Dios; ni la bondad y misericordia de Dios, que haber querido padecer esto por la criatura que tal hizo.

Crescieron sobre todo esto los trabajos de aquella noche dolorosa con la negacion de Sant Pedro². Aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la transfiguracion, aquel entre todos tan honrado con el principado de la Iglesia, ese primero que todos, no una, sino tres veces, en presencia del mismo Señor jura y perjura que no lo conoce, ni sabe quién es³.

¹ Ex Cypr. serm. III de bono patientiæ. — ² Matth. xxvi; Marc. xiv; Luc. xxii; Ioan. xviii. — ³ Matth. xvi, xvii.

¡Oh Pedro! ¿tan mal hombre es ese que ahí está, que por tan gran vergüenza tienes aun haberlo conocido? Mira que eso es condenarlo tú primero que los pontífices; pues das á entender en eso que es él persona tal, que tú mismo te desprecias y deshonras de conocerle. Pues ¿qué mayor injuria que esa?

Volvióse entonces el Salvador, y miró á Pedro, y fuéronsele los ojos tras aquella oveja que se le había perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh vista callada, mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista; pues las del gallo no bastaron para despertarlo, y estas sí. Mas no solamente hablan, sino tambien obran los ojos de Cristo; y las lágrimas de Pedro lo declaran: las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro, cuanto de los ojos de Cristo.

De manera que cuando alguna vez despertares y volvieres en tí, debes entender que ese es beneficio de los ojos del Señor, que te miran. Ya habian cantado los gallos, y no se acordaba Pedro; porque aun no lo habia mirado el Señor. Mirólo, y acordóse, y arrepintióse, y lloró su pecado; porque sus ojos abren los nuestros, y ellos son los que despiertan á los dormidos.

Luego dice el Evangelista ¹ que Pedro salió fuera y lloró amargamente; para que entiendas que no basta llorar el pecado, sino que es menester tambien huir el lugar, y las ocasiones del pecado. Porque llorar siempre los pecados, y siempre repelirlos, eso es provocar siempre contra tí la ira del Señor.

¹ Luc. xxii.

Y pára mientes, que la principal culpa de Pedro fué haber tenido empacho y temor de parecer discípulo de Cristo, y esto se dice haberle negado. Pues si esto es negar á Cristo, ¿cuántos cristianos hallarás que desta manera le nieguen? Cuántos hay que rehusan de confesar, y comulgar, y orar, y tratar de Dios, y conversar con buenos, y sufrir injurias, porque el mundo no los desestime y burle dellos? Pues ¿qué es esto, sino tener vergüenza de parecer discípulo de Cristo, y guardador de sus mandamientos? Y ¿qué es esto, sino negar á Cristo, como lo negó Sant Pedro, que tuvo vergüenza de parecer discípulo suyo? Pues qué esperan los que esto hacen, sino aquel castigo y sentencia del Salvador, que dice ¹: El que se afrentare de parecer mi discípulo delante de los hombres, el Hijo de la Virgen se afrentará de reconocerlo por suyo cuando venga con su Majestad, y con la del Padre y de los sanctos ángeles.

Acabada esta noche tan triste, llevan luego al Salvador á casa del adelantado Pilato ²; y él (porque supo que era natural de Galilea) envióle á Heródes, que era rey de aquella tierra; el cual le tuvo por loco, y como tal le mandó vestir de una vestidura blanca, y así lo volvió á enviar á Pilato. En lo cual parece que el Salvador en este mundo no solo fué tenido por malhechor, sino tambien por loco. ¡Oh misterio de grande veneracion! La principal virtud del cristiano es no hacer caso de los juicios y paresceres del mundo. Pues aquí tienes, hermano, donde pue-

¹ Luc. ix, et Marc. viii. — ² Ioan. xviii; Luc. xxiii.

des aprender muy bien esta filosofía, y consolarle con este ejemplo cada vez que fueres desestimado del mundo. Porque no te puede el mundo hacer injuria, ni levantar testimonio, que primero no lo levantara á Cristo. El fué tenido por malhechor, y revolvedor del pueblo ¹; y por tal lo acusan ante los jueces, y le piden la muerte. Fué tenido por nigromántico y endemoniado ²; y así decian que en virtud de Beelzebud lanzaba los demonios. Fué tenido por gloton y comedor ³; así decian: Catad aquí un hombre tragador y bebedor de vino. Fué tenido por hombre que andaba en malos tratos y compañías ⁴; así decian que se juntaba con publicanos y pecadores, y comia con ellos. Fué tenido por hombre de mala generacion y mala casta; y así dijeron ⁵: Tú, samaritano eres, y demonio tienes. Fué tenido por hereje y blasfemo; y así dijeron que se hacia Dios, y que perdonaba los pecados como Dios ⁶. No faltaba sino que despues de todo esto lo tuviesen por loco, y por tal es agora tenido, no de quien quiera, sino de los caballeros y cortesanos de Heródes, y así lo visten como á loco, porque todos lo tuviesen por tal. ¡Oh inestimable humildad! Oh ejemplo de toda virtud! Oh consuelo de toda tribulacion! Pues para que tú hagas poco caso de los juicios y aprecio del mundo, y veas cuán loco es, y cuán desatinado en sus dichos y hechos, y en sus pareceres y juicios, pon los ojos en este dechado de todas las virtudes, y en este consuelo general de todos los

¹ Ioan. XIX. — ² Matth. XII. — ³ Matth. XI.

⁴ Matth. IX. — ⁵ Luc. XV; Ioan. VIII.

⁶ Marc. II; Ioan. XIX.

males, y mira aquí cómo la sabiduría de Dios es tenida por locura, la virtud por maleficio, la verdad por herejía, la templanza por glotonería, el pacificador del mundo por alborotador del mundo, el reformador de la ley por quebrantador de la ley, y el justificador de los pecadores por pecador y seguidor de pecadores.

En todas estas idas y venidas, y en todas estas demandas y respuestas ante los jueces, mira con grande atención aquella medida del Salvador, aquella serenidad de rostro, y aquella entereza de ánimo nunca vencido ni quebrantado con tan grandes encuentros. Y viéndose en presencia de tantos jueces y tribunales, en medio de tantas injurias y heridas, entre tanta confusión de voces y clamores de los que le acusaban y pedían la muerte, entre tanta furia y rabia de enemigos, y aun estando ya la muerte, y el madero de la Cruz presente; en medio de tantas olas y torbellinos fué tan maravillosa su constancia, su paciencia y su templanza, que no hizo ni dijo cosa que no fuese de grande y generoso corazón. No salió de su boca palabra áspera ni dura, no se acuitó ni abajó á ruegos, ni suplicas ni lágrimas; sino en todo y por todo guardó la medida que convenia á la dignidad de tan alta persona. ¡Qué silencio entre tantas y tan falsas acusaciones! Qué miramiento (cuando habia de hablar) en sus palabras! Qué prudencia en sus respuestas! Finalmente, tal fué la figura de su rostro y de su ánimo en estos negocios, que ella sola sin mas testimonio bastara para justificar su causa, si la bajeza de aquellos entendi-

mientos tan groseros alcanzara á entender la alteza desta probanza.

§ V.

De los azotes que el Señor recibió en la columna.

Despues de todas estas injurias considera los azotes que el Salvador padesció en la columna. Porque el Juez, visto que no podia aplacar la furia de aquellos tan crueles enemigos, determinó de hacer en él un tan famoso castigo, que bastase para satisfacer la rabia de aquellos tan crueles corazones; para que contentos con esto dejasen de pedirle la muerte.

Este es uno de los grandes y maravillosos espectáculos que ha habido en el mundo. ¿Quién jamas pensó que habian de caer azotes en las espaldas de Dios? Dice David ¹: Altísimo es, Señor, el lugar de tu refugio; no llegará mal adonde tú estuvieres; y el azote no tendrá que ver en tu morada. Pues ¿qué cosa mas lejos de la alteza y gloria de Dios, que la bajeza de los azotes? Castigo es este de esclavos y ladrones; y tan abatido castigo, que bastaba ser uno ciudadano de Roma para no estar sujeto á él, por culpado que fuese ². Y con todo esto, ¡que venga agora el Señor de los cielos, el Criador del mundo, la gloria de los ángeles, la sabiduría, el poder y la gloria de Dios vivo á ser castigado con azotes! Creo verdaderamente que los coros

¹ Psalm. xc. — ² Act. xxii.

de los ángeles estuvieron aquí como atónitos y espantados mirando esta maravilla, y adorando y reconociendo la inmensidad de aquella divina bondad que aquí se les descubría. Porque si hinchieron los aires de voces y alabanzas el día de su nacimiento ¹, no habiendo visto mas que los pañales y el pesebre, ¿qué harían ahora viendo los azotes y la columna? Pues tú, ánima mía, á quien tanto mas que á los ángeles toca este negocio, ¿cuánto mas lo debes servir y agradecer?

Entra pues ahora con el espíritu en el pretorio de Pilato, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad, y cómo él se deja desnudar dellos con tanta humildad, sin abrir boca, ni responder palabra á tantas descortesías como allí le dirían. Mira cómo luego atan aquel sancto cuerpo á una columna, para que allí le pudiesen herir mas á su placer, donde y como ellos mas quisiesen. Mira cuán solo estaba allí el Señor de los ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte, ni padrinos, ni valedores que hiciesen por él, ni aun siquiera ojos que se compadesciesen dél. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad á descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, y llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas. Allí verás luego ceñirse aquel sacralísimo cuerpo de carde-

¹ Luc. II.

nales, y rasgarse los cueros, reventar la sangre, y correr á hilo por todas partes.

Mas sobre todo esto ¿qué seria ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaria abierta, adonde principalmente caian todos los golpes? Creo sin dubda que estaria tan abierta y tan ahondada, que si un poco pasaran mas adelante, llegaran á descubrir los huesos blancos entre la carne colorada, y acabara aquella sancta vida ántes de la Cruz, en la columna. Finalmente de tal manera hirieron y despedazaron aquel hermosísimo cuerpo, de tal manera le araron, y le cargaron de azotes, y sembraron de llagas, que ya tenia perdida la figura de quien era, y aun apenas parescia hombre. Mira pues, ánima mia, cuál estaria allí aquel mancebo hermoso y vergonzoso, estando (como estaria) tan maltratado, y tan avergonzado y desnudo. Mira cómo aquella carne tan delicada, tan hermosa, y como una flor de toda carne, es allí por todas partes abierta y despezada.

Mandaba la ley de Moysen ¹ que azotasen á los malhechores, y que conforme á la medida de los delictos, así fuese la de los azotes; con tal condicion, que no pasasen de cuarenta; porque no caya (dice la ley) tu hermano delante de tí feamente despedazado: pareciendo al dador de la ley que exceder este número era una manera de castigo tan atroz que no se compadescia con las leyes de hermandad. Mas en tí, ó buen Iesu, que

¹ Deut. xxy. Et ob id dicit Paul. II Cor. xi: A Iudæis quinquies quadragenas, una minus, accepi. «No pasan de treinta y nueve azotes.» Vid. Augustin. lib. IV de Doctrina Christ. c. 7.

nunca quebrantaste la ley de la justicia, se quebrantan todas las leyes de la misericordia; y de tal manera se quebrantan, que en lugar de cuarenta te dan cinco mil y tantos azotes, como muchos sanctos doctores testifican. Pues si tan afeado estaria un cuerpo pasando de cuarenta azotes, ¿cuál estaria el tuyo, dulcísimo Señor y Padre mio, pasando de cinco mil? ¡Oh alegría de los ángeles y gloria de los bienaventurados! ¿quién así te descompuso? Quién así afeó con tantas manchas el espejo de la inocencia? Claro está, Señor, que no fuéron tus pecados, sino los míos; no tus hurtos, sino los míos los que así te maltrataron. El amor y la misericordia te cercaron y te hicieron tomar esa carga tan pesada. El amor hizo que me diceses todos tus bienes, y la misericordia que tomases sobre tí todos mis males. Pues si en tales y tan rigurosos trances te pusieron misericordia y amor, ¿quién habrá que esté ya dudoso de tu amor? Si el mayor testimonio de amor es padecer dolores por el amado, ¿qué será cada uno de esos dolores sino un testimonio de amor? Qué serán todas esas llagas sino unas bocas celestiales, que todas me predicaban amor, y me demandan amor? Y si tantos son los testigos, cuantos fueron los azotes, ¿quién podrá poner duda en la probanza que con tantos testigos es probada? Pues ¿cuál incredulidad es la mía que con tales y tantos argumentos no se convence? Maravíllase el evangelista Sant Joan de la incredulidad de los judíos, diciendo ¹ que habiendo el Señor hecho tantas señales en-

¹ Ioan. xii.

tre ellos para confirmar su doctrina, no quisiesen creer en él. ¡Oh Sancto Evangelista! deja ya de maravillarte desá incredulidad, y maravíllate de la mia. Porque no es menor argumento padecer dolores para creer el amor de Cristo, que el hacer milagros para creer en Cristo. Pues si es gran maravilla habiendo hecho tantos milagros no creer lo que dice, ¿cuánto mayor lo será, habiendo recibido por nosotros cinco mil y tantos azotes, no creer que nos ama?

Pues ¿qué será si juntamos con las heridas de la columna todos los otros pasos y trabajos de su vida, pues todos nascieron de amor? ¿Quién te trajo, Señor, del cielo á la tierra, sino amor¹? Quién te abajó del seno del Padre al de la Madre, y te vistió de nuestro barro, y te hizo participante de nuestras miserias, sino amor²? Quién te puso en el establo, y te reclinó en un pesebre, y te echó por tierras extrañas, sino amor? Quién te hizo traer á cuestras el yugo de nuestra mortalidad por espacio de tantos años, sino amor? Quién te hizo sudar y caminar, velar y trasnochar, y cercar la mar y la tierra buscando las ánimas, sino amor? Quién ató á Samson de piés y manos, y lo tresquiló y despojó de toda su fortaleza, y lo hizo escarnio de sus enemigos, sino el amor de Dálila su esposa³? Y quién á tí, nuestro verdadero Samson, ató y tresquiló, y despojó de su virtud y fortaleza, y entregó en manos de sus enemigos para que le escarnesciesen, y escupiesen, y burlasen, sino el amor de tu esposa la Iglesia, y de cada una

¹ Ioan. I, III. — ² Luc. II; Matth. II. — ³ Iudic. XVI.

de nuestras ánimas? Quién, finalmente, te trajo hasta poner en un palo, y estar allí todo de piés á cabeza tan maltratado¹, las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, las venas agotadas, los labios secos, la lengua amargada, y todo finalmente despedazado? Quién pudo hacer tal estrago como este, sino el amor? ¡Oh amor grande! Oh amor gracioso! Oh amor tal cual convenia á las entrañas y á la inmensidad de aquel que es infinitamente bueno, y amoroso, y todo amor!

Pues con tales y tantos testimonios como estos, ¿cómo no creeré yo, Señor, que me amas, pues es cierto que no has mudado en el cielo el corazón que tenias en la tierra? No eres tú como aquel copero de Faraon², que cuando se vió en prosperidad se olvidó de los humildes amigos que en la cárcel habia dejado; sino ántes la prosperidad y gloria de que agora gozas en el cielo, te hace tener mayor piedad de los hijos que dejaste acá en la tierra. Pues si es cierto que tanto me amas, ¿cómo no te amaré yo? Cómo no esperaré en ti? Cómo no me fiaré de ti? Cómo no me tendré yo por dichoso y rico, teniendo al mismo Dios por tal amigo? Gran maravilla es por cierto que me ponga ya en cuidado alguna cosa desta vida; pues tengo de mi parte un tan rico y tan poderoso amador, por cuyas manos pasa todo.

¹ Matth. xxvii; Marc. xv; Luc. xxiii; Ioan. xix.

² Genes. xl.

MEDITACION PARA EL JUÉVES POR LA MAÑANA.

Este dia se ha de pensar la coronacion de espinas, y el *Ecce Homo*, cómo el Salvador llevó la Cruz á cuestas.

El texto de los evangelistas dice así :

Entonces, conviene saber, despues de haber azotado al Señor los soldados del Presidente, recibiendo á IESUS en la audiencia, convocaron allí toda la gente de guerra, y desnudándolo de sus vestiduras, cubrieronlo con una ropa colorada, y tejiendo una corona de espinas, pusieronla sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha, y hincadas las rodillas burlaban del, diciendo : Dios te salve, rey de los judíos. Y escupiendo en él, tomaban la caña que tenia en la mano, y herianle con ella en la cabeza, y dábanle de bofetadas.

Salió pues otra vez Pilato, y dijoles : Veis aquí os lo traigo fuera, para que conozcais que no hallo en él causa para lo justiciar. Salió pues IESUS fuera, puesta la corona de espinas en la cabeza, y vestida la ropa de púrpura, y dijo Pilato : Ecce Homo. Pues como lo viesen los pontífices y los ministros del pueblo, daban voces, diciéndole : Crucificalo, crucificalo. Diceles Pilato : Tomadlo vosotros y crucificaldo ; porque yo no hallo causa para lo crucificar. Respondiéronle los judíos, diciendo : Nosotros tenemos ley, y segun esta ley ha de morir ; porque se hizo Hijo de Dios. Pues como oyese Pilato estas palabras, temió mas, y entrando otra vez en la Audiencia, dijo á IESU : ¿de dónde eres tú? Y IESUS no le respondió. Dicele Pilato : ¿á

mi no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para soltarte? Respondió IESUS: No ternias poder ninguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Y por tanto el que me entregó en tus manos, mayor pecado tiene sobre si. Desde entónces procuraba Pilato soltarle; mas ellos daban grandes voces, pidiendo que fuese crucificado, y prevalescian las voces dellos. Y Pilato determinó que se cumpliese su peticion, y soltóles el que por razon del homicidio y escándalo habia sido echado en la cárcel, y entregó á IESUS á la voluntad dellos.

E tomaron á IESUS, y sacáronlo fuera, y llevando él sobre sí la Cruz, salió al lugar que se decia Calvario. Seguialo en este camino mucha compañía del pueblo, y de mujeres que iban llorando y lamentando en pos dél; y volviéndose á ellas, dijoles: Hijas de Hierusalem, no lloreis sobre mí, sino sobre vosotras llorad, y sobre vuestros hijos; porque presto vendrán dias en que digan: Bienaventuradas las estériles; y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Entónces comenzarán á decir á los montes, caed sobre nosotros; y á los collados, cubridnos. Porque si esto hacen en el madero verde, ¿en el seco qué se hará?

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Salid, hijas de Sion, y mirad al rey Salomon con la corona que le coronó su madre en el dia de su desposorio, y en el dia del alegría de su corazon¹. Anima mia, ¿qué haces? Corazon

¹ Cant. iii.

mio, ¿qué piensas? Lengua mia, ¿cómo has enmudescido? ¿Cuál corazon no revienta?Cuál dureza no se ablanda? Qué ojos se pueden contener de lágrimas, teniendo delante de sí tal figura? Ó dulcísimo Salvador mio, cuando yo abro los ojos y miro este retablo tan doloroso que aquí se me pone delante, ¿cómo no se me parte el corazon de dolor? Veo esa delicadísima cabeza, de que tiemblan los poderes del cielo, traspasada con crueles espinas. Veo escupido y abofeteado ese divino rostro, escurecida la lumbre desafrente clara, cegados con la lluvia de la sangre esos ojos serenos. Veo los hilos de sangre que gotean de la cabeza, y descienden por el rostro, y borran la hermosura desa divina cara. Pues ¿cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte venidera, y tanta sangre derramada; sino que por fuerza habian de sacar las espinas la sangre de la cabeza, á quien los azotes perdonaron? Si por denuestos y bofetadas lo habias (para satisfacer por las que yo te dí pecando), ¿ya no habias recebido muchas destas toda la noche pasada? Si sola tu muerte bastaba para redemirnos, ¿para qué tantos ensayes, para qué tantas invenciones y maneras de vituperios? ¿Quién jamas oyó ni leyó tal manera de corona, y tal linaje de tormento? ¿De qué entrañas salió esta nueva invencion al mundo, que de tal manera sirviese para deshorrar un hombre, que no ménos le atormentase que deshonorase? ¿No bastan los tormentos que se han usado en todos los siglos pasados, sino que se han de inventar otros nuevos en tu Pasion? Bien veo, Señor mio, que no eran estas injurias necesarias

para mi remedio ; bastaba para esto una sola gota de tu sangre. Mas eran convenientísimas para que me declarases la grandeza de tu amor , y para que me echases cadenas de perpetua obligacion , y para que confundieses los atavíos y galas de mi vanidad , y me enseñases por aquí el menosprecio de la gloria del mundo.

Pues para que sientas algo , ánima mia , deste paso tan doloroso , pon primero ante tus ojos la imagen antigua deste Señor , y la excelencia de sus virtudes ; y luego vuelve á mirarlo de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura , la medida de sus ojos , la dulzura de sus palabras , su autoridad , su mansedumbre , su serenidad , y aquel aspecto suyo de tanta veneracion. Miralo tan humilde para con sus discípulos , tan blando para con sus enemigos , tan grande para con los soberbios , tan suave para con los humildes , y tan misericordioso para con todos. Considera cuán manso haya sido siempre en el sufrir , cuán sabio en el responder , cuán piadoso en el juzgar , cuán misericordioso en el recibir , y cuán largo en el perdonar.

Y despues que así lo hubieres mirado , y deleitádote de ver una tan acabada figura , vuelve los ojos á mirarle tal cual aquí le ves , cubierto con aquella púrpura de escarnio , la caña por sceptro real en la mano , y aquella horrible diadema en la cabeza , y aquellos ojos mortales , y aquel rostro defuncto , y aquella figura toda borrada con la sangre , y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Miralo todo dentro y fuera : el corazon atravesado con dolores , el cuerpo lleno de llagas , desamparado de

sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnescido de los soldados, y despreciado de los pontífices, desechado del Rey inicuo, acusado injustamente, y desamparado de todo favor humano.

Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente; no como dolor ajeno, sino como tuyo propio. A ti mismo te pon en lugar del que padesce, y mira lo que sentirias si en una parte tan sensible como es la cabeza, te hincasen muchas y muy agudas espinas, que penetrasen hasta los huesos, ¿y qué digo espinas? Una sola punzada de un alfiler que fuese, apenas la podrias sufrir. Pues ¿qué sentiria aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormento?

Pues ¡oh resplandor de la gloria del Padre! ¿quién te ha maltratado? ¡Oh espejo sin mancha de la majestad de Dios! ¿quién te ha todo manchado? ¡Oh rio que sales del paraíso de deleites, y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios! ¿quién ha enturbiado esas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pecados, Señor mio, las han enturbiado; mis maldades las han escurecido. ¡Ay de mí, pobre y miserable! ¡ay de mí! ¿Y qué tal habrán parado mis pecados á mi ánima, cuando tal pararon los ajenos la fuente clara de toda la hermosura? Mis pecados son, Señor, las espinas que te punzan; mis locuras la púrpura que te escarnesce; mis hipocresías y fingimientos las cerimonias con que te desprecian, mis atavíos y vanidades la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor. Limpió el rey Ezequías el templo de Dios que estaba por los malos profanado¹, y toda la

¹ II Par. xxix.

basura que en él habia , mandó echar en el arroyo de los cedros. Yo soy ese templo vivo , por los demonios profanado , y ensuciado con infinitos pecados ; y tú eres el rio limpio de los cedros , que sustentas con tus corrientes toda la hermosura del cielo. Pues ahí son lanzados todos mis pecados , ahí desaparecen mis maldades. Porque por el mérito desa inefable caridad y humildad , con que te inclinaste á tomar sobre tí todos mis males , no solo me libraste dellos , mas tambien me heciste participante de tus bienes. Porque tomaste mi muerte , me diste tu vida. Porque tomaste mi carne , me diste tu espíritu. Porque tomaste sobre tí mis pecados , me diste tu gracia. Así que , Redemptor mio , todas las penas tuyas son tesoros y riquezas mias. Tu púrpura me viste , tu corona me honra , tus cardenales me hermosean , tus dolores me regalan , tus amarguras me sustentan , tus llagas me sanan , tu sangre me enriquece , y tu amor me embriaga. ¿Qué mucho es que tu amor me embriague , pues el amor que tú me tuviste , bastó para embriagarte y dejarte , como á otro Noé , tan avergonzado y desnudo ¹ ? Con la púrpura encendida dese amor sostienes esa púrpura de escarnio , y con el celo de mi aprovechamiento esa caña en la mano , y con la compasion de mi perdimiento esa corona de confusion.

¹ Genes. ix.

§ VI.

Del Ecce Homo.

Acabada la coronacion y escarnio del Salvador, tomóle el Juez por la mano, así como estaba tan maltratado, y sacándole á vista del pueblo furioso, díjoles: *Ecce Homo*. Como si dijera: Si por invidia le procurábades la muerte, veislo aquí tal, que no está para tenerle invidia, sino lástima. Temíades no se hiciese rey, veislo aquí tan desfigurado, que apenas parece hombre. ¿Destas manos atadas qué os temeis? ¿A este hombre azotado qué mas le demandais?

Por aquí puedes entender, ánima mia, qué tal saldría entónces el Salvador, pues el Juez creyó que bastaba la figura que allí traia, para quebrar el corazon de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender, cuán mal caso sea no tener un cristiano compasion de los dolores de Cristo; pues ellos eran tales, que bastaban (segun el Juez creyó) para ablandar unos tan fieros corazones. Donde hay amor hay dolor. Pues ¿cómo dice que tiene amor de Cristo, quien no tiene compasion de Cristo viéndolo en esta figura?

Y si tan gran mal es no compadescerse de Cristo, ¿qué será acrescentar sus martirios, y añadir dolor á su dolor? No pudo ser mayor crueldad en el mundo, que despues de mostrada por el Juez tal figura, responder los enemigos aquella tan cruel palabra: Crucificalo, crucificalo. Pues si tan grande fue esta crueldad,

¿cuál será la de un cristiano que con las obras dice otro tanto, ya que con las palabras no lo diga? ¿No dice Sant Pablo que el que peca vuelve otra vez á crucificar al Hijo de Dios¹, pues cuanto es de su parte hace cosa con que le obligaria otra vez á morir, si la muerte pasada no bastara? Pues ¿cómo tienes tú corazon y manos para crucificar tantas veces al Señor desta manera? Debrias considerar que así como el Juez presentó aquella figura tan lastimera á los judíos, creyendo que no habia otro medio mas eficaz para apartarlos de su furor, que aquella vista; así el Padre eterno la representa hoy á todos los pecadores, entendiendo que á la verdad no hay otro medio mas poderoso para apartarlos del pecado, que ponerles delante tal figura. Haz pues agora cuenta que te la pone él tambien á tí delante, y que te está diciendo: *Ecce Homo*. Como si dijese: Mira este hombre cuál está, y acuérdate que es Dios, y que está de la manera que aquí lo ves, no por otra causa sino por los pecados del mundo. Mira cuál pararon los pecados á Dios. Mira qué fué menester para satisfacer por el pecado. Mira cuán aborrescible es á Dios el pecado, pues tal paró la cara de su Hijo por destruirlo. Mira la venganza que tomará Dios del pecador por sus pecados propios, pues tal la tomó del Hijo por los ajenos. Mira finalmente el rigor de la divina justicia, y la malicia del pecado, la cual tan espantosamente resplandescé en la cara de Cristo. Pues ¿qué mas se pudiera hacer para que los hombres temiesen á Dios y aborresciesen el pecado?

¹ Hebr. vi.

Paresce que se hubo Dios aquí con el hombre como la buena madre con la mala hija que se le comienza á hacer liviana. Porque cuando no le valen ya palabras ni castigos, vuelve las iras contra sí mesma, dase de bofetadas, y despedázase la cara, y pónese así desfigurada delante de la hija, porque por esta via conozca ella la grandeza de su yerro, y siquiera por lástima de la madre se aparte dél. Pues esta manera de remedio paresce que tomó Dios aquí para castigo de los hombres, poniéndoles delante su divina imagen, que es la cara de su Hijo, tan maltratada y desfigurada, para que ya que por tantas reprehensiones y castigos como les habia enviado ántes por boca de sus profetas no se querian apartar del mal, se apartasen siquiera por lástima de ver tal aquella divina figura. De manera que ántes ponía las manos en los hombres; agora vino á ponerlas en sí, que era lo último que se podia hacer. Y por esto aunque siempre fué gran maldad ofender á Dios; mas despues que tal figura tomó para destruir el pecado, no solo es grande maldad, sino tambien grandísima ingratitude y crueldad.

Perseverando en la contemplacion deste mesmo paso, demas del aborrescimiento del pecado puedes tambien de aquí tomar grande esfuerzo para confiar en Dios, considerando esta mesma figura, la cual, así como es poderosa para mover los corazones de los hombres, así tambien lo es (y mucho mas) para mover el de Dios. Para lo cual debes considerar que la mesma figura que sacó entónces el Salvador á los ojos del pueblo furioso, esa mesma representa hoy á los del Pa-

dre piadoso, tan fresca y tan corriendo sangre como estaba aquel mismo día. Pues ¿qué imagen puede ser mas eficaz para amansar los ojos del Padre, que la cara amancillada de su Hijo? Este es el propiciatorio de oro ¹, este es el arco de diversos colores puesto entre las nubes del cielo, con cuya vista se aplaca Dios ². Aquí se apacentaron sus ojos, aquí quedó satisfecha su justicia, aquí se le restituyó su honra, aquí se le hizo tal servicio, cual convenia á su grandeza.

Pues dime, hombre flaco y desconfiado, si en este paso estaba tal la figura de Cristo, que bastaba para amansar los ojos crueles de tales enemigos, ¿cuánto mas lo estará para amansar los ojos de aquel Padre piadoso, especialmente padesciendo por su honra y obediencia todo aquello que padescia? Compárame ojos con ojos, y persona con persona; y verás cuánto mas segura tienes tú la misericordia del Padre, presentándole esta figura, que tuvo Pilato la de los judíos cuando allí se la presentó. Pues en todas tus oraciones y tentaciones toma este Señor por escudo, y ponlo entre tí y Dios, y preséntalo ante él, diciendo: *Ecce Homo*: Hé aquí, Señor Dios mio, el hombre que tú buscabas tantos años há ³, para que se pusiese de por medio entre tí y los pecadores. Hé aquí el hombre tan justo como á tu bondad convenia, y tan justiciado cuanto nuestra culpa demandaba. Pues ¡oh defensor nuestro, miranos, Señor! Y para que así lo hagas, pon los ojos en la cara de tu Cristo ⁴. Y tú, Salvador y medianero nuestro, no ceses de presen-

¹ Exod. xxv. — ² Genes. ix.

³ Ezech. xxii; Ierem. v. — ⁴ Psalm. lxxxiii.

tarte ante los ojos del Padre por nosotros; y pues tuviste amor para ofrescer tus miembros al verdugo para que los atormentase, tenlo, Señor, para presentarlos al Padre eterno, para que por tí nos perdone.

§ VII.

De cómo el Salvador lleva la Cruz á cuestas.

Pues como Pilato viese que no bastaban las justicias que se habian hecho en aquel sancto Cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el Pretorio, y asentóse en su tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya á las puertas aparejada la cruz, y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando á la cabeza del Salvador. Dada pues ya y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad á otra que fué cargar sobre aquellas espaldas, tan molidas y despedazadas con los azotes, el madero de la cruz ¹. No rehusó con todo esto el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino ántes la abrazó con summa caridad y obediencia por nuestro amor; y así camina su camino como otro verdadero Isaac, con la leña en los hombros al lugar del sacrificio. Repartida va la carga entre los dos. El hijo lleva la leña y el cuerpo que ha de ser sacrificado; y el padre lleva el fuego y el cuchillo con que lo ha de sacrificar ². Porque el fuego del amor de los hombres, y el cuchillo de

¹ Ioan. XIX. — ² Genes. XXII.

la divina justicia, pusieron en la cruz al Hijo de Dios. Estas dos virtudes litigaron en el pecho del Padre, pidiendo cada una su derecho. El amor decia que perdonase á los hombres, y la justicia que castigase á los pecadores. Pues porque los hombres quedasen perdonados, y los pecados castigados, dióse por medio que muriese el inocente por todos. Este es el fuego y el cuchillo que llevaba en sus manos el patriarca Abraham para sacrificar á su hijo, porque el amor de nuestra salud, y el celo de la justicia, hicieron al Padre eterno ofrescer su Hijo á la cruz.

Camina pues el inocente con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente, y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no habia de derramar lágrimas viendo el Rey de los ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento ¹, con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra él?

Entre tanto, ánima mia, aparta un poco los ojos deste cruel espectáculo, y con pasos apesurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen; y cuando á ella llegares, derribado ante sus piés, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh Señora de los ángeles, Reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos,

¹ Luc. xxiii.

maestra de las virtudes, espejo de limpieza, dechado de paciencia y de toda perfeccion. ¡Ay de mí, Señora mia! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir habiendo visto con mis ojos lo que vi? ¿Para qué son mas palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor, en manos de sus enemigos con una cruz á cuestas, para ser en ella justiciado.

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó este dolor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida, si la dispensacion divina no la guardara para mayor trabajo y para mayor corona.

Camina pues la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye dende léjos el ruido de las armas, y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas, que asomaban por lo alto; halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo, y guiarla sin otra guia. Acércase mas y mas á su amado Hijo, y tiende sus ojos escurecidos con el dolor, para ver, si pudiese, al que amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazon de Maria! Por una parte deseaba verle, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente llegada ya donde le pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban en-

mudescidas para hablar ; mas al corazon de la Virgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo, y le decia : ¿Para qué veniste aquí, paloma mia , querida mia , y Madre mia ? Tu dolor acrescencia el mio , y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete , Madre mia , vuélvete á tu posada , que no pertenesce á tu pureza virginal compañía de homicidas y ladrones. Si lo quisieres así hacer , templarse ha el dolor de ambos , y quedaré yo para ser sacrificado por el mundo , pues á tí no pertenesce este oficio , y tu inocencia no meresce este tormento. Vuélvete pues , ¡oh paloma mia ! á la arca hasta que cesen las aguas del diluvio , pues aquí no hallarás donde descansen tus pies ¹. Allí vacarás á la oracion y contemplacion acostumbrada , y allí , levantada sobre tí mesma , pasarás como pudieres este dolor.

Pues al corazon del Hijo responderia el de la sancta Madre , y le diria : ¿Por qué me mandas eso , Hijo mio ? Por qué me mandas alejar deste lugar ? Tú sabes , Señor mio , y Dios mio , que en presencia tuya todo me es lícito , y que no hay otro oratorio sino donde quiera que tú estás. ¿Cómo puedo yo partirme de tí sin partirme de mí ? De tal manera tiene ocupado mi corazon este dolor , que fuera dél ninguna cosa puedo pensar. A ninguna parte puedo ir sin tí , y de ninguna pido ni puedo recibir consolacion. En tí está todo mi corazon , y dentro del tuyo tengo hecha mi morada , y mi vida toda pende de tí. Y pues tú por espacio de nueve meses tuviste mis

¹ Genes. viii.

entrañas por morada, ¿por qué no tendré yo estos tres dias por morada las tuyas? Si ahí dentro me recibieres, ahí seré yo contigo crucificado, crucificada; y contigo sepultado, sepultada. Contigo beberé de la hiel y vinagre, y contigo penaré en la cruz, y contigo juntamente espiraré.

Tales palabras en su corazon iria diciendo la Virgen; y desta manera se anduvo aquel trabajoso camino, hasta llegar al lugar del sacrificio.

MEDITACION PARA EL VIÉRNES POR LA MAÑANA.

Este dia has de contemplar el misterio de la Cruz, y aquellas siete palabras que el Señor en ella habló.

Síguese el texto.

Vinieron, dice el Evangelista ¹, al lugar que se dice Gólgota, que es el monte Calvario, y allí dieron á beber al Señor vino mezclado con hiel: y como lo gustase, no lo quiso beber. Era entónces hora de tercia, y crucificáronle: y con él crucificaron dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra. Y allí se cumplió la Escripura que dice ²: Con los malos fué reputado. Escribió tambien un titulo Pilato, y púsolo sobre la Cruz: y estaba escripto en él: Iesus Nazareno, rey de los judíos. Este titulo leyeron muchos judíos, porque el lugar donde IESUS fue crucificado estaba cerca de la ciudad, y estaba escripto con letras hebreas, griegas y latinas ³. Decian, pues, á Pilato los pontífices de los judíos: No

¹ Ioan. XIX. — ² Isai: LIII; Marc. XV. — ³ Ioan. XIX.

escribas : rey de los judíos ; sino que el dijo : rey soy de los judíos. Respondió Pilato : Lo escripto, escripto ¹. Mas los soldados , despues que lo hobieron crucificado , tomaron sus vestiduras , y repartieronlas en cuatro partes , para que les cupiese á cada uno la suya : y tomaron tambien la túnica , la cual no era cosida , sino tejida de alto á bajo. Dijeron pues entre sí los soldados : No partamos esta túnica , sino echemos suertes sobre quién se la llevará. Para que se cumpliese la Escripura que dice ² : partieron mis vestiduras entre sí , y sobre mi vestidura echaron suertes. Esto fué lo que hicieron los soldados.

Y los que pasaban por aquel camino , blasfemaban del Señor , meneando las cabezas y diciendo ³ : ¡ Ah ! que destruyes el templo de Dios , y en tres dias lo vuelves á reedificar , hazte salvo á ti mismo : si eres hijo de Dios , desciende de la Cruz. Asimismo los principes de los sacerdotes escarnecian dél con los letrados de la ley , y con los ancianos , y decian : A otros hizo salvos , y á si no puede salvar. Pues que es rey de Israel , descienda de la Cruz , y creéremos en él. Tiene su esperanza en Dios : librole si quiere librarle , pues él dijo ⁴ : Hijo soy de Dios. Y con aquellas mismas palabras le daban en cara los ladrones que estaban crucificados con él. Mas IESUS decia ⁵ : Padre , perdónalos , que no saben lo que se hacen (a).

Y uno de los ladrones que estaban allí colgados , lo blasfemaba , diciendo ⁶ : Si tú eres Cristo , salva á ti , y á nos. Y respondiendo el otro decia :

¹ Ioan. XIX; Matth. XXVII. — ² Psalm. XXI.

³ Matth. XXVII; Marc. XV. — ⁴ Matth. XXVII.

⁵ Luc. XXI. — (a) Primera palabra. — ⁶ Luc. XXIII.

¿Ni aun tú temes á Dios, estando padesciendo la misma pena? Nosotros justamente padecemos: pues recibimos el pago de nuestras obras; mas este no ha hecho mal ninguno. Y decia á IESUS: Señor, acuérdate de mí cuando estuviere en tu reino. Y díjole IESUS (a): En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso.

Y estaba en pie junto á la Cruz de IESU su Madre¹, y una hermana de su Madre, que se decia Maria, mujer de Cleofas, y Maria Magdalena.

Pues como viese IESUS á la Madre, y al discípulo que él amaba, que asimismo estaba allí, dijo á su Madre (b): Mujer, cata ahí tu hijo. E luego al discípulo: Cata ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la tomó por madre.

Y á la hora de nona clamó IESUS con gran voz, diciendo: Eli, Eli, lammasabaethani, que quiere decir (c): Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Y algunos de los circunstantes decian²: Cata que llama á Helias. Otros decian: Esperad, veamos si viene Helias á librarle.

Despues desto, sabiendo IESUS que ya todas las cosas eran cumplidas, porque se cumpliese la Escripura dijo: Sed tengo (d): Y estaba allí á la sazón un vaso lleno de vinagre; y ellos tomando una esponja llena de vinagre, y atándola en una caña con una rama de hisopo, pusieronla en la boca. Y como tomase IESUS el vinagre, dijo: Acabado es (e).

Y clamando otra vez con una voz grande, dijo (f): Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

(a) Segunda palabra. — ¹ Ioan. xix. — (b) Tercera palabra. — (c) Cuarta palabra. — ² Matth. xxvii; Marc. xv.

(d) Quinta palabra. — (e) Sexta palabra. — (f) Séptima palabra.

Y desde la hora de sexta se hicieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona. Y el velo del templo se partió en dos partes desde lo alto hasta lo bajo, y la tierra tembló, y las piedras se partieron, y muchos cuerpos de sanctos que dormían, resuscitaron. Y estaban todos sus amigos y conocidos, y las mujeres mirándole desde lejos: entre las cuales estaban María Magdalena, y María, madre de Santiago el Menor, y de Josef, y Salomé: las cuales cuando el Señor estaba en Galilea, le seguían y proveían lo necesario de sus haciendas: y otras muchas mujeres que juntamente con él habían subido á Hierusalem.

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Venido habemos, ánima mia, al sacro monte Calvario, y llegado á la cumbre del misterio de nuestra reparacion. ¡Oh cuán maravilloso es este lugar! Verdaderamente esta es casa de Dios, puerta del cielo, tierra de promision, y lugar de salud. Aquí está plantado el árbol de la vida, aquí está asentada aquella escalera mística que vió Jacob, que junta el cielo con la tierra¹; por donde los ángeles descienden á los hombres, y los hombres suben á Dios. Este es, ó ánima mia, lugar de oracion; aquí debes adorar y bendecir al Señor, y darle gracias por este summo beneficio, diciendo así: Adorámoste, Señor Jesucristo, y bendecimos tu sancto nombre; pues por medio desta sancta Cruz redemiste el mundo. Gracias sean dadas á tí, clementísimo Salvador,

¹ Genes. iii, xxviii.

porque así nos amaste , y lavaste de nuestros pecados con tu sangre , y te ofresciste por nosotros en esa Cruz , para que con el olor suavísimo deste noble sacrificio , encendido con el fuego de tu amor , satisficieses y aplacases á Dios. Bendito seas para siempre, Salvador del mundo , reconciliador de los hombres , reparador de los ángeles , restaurador de los cielos , triunfador del infierno , vencedor del demonio , autor de la vida , destruidor de la muerte , y Redemptor de los que estaban en tinieblas y sombra de muerte.

Todos pues los que teneis sed venid á las aguas¹ ; y los que no teneis oro ni plata venid á recibir todos los bienes de balde. Los que deseais agua de vida , esta es aquella piedra mística herida con la vara de Moysen en el desierto , de la cual salieron aguas en abundancia para el pueblo sediento². Los que deseais paz y amistad con Dios , esta es tambien aquella piedra que rosció el patriarca Jacob con olio , y la levantó por título de amistad y paz entre Dios y los hombres³. Los que deseais vino para curar vuestras llagas , este es aquel racimo que se trajo de la tierra de promision á este valle de lágrimas⁴ , el cual agora es pisado y estrujado en el lagar de la Cruz para nuestro remedio. Los que deseais el olio de la divina gracia , este es aquel vaso precioso de la viuda de Heliseo , lleno de olio , con que todos hemos de pagar nuestras deudas⁵ ; y aunque el vaso parece pequeño para tantos , no mireis á la cantidad , sino á la virtud ; la cual es tan grande , que mientras hobiere vasos

¹ Isai. LV. — ² Exod. XVII. — ³ Genes. XXXV.

⁴ Num. XIII. — ⁵ IV. Reg. IV.

que hinchir, siempre correrá la vena deste sagrado licuor.

§ VIII.

Despierta pues agora, ánima mia, y comienza á pensar el misterio desta sancta Cruz, por cuyo fructo se reparó el daño de aquel venenoso fructo del árbol vedado, como lo significó el Esposo á la esposa en los Cantares, cuando dijo ¹: Debajo de un árbol te resuscité, esposa; porque debajo de otro árbol fué deshonrada tu madre, cuando fué engañada por la antigua serpiente ².

Mira pues cómo llegado ya el Salvador á este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuese mas vergonzosa su muerte) le desnudan de todas sus vestiduras hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto á bajo sin costura alguna. Mira pues aquí con cuánta mansedumbre se deja desollar aquel innocentísimo Cordero, sin abrir su boca, ni hablar palabra contra los que así le trataban. Antes de muy buena voluntad consentia ser despojado de sus vestiduras, y quedar á la vergüenza desnudo; porque con ellas se cubriese mejor que con hojas de higuera ³ la desnudez de aquellos que por el pecado habian perdido la vestidura de la inocencia y de la gracia recebida. Dicen algunos doctores que para desnudar al Señor esta túnica le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenia en la cabeza, y despues de ya desnudo, se la volvieron á poner de nuevo, y hincarle otra vez las es-

¹ Cant. viii. — ² Genes. iii. — ³ Genes. iii.

pinas por el cerebro, y hacer nuevas aberturas y llagas en él. Y es de creer cierto que usarian desta crueldad los que de otras muchas y muy extrañas usaron con él, en todo el proceso de su Pasion.

Y como la túnica estaba pegada á las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada, y abrazada con la misma vestidura; al tiempo que se la desnudaron (como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados) despegáronse de golpe, y con tanta fuerza, que le desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes; de tal manera que el sancto cuerpo quedó por todas partes abierto y como descortezado y hecho todo una grande llaga que por todas partes manaba sangre.

Considera pues aquí, ánima mia, la alteza de la divina bondad y misericordia que en este misterio tan claramente resplandesce. Mira cómo aquel que viste los cielos de nubes, y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Mira cómo la hermosura de los ángeles es aquí afeada, y la alteza de los cielos humillada, y la majestad y grandeza de Dios abatida y avergonzada. Mira cómo aquella sangre real corre hilo á hilo por el cerebro, y por los cabellos, y por la barba sagrada hasta teñir y regar la tierra. Considera el frio que padesceria aquel sancto cuerpo, estando como estaba despedazado y desnudo, no solo de sus vestiduras, sino tambien de los cueros y de la piel, y con tantas puertas y ventanas de llagas abiertas por todo él. Y si estando Sant Pedro vestido y calzado la noche ántes, padescia frio¹, ¿cuánto

¹ Ioan. XVIII.

mayor lo padesceria aquel delicadísimo cuerpo, estando tan llagado y desnudo?

Por do parece que aunque en todo el discurso de su vida nos dió el Salvador tan maravillosos ejemplos de desnudez y pobreza, mas en la muerte se nos dió por un perfectísimo espejo desta virtud ; pues allí estuvo tan pobre que no tuvo sobre que reclinar su cabeza, y para dar á entender que no habia tomado cosa del mundo, ni se le habia pegado nada dél. Conforme á este ejemplo leemos del bienaventurado Sant Francisco, verdadero imitador desta pobreza de Cristo, que al tiempo que quiso espirar, se desnudó de todo cuanto sobre sí tenia, y derribándose de la cama en el suelo, se abrazó con la tierra desnudo ; para imitar en esto, como fiel siervo, la desnudez y pobreza del Señor. Ea pues, ánima mia, aprende tú tambien aquí á seguir á Cristo pobre y desnudo, aprende á menospreciar todo lo que puede dar el mundo, para que merezcas abrazar al Señor desnudo con brazos desnudos, y ser unida con él por amor que tambien esté desnudo, sin mezcla de otro peregrino amor.

§ IX.

Despues desto considera cómo el Señor fué enclavado en la Cruz, y el dolor que padesceria al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las delicadas partes del mas delicado de los cuerpos. Y mira tambien lo que la Virgen sentiria quando viese con sus ojos, y oyese con sus oidos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinales tan á me-

nudo caian. Mira cómo luego levantaron la Cruz en alto, y cómo la fuéron á meter en un hoyo que para esto tenían hecho, y cómo (según eran crueles los ministros) al tiempo del asentar la dejaron caer de golpe; y así se estremecería todo aquel sancto cuerpo en el aire, y se rasgarian mas las llagas, y crescerian mas sus dolores.

Pues, ¡oh Salvador y Redemptor mio! qué corazon habrá tan de piedra, que no se parta de dolor, pues en este dia se partieron las piedras¹, considerando lo que padesces en esa Cruz? Cercado te han, Señor, dolores de muerte; y embestido han sobre tí las olas de la mar²; atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado, ¿qué esperas, Señor mio, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazon, tu ánima está afligida, y no admities consuelo por mi amor. Duros fuéron cierto mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mio, cosido con un madero; no hay quien sostenga tu cuerpo, sino tres garfios de hierro: dellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio. Cuando cargas el cuerpo sobre los piés, desgárranse las heridas de los piés con los clavos que tienen atravesados; cuando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. No se pueden socorrer los miembros unos á otros, sino con igual perjuicio. Pues la sancta cabeza atormentada y enflaquecida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sosterná? ¡Oh cuán bien em-

¹ Matth. xxvii. — ² Psalm. xvii; Psalm. lxxviii.

pleados fueran allí vuestros brazos, serenísima Virgen, para este oficio! Mas no servirán agora allí los vuestros, sino los de la Cruz. Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando quisiere descansar, y el refrigerio que dellos recibirá, será hincarse mas las espinas por el cerebro. Sobre todo esto veo esas cuatro llagas principales, como cuatro fuentes que están siempre manando sangre; veo el suelo encharcado y arroyado de sangre; veo ese tan precioso licuor hollado y derramado sobre la tierra, dando voces y clamando mejor que la sangre de Abel¹; pues aquella pedia venganza contra el homicida, mas esta pide perdon para el pecador².

§ X.

De la compasión del Hijo á la Madre, y de la Madre al Hijo en la Cruz.

Crescieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no ménos estaba su corazon crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para tí, ¡oh buen IESU! en este dia: una para el cuerpo, y otra para el ánima; la una es de pasión, y la otra de compasión; la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, ¡oh buen IESU! declarar lo que sentias cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabias contigo estar

¹ Genes. iv. — ² Hebr. xii.

crucificada en la Cruz? Cuando veias aquel piadoso corazon traspasado y atravesado con cuchillo de dolor? Cuando tendias los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya mas que muerta, y aquellos rios de lágrimas que de sus purísimos ojos salian, y oias los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan grave dolor? Verdaderamente no se puede encarecer lo mucho que esta invisible cruz atormentaba tu piadoso corazon.

Y ¿quién otrosí podrá, ¡oh bendita Madre! declarar la grandeza de los dolores y ansias de tus entrañas, cuando veias morir con tan graves tormentos al que viste nacer con tanta alegría? Cuando veias escarnescido y blasfemado de los hombres aquel que allí viste alabado de ángeles? Cuando veias aquel sancto cuerpo que tú tratabas con tanta reverencia y criaste con tanto regalo, tan maltratado y atormentado de los malos? Cuando mirabas aquella divina boca, que tú con leche del cielo recreaste, amargada con hiel y vinagre? Y aquella divina cabeza que tantas veces en tus virginales pechos reclinaste, ensangrentada y coronada de espinas? ¡Oh cuántas veces alzabas los ojos á lo alto para mirar aquella divinal figura, que tantas veces alegró tu ánima mirándola, y se volvian los ojos del camino, porque no podía sufrir tu vista la ternura del corazon!

Pues ¿qué lengua podrá declarar la grandeza deste dolor? Si las ánimas que verdaderamente aman á Cristo, cuando contemplan estos dolores

ya pasados, tan tiernamente se compadescen dél, ¿qué harías tú siendo madre, y mas que madre, viendo de presente con tus ojos padecer á tal Hijo tal pasión? Si aquellas mujeres que acompañaban al Señor cuando caminaba con la Cruz, sin haberle nada, ni tenerle parentesco, lloraban y lamentaban por verlo ir con tan lastimera figura¹; ¿cuáles serian tus lágrimas cuando vieses á quien tanto te tocaba, no solo llevando la Cruz á cuestas, sino enclavado ya, y levantado en la misma Cruz?

Y con ser tan grandes estos dolores, no rehustaste, Virgen bendita, la compañía de la Cruz, ni le volviste las espaldas; sino allí estuviste junto á ella: no caida ni derribada, sino en pié, como columna de fortaleza, contemplando con inestimable dolor al Hijo en la Cruz; para que así como Eva mirando con deleite aquel fruto y árbol de muerte entrevino en la perdicion del mundo², así tú mirando con tan grande amargura el fruto de vida que de aquel árbol pendia, entrevinieses en el remedio del mundo.

§ XI.

Otra meditacion de la doctrina que se aprende al pié de la Cruz.

Estaba, dice el Evangelista³, junto á la Cruz la Madre de IESU, y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofas, y María Magdalena. ¡Quién me diese agora que en compañía destas

¹ Luc. xxiii. — ² Genes. iii. — ³ Ioan. xix.

bienaventuradas tres Marías estuviese yo siempre al pié de la Cruz! Oh bienaventuradas Marías! ¿quién os ha hecho estar tan fijas al pié de la Cruz? ¿Qué cadena es esa que así os tiene atadas á este árbol sagrado? ¡Oh Cristo muerto, que mortificas los vivos y das vida á los muertos! Oh vosotros, ángeles del paraíso, no os indigneis contra mí (aunque pecador y malo) si me atreviere á llegar á esta sancta compañía; porque el amor me trae, y el amor me fuerza á abrazarme con esta Cruz! Si estas tres Marías no quieren apartarse de la Cruz, ¿dónde me partiré yo, pues en ella está toda mi salud? Primero se helará el fuego, y el agua naturalmente se calentará, que mi corazon se aparte desta Cruz mientras yo sintiere lo que el amor me ha enseñado: cuán grande bien sea estar siempre al pié de la Cruz. ¡Oh Cruz, tú atraes á tí mas fuertemente los corazones, que la piedra iman al fierro; tú alumbras mas claramente los entendimientos, que el sol los ojos; tú abrasas mas encendidamente las ánimas, que el fuego los carbones! Atráeme pues á tí, ó sancta Cruz, fuertemente; alúmbrame continuamente, inflámmame poderosamente, para que mi pensamiento nunca se aparte de tí. Y tú, ó buen Iesu, alumbrá los ojos de mi ánima para que te sepa yo mirar en esa Cruz; porque no solo contemple los crueles dolores que por mí padeciste para compadecerme dellos, sino tambien los ejemplos de tan maravillosas virtudes como ahí me descubriste, para imitarlos.

Pues, ó Maestro del mundo, ó médico de las ánimas, aquí me llevo al pié de tu Cruz á pre-

sentarte mis llagas; cúrame, Dios mio, y enséñame lo que debo hacer. Conózcome, Señor, por muy sensual y amigo de mí mismo, y veo que esto impide mucho mi aprovechamiento. Muchas veces por tomar mis recreaciones y pasatiempos, ó por temor del trabajo del ayunar, ó madrugar, pierdo los piadosos y devotos ejercicios; los cuales perdidos, soy perdido; esta sensualidad mia me es importuna; querría comer y beber delicadamente á sus horas y tiempos; querría despues de las comidas y cenas tener sus pláticas y recreaciones; huélgase aquella hora de pasear por los verjeles, y tomar allí su refrigerio; enséñame tú, Salvador mio, lo que debo yo hacer por tu ejemplo. ¡Oh cuánta confusion es para mí ver cómo trataste tú ese mas delicado de todos los cuerpos! En medio de las agonías y dolores de muerte no le diste otra comida ni otro letuario, sino aquel que hicieron aquellos crueles boticarios, de hiel y vinagre conficionado. ¿Quién tendrá pues de aquí adelante lengua para quejarse, que le den la comida fria, ó salada, ó mal aderezada, ó que se la den tarde ó temprano, viendo la mesa que pusieron á tí, Dios mio, en tiempo de tanta necesidad? En lugar de los donaires y pláticas que yo busco en mis cenas y convites, los donaires que tú tenias eran las voces de los que meneando sus cabezas te escarnescian y blasfemaban, diciendo ¹: ¡Ah, que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á reedificar! Esta era la música de tu comida; y el pasear del verjel era estar enclavado de piés y manos en la Cruz; aun-

¹ Matth. xxvii; Marc. xv.

que otro verjel hubo donde fuiste acabada la cena; mas no á pasear, sino á orar; no á tomar aire, sino á derramar sangre; no á recrearte, sino á entristecerte, y estar puesto en agonía de muerte. Pues ¿qué diré de los otros refrigerios de tu carne bendita? La mia quiere la cama blanda, la vestidura preciosa, y la casa grande y espaciosa; dime tú, ¡oh amor sancto! ¿cuál es tu cama, cuál es tu casa, y cuál es tu vestidura? Tu vestidura es la desnudez, y una púrpura de escarnio. Tu casa es estar en público al sol y al aire; y si otra busco, es un establo de bestias. Las raposas tienen cuevas, y los pájaros del aire nidos¹; y tú, Criador de todas las cosas, no tienes sobre qué reclinar la cabeza. ¡Oh curiosidades y demasías! ¿cómo sois vosotras acogidas en tierra de cristianos? O bien seamos cristianos, ó bien desechemos de nosotros todos estos regalos y demasías; pues nuestro Señor y Maestro no solo desechó de sí todo lo demasiado, sino tambien lo necesario.

La cama, Señor mio, me queda por ver qué tal es. Dime, ¡oh dulcísimo Señor! ¿dónde yaces, dónde duermes al mediodía²? Aquí me pongo á tus piés, enséñame lo que debo hacer; porque esta sensualidad mia no quiere bien entender el lenguaje de tu cruz. Yo deseo la cama blanda; y si despierto á la hora del rezar, déjome vencer de la pereza, y aguardo el sueño de la mañana, por dar á mi cabeza reposo. Dime tú, Señor, ¿qué reposo tuviste en esa cama de la Cruz? Cuando estabas ya cansado de estar acostado sobre un lado, ¿cómo te volvias del otro para mejor des-

¹ Matth. VIII. — ² Cant. I.

cansar? ¿Aquí no revienta el corazón, aquí no muere toda sensualidad? ¡Oh consuelo de pobres! Oh confusión de ricos! Oh esfuerzo de penitentes! Oh condenación de regalados y sensuales! Ni la cama de Cristo es para vosotros, ni su gloria. Dame, Señor, gracia para que á ejemplo tuyo mortifique yo esta mi sensualidad; y si no me la das, suplicote se acabe en esta hora mi vida, porque no se sufre que estando tú en esa Cruz recreado con hiel y vinagre, busque yo sabores y regalos; y estando tú tan pobre y desnudo, ande yo perdido tras de los bienes del mundo; y teniendo tú por cama un madero, busque yo la cama blanda, y el regalo del cuerpo.

Avergüénzate pues, ó ánima mia, mirando al Señor en esta Cruz, y haz cuenta que desde ella te predica y te castiga diciendo: O hombre, yo por tí recibí una corona de espinas, ¿y tú traes en desprecio mío una guirnalda de flores? Yo por tí extendí mis manos en la Cruz, ¿y tú las extiendes á los placeres y bailes? Yo no tuve muriendo una sed de agua, ¿y tú buscas preciosos vinos y manjares? Yo estuve en la Cruz, y en toda la vida que viví, lleno de deshonras y dolores, ¿y tú andas toda la tuya perdido tras de las honras y deleites? Yo me dejé abrir el costado para darte mi corazón, ¿y tú tienes el tuyo abierto para vanos y peligrosos amores?

§ XII.

De la paciencia que habemos de tener en los trabajos á imitacion de Cristo.

Enseñado me has, Señor, dende esa cátedra las leyes de la templanza, enséñame tambien agora las de la paciencia, que me es mucho necesaria. Curado has la parte concupiscible de mi ánima, cura tambien la irascible; pues tu Cruz es medicina de todo el hombre, y las hojas de ese árbol sagrado son sanidad de las gentes ¹. Algunas veces he dicho entre mí: No querria airarme con nadie, con todos querria tener paz, y para esto me parece que seria bien huir de toda compañía, por excusar todas las ocasiones de turbacion y de ira.

Mas agora conozco en esto mi flaqueza; porque no es vencer la ira huir de la compañía, sino cubrir la imperfeccion. Quiero pues de aquí adelante estar aparejado para hacer vida, no solamente con los buenos, sino tambien con los malos, y tener paz con los que aborrescen la paz. Yo propongo de lo hacer así; dame tú, Dios mio, gracia para que lo pueda cumplir. Si me quitaren la hacienda, no por eso me entristezca yo, pues te veo en esa Cruz tan despojado y desnudo. Si me quitaren la honra, tampoco esto me haga perder la paz, pues ahí te veo tan deshonorado y abatido. Si me faltaren los amigos, no por eso me confunda yo, pues ahí te veo solo y desamparado,

¹ Ezech. XLVII; Apoc. XXII.

no solo de tus discípulos y amigos, sino tambien de tu mesmo Padre. Y si de tí me paresciére alguna vez que soy desamparado, no por eso pierda la confianza, pues no la perdiste tú, que acabando de decir ¹: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? luego encomendaste tu espíritu en las manos de aquel que te habia desamparado. Pues yo os llamo desde aquí, angustias y persecuciones, que vengais á dar sobre mí, pues no me podeis hacer otra cosa que darme ocasion para ser imitador de mi Señor Jesucristo.

Mas, ó Señor mio, si los trabajos fueren largos y prolijos, ¿con qué me consolaré? Porque los tuyos aunque fuéron grandes, parece que fuéron breves, porque aun no duró veinte horas todo el martirio de tu Pasion. Pues el que ha diez años que está en una cama, ó en una cárcel, ó en continuas necesidades y guerras dentro de su mesma casa, ¿qué consuelo hallará en tí para tan larga contienda? Responde, Señor mio, á esta pregunta, pues tú eres la palabra y la sabiduría del Padre. Dime si eres tú el consuelo universal de todos los males, aunque sean prolijos, ó si hemos de buscar para estos otro consolador. Ciertamente no es menester otro consuelo sino tú ². Porque sin dubda esa Cruz en que padescas, no fué martirio de un solo dia, sino de toda la vida ³. Porque dende la misma hora y puncto de tu sanctísima concepcion se te puso delante así la cruz, como todo lo que en ella habias de pades-

¹ Matth. xxvii; Luc. xxiii.

² Hæc habentur lib. II Contemptus mundi, c. 12.

³ Et ita dixit Salvator, Luc. xii: Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur?

cer ; y así la trajiste delante los ojos esos dias que viviste. Porque así como todas las cosas pasadas y venideras estaban presentes á tu divino entendimiento ; así tambien lo estaban todos los martirios y instrumentos de tu Pasion. Allí estaba la cruz, y los clavos, y los azotes, y las espinas, y la lanza cruel ; allí estaban todos estos cuchillos tan presentes como cuando los viste con tus ojos el mismo viérnes de la Cruz. Nosotros, por recios males que padezcamos, siempre tenemos alguna hora de reposo, cuando la medicina ó el alivio nos lo da ; mas tu pena cuasi siempre fué continua, ó á lo ménos muchas veces te atormentaba en el alma miéntras en este mundo viviste. Y aunque esta pena no te atormentara, bastaba para continuo tormento el celo de la honra del Padre, y de la salud de nuestras ánimas ; el cual de verdad comia y despedaza la tu corazon, y te era mas cruel martirio que el de la misma muerte. Juntábase con esto la obstinacion de aquel pueblo rebelde, y la dureza de todos los otros pecadores, para cuyo remedio fuiste enviado ; los cuales no habian de querer aprovecharse deste beneficio, ni reconocer el tiempo de su visitacion. De aquí nascieron aquellas piadosas lágrimas que derramaste sobre Hierusalem, y de aquí aquella queja que diste por Isaías, diciendo : Yo dije : En vano he trabajado ; de balde y sin causa he gastado mi fortaleza.

Pues aquí tienes, ánima mia, con quien te acompañar y consolar en los largos trabajos, porque aunque los trabajos postrimeros de aquel

¹ Luc. XIX ; Isai. XLIX.

sancto cuerpo fuéron breves, los de su piadoso corazon y ánima fuéron prolijos y largos.

MEDITACION PARA EL SÁBADO POR LA MAÑANA.

Este dia se ha de contemplar la lanzada que se dió al Salvador, y el descendimiento de la Cruz, con el llanto de nuestra Señora, y oficio de la sepultura.

El texto de los evangelistas dice así ¹ :

En aquel tiempo los judíos (porque era Pascua) no queriendo que los cuerpos se quedasen en la Cruz el dia del sábado (porque era muy solemne aquel dia del sábado), rogaron á Pilato que les quebrasen las piernas, y los quitasen de la Cruz. Vinieron pues los soldados, y quebraron las piernas del primero de los crucificados, y luego del otro. Y como viniesen á IESU y le viesen ya muerto, no le quebrantaron las piernas, sino uno de los soldados abrió con una lanza su costado, y luego salió del sangre y agua. Y el que lo vió da dello testimonio; y sabemos que su testimonio es verdadero.

Y como se llegase ya la tarde, vino Iosef de Arimathia, noble caballero (el cual esperaba tambien el reino de Dios), y osadamente entró á Pilato, y pidió el cuerpo de IESU. Y Pilato maravillóse que ya fuese muerto. Y llamando al centurion, preguntóle si era ya muerto. Y como supiese del que lo era, concedió á Iosef el cuerpo. Vino tambien con él Nicodemus (aquel que habia venido á hablar á IESU de noche), el cual traia cuasi cien libras de ungüento

¹ Ioan. XIX.

hecho de mirra y aloé *. Y Iosefo compró una sábana, y abajándole de la Cruz envolviéronle en aquel lienzo con aquellos olores, segun que los judios tienen por costumbre sepultar los muertos. Y habia en aquel lugar en donde le crucificaron un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, donde ninguno habia sido sepultado. Allí pues por razon de la Pascua de los judios (porque estaba cerca la sepultura) pusieron á IESU. Y Maria Magdalena, y Maria, madre de Iosef, miraban el lugar donde le ponian¹.

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Hasta aquí has celebrado, ánima mia, la muerte y los dolores del Hijo; tiempo es ya que comiencen á celebrar y lamentar los de la Madre. Pues para esto asiéntate agora un poco á los piés del profeta Hieremías²; y tomándole las palabras de la boca, con amargo y doloroso corazon sospirando, dí así: ¿Cómo quedas agora sola, innocentísima Virgen? ¿Cómo quedas viuda, la Señora del mundo, y sin tener ninguna culpa te han hecho tributaria de tanta pena? ¡Oh Virgen Santísima! querria consolarte, y no sé cómo; querria aliviar un poco la grandeza de tus dolores, y no sé por qué camino. Reina del cielo, si la causa de tus dolores eran los de tu Hijo bendito, y no los tuyos (porque mas amabas á él que no á tí), ya han cesado sus dolores, pues el cuerpo no padesce, y toda su ánima es ya gloriosa; cese pues la muchedumbre de tus gemidos, pues cesó la causa

* Libra aquí no es peso, sino moneda. (Vide Budæum in lib. de mensuris, et ponderibus).

¹ Marc. xv. — ² Thren. 1.

de tu dolor. Lloraste con el que lloraba, justo es que goces ahora con el que ya se goza. Cíerrense las fuentes desos purísimos ojos, mas claros que las aguas de Hesebon ¹; y agora turbios y escurecidos con la lluvia de tantas lágrimas. Aplacada es ya la ira del Señor con el sacrificio del verdadero Noé ²; cese pues el diluvio de tus sacratísimos ojos, y esclarezcase la tierra con nueva serenidad. Salida es ya la paloma del arca; señales traerá cuando vuelva de la clemencia divina, alégrate con esta esperanza, y cesen ya tus gemidos. El mismo Hijo tuyo pone silencio á tus clamores, y te convida á nueva alegría en sus cantares, diciendo ³: El invierno es ya pasado, las lluvias y los torbellinos han cesado, las flores han aparecido en nuestra tierra; levántate, querida mia, hermosa mia, y paloma mia, que moras en los agujeros de la piedra, y en las aberturas de la cerca (que es en las heridas y llagas de mi cuerpo), deja agora esa morada, y ven conmigo.

Bien veo, Señora, que no basta nada desto para consolaros; porque no se ha quitado, sino trocado vuestro dolor. Acabóse un martirio, y comienza otro. Renuévanse los verdugos de vuestro corazon, y idos unos, suceden otros con nuevos géneros de tormentos, para que con tales mudanzas se os doble el tormento de la Pasion. Hasta aquí llorábades sus dolores, agora su muerte; hasta aquí su Pasion, agora vuestra soledad; hasta aquí sus trabajos, agora su ausencia; una ola pasó, y otra viene á dar de lleno en lleno so-

¹ Cant. vii. — ² Genes. viii. — ³ Cant. ii.

bre Vos : de manera que el fin de su pena es comienzo de la vuestra.

Y como si esta pena fuera pequeña, veo que os aparejan otra no menor. Cerrad, Señora mia, cerrad los ojos y no mireis aquella lanza, que va enristrada por el aire, dónde va á parar. Cumplido es ya vuestro deseo; escudo sois hecha de vuestro Hijo, pues aquel golpe á Vos hiere y no á él. Deseábades los clavos y las espinas; eso era para su cuerpo, la lanzada se guardaba para Vos. ¡Oh crueles ministros! Oh corazones de hierro! ¿Y tan poco os parece lo que ha padescido el cuerpo vivo, que no le quereis perdonar aun despues de muerto? ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande, que no se aplaque cuando ve el enemigo ya muerto delante de sí? Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos defunctos, aquel caimiento de rostro, y aquella amarillez y sombra de muerte; que aunque seais mas duros que el hierro, y que el diamante, y que vosotros mismos, viéndolo os amansaréis. ¿Por qué no os contentais con las heridas del Hijo, sino tambien quereis herir á la Madre? A ella heris con esa lanza, á ella tira ese golpe, á sus entrañas amenaza la punta dese hierro cruel.

Llega pues el ministro con la lanza en la mano, y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremeciósse la Cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre con que se lavan los pecados del mundo. ¡Oh rio que sales del paraíso, y riegas con tus corrientes toda la haz de la tierra! Oh llaga del costado precioso, hecha mas con el amor de

los hombres, que con el hierro de la lanza cruel! Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas, y lecho florido de la esposa de Salomon! Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones; herida que hieres las ánimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor, y prenda de la vida perdurable. Por tí entran los animales á guarescerse del Diluvio en el Arca del verdadero Noé¹; á tí se acogen los tentados, en tí se consuelan los tristes, contigo se curan los enfermos, por tí entran al cielo los pecadores, y en tí duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos. ¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia, y vena de agua viva que salta hasta la vida eterna! Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazón en esa tan deleitable morada, dame por ella paso á las entrañas de tu amor, beba yo desá dulce fuente, sea yo lavado con esa sancta agua, y embriagado con ese tan precioso licor. Adormézcase mi ánima en ese pecho sagrado; olvide aquí todos los cuidados del mundo, aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el Profeta, diciendo²: Esta es mi morada en los siglos de los siglos; aquí moraré, porque esta morada escogí.

¹ Genes. vii. — ² Psalm. cxxxi.

§ XIII.

Del descendimiento de la Cruz, y llanto de la Virgen.

Despues desto considera cómo fué quitado aquel sancto cuerpo de la Cruz, y recebido en los brazos de la Virgen. Llegan pues el mesmo dia sobre tarde aquellos dos sanctos varones José y Nicodemus¹; y arrimadas sus escaleras á la Cruz, descenden en brazos el cuerpo del Salvador. Como la Virgen vió que acabada ya la tormenta de la Cruz, llegaba el sagrado cuerpo á tierra, aparéjase ella para darle puerto seguro en sus pechos, y recibirlo de los brazos de la Cruz en los suyos. Pide pues con grande humildad á aquella noble gente, que pues no se habia despedido de su Hijo, ni recebido dél los postreros abrazos en la Cruz al tiempo de su partida, la dejen agora llegar á él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, agora los amigos se lo quitan muerto. ¡Oh por todas partes desconsolada Señora! Porque si te niegan lo que pides, desconsolarte has; y si te lo dan (como lo pides), no ménos te desconsolarás. No tienen tus males consuelo, sino en sola tu paciencia. Si por una parte quieres excusar un dolor, por otra parte se dobla. Pues ¿qué haréis, sanctos varones? ¿Qué consejo tomaréis? Negar á tales lágrimas y á tal Señora cosa que pida, no conviene; y darle lo que pide, es acabarle la vida. Temeis por una

¹ Ioan. xix.

parte desconsolarla, y temeis por otra no seais por ventura homicidas de la Madre, como fuéron los enemigos del Hijo. Finalmente vence la piadosa porfia de la Virgen; y pareció á aquella noble gente (segun eran grandes sus gemidos) que seria mayor crueldad quitarle el Hijo, que quitarle la vida, y así se lo hobieron de entregar.

Pues cuando la Virgen lo tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? O ángeles de paz, llorad con esta sagrada Virgen, llorad cielos, llorad estrellas del cielo; y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado; apriétalo fuertemente en sus pechos (para esto solo le quedaban fuerzas), mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro; tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿es ese por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebistes con tanta gloria, y paristes con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fuéron vuestras alegrías antiguas? Dónde está aquel espejo de hermosura en quien Vos os mirábades? Ya no os aprovecha mirarle á la cara; porque sus ojos han perdido la luz. Ya no os aprovecha darle voces y hablarle; porque sus orejas han perdido el oír. Ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del cielo. Ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban al mundo. ¿Cómo no hablais agora, Reina del cielo? cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudescida; mas el

corazon allá dentro hablaría con entrañable dolor al Hijo dulcísimo, y le diría :

¡Oh vida muerta! Oh lumbre escurecida! Oh hermosura afeada! ¿Y qué manos han sido aquellas que tal han parado vuestra divina figura? Qué corona es esta que mis manos hallan en vuestra cabeza? Qué herida es esta que veo en vuestro costado? Oh summo Sacerdote del mundo, ¿qué insignias son estas que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿Quién ha manchado el espejo y hermosura del cielo? Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¡Estos son aquellos ojos que escurecian al sol con su hermosura! Estas son las manos que resuscitaban los muertos á quien tocaban! Esta es la boca por do salian los cuatro rios del paraíso! ¡Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios! Hijo mio, y sangre mia, ¿de dónde se levantó á deshora esta fuerte tempestad? ¿Qué ola ha sido esta que así te me ha llevado? Hijo mio, ¿qué haré sin tí? Adónde iré? Quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venian á rogarte por sus hijos, y por sus hermanos defunctos; y tú con tu infinita virtud y clemencia los consolabas y socorrias; mas yo que veo muerto á mi hijo, y mi padre, y mi hermano, y mi Señor, ¿á quién rogaré por él? Quién me consolará? Dónde está el buen Iesu Nazareno, Hijo de Dios vivo, que consuela á los vivos, y da vida á los muertos? Dónde está aquel grande Profeta poderoso en obras y palabras?

Hijo, ántes de agora descanso mio, y agora cuchillo de mi dolor, ¿qué heciste porque los judíos te crucificasen? Qué causa hubo para darte

tal muerte? ¿Estas son las gracias de tantas buenas obras? Este es el premio que se da á la virtud? Esta es la paga de tanta doctrina? Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo? Hasta aquí la malicia del demonio? Hasta aquí la bondad y clemencia de Dios? Tan grande es el aborrecimiento que Dios tiene contra el pecado? Tanto fué menester para satisfacer por la culpa de uno? Tan grande es el rigor de la divina justicia? En tanto tiene Dios la salud de los hombres?

¡Oh dulcísimo Hijo mio! ¿qué haré sin tí? Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro, y toda mi compañía. Ahora quedo como huérfana sin padre, viuda sin esposo, y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré mas entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicacion del Evangelio. Ya no alimpiaré mas el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré mas asentado á mi mesa comiendo, y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria; hoy se acaba mi alegría, y comienza mi soledad.

Hijo mio, ¿no me hablas? ¡Oh lengua del cielo, que á tantos consolastes con vuestras palabras, á tantos distes habla y vida! ¿quién os ha puesto tanto silencio, que no habláis á vuestra Madre? ¿Cómo no me dejais siquiera alguna manda con que yo me consuele? Yo la tomaré con vuestra licencia. Esta corona real será la manda: destos clavos y desta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazón, allí estarán hincados vuestros clavos, allí estará guardada vuestra corona,

y vuestros azotes, y vuestra Cruz. Este es el mayorazgo que yo elijo para mí mientras me durare la vida.

¡Cómo dura poco el alegría en la tierra, y cómo se siente mucho el dolor despues de mucha prosperidad! ¡Oh Bethlehem, y Hierusalem, cuán diferentes dias he llevado en vosotras! ¡Qué noche fué aquella tan clara, y qué dia este tan oscuro! Qué rica entónces, y qué pobre agora! No podia ser pequeña la pérdida de tan gran tesoro. O ángel bienaventurado, ¿dónde están agora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salucion? No era vana mi turbacion ni mi temor en aquella hora; porque á grandes alabanzas, por fuerza es que se ha de seguir, ó gran caida, ó grande cruz. No quiere el Señor que estén sus dones ociosos; nunca da honra sin carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia sino para mucho trabajo. Entónces me llamaste llena de gracia, agora estoy llena de dolor. Entónces bendita entre las mujeres, agora la mas afligida de las mujeres. Entónces dijiste: El Señor es contigo, agora tambien está conmigo; mas no vivo, sino muerto, como lo tengo en mis brazos.

Oh dulce Redemptor mio, ¿fué alguna culpa tenerte yo en mis brazos con tanta alegría recién nascido, por do viniese agora á tenerte en ellos tan atormentado? Fué algun pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, porque agora me hayas querido dar á beber un cáliz de tanta amargura? Fué algun yerro mirarme yo en tu rostro como en un espejo luciente, por-

que agora has querido que te vea yo tan afeado y atormentado? Fué algun delicto amarte tanto, porque agora has querido que el amor se me hiciese verdugo, y que tanto mas padesciese, cuanto mas te amo?

¡Oh Padre eterno! Oh amador de los hombres, piadoso para con ellos, y para con vuestro Hijo riguroso! Vos sabeis cuán grandes sean las olas y tempestad de mi corazon. Vos sabeis que cuantos azotes y heridas ha recebido este sancto cuerpo, tantas muertes ha llevado este corazon. Mas con todo esto, yo la mas afligida de todas las criaturas os doy gracias infinitas por este dolor. Báscame quererlo Vos para que yo me consuele. De vuestra mano, aunque sea el cuchillo, lo meteré yo en mis entrañas. Por los favores y por los dolores igualmente os doy las gracias; por el usufructo de vuestros bienes, de que hasta aquí he gozado, os bendigo; y porque agora me lo quitais, no me indigno, sino ántes os vuelvo vuestro depósito con hacimiento de gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los ángeles, y mis lágrimas tambien con ellos os bendigan. Mas suplicoos, Padre mio (si Vos dello sois servido), os deis por contento con treinta y tres años de martirio que hasta aquí se han pasado. Vos sabeis que dende el dia que aquel sancto Simeon me anunció este martirio ¹, se echó acíbar en todos mis placeres, y dende entónces traigo este dia atravesado en el corazon. En medio de mis alegrías me salteaba siempre la memoria deste dolor; y nunca tuve gozo tan puro, que no se aguase con

¹ Luc. II.

los dolores y temores deste dia. Bien sé que todo esto fué encaminado por vuestra providencia, y que Vos quesistes que dende entonces tuviese yo conocimiento deste misterio; para que así como el Hijo trajo siempre la Cruz ante los ojos dende el dia de su concepcion, así tambien le trajese la Madre. Así quereis Vos que los vuestros en esta vida siempre padezcan, y en este valle de lágrimas no quereis que sean grandes ni perpetuas nuestras alegrías, aunque sean en Vos. Pues, oh Rey mio, habed ya por bien que sea este el postrero de mis martirios, si Vos dello sois servido; y si no, hágase en esto y en todo vuestra divina voluntad. Si para una mujer os parece poco un martirio, bien sabeis Vos que tantas veces he sido mártir, cuantas fué herido el cuerpo de mi Salvador. Ya se acabaron sus martirios, y el mio viéndolo se renueva. Mandad á la muerte que vuelva por los despojos que dejó; y lleve á la Madre con el Hijo á la sepultura. ¡Oh dichosa sepultura que has sucedido en mi oficio, y la corona que á mí quitan, á tí la dan; pues encerrarás dentro de tí al que tuve yo encerrado en mis entrañas. Mis huesos se alegrarian si allí se viesen, y allí seria de verdad mi vida en la sepultura. El corazon y ánima, que yo puedo, yo la sepultaré; mas Vos tambien, Señor mio, el cuerpo, que yo no puedo sin Vos. O muerte, ¿por qué eres tan cruel que me apartas de aquel en cuya vida estaba la mia? Mas cruel eres á las veces en perdonar que en matar. Piadosa fueras para mí si nos llevaras á entrambos; mas agora fuiste cruel en matar al Hijo, y mas cruel en perdonar á la Madre.

Tales palabras en su corazon diria la Virgen ; y semejantes las dirian aquellas sanctas Marías que la acompañaban. Lloraban todos los que presentes estaban, lloraban aquellas sanctas mujeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el sancto Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decia ¹ : ¡Oh buen Maestro y Señor mio! ¿quién me enseñará de aquí adelante? á quién iré con mis dudas? en cuyos pechos descansaré? quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan extraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida, ¡y agora te pago aquel tan grande beneficio, teniéndote en los míos muerto! ¡Este es el rostro que yo ví transfigurado en el monte ²! Esta es aquella figura mas clara que el sol de mediodía!

Lloraba tambien aquella sancta pecadora, y abrazada con los piés del Salvador, decia : ¡Oh lumbré de mis ojos y remedio de mi ánima! Si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá, quién curará mis llagas, quién responderá por mí, quién me defenderá de los fariseos ³? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos piés, y los lavé cuando en ellos me recibiste! Oh amado de mis entrañas, quién me diese agora que yo muriese contigo! Oh vida de mi ánima! ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva teniéndote delante de mis ojos muerto?

Desta manera lloraba y lamentaba toda aque-

¹ Ioan. XIII. — ² Luc. IX. — ³ Luc. VII.

lla sancta compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. Llegada pues ya la hora de la sepultura, envuelven el sancto cuerpo en una sábana limpia, atan su rostro con un sudario, y puesto encima de un lecho, caminan con él al lugar del monumento, y allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazon de la Madre con una oscura niebla de tristeza. Allí se despide otra vez de su Hijo, allí comienza de nuevo á sentir su soledad, allí se ve ya desposeida de todo su bien, y allí se le queda el corazon sepultado donde quedaba su tesoro.

§ XIV.

Aquí se declara por qué la sagrada Virgen, y por qué todos los justos son afligidos en esta vida con diversas tribulaciones.

¡Oh Padre eterno! ya que por tu infinita bondad y misericordia quisiste que así padesciese tu bendito Hijo por nuestros pecados, ¿por qué quieres que padezca tambien esta sagrada Virgen, que ni por los pecados ajenos mercesce muerte (pues basta la del Hijo), ni tampoco por los suyos, pues no los tiene? Cuán fácilmente se pudiera templar este trabajo, si en aquella sazón se hallara fuera de Hierusalem, donde no viera con sus ojos al Hijo morir, ni creciera tanto su dolor con la vista del objecto presente. ¡Oh maravillosa dispensacion y consejo de Dios! Quieres, Señor, que padezca, no por la redempcion del mundo, sino porque no hay en el mundo cosa que mas te agrade que el padecer por tu amor. No hay en todo

lo criado cosa mas preciosa que en el cielo el amor glorioso de los bienaventurados, y en la tierra el amor atribulado de los justos. En la casa de Dios no hay otra mayor honra que padecer por su amor ¹. Entre todas las buenas obras y servicios que el Salvador te hizo en este mundo, esta fué la que principalmente señalaste y acceptaste, para que fuese el medio de nuestra reparacion. Esta fué la joya y la piedra preciosa que entre todas las riquezas de virtudes que aquel tan rico mercader te puso delante ², mas te agradó; para darle por ella todo lo que pedia, que era el remedio del mundo. Pues si tan rica es esta joya, no era razon que faltase tal pieza como esta á la mas perfecta de las perfectas, y aquella que tanto agradó á los ojos de Dios.

Y demas desto no hay obra en el mundo que mas declare la verdadera virtud, que el padecer trabajos por amor de Dios. Porque la prueba del verdadero amor es la verdadera paciencia por el amado, y ninguna otra probanza es tan sin sospecha como esta. Así como el mismo Dios nunca descubrió á los hombres tan claramente la grandeza de su amor (por muchos otros beneficios que les hizo) hasta que vino á padecer por ellos; así nunca ellos descubrirán el suyo enteramente (por muchos servicios que le hagan) hasta que vengan á padecer por él. La tribulacion, dice Sant Pablo ³, es ocasion y materia de paciencia, y la paciencia es la prueba de la verdadera virtud, y esta prueba nos da la esperanza de la gloria. Pues por esta causa siempre debe el hombre tener por sos-

¹ Philip. i; Act. v. — ² Matth. xiii. — ³ Rom. v.

pechosa toda virtud y sanctidad que en sí conozca, hasta que sea probada con el testimonio de la tribulacion. Porque, como dice el Sabio ¹, los vasos de barro se prueban en el horno; mas los corazones de los justos en la fragua de la tribulacion.

No hizo Dios en todas las obras de la naturaleza cosa que estuviese ociosa; mucho ménos querrá que en las de gracia estén sus dones ociosos. Y por esto él se tiene cargo de repartir á cada uno de los escogidos la carga que ha de llevar, conforme á las fuerzas y al talento de la gracia recibida. De manera que no se tiene aquí respecto á la mayor privanza para mayor regalo, sino para mayor trabajo. Darnos has, Señor, dice el Profeta ², á beber lágrimas por medida, y la medida será esta: que el mas privado communmente sea mas afligido y atribulado. Cuando Moysen hizo aquellas amistades y conciertos de paz entre Dios y su pueblo, dice la Escritura divina ³ que rosció á todo el pueblo con un hisopo de sangre, y esto hecho, el resto de la sangre que quedaba deramó sobre el altar. Pues por aquí entiendan todos los que determinan ser amigos de Dios, que sus amistades han de ser celebradas y dedicadas con sangre, no solo con la de Cristo, sino tambien con la propria de cada uno, que es con la paciencia y sufrimiento de los trabajos. El bebió primero del cáliz en aquella postrera cena que cenó con los discípulos ⁴; mas despues de haber él bebido, dió las sobras á los convidados, y mandó que las repartiesen entre sí, y bebiese cada uno

¹ Eccli. xxvii. — ² Psalm. lxxix. — ³ Exod. xxiv.

⁴ Marc. xiv.

dellos tambien su trago. De manera que á todos ha de caber su parte deste cáliz; y todos es menester que como miembros de Cristo se conformen con Cristo en el padecer ¹. Sino que en esto está la diferencia: que á los hombres populares y imperfectos basta que sean rosciados con sangre; mas los que están mas allegados á Dios, y son tales que merescen ya ser llamados altares suyos, estos no solo han de ser rosciados con sangre, sino teñidos y bañados en sangre. Porque para los fuertes se guardan las batallas mas fuertes, y el premio y las coronas mayores. Las dos personas que en este mundo hubo mas amadas de Dios, fuéron Jesucristo y su Madre; y la ventaja que hicieron á todas las criaturas en la virtud, esa les hicieron en el padecer. No ha habido en el mundo dos personas mejores ni mas atribuladas que estas dos.

Consolaos pues todos los atribulados; pues mientras mas lo fuéredes, mas semejantes seréis á Jesucristo y á su Madre. Consolaos, atribulados; que no por eso sois mas desamparados de Dios, ántes (si paciencia teneis) mas queridos y mas amados. Consolaos otra y otra vez, atribulados; porque no hay sacrificio mas agradable á Dios, que el corazon atribulado ². ni señal mas cierta de su amistad, que la paciencia en la tribulacion. No infame nadie las tribulaciones; porque eso es infamar á Cristo y á su Madre, y al mesmo Dios, que siempre envia tribulaciones á sus amigos.

¿Qué cosa es la tribulacion sino cruz? Pues

¹ Rom. viii. — ² Psalm. l.

¿qué será infamar la tribulacion sino infamar la Cruz? Y qué huir de la tribulacion, sino huir de la Cruz? Pues si adoramos la cruz muerta, que es la figura de la Cruz, ¿por qué huimos de la viva, que es el padecer por la Cruz? Esto es ser como los judíos, de quien dice el Salvador ¹ que habiendo perseguido á los profetas, venian despues á edificarles muy grandes y sumptuosos sepulcros, honrándolos despues de muertos, y persiguiéndolos cuando eran vivos. Pues á estos en su manera parece que imitan los malos cristianos, los cuales adorando por una parte la cruz muerta, por otra escupen y reniegan de la viva, que es el padecer por la Cruz.

Y no se debe nadie desconsolar diciendo que padesce por sus pecados, ó sin pecados ²; porque como quiera que padezcas, todo eso es finalmente padecer en cruz. Si padescas por tus pecados, padescas en la cruz del buen ladron; mas si padescas sin pecados y sin culpa, por eso te debrias mas consolar; porque eso es padecer en la Cruz del Salvador.

MEDITACION PARA EL DOMINGO POR LA MAÑANA.

Este dia pensarás en el misterio de la sancta resurreccion, en el cual podrás meditar estos cuatro pasos principales: conviene saber, la descendida del Señor al limbo, y la resurreccion de su sagrado cuerpo; el aparescimiento á nuestra Señora, y despues á la Magdalena y á los discípulos.

¹ Matth. xxiii. — ² Vide de hoc II Mach. vi, et Nahum, i, et Tob. ii; et Hebr. xii.

El texto del evangelista Sant Joan dice así ¹ :

El domingo siguiente despues del viérnes de la Cruz vino María Magdalena muy de mañana, ántes que esclaresciese, al sepulcro, y vió quitada la piedra dél, y que no estaba allí el cuerpo. Pues como no le halló, estabase allí fuera de la casa del monumento en el huerto llorando. Y estando así llorando inclinóse, y miró en el monumento ; y vió dos ángeles asentados, vestidos de blanco, uno á la cabeza, y otro á los piés del lugar donde fuera puesto el cuerpo de IESUS. Los cuales le dijeron : Mujer, ¿por qué lloras? Y ella respondió : Porque han llevado á mi Señor, y no sé dónde le pusieron. Y como dijo esto, volvió el rostro, y vió al Señor, y no le conoció. Díjole pues el Señor : ¿Mujer, por qué lloras? á quién buscas? Ella, creyendo era el hortelano de aquel huerto, díjole : Señor, si tú le tomaste, dime dónde le pusiste, que yo le llevaré. Dijo entónces el Señor : ¿María? respondió ella : Maestro. Dicele el Señor : No toques en mí ; sino ve y di á mis hermanos que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Vino luego María Magdalena, y dió cuenta desto á los discípulos, diciendo : Vi al Señor, y dijome esto y esto que os dijese.

En este mesmo dia en la tarde estando las puertas cerradas donde estaban ayuntados los discípulos por miedo de los judios, vino el Señor, y púsose en medio dellos, y díjoles : Paz sea con vosotros ; y como esto dijese, mostróles las manos y el costado. Alegráronse pues los discípulos visto el Señor. Di-

¹ Ioan. xx; Marc. xvi; Luc. xxiv,

joles otra vez : *Paz sea con vosotros. Asi como el Padre me envió al mundo, así yo envío á vosotros. Y dichas estas palabras sopló y dijoles : Reced el Espíritu Sancto. Cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados ; y los que retuviéredes, serán retenidos.*

En este tiempo Tomás, uno de los doce, que se llamaba por otro nombre Didimo, no estaba con los discípulos cuando vino IESUS. Y despues de venido, dijéronle los otros discípulos : Visto habemos al Señor. A los cuales él respondió : Si no viere en sus manos los agujeros de los clavos, y pusiere mi dedo en el lugar dellos, y mi mano en su costado, no lo creeré. Y pasados ocho dias, estando otra vez los discípulos dentro del cenáculo, y Tomás tambien con ellos, vino el Señor otra vez cerradas las puertas, y puesto en medio dellos, dijoles : Paz sea con vosotros. Y luego dijo á Tomás : Pon aquí tu dedo ; mira mis manos, y llega tu mano y ponla en mi costado ; y no quieras ser incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás, y dijo : Señor mio y Dios mio. Y díjole el Señor : Porque me viste, Tomás, creiste : bienaventurados los que no vieron, y creyeron. Otras muchas señales hizo IESUS en presencia de sus discípulos, que no están escriptas en este libro. Mas estas se escribieron para que creais que Iesucristo es Hijo de Dios ; y para que creyéndolo así alcanceis vida por él.

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Este es el dia que hizo el Señor : gocémonos y alegrémonos en él ¹. Todos los dias hizo el Se-

¹ Psalm. CXVII.

ñor, que es el hacedor de los tiempos; mas este señaladamente se dice que hizo él; porque en este acabó la mas excelente de sus obras, que fué la obra de nuestra redempcion ¹. Pues así como esta se llama por excelencia la obra de Dios, por la ventaja que hace á todas sus obras; así tambien este se llama dia de Dios, porque en él se acabó esta, que fué la mas excelente de todas sus obras.

Dícese tambien que este dia hizo el Señor, porque todo lo que hay en él fué hecho por sola su mano. En las otras fiestas y misterios del Salvador, siempre se halla algo que hayamos hecho nosotros; porque siempre hay en ellos algo de pena, y la pena nació de nuestra culpa, y por esto hay algo de nos. Mas este dia no es de trabajo ni de pena; sino destierro de toda pena, y cumplimiento de toda gloria, y así todo él es puramente de Dios. Pues en tal dia como este ¿quién no se alegrará? En este dia se alegró toda la humanidad de Cristo, y se alegró la Madre de Cristo, y se alegraron los discípulos de Cristo, y se alegró el cielo y la tierra, y hasta al mismo infierno cupo parte desta alegría. Mas claro se ha mostrado el sol este dia que todos los otros; porque razon era que sirviese al Señor con su luz en el dia de sus alegrías, así como le sirvió con sus tinieblas en el dia de su Pasion ². Los cielos, que viendo padecer al Señor se habian escurecido por no ver á su Criador desnudo, estos agora parece que con singular claridad resplandescen, viendo cómo sale vencedor del sepulcro. Alégrese pues el cielo; y tú, tierra, toma parte desta alegría; porque mayor

resplandor nasce hoy del sepulcro , que del mismo sol que alumbra en el cielo. Dice un doctor contemplativo, que todos los domingos cuando se levantaba á maitines , era tanta el alegría que recibia acordándose del misterio deste dia , que le parescia que todas las criaturas del cielo y de la tierra en aquella hora cantaban á grandes voces, y decian : En tu resurreccion, Cristo, alleluya, los cielos y la tierra se alegren , alleluya.

Pues para sentir algo del misterio deste dia piensa primeramente cómo el Salvador , acabada ya la jornada de su Pasion , con aquella misma caridad que subió por nosotros en la Cruz , descendió á los infiernos á dar cabo á la obra de nuestra reparacion ¹. Porque así como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte , así tambien el descender al infierno para librar á los suyos dél.

Desciende pues el noble triunfador á los infiernos, vestido de claridad y fortaleza ; cuya entrada describe Eusebio Emiseno por estas palabras ² ; ¡ Oh luz hermosa , que resplandesciendo dende la alta cumbre del cielo , vestiste de súbita claridad á los que estaban en tinieblas y sombra de muerte ! Porque en el punto que el Redemptor allí descendió , luego aquella eternal noche resplandesció , y el estruendo de los que lamentaban cesó , y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló , viendo al Salvador presente. Allí fuéron conturbados los príncipes de Edom ³ , y temblaron los poderosos de Moab , y pasmaron los mo-

¹ Psalm. xv ; Ephes. 4 ; Zachar. ix ; Act. ii ; Eccli. xxiv ; Osee, vi.

² In hom. I in die Resurrectionis. — ³ Exod. xv.

radores de la tierra de Canaan. Luego todos aquellos infernales atormentadores en medio de sus escuridades y tinieblas comenzaron entre sí á murmurar, diciendo : ¿Quién es este tan terrible, tan poderoso y tan resplandesciente? Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno, nunca á estas cuevas tal persona nos envió hasta hoy el mundo. Acometedor es este, no deudor; quebrantador es, no pecador; juez parece, no culpado; á pelear viene, no á penar. Decidme : ¿dónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras cerraduras, y por fuerza nos entró? ¿Quién será este que tanto puede? Si este fuese culpado, no seria tan osado; y si trajera alguna escuridad de pecado, no resplandescieran tanto nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué tiene que ver con el infierno? Y si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo ha despojado nuestro limbo? ¡Oh Cruz, que así has burlado nuestras esperanzas y causado nuestro daño! En un madero alcanzamos todas nuestras riquezas ¹, y agora en un madero las perdimos.

Tales palabras murmuraban entre sí aquellas infernales compañías cuando el noble triunfador entró allí á libertar sus captivos. Allí estaban recogidas todas las ánimas de los justos que dende el principio del mundo hasta aquella hora habian salido desta vida. Allí viérades un profeta aserrado, y otro apedreado, y otro quebradas las cervices con una barra de hierro, y otros que con

¹ Genes. iii.

otras maneras de muertes glorificaron á Dios ¹. ¡Oh compañía gloriosa! Oh nobilísimo tesoro del cielo! Oh riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros hombres que poblaron el mundo ², que así como fuéron los primeros en la culpa, así lo fuéron en la fe y en la esperanza. Allí estaba aquel sancto viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó simiente para que se volviese á poblar el mundo despues de las aguas del Diluvio ³. Allí estaba aquel primer padre de los creyentes, el cual mereció primero que todos recibir el Testamento de Dios, y la señal y divisa de los suyos en su carne ⁴. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando áuestas la leña en que habia de ser sacrificado, representó el sacrificio y el remedio del mundo ⁵. Allí estaba el sancto padre de las doce tribus, que ganando con ropas ajenas y hábito peregrino la bendicion del Padre, figuró el misterio de la humanidad y encarnacion del Verbo divino ⁶. Allí estaba tambien como huésped y nuevo morador de aquella tierra, el sancto Baptista ⁷, y el bienaventurado viejo que no quiso salir del mundo hasta que viese con sus ojos el remedio del mundo ⁸, y lo recibiese en sus brazos, y cantase ántes que muriese como cisne aquella dulce cancion. Tambien tenia su lugar allí el pobrecico Lázaro, del Evangelio ⁹, que por medio de sus llagas y

¹ Isaias, secundum Epiphanium, et Hieronym. in eius vita. Hieremias, et Amos.

² Adam, et Eva. Genes. II, III. — ³ Noe. Genes. VIII.

⁴ Abraham. Genes. XVII. — ⁵ Isaac. Genes. XXII.

⁶ Iacob. Genes. XXVII. — ⁷ Matth. XIV. — ⁸ Luc. II.

⁹ Luc. XVI.

paciencia meresció ser participante de tan noble compañía y esperanza.

Todo este coro de ánimas sanctas estaban allí gimiendo y sospirando por este dia; y en medio dellos (como maestro de capilla) aquel sancto Rey y Profeta repetia sin cesar aquella su antigua lamentacion, diciendo ¹: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á tí, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de dia, miéntras dicen á mi ánima: ¿Dónde está tu Dios? O sancto Rey, si esa es la causa de tu lamentacion, cesa ya dese cantar; porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda pues agora ese cantar, y canta lo que mucho ántes en espíritu cantaste, cuando escribiste ²: Bendijiste, Señor, á tu tierra y sacaste á Jacob de captiverio. Perdonaste la maldad de tu pueblo, y disimulaste la muchedumbre de sus pecados. Y tú, sancto Hieremías, que por el mesmo Señor fuiste apedreado ³, cierra ya el libro de las lamentaciones que escribias por ver á Hierusalem destruida, y el templo de Dios asolado; porque otro mas hermoso templo que ese verás de aquí á tres dias reedificado, y otra mas hermosa Hierusalem por todo el mundo renovada.

Pues como aquellos bienaventurados padres vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sentirian? Cuán de véras, viéndose ya salidos del captiverio de Egipto, y

¹ Psalm. xli. — ² Psalm. lxxxiv. — ³ Ieremias fuit lapidatus in Ægypto à Iudæis, quo ipso Propheta prohibente fugerant. Authores sunt Hieronymus, et Epiph. in vita ipsius.

ahogados sus enemigos en el mar Bermejo, cantarían todos y dirían ¹: Cantemos al Señor que gloriosamente ha triunfado, pues al caballo y al caballero arrojó en la mar. Con qué entrañas aquel primer Padre de todo el género humano, derribado ante los pies de su Hijo y Señor, diría: Veniste ya, muy amado Señor y muy esperado, á remediar mi culpa; veniste á cumplir tu palabra, y no echaste en olvido á los que esperaban en tí. Venció á la dificultad del camino la piedad grande; y á los trabajos y dolores de la Cruz, la grandeza del amor.

No se puede con palabras explicar el alegría destos padres; mas mucho mayor era sin comparacion la que el Salvador tenia, viendo tanta muchedumbre de ánimas remediadas por su Pasion. ¿Por cuán bien empleados darias entonces, Señor, los trabajos de la Cruz, cuando vieses el fructo que comenzaba ya á dar aquel árbol sagrado? Con dos hijos que nascieron al patriarca Josef en la tierra de Egipto, ya no hacia caso de todos sus trabajos pasados ². Y en significacion desto al primero que en aquella tierra nació, puso por nombre Manases, diciendo: Hecho me ha Dios olvidar de todos mis trabajos y de la casa de mi padre. Pues ¿qué sentiria el Salvador cuando se viese ya cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la Cruz? cuando se viese aquella oliva preciosa con tantos y tan hermosos pimpollos al derredor de sí?

¹ Exod. xv. — ² Genes. xli.

§ XV.

De la resurreccion del cuerpo del Salvador.

Mas, ó Salvador mio, ¿qué haceis que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo sanctísimo que os está aguardando en el sepulcro? Acordaos que la ley del repartimiento de los despojos dice que igual parte ha de caber al que se queda en las tiendas que al que entra en la batalla¹. Vuestro sancto cuerpo quedó aguardándoos en el sepulcro y vuestra ánima sanctísima entró á pelear en el infierno : repartid con él de vuestra gloria, pues habeis ya vencido la batalla.

Estaba el sancto cuerpo en el sepulcro con aquella dolorosa figura que el Señor lo habia dejado, tendido en aquella losa fria, amortajado con su mortaja, cubierto el rostro con un sudario, y sus miembros todos despedazados. Era ya despues de la media noche, á la hora del alba, quando querria prevenir el sol de justicia al de la mañana, y tomarle en este camino la delantera. Pues en esta hora tan dichosa entra aquella ánima gloriosa en su sancto cuerpo, y ¿qué tal (si piensas) lo paró? No se puede esto explicar con palabras; mas por un exemplo se podrá entender algo de lo que es. Acaesce algunas veces estar una nube muy escura y tenebrosa hácia la parte del poniente, y si quando el sol se quiere ya poner, la toma delante, y la hiere, y enviste con sus rayos, suele pararla tan hermosa, tan arrebolada y tan dorada que pa-

¹ Josue, xxii; Num. xxxi; I Reg. xxx.

resce al mesmo sol. Pues así aquella ánima gloriosa despues que envistió en aquel sancto cuerpo y entró en él, todas sus tinieblas convirtió en luz, y todas sus fealdades en hermosura, y del cuerpo mas afeado de los cuerpos hizo el mas hermoso de todos ellos. Desta manera resuscita el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos y figura de nuestra resurreccion. Este es aquel sancto patriarca Josef ¹, salido ya de la cárcel, tresquilados los cabellos de su mortalidad, vestido de ropas inmortales y hecho señor de la tierra de Egipto. Este es aquel sancto Moysen ² sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que despues vino á destruir todo el poder y carros de Faraon. Este es aquel sancto Mardoqueo ³, despojado ya de su saco y cilicio, y vestido de vestiduras reales, el cual vencido su enemigo, y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Este es aquel sancto Daniel ⁴ salido ya del lago de los leones, sin haber recebido perjuicio de las bestias hambrientas. Este es aquel fuerte Samson ⁵, que estando cercado de sus enemigos, y encerrado en la ciudad, se levanta á la media noche, y quebranta sus puertas y cerraduras, dejando burlados los propósitos y consejos de sus adversarios. Este es aquel sancto Jonas ⁶ entregado á la muerte por librar della á sus compañeros, el cual entrando en el vientre de aquella gran bestia, al tercero dia es lanzado en la ribera de Nínive. ¿Quién es este que estando entre las hambrientas quijadas de la bestia carnícera, no pudo

¹ Genes. xli. — ² Exod. ii. — ³ Esther, vi, vii, viii.

⁴ Dan. xiv. — ⁵ Iudic. xvi. — ⁶ Ionæ, ii.

ser comido della, y engolfado en los abismos de las aguas, gozó de aires de vida; y sumido en el profundo de la perdicion, la mesma muerte le sirvió? Este es nuestro Salvador glorioso, á quien arrebató aquella cruel bestia que jamas se harta, que es la muerte; la cual despues que le tuvo en la boca, conociendo la presa, tembló en tenerla. Porque dado caso que la tierra despues de muerto le tragó; mas hallándole libre de culpa no pudo detenerle en su morada, porque la pena no hace al hombre culpado, sino la causa.

§ XVI.

De cómo el Salvador apareció á la Virgen nuestra Señora.

Ya, Señor, habeis glorificado y alegrado esa carne sanctísima que con Vos padesció en la Cruz: acordaos que tambien es vuestra carne la de vuestra Madre, y que tambien padesció ella con Vos, viéndoos padecer en la Cruz. Ella fué crucificada con Vos, justo es que tambien resuscite con Vos. Sentencia es de vuestro Apóstol ¹, que los que fuéron compañeros de vuestras penas tambien lo han de ser de vuestra gloria; y pues esta Señora os fué fiel compañera desde el pesebre hasta la Cruz en todas vuestras penas, justo es que tambien agora lo sea de vuestras alegrías. Serenad aquel cielo escurecido, descubrid aquella luna eclipsada, deshaced aquellos nublados de su ánima entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos

¹ Rom. vi.

virginales ojos, y mandad que vuelva el verano florido despues del invierno de tantas aguas.

Estaria la sancta Virgen en aquella hora en su oratorio recogida esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazon, y como piadosa leona daba voces al hijo muerto al tercero dia, diciendo ¹: Levántate, gloria mia; levántate, salterio y vihuela; vuelve triunfador al mundo; recoge, buen pastor, tu ganado; oye, hijo mio, los clamores de tu afligida madre, y pues estos fuéron parte para hacerte bajar del cielo á la tierra, estos te hagan agora subir de los infiernos al mundo. En medio destos clamores y lágrimas resplandesce súbitamente aquella pobre casita con lumbre del cielo, y ofréscese á los ojos de la Madre el Hijo resuscitado y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, no resplandesce tan claro el sol del mediodía, como resplandesció en los ojos de la Madre aquella cara llena de gracias, y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del Hijo resuscitado y glorioso, despedidas ya todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos ojos divinos, y restituida y acrescentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas, que eran para la Madre cuchillos de dolor, velas hechas fuentes de amor. Al que vió penar entre ladrones, velo acompañado de sanctos y ángeles ². Al que la encomendaba desde la Cruz al discípulo, ve cómo agora extiende sus amorosos brazos y le da dulce paz en su rostro. Al que tuvo muerto en sus brazos, vele agora resuscitado ante sus ojos. Tiénele, y no le

¹ Psalm. LVI. — ² Ioan. XIX.

deja; abrázale, y pídele que no se le vaya. Entonces enmudescida de dolor no sabia qué decir; ahora enmudescida de alegría no puede hablar.

¿Qué lengua, qué entendimiento podrá comprender hasta dónde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad, sino por otras menores, haciendo una como escalera de lo bajo á lo alto, y conjeturando las unas por las otras. Pues para sentir algo desta alegría considera el alegría que recibió el patriarca Jacob cuando despues de haber llorado con tantas lágrimas á Josef su muy amado hijo por muerto, le dijeron que era vivo y señor de toda la tierra de Egipto¹. Dice la Escritura divina que cuando le dieron estas nuevas, fué tan grande su alegría y espanto, que como quien despierta de un pesado sueño, así no acababa de entrar en su acuerdo ni podia creer lo que los hijos le decian. Y ya que finalmente lo creyó, dice el texto que volvió su espíritu á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: Bástame este solo bien, si Josef mi hijo es vivo; iré, y verlo he ántes que muera. Pues dime ahora: si quien tenia otros once hijos en casa, tanta alegría recibió de saber que uno solo, á quien él tenia por muerto, era vivo, ¿qué alegría recibiria la que no tenia mas que uno, y ese tal y tan querido, cuando despues de haberle visto muerto, le viese agora resuscitado y glorioso, y no Señor de toda la tierra de Egipto sino de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que esto pueda comprender? Verdaderamente tan grande fué esta alegría, que no pudiera su cora-

¹ Genes. XLV.

zon sufrir la fuerza della, si por especial milagro de Dios no fuera para ello confortado. ¡Oh Virgen bienaventurada! bástate solo este bien, bástate que tu hijo sea vivo, y que lo tengas delante, y que lo veas ántes que mueras, para que no tengas mas que desear. ¡Oh Señor, y cómo sabes consolar á los que padescen por tí! No parece ya grande aquella primera pena en comparacion desta alegría. Si así has de consolar á los que por tí padescen, bienaventuradas y dichosas sus pasiones, pues así han de ser remuneradas.

Conforme á esto se debe pensar cómo el Salvador apareció á sus discípulos, y señaladamente á la sancta Magdalena ¹, de que aquí no tratamos al presente, por no alargar mas esta meditacion.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

De seis cosas que debemos meditar en la Pasion del Salvador.

Pues la principal materia de la meditacion es la sanctísima Pasion del Salvador, razon será que, pues hasta aquí habemos tratado de la meditacion en commun, tratemos agora en particular de la meditacion de la sagrada Pasion, para que sepamos de la manera que nos hemos de haber en esta parte.

Mas aquí se ha de presuponer primero que entre todas las devociones del mundo no hay otra mas segura, ni mas provechosa, ni mas universal para todo género de personas, que la me-

¹ Marc. xvi; Ioan. xx.

moria de la sagrada Pasion. Dice Alberto Magno que es de mas provecho pensar cada dia un poco en la Pasion del Salvador, que ayunar todos los viérnes del año á pan y agua, y disciplinarse hasta derramar sangre, y rezar todo el salterio de cabo á cabo. A lo ménos es cierto que este sancto ejercicio ayuda grandemente para encaminar un ánima en todo bien. Porque como Cristo sea, segun el mesmo dice ¹, el camino, y la verdad, y la vida, no hay otro ejercicio mas proporcionado para ir á Dios, y conocer á Dios, y gozar de Dios, que poner siempre los ojos en Cristo, el cual como en todas las cosas nos sea todo esto, mucho mas lo es puesto y mirado en la Cruz. Por donde dijo muy bien Sant Bernardo ²: Bien puedo, Señor, rodear el cielo y la tierra, y no te hallaré sino en la Cruz: ahí yaces, ahí duermes al mediodía. Mas dejada agora esta materia para otro lugar, solamente quiero tratar al presente de la manera que habemos de tener en pensar esta sagrada Pasion. Porque hay algunas personas simples, las cuales no pretenden otra cosa en este ejercicio, sino solo derramar alguna lágrima, compadesciéndose de los trabajos y dolores del Salvador; haciendo hincapié en solo esto, sin pasar adelante. Y aunque esto sea muy bueno y necesario (porque es como fundamento de todo lo demas, como adelante se dirá); pero no es solo este el fructo que se coge deste árbol sagrado, sino otros muchos mayores, pues de aquí ha de nacer todo el aprovechamiento de la vida espiritual. Para esto es de saber que seis cosas (entre otras muchas) se pueden consi-

¹ Ioan. xiv. — ² In sermone de Passione.

derar en la Pasion del Señor, conviene saber: la grandeza de sus dolores, la graveza de nuestro pecado, la alteza del beneficio, la excelencia de la divina bondad, la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandescen, y la conveniencia deste medio que Dios tomó para nuestra redempcion. Estas seis cosas habemos de considerar para seis efectos, en los cuales consiste todo el aprovechamiento de la vida espiritual. Porque la grandeza de los dolores de Cristo habemos de considerar, para compadescernos dél; la grandeza de nuestro pecado, para aborrescerlo; la grandeza del beneficio, para agradecerlo; la excelencia de la divina bondad que allí se descubre, para amarla; la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandescen, para imitarlas; y la conveniencia del misterio, para maravillarnos de la sabiduría divina, y confirmarnos mas en la fe deste misterio. De estas seis cosas trataremos agora por su orden.

§ I.

De la grandeza de los dolores de Cristo.

Lo primero habemos de considerar la grandeza de los dolores de Cristo, para compadescernos dél, como es razon que se compadezcan los miembros de su cabeza. Para lo cual es de saber que, como dicen los doctores ¹, los dolores que el Salvador padesció en su Pasion, fuéron los mayores que se han padescido en el mundo, ni jamas se

¹ S. Thom. 3 p. q. 46, art. 6 et 7.

padescerán. Esto parecerá ser verdad, si consideramos cinco causas principales de do procedia la grandeza destos dolores.

La primera fué la grandeza de su caridad, por la cual deseaba redimir copiosísimamente el linaje humano, y satisfacer perfectísimamente á las injurias y ofensas hechas contra la divina Majestad. Y porque cuanto mayores dolores padescia, tanto mas perfectamente cumplia con lo uno y con lo otro, y á él no faltaban fuerzas de gracia para llevar cuan grande carga quisiese; de aquí es haber querido que fuese muy crescida la carga, para que así tambien lo fuese la satisfaccion de nuestra deuda, y la obra de nuestra redempcion.

La segunda causa que se sigue desta, fué el haber padescido sin ningun linaje de consuelo ni de alivio. Porque por la razon susodicha él cerró todas las puertas por donde le podia entrar alguna manera de consolacion, así del cielo como de la tierra, hasta ser desamparado, no solamente de sus discípulos y amigos, sino tambien de su proprio Padre, y de sí mesmo ¹; para que así á solas y sin compañía se estuviese abrasando en la fragua de sus dolores, sin ningun aire ni frescor de alivio que por alguna parte le pudiese entrar. Por esto dijo él en el salmo ²: Hecho soy así como hombre sin ayuda; siendo yo el que solo entre los muertos estaba por derecho libre del pecado y de la muerte. Y en otro salmo dice ³: Estoy sumido en el profundo de las aguas y del cielo, y no hallo sobre qué estribar. Este es aquel desamparo que el mesmo Salvador significó en la

¹ Psalm. XXI; Matth. XXVII. — ² Psalm. LXXXVII.

³ Psalm. LXVIII.

Cruz, cuando dijo ¹: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Porque en aquella hora fué aquella sancta humanidad dejada en medio de la corriente de los dolores, sin haber cosa alguna que resistiese ni mitigase la fuerza dellos. Esto fué figurado en la ley por aquellos dos animales que se ofrescian por los pecados del pueblo ²; de los cuales el uno era degollado y ofrescido en sacrificio, y el otro desaparecia, y era enviado á la soledad, dejando al compañero solo en el tormento. Pues así en este celestial sacrificio, donde se ofresció Dios y hombre por los pecados del mundo, la una de las dos naturalezas era sacrificada y padescia; mas la otra desaparecia dejando á la hermana sola en el tormento. Porque aunque cuanto al vínculo de la union nunca desamparó lo que una vez tomó, mas cuanto á la consolacion y alivio de los trabajos (en la parte inferior) del todo la desamparó. Y de aquí vemos que los mártires cuando iban á padecer, iban muy ledos y gozosos, como se lee de Sancta Agueda, y de Sant Lorenzo, y de otros muchos; mas el Salvador, siendo él la misma fuente de gracia y de fortaleza (por cuya virtud pudieron los mártires lo que pudieron), temblaba y sudaba gotas de sangre, cuando iba á padecer. Porque en aquellos la virtud de la caridad, que redundaba en las fuerzas inferiores del ánima, causaba grandísima alegría; mas en Cristo estaban por especial milagro suspensas todas estas y otras cualesquier influencias, para que así bebiese el cáliz de los dolores, puro y sin mezcla de consolacion.

¹ Psalm. xxi; Matth. xxvii. — ² Levit. xvi.

La tercera causa fué la delicadeza de su complexion ; porque como aquel sancto cuerpo era formado milagrosamente por el Espíritu Sancto, y las cosas hechas por milagro son mas perfectas que las que se hacen por naturaleza , como lo declara Sant Crisóstomo hablando de aquel vino hecho de agua en las bodas ¹, síguese que aquel cuerpo era el mas bien acompleccionado y delicado de todos los cuerpos : en tanto que (como dice un doctor) si no entreviniera allí alguna violencia exterior, aquel cuerpo durara por muchos años, por la perfeccion y delicadeza de su compostura. Y no solamente la compostura, sino tambien la materia era muy delicada, porque la materia dél era una carne toda virginal, tomada de las purísimas y virginales entrañas de nuestra Señora, sin mezcla de otro metal. Por donde (como dice Sant Buenaventura) era aun mas delicado y mas sensible.

La cuarta causa fué el mesmo género de muerte que el Salvador padesció, con todas las circunstancias que entrevinieron en todo el discurso de su Pasion ; porque cada una dellas (si bien se mira) fué un linaje de martirio por sí. Y para ver esto mas claramente comienza dende el principio hasta el cabo de la Pasion, y hallarás doce gravísimos trabajos (entre otros) que el Salvador allí padesció, los cuales yo contaré aquí muy summariamente ; aunque en cada uno dellos hay mucho que decir y que pensar.

El primero fué la agonía del huerto, y aquel espantoso sudor de sangre que corria á hilos por

¹ Super c. II Ioan. hom. XXI.

todo su cuerpo hasta la tierra : que fué la cosa mas nueva y mas extraña de cuantas han acaecido en el mundo.

El segundo, el ser vendido por tan bajo precio, de su mismo apóstol y discípulo, á tan crueles enemigos.

El tercero, el ser tantas veces llevado por las calles públicas maniatado y preso, como si fuera un ladrón.

El cuarto, el castigo de los azotes ; que demas de haber sido tantos y tan crueles, no es castigo de hombres de bien, sino de negros, y esclavos, y vilísimos hombres.

El quinto, aquella crudelísima invencion de la corona de espinas, donde se juntaron en uno por una parte gravísima deshonor, y por otra gravísimo dolor y tormento.

El sexto, aquellos tantos ensayes y maneras de injurias y vituperios que se juntaron con los tormentos : como fué, escupirle tantas veces en la cara como á blasfemo, darle de bofetadas y pescozones como á negro, vestirlo ya de blanco, ya de colorado como á loco; ataparle los ojos, y jugar con él á adivina quién te dió, como con un tonto; vestirlo de púrpura, y ponerle una caña en la mano, y hincarse de rodillas delante dél, y darle con la caña en la cabeza, como á rey fingido ; y despues de todo esto pregonarlo por las calles públicas como á malhechor. ¿Quién jamas vió tantas maneras de injurias ayuntadas en uno?

El séptimo fué aquel espantoso desprecio y desestima del Hijo de Dios, cuando vino á ser comparado y tenido en ménos que Barrabas. Donde aquel Señor, por quien todas las cosas fuéron cria-

das, y en quien todas viven y se conservan, vino á ser tenido por mas inútil y mas indigno de la vida que un público malhechor.

El octavo fué hacer que él mismo llevase sobre aquellas espaldas tan molidas y quebrantadas el mismo instrumento de la cruz en que habia de padecer. Suelen hasta los mismos verdugos (que son ministros de crueldad) atapar los ojos á los que van á degollar, porque no vean el instrumento que les ha de acabar la vida; mas aquí no solo no usan deste linaje de humanidad con el Salvador, sino ántes se lo cargan sobre los hombros, para que el corazon padesciese primero el tormento de la cruz, ántes que el cuerpo lo experimentase.

El nono fué el mismo martirio de la cruz, que es un linaje de tormento muy cruel; porque no es muerte acelerada (como la de los que ahorcan ó degüellan), sino muy prolija; y las heridas son en las partes mas sensibles del cuerpo, que son piés y manos, las cuales están mas llenas de venas y niervos, que son los órganos del sentir. Y demas desto crescen los dolores con el peso del cuerpo, que siempre carga para bajo; y así está siempre desgarrando y ensanchando las heridas, y acrescentando continuamente el dolor. Por donde vino á ser el martirio tan fuerte, que por la grandeza de los dolores, sin llaga mortal, se arrancó aquel ánima santísima del cuerpo.

El décimo fué, que estando el Salvador así penando en la Cruz, y hecho un piélago de dolor; y finalmente tal que un perro de la calle que así estuviera, bastara para quebrar el corazon de quien lo viese; con todo esto sus enemigos esta-

ban tan léjos de compadescerse dél, que entonces le estaban diciendo gracias y donaires, meneando las cabezas, y diciendo : ¡ Ah! que destruyes el templo de Dios, y en cabo de tres dias lo vuelves á reedificar.

El onceno fué tener la Madre innocentísima en todos estos martirios ante sus ojos presente, viendo tan claramente lo que padescia aquel innocentísimo corazon.

El doceno fué una crueldad nunca vista : conviene saber, que estando aquel sacratísimo cuerpo todo desangrado, agotadas ya todas las fuentes de las venas, y secas las entrañas por la mucha sangre que habia perdido, que pidiese un poco de agua, y no solamente no se la concediesen, sino que en lugar della le diesen á beber vinagre. Pues ¿ qué cosa puede ser mas cruel y mas lastimera? A aquel rico avariento que penaba en el infierno, si le negaron una gota de agua que pedia, no le dieron vinagre ¹; mas aquí al Hijo de Dios no solamente niegan lo que pide, sino acresciéntanle de nuevo otro dolor.

Cada una destas cosas por sí sola considerada, es materia de grandísimo dolor. Y por esto el que desea tener compasion entrañable de los trabajos del Salvador, vaya por cada una dellas, y haga en cada una su estacion : que no será posible (por duro corazon que tenga) sino que en una ó en otra halle motivos de dolor y compasion.

Mas no se acaban aquí los trabajos de Cristo ², otros quedan sin comparacion mayores, que eran los de su ánima bendita. Porque todos estos por

¹ Luc. xvi. — ² Vide S. Thom. 3 p. q. 46, art. 7.

la mayor parte pertenescen á los trabajos de aquella cruz en que el cuerpo padescia por de fuera, mas despues desta cruz visible habia otra invisible en que aquella ánima sanctísima estaba dentro del cuerpo crucificada : la cual tenia sus cuatro brazos, y sus cuatro clavos, que eran cuatro dolorosas consideraciones que le daban muy mayor tormento que la misma cruz exterior. Porque allí primeramente se le representaron todos los pecados del mundo, presentes, pasados y venideros, por los cuales padescia ; y esto tan distintamente, como si fueran los de uno solo. Pues quien tanto amaba y celaba la honra del Padre, ¿qué tanto se doleria de una tan grande infinidad de abominaciones y ofensas hechas contra tan alta Majestad? Porque sin dubda los de un hombre solo bastaban para darle mayor tormento que la cruz ; ¿pues qué harian los de todos los hombres, y de todos los siglos? No hay entendimiento criado que pueda comprehender la grandeza deste dolor.

Lo segundo allí tambien se le representó el desagradescimiento y condenacion de muchos hombres, y especialmente de muchos malos cristianos, que ni habian de reconocer este beneficio, ni aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio como él allí les aparejaba. Esto era tambien para él mucho mayor tormento que la misma Cruz. Porque mayor pena es para un trabajador que le nieguen su jornal y el fructo de su trabajo, que el mesmo trabajo aunque fuese grande. Pues por esto se queja él por Isaías al Padre, deste agravio, diciendo : Yo dije : En vano he trabajado, en vano y sin causa he gastado mi fortaleza. Y no solamente al Padre, mas tambien á

los mismos hombres se queja desto por Sant Bernardo, diciendo ¹: ¡Oh hombre, mira lo que por tí padezco! No hay dolor como este que me atormenta. A tí llamo yo que por tí muero. Mira las penas que me atormentan, mira los clavos que me traspasan, mira los denuestos con que me deshonran. Y como sea tan grande el dolor que por de fuera padezco, mayor es el que padezco de dentro cuando te veo tan ingrato.

Tambien se le representó allí el pecado de aquel miserable pueblo, y el castigo tan horrible que por él se le aparejaba de ahí á tan pocos días, lo cual sin dubda lo entristeció mucho mas que el cáliz de su Pasion. Porque si Hieremías da á entender que sentia mas el pecado que los judíos hacian en querer matarle, que su propia muerte ², ¿qué haria aquel que tanto mayor caridad y gracia tenia que Hieremías?

Allí tambien se le representaron los dolores y el cuchillo que habia de traspasar el corazon de su bendita Madre cuando le viese padecer entre los ladrones en una cruz ³: que sin dubda fue para él una cosa de tan gran dolor, cuan grande era el amor que le tenia, que era inestimable, pues que despues del de Dios era el mayor.

Pues estas cuatro consideraciones y dolores eran como unos cuatro brazos de otra cruz interior en que aquel ánima bendita estaba tambien dentro de aquel sancto cuerpo crucificado crucificada. De manera que dos cruces padesció el Salvador en aquel dia: una visible y otra invisible; en la una penaba el cuerpo acá de fuera, y en la

¹ In serm. passionis. — ² Ierem. xxxii.

³ Ioan. xix.

otra mucho mas el ánima en lo de dentro. Pues qué tan grande haya sido el dolor que destas cuatro consideraciones resultaba, no se puede comprender; aunque por aquel indicio del sudor de sangre se puede conjeturar algo de lo que era ¹.

Pues el que todas estas causas atentamente considerare, verá claramente cuán grandes hayan sido los dolores del Salvador, que es el intento desta primera manera de contemplar su Pasion. Mas no ha de ser este el fin y paradero deste ejercicio, sino ántes debe el hombre tomarlo por medio para otros fines: conviene saber, para entender por aquí lo mucho que le amó quien por él tanto padesció; y el grande beneficio que le hizo, quien por tan caro precio lo compró; y lo mucho que está obligado á hacer por quien tanto por él hizo; y sobre todo esto lo mucho que debe aborrecer y dolerse de su pecado, pues él fué la causa deste tan prolijo martirio. Y para estos cuatro fines ha de servir esta manera de contemplacion, de los cuales se trata en los capítulos siguientes. Por do parece que esta primera manera de meditar por via de compasion, es como un medio ó escalon para todas las otras. Y por esta causa hace mucho caso Sant Buenaventura deste modo; porque sensiblemente se ve que este abre camino para todos los demas.

Y para esto dice el mesmo Sancto que ayuda tambien tomar alguna disciplina que lastime y no haga daño; para que por el sentimiento de aquel tan pequeño trabajo, se levante mas el espíritu á sentir algo de lo mucho que aquel delicadísimo cuerpo por nuestra causa padesció.

¹ Luc. xxii.

§ II.

De cómo resplandesce en la Pasion de Cristo la grandeza del pecado.

La segunda cosa que habemos de considerar en la Pasion del Salvador, es la graveza de nuestro pecado, para dolernos dél y aborrescerlo. Para lo cual es de saber que (como dicen todos los sanctos) nuestros pecados fuéron causa de que el Hijo de Dios padesciese todo lo que padesció. Porque claro está que si no hubiera pecados de por medio, no fuera necesario padescer lo que padesció. No consta entre los doctores si el Hijo de Dios encarnara, si el hombre no pecara; porque unos dicen que sí, otros que no¹; mas esto se tiene por averiguado, que si no hubiera pecados, no muriera. Por do parece que nuestros pecados fuéron los que lo echaron por estos hospitales, y los que lo metieron en aquella cárcel, y los que lo pusieron en aquella Cruz.

Y no pienses que por no ser tú solo aquel cuyos pecados esto hicieron, eres digno de menor castigo; pues segun leyes de justicia no meresse menor pena el que mata un inocente en compañía de muchos, que si lo matase solo. Pues segun esto, ¿qué tanta razon tienes para aborrescer los pecados y dolerte dellos, acordándote que ellos fuéron los que en hecho de verdad pusieron al Hijo de Dios en tan grande conflicto? Mayor causa es esta para aborrescer el pecado y dolerse dél,

¹ S. Thom. 1 p. q. 3, art. 3, tenet quod non: Scotus vero super d. 7 in 3 sent. q. 3, tenet contrarium.

que todas las otras pérdidas y males que trae consigo; aunque sea la gloria que por él se pierde, y la pena que por él se gana.

Pues conforme á esta doctrina, cuando fueres meditando esta sagrada Pasion, y vieres cómo prenden los enemigos al Salvador, y cómo le acusan, y le abofetean, y escupen, y azotan, etc., piensa cierto que en hecho de verdad tú estás en compañía destos, y que tú juntamente con ellos entrevienes en esta conjuracion. De manera que con verdad puedes decir que tus pecados le acusan, y tus solturas le atan, y tus hurtos le azotan, y tus atrevimientos le dan bofetadas, y tus soberbias le coronan de espinas, y tus atavíos y vanidades le visten de púrpura, y tus deleites le dan á beber hiel y vinagre; y finalmente que tu desobediencia le enclavó de piés y manos en aquella Cruz. Porque lo que tú merescias por estas culpas, quiso él padecer por las entrañas de su infinita caridad. Porque claro está que nunca los verdugos fueran poderosos para hacer lo que hicieron, si tus pecados no les dieran fuerzas para ello. Esta es una muy provechosa manera de meditar la Pasion para todos, y mucho mas para los que comienzan á servir á Dios, y entienden en alimpiar las culpas de la vida pasada con ejercicios de penitencia.

§ III.

De la grandeza del beneficio de nuestra redempcion.

Lo tercero debemos considerar en la sagrada Pasion la grandeza del beneficio que el Salvador nos hizo en redemirnos por este medio. Y aunque

sobre esto habia infinitas cosas que decir , mas por agora no haré mas que apuntar summariamente tres cosas principales que se deben considerar en este summo beneficio : conviene saber, lo que el Salvador por él nos dió, y el medio por donde nos lo dió, y el amor con que nos lo dió.

Qué tanto sea lo que por este beneficio se nos dió, no hay lengua que lo pueda explicar. Mas podriase entender algo dello por dos vias. La primera, considerando todos los males en que el linaje humano incurrió por culpa del primer hombre ; porque todos estos males fuéron suficientemente remediados por Cristo, por quien fuéron dados todos los bienes contrarios á ellos ; pues está claro que él nos fué dado por universal reparador de todos los males del mundo. Pues quien pudiere contar cuántos sean los males en que el mundo cayó por culpa de aquel primer hombre, ese podrá entender cuántos hayan sido los bienes que nos vinieron por el segundo, los cuales sin dubda son innumerables.

La segunda via es, considerando no ya todos los males que trajo Adam, sino todos los bienes con que vino Cristo ; porque de todos ellos somos hechos participantes mediante la comunicacion de su espíritu, porque todos los que participan del espíritu de Cristo, participan tambien de las virtudes y merescimientos de Cristo. Por lo cual dijo el Apóstol ¹ que todos los que habian recibido el sacramento del bautismo, habian sido vestidos de Cristo, para dar á entender que todos ellos habian sido hechos participantes de Cristo, y

¹ Galat. iii.

estaban adornados de sus virtudes y merescimientos; y que así vestidos desta librea parecian en su manera tales en los ojos del Padre, cual el mismo Hijo parecia delante dél. Por esto con mucha razon alega este maravilloso título el Eclesiástico en su oracion, diciendo ¹: Ten, Señor, misericordia de tu pueblo Israel, al cual igualaste y heciste semejante á tu Hijo primogénito. ¿Qué dignidad, qué gloria puede ser mayor que esta? Pues segun esto, quien pudiere contar cuántas hayan sido las virtudes y merescimientos de Cristo, ese podrá entender cuántos hayan sido los bienes que nos vinieron por él. Pues de todos ellos somos participantes por medio de su Pasion.

Finalmente, por él se nos dió el perdon de los pecados, la gracia, la gloria, la libertad, la paz, la salud, la redempcion, la sanctificacion, la justicia, la satisfaccion, los sacramentos, los merescimientos, la doctrina, y todo lo demas que él tenia y convenia para nuestra salud. Y por razon de esta comunicacion tan estrecha se llama en las Escripturas, Padre, Esposo, y Cabeza universal de la Iglesia; porque todo lo que tiene el padre, pertenesce á los hijos, y todo lo que tiene el esposo parte con la esposa, y de todo lo que tiene la cabeza participan los miembros.

Estos son pues los bienes que nos dió. Mas ¿por qué medió nos los dió? Claro está que por medio de su sanctísima encarnacion y pasion; en la cual se hizo participante de todas nuestras deudas y miserias. De manera que por medio de haber tomado él en sí todos nuestros males, nos hizo par-

¹ Eccli. xxxvi.

ticipantes de todos sus bienes. Mucho mas es esto que lo pasado; porque claro está que mas admirable cosa es en Dios padescer males, que hacer bienes; porque así como no hay cosa mas conveniente á aquella infinita bondad que hacer bienes, así no hay cosa mas extraña y peregrina á aquella infinita bienaventuranza, que padescer males. Por do parece que mucho mas le debemos por lo que por nosotros padesció, que por lo mucho que nos dió; esto es, mucho mas por la manera del remediar, que por el mismo remedio.

Mas ¿qué tan grande fué el amor con que todo esto nos dió? Esto es sin ninguna comparacion mucho mas; porque mucho mas fué lo que deseó padescer, que lo que padesció; y muy mucho mas lo que padesciera, si nos fuera necesario. Tres horas estuvo penando en la Cruz por nuestros pecados. ¿Qué es esto para lo que mas pudiera hacer la grandeza de su caridad? Si fuera necesario estar allí penando hasta el dia del juicio, amor tenia sobrado para hacerlo. De manera que aunque mucho padesció, mucho mas es lo que amó, que lo que padesció. Y por esto si le debemos mucho por lo mucho que por nosotros hizo, mucho mas le debemos por lo que deseó hacer. Esta consideracion es muy provechosa para despertarnos á dar gracias á quien tanto bien nos hizo, y á amar á quien tanto mas nos amó de lo que hizo. Otras infinitas cosas habia que decir sobre esto, mas quedarse han agora para otro lugar; y algo se dijo desto en la meditacion de los beneficios.

§ IV.

De la grandeza de la divina bondad, que resplandesce en la sagrada Pasion.

Lo cuarto debemos pensar la grandeza de la divina bondad y misericordia que en esta obra de Dios mas que en otra alguna resplandesce. Para lo cual debes considerar profundamente cuatro cosas, que en toda la historia desta sagrada Pasion, y en cada parte debian ser consideradas: conviene saber, quién padesce, qué es lo que padesce, por quién lo padesce, y por qué causa lo padesce. Y si te detienes un poco en cada cosa destas, y consideras primero la alteza del que padesce, que es Dios, y de tal manera páras en este pensamiento, que vienes á quedar espantado de cosa tan alta y tan admirable, y despues vienes á caer de allí en la profundidad y bajeza de los dolores y vituperios que quiso padescer, y esto no por ángeles, ni por arcángeles, sino por los hombres: esto es, por unas criaturas vilisimas y abominables, y semejantes en sus obras á los mismos demonios; si en cada cosa destas haces una estacion, y comparas la una con la otra, verdaderamente quedarás atónito de ver hasta dónde se abajó una tan grande Majestad por una tan vil y tan baja criatura; y entónces podrás exclamar con el Profeta¹: Señor, oí tus palabras, y temí; consideré tus obras, y quedé espantado. Mas si despues de todo esto consideras la causa de tan gran-

¹ Habac. iii.

de abatimiento, y vienes á entender cómo esto no fué ni por interés suyo, ni por merescimiento nuestro, sino solo por las entrañas de su misericordia y amor, por las cuales tuvo por bien de visitarnos dende lo alto ¹: esto bien considerado, levantarte ha en una tan grande admiracion y amor, que vengas á quedar atónito con Moysen en el monte, quando vió la imágen deste misterio, y comenzó á proclamar á grandes voces la inmensidad de la divina misericordia que allí se le descubrió ². Este era aquel desfallecimiento que sentia la esposa en los Cantares, quando decia ³: Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor. Sobre las cuales palabras dice Sant Bernardo ⁴: El ánima amorosa ve aquí al rey Salomon con la corona que le coronó su Madre, ve al único Hijo del Padre llevando la cruz á cuestas, ve azotado y espinado al Señor de la Majestad, ve el autor de la vida y de la gloria atravesado con clavos, traspasado con la lanza, y lleno de escarnios; vele finalmente poner aquella vida suya santísima por sus amigos; ve todo esto, y viéndolo, queda ella traspasada con un cuchillo de amor, y por esto dice: Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor.

¹ Luc. i. — ² Exod. xxxiv. — ³ Cant. ii.

⁴ Serm. LI super Cantica, et in tractatu de diligendo Deum.

§ V.

De la excelencia de las virtudes que resplandescen en la Pasion de Cristo.

Lo quinto debemos considerar en la Pasion del Salvador la muchedumbre de las virtudes que resplandescen en ella, para esforzarnos á imitar algo de lo que allí se nos representa. Esta es una de las mas altas maneras que hay de contemplar la sagrada Pasion; pues está claro que toda la perfeccion de la vida cristiana consiste en la imitacion de las virtudes de Cristo. A lo cual nos convida el apóstol Sant Pedro, diciendo ¹: Cristo padesció por nosotros, dándonos ejemplo que sigamos sus pisadas; el cual no maldecia cuando le maldecian, ni amenazaba cuando le atormentaban, sino ántes humilmente se entregaba á los que injustamente le juzgaban.

Pues como quiera que todas las virtudes resplandezcan tan altamente en toda la vida de Cristo; pero muy mas perfectamente resplandescen en su sagrada Pasion. Y por esto aquí principalmente conviene mirar la hermosura de sus virtudes, las cuales resplandescen mas entre aquellos dolores, que las flores entre las espinas.

Considera pues primeramente aquella tan profunda humildad con que aquel altísimo y soberano Hijo de Dios vino á ser despreciado y tenido en ménos que Barrabas, y á querer ser colgado de un palo en medio de dos ladrones, como ca-

¹ I Petr. II.

pitan y príncipe de malhechores. Considera otrosí aquella paciencia tan admirable en medio de tantas injurias y dolores. Aquella fortaleza tan grande con que se ofresció tan voluntariamente á las hues-tes de sus enemigos, y á los mayores trabajos y encuentros que jamas se recibieron. Aquella perseverancia tan constante que llegó de cabo á cabo, hasta subir á la Cruz, y descender al infierno, y dar cabo al negocio de nuestra salvacion. Aquella caridad que sobrepujó todo sentido; por la cual sola se quiso ofrescer en sacrificio por los pecados del mundo, y murió por dar vida, no solo á sus amigos, sino tambien á sus enemigos, y á aquellos mismos que derramaban su sangre. Aquella misericordia tan copiosa que se extendió á tomar sobre sí todas las miserias y deudas del mundo, y satisfacer por ellas como si fueran suyas propias. Aquella obediencia al Padre, tan perfecta que llegó hasta la muerte, y muerte de cruz, donde inclinando la cabeza le ofresció su ánima sanc-tísima, dando á entender que ya era acabada la obra de su obediencia. Aquella mansedumbre tan grande que mostró en todos los autos de su Pa-sion, dejándose llevar como una oveja al mata-dero, y como un cordero que no bala delante del que le tresquila ¹. Aquel silencio tan admirable entre tan falsas acusaciones y testimonios, que bastó para poner en admiracion al mismo juez que le condenaba ².

Pues si deseas ver un perfectísimo menosprecio del mundo, y de todas las honras, y riquezas, y placeres que hay en él, mira al Señor en aquella

¹ Isai. LIII. — ² Ioan. XIX.

Cruz, tan deshonrado, y atormentado, y desnudo, que ni tiene otra cama sino una Cruz, ni otra almohada sino una corona de espinas, ni otra mesa sino hiel y vinagre, ni otros consoladores sino aquellos crueles escarnecedores que meneando las cabezas le decian : ¡ Ah ! que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á reedificar. Pues la pobreza evangélica, y la abstinencia y aspereza de la vida, en ninguna parte mas resplandescen que en la Cruz, y así todas las otras virtudes.

Mas entre todas ellas principalmente se señalan la humildad y la paciencia. Porque la paciencia, dicen los sanctos que fué la vestidura de bodas, y la ropa de fiesta de que el Hijo de Dios se vistió cuando se vino á tomar las manos con la Iglesia, y casarse con ella : queriendo decir por esta metáfora, que aunque Cristo resplandesció con la librea de todas las virtudes, cuando vino á celebrar matrimonio con la Iglesia en la cama de la Cruz, pero que mas principalmente resplandesció allí con la púrpura de la paciencia ; porque mediante el acto desta virtud, que es sufrir, bebió el cáliz de la Pasion, por cuyo valor y merecimiento la Iglesia fué redimida, y hermosada, y desposada con Cristo.

Pues en estas y otras semejantes virtudes debemos poner los ojos cuando contempláremos la sagrada Pasion, para imitar algo de lo que allí se hizo, no solo para nuestro remedio, sino tambien para nuestro ejemplo. Porque la mayor gloria de cuantas en este mundo puede alcanzar un cristiano, es llegar á tener semejanza con Cristo :

no como la deseó tener Lucifer ¹; sino como nos mandó él mismo que lauviésemos, cuando dijo ²: Ejemplo os he dado para que como yo hice, así vosotros hagais.

§ VI.

De la conveniencia del misterio de nuestra redención.

Lo sexto debemos contemplar en la sagrada Pasion la conveniencia del misterio: conviene saber, cuán conveniente medio haya sido este que Dios escogió para encaminar la salvacion del hombre, y socorrer á sus miserias. Esta manera de contemplar sirve para alumbrar el entendimiento, y confirmarlo mas en la fe deste misterio, y para levantar el corazon del hombre en una grande admiracion de la bondad y sabiduría de Dios, que tan admirable y tan conveniente medio escogió para sanar nuestras miserias y socorrer á nuestra necesidad.

Esta es una materia tan copiosa para meditar, que verdaderamente aunque un hombre estuviese pensando en ella hasta la fin del mundo, siempre hallaria nuevas conveniencias y nuevas causas por donde mas y mas se levantase su espíritu á la admiracion desta soberana sabiduría y providencia de Dios. Y porque cresceria mucho este volumen si desta materia se hobiese de tratar por entero, contentarme he al presente con solo des-

¹ Isai. XIV. — ² Ioan. XIII.

cubrir aquí el hilo y fundamento desta consideracion : para que por aquí el ánima devota y religiosa abra camino para todo lo demas.

Pues para esto es de saber que para ver la proporcion y conveniencia que tiene un medio para con su fin , es necesario hacer comparacion del medio con el fin ; y quanto mayores ayudas se hallaren de parte del medio para conseguir el fin , tanto es el medio mas conveniente para él. Pongamos ejemplo. Si queremos examinar si una medicina es conveniente para una enfermedad , miramos los accidentes de la enfermedad , y las propiedades y virtud de la medicina , y vista la proporcion que hay de lo uno á lo otro , juzgamos si conviene ó no conviene para ello. Pues segun esto , como nos conste ya que la Pasion y sangre de Cristo es una general medicina de todas las miserias y necesidades del hombre , si queremos ver la conveniencia desta medicina , debemos hacer una larga comparacion de la medicina con la dolencia ; y si bien supiéremos escudriñar lo uno y lo otro , hallarémos por cierto que viene tan á propósito esta medicina para contra esta dolencia , y para contra todos los ramos y accidentes della , como si para cada una solamente fuera instituida : lo cual sin dubda es cosa que pone al que atentamente lo considera en un grande espanto y admiracion. Si no , dime : para pagar la deuda comun del linaje humano , ¿ qué satisfaccion se pudiera ofrescer mas suficiente que aquella sangre preciosa que derramó el Hijo de Dios en la Cruz ? Para curar las llagas de nuestra soberbia , y avaricia , y desagradescimiento , y regalo , y amor proprio , con todos los otros

males que dél proceden, ¿qué cosa mas conveniente que Dios en una cruz? Para darnos conocimiento de la divina bondad y misericordia, y para encendernos mas en el amor de Dios, y esforzar mas nuestra confianza, y despertar mas nuestro olvido y desconocimiento, ¿qué cosa mas conveniente, que Dios en una cruz ¹? Pues para enriquecer el hombre con merescimientos, para levantarlo á mayor honra, para encender su espíritu en devocion, para consolarlo en sus tribulaciones, para socorrerlo en sus tentaciones, para ayudarlo en sus trabajos, para darle ánimo para cosas grandes, y finalmente para todos los ejemplos de virtud, ¿qué cosa mas conveniente que IESUCRISTO en la Cruz? Y para comprenderlo todo en una palabra: si la vida del Evangelio, bien mirada, no es otra cosa sino cruz, ¿qué cosa mas conveniente para encaminar á un linaje de vida que todo es cruz, sino otra cruz?

Y si quieres aun mas claro entender esta conveniencia, considera atentamente qué cosa sea vida cristiana (que es el fin de todos los trabajos de Cristo) y esa te declarará muy por entero la conveniencia que hay deste medio con este fin. Vida cristiana, tomándola en toda su perfeccion, es, no la que viven agora los cristianos, que en el mundo se usa; sino la que vivió Cristo, y vivieron sus discípulos, cuyos trabajos fuéron tan grandes, que uno dellos dice así ²: Un espectáculo estamos hechos á Dios, y á los ángeles, y á los hombres; porque tan grandes son nuestros trabajos, y tan acosados y perseguidos somos del

¹ Quod mirabiliter ostendit D. Aug. lib. XIII de Trinit. c. 10. — ² Paulus, I Cor. iv.

mundo, que como á fieras que lidian en el coso, así nos están mirando, no solamente los hombres y los ángeles, sino hasta el mismo Dios. Y mas adelante dice: Hasta esta hora presente padecemos hambre, y sed, y desnudez, y bofetadas; y sin tener un agujero en que meternos, andamos de lugar en lugar, ganando la comida por nuestras manos. Maldícennos, y bendicimos; persíguennos, y sufrímoslo; blasfeman de nosotros, y hacemos oracion. Finalmente, de tal manera somos tratados y estimados del mundo, como un poco de estiércol, y como el polvo que anda debajo los piés, y como unos hombres tan malos, que con ninguna cosa piensa el mundo mas agradar á Dios que con nuestra muerte y condenacion. Esta es, hermano mio, vida cristiana; y vida cristiana es tambien la que vivieron los profetas, y la que vivieron los mártires, y los confesores, y aquellos bienaventurados monjes del yermo, y finalmente todos los sanctos; la cual describe el Apóstol por estas palabras¹: Los sanctos fuéron escarnescidos, y azotados, y presos, y encarcelados, y apedreados, y aserrados, y tentados, y muertos á cuchillo. Anduvieron por este mundo vestidos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos; de los cuales el mundo no era merescedor. Vivian en los yermos, y en los lugares apartados y solitarios, teniendo por casa las cuevas y las aberturas de la tierra. Esta es la perfeccion de la vida cristiana que nos enseña el Evangelio, y que vino Cristo á introducir en el mundo. La cual bien

¹ Hebr. xi.

mirada es una perpetua cruz y muerte de todo el hombre ; para que despues de así muerto y anhilado , esté hábil y dispuesto para ser transformado en Dios. Porque así como no puede haber generacion sin corrupcion (porque primero ha de perecer lo que era , para que se haga lo que no era) , así no puede haber esta espiritual regeneracion y transformacion del hombre en Dios, si primero no muere el hombre viejo , para que así se pueda transformar en Dios. De donde viene á ser que toda la vida del Evangelio no sea otra cosa (como dijimos) sino muerte y cruz. Pues segun esto , ¿qué cosa mas conveniente para encaminar un linaje de vida que toda es cruz , sino otra cruz? Si ninguna cosa es mas eficaz para engendrar un fuego , que otro fuego ; ni un semejante , que otro semejante ; ¿qué cosa habrá mas proporcionada para engendrar una cruz , que otra cruz? Verdaderamente así es ; y así ninguna cosa esforzó , ni esfuerza mas hoy día á todos los sanctos á sufrir tantos trabajos , y la injusticia , y la injuria , y la pobreza , y la subjeccion , y la disciplina , y la hambre , la sed y el frio , y la desnudez , y finalmente todas las calamidades y miserias del mundo , y todas las asperezas de la vida del Evangelio , que poner los ojos en la Cruz. Desta escuela salieron los mártires , aquí aprendieron los apóstoles , esto es lo que enseñó y esforzó á las vírgines , y los confesores , y los monjes , y finalmente todos los sanctos ; y esto es lo que los acompañó y consoló en todos sus trabajos.

Pues quando el ánima devota halla tantas maneras de fructos en este árbol de vida para todo género de tiempos y de necesidades , no puede

dejar de maravillarse de la sabiduría de aquel soberano Maestro, que tan excelente medio halló para nuestro remedio; y de reconocer la bondad de aquel tan piadoso Padre, que pudiendo remediar al hombre con sola su voluntad, se quiso poner á tan grandes trabajos y deshonras, para que el hombre quedase por esta via mas honrado y aprovechado que por otra alguna.

Estas son las seis principales maneras que hay para meditar la sagrada Pasion. Y la órden que communmente se podrá tener en ellas es comenzar por la primera (que es como fundamento de las otras), y della podemos salir luego á las demas, segun que el mesmo hilo de la meditacion nos abriere camino, y la gracia del Espíritu Sancto, que es el principal maestro destes ejercicios. Porque (segun arriba declaramos) considerada la grandeza de los dolores que el Salvador padesció, luego podemos salir á considerar cuánta sea la grandeza de nuestro pecado, que le hizo padecer todo esto; y cuánta tambien la grandeza deste beneficio, pues por nuestro amor quiso Dios padecer tan extraños dolores; y asimesmo cuánta sea la alteza de aquella divina bondad y misericordia, que por nuestro amor se inclinó al profundo de tantas vilezas y miserias; y sobre todo esto cuán grandes hayan sido los ejemplos de virtudes que allí se nos dieron; conviene saber, de paciencia, obediencia, caridad, humildad, mansedumbre y fortaleza, con todo lo demas que hasta aquí se ha tratado.

Y aunque para todas estas consideraciones haya salida y paso conveniente de la primera, no se requiere que cada vez que el hombre se pone

á pensar este misterio haga todas estas salidas (porque para esto no bastaria tiempo), sino contentese con aquel bocado en que mas sabor hallare; porque en estos ejercicios (como ya dijimos) no se ha de tener respecto á lo mucho que se piensa, ó que se reza, sino á la mucha devocion con que esto se hace.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

	PÁG.
Epístola del autor á los muy reverendos señores el Sr. Antonio de Córdoba, y el P. Fr. Lorenzo de Figueroa.	3
Prólogo y argumento deste libro.	9

PRIMERA PARTE.

Que trata de la materia de la consideracion.

CAPÍTULO I. De la utilidad y necesidad de la consideracion.	19
§ II.	25
§ III.	27
§ IV.	32
§ V.	36
§ VI.	39
§ VII. Responde á algunas tácitas objeciones.	42
§ VIII.	46
CAP. II. De cinco partes que puede tener la oracion.	51
CAP. III. De la preparacion que se requiere para ántes de la oracion.	54
CAP. IV. De la lición.	61
CAP. V. De la meditacion.	63
CAP. VI. Del hacimiento de gracias.	64
CAP. VII. De la peticion.	65
§ I. Peticion de las virtudes mas necesarias.	68
CAP. VIII. De algunos avisos que se han de tener en estas cinco partes susodichas, especialmente acerca de la meditacion.	75

§ I.	Primer aviso.	75
§ II.	Segundo aviso.	76
§ III.	Tercer aviso.	82
§ IV.	Cuarto aviso, que se sigue de los pasados.	84
§ V.	Quinto aviso.	87
§ VI.	Sexto aviso, de la profunda oracion y devocion.	90
§ VII.	Séptimo aviso: del no recibir en vano las visitaciones de nuestro Señor.	93
CAP. IX.	Comienzan las siete primeras meditaciones para los dias de la semana en la noche.	
—	El lunes en la noche.	95
§ I.	De la consideracion de los pecados: en el cual se declara por extenso la meditacion pasada.	100
§ II.	De la muchedumbre de los pecados de la vida pasada.	101
§ III.	De la gravedad de los pecados.	105
§ IV.	De los pecados y defectos en que el hombre puede haber caido despues de haber conocido á Dios.	107
§ V.	De la acusacion de la propria consciencia, y del aborrescimiento y desprecio de sí mismo.	112
	El martes en la noche.	118
§ VI.	De la consideracion de las miserias de la vida humana; en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.	123
§ VII.	De las miserias y consideraciones desta vida; y primero de la brevedad della.	128
§ VIII.	De cómo es incierta nuestra vida.	132
§ IX.	De cuán frágil sea nuestra vida.	135
§ X.	De cuán mudable sea nuestra vida.	139
§ XI.	De cómo es engañosa nuestra vida.	142
§ XII.	De cuán miserable sea nuestra vida.	144
§ XIII.	De la última de las miserias humanas, que es la muerte.	150
§ XIV.	Del fruto que se saca destas consideraciones susodichas.	152
	El miércoles en la noche.	155
§ XV.	En el cual se trata de la consideracion de la muerte, donde se declara mas por extenso la meditacion pasada.	160

§ XVI. De cómo es incierta la hora de la muerte, y de la pena que da el apartamiento de todas las cosas que vienen con ella.	166
§ XVII. Del horror de la sepultura, y temor de la suerte que nos ha de caber.	169
§ XVIII. De cómo se conocen aquí los yerros y ceguedades de la vida pasada, y del temor de la cuenta.	173
§ XIX. De la extrema-uncion y agonía de la muerte.	178
§ XX. De la fealdad del cuerpo muerto, y del enterramiento, y de la sepultura, y salida del ánima.	181
El juéves en la noche.	188
§ XXI. De la consideracion del juicio final, en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.	194
§ XXII. De cuán riguroso haya de ser el día del juicio.	197
§ XXIII. De las señales que precederán este día.	199
§ XXIV. Del fin del mundo y de la resurreccion de los muertos.	204
§ XXV. De la venida del Juez, y de la materia del juicio, y de los testigos y acusadores dél.	208
El viérnes en la noche.	217
§ XXVI. De la consideracion de las penas del infierno; en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.	221
§ XXVII. De dos maneras de penas que hay en el infierno.	223
§ XXVIII. Del tormento de los sentidos y potencias interiores del ánima.	228
§ XXIX. De la pena que llaman de daño.	233
§ XXX. De las penas particulares de los condenados.	235
§ XXXI. De la eternidad de todas estas penas susodichas.	237
Sábado en la noche.	241
§ XXXII. De la consideracion de la gloria del paraíso, en la cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.	245

§ XXXIII. De la hermosura y excelencia del lugar.	247
§ XXXIV. Del segundo gozo que el ánima recibirá con la compañía de los santos.	251
§ XXXV. Del tercer gozo que el ánima recibirá con la vision clara de Dios.	257
§ XXXVI. Del cuarto gozo que el ánima recibirá con la gloria del cuerpo.	259
§ XXXVII. Del quinto gozo, que es de la duracion de la eternidad.	261
El domingo en la noche.	262
§ XXXVIII. De la consideracion de los beneficios divinos, en la cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.	266
§ XXXIX. Del beneficio de la creacion.	269
§ XL. Del beneficio de la conservacion.	272
§ XLI. Del beneficio de la redempcion.	276
§ XLII. Del cuarto beneficio de la vocacion.	281
§ XLIII. De los beneficios particulares.	285
CAP. X. Siguense las otras siete meditaciones de los mismos dias de la semana por la mañana.	
— El lunes por la mañana.	286
§ I. Del Santísimo Sacramento, y de las causas por que fué instituido.	296
Meditacion para el martes por la mañana.	307
§ II. De cómo fué preso el Salvador.	316
§ III. De los que espiritualmente atan las manos á Cristo.	320
Meditacion para el miércoles por la mañana.	322
§ IV. De los trabajos que el Salvador pasó en aquella noche de su Pasion; y de la negacion de Sant Pedro.	328
§ V. De los azotes que el Señor recibió en la columna.	334
Meditacion para el jueves por la mañana.	340
§ VI. Del Ecce Homo.	346
§ VII. De cómo el Salvador lleva la Cruz á cuestas.	350
Meditacion para el viernes por la mañana.	354
§ VIII.	359
§ IX.	361

§ X. De la compasion del Hijo á la Madre, y de la Madre al Hijo en la Cruz.	363
§ XI. Otra meditacion de la doctrina que se aprende al pié de la Cruz.	365
§ XII. De la paciencia que habemos de tener en los trabajos á imitacion de Cristo.	370
Meditacion para el sábado por la mañana.	373
§ XIII. Del descendimiento de la Cruz, y llanto de la Virgen.	378
§ XIV. Aquí se declara por qué la sagrada Virgen, y por qué todos los justos son afligidos en esta vida con diversas tribulaciones.	386
Meditacion para el domingo por la mañana.	390
§ XV. De la resurreccion del cuerpo del Salvador.	399
§ XVI. De cómo el Salvador apareció á la Virgen nuestra Señora.	401
CAP. ÚLTIMO. De seis cosas que debemos meditar en la Pasion del Salvador.	404
§ I. De la grandeza de los dolores de Cristo.	406
§ II. De cómo resplandesce en la Pasion de Cristo la grandeza del pecado.	416
§ III. De la grandeza del beneficio de nuestra redempcion.	417
§ IV. De la grandeza de la divina bondad, que resplandesce en la sagrada Pasion.	421
§ V. De la excelencia de las virtudes que resplandescen en la Pasion de Cristo.	423
§ VI. De la conveniencia del misterio de nuestra redempcion.	426